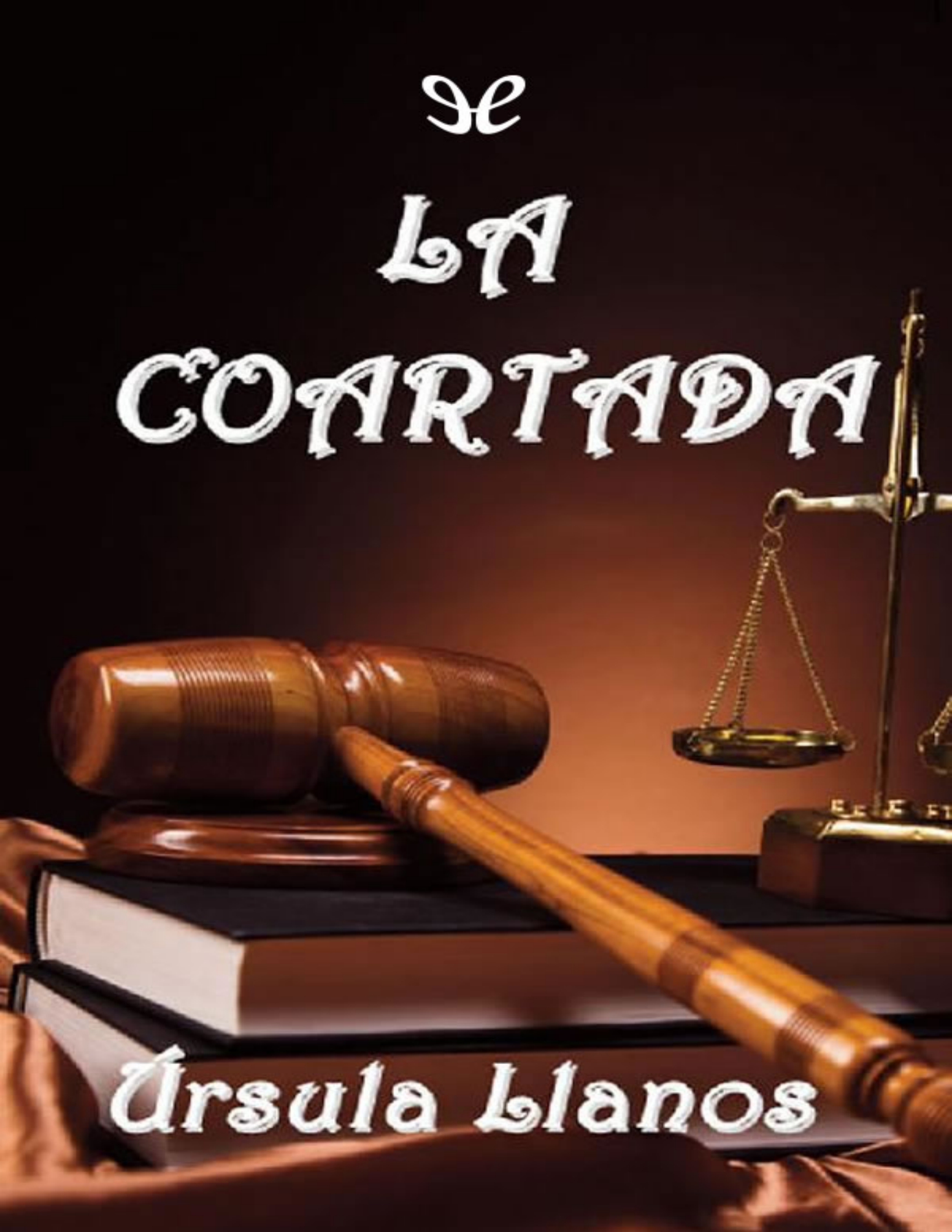
La coartada



Ursula Llanos

Lilian, una abogada penalista, se reencuentra con una amiga a la que hacía años que no veía y se ocupa de impedir que su pareja la siga maltratando, denunciándole por violencia de género. Como consecuencia, ese hombre pretende vengarse de las dos, por lo que ambas se verán inmersas en una trama de venganza y asesinato, en la que ella deberá asumir ante los tribunales la defensa del presunto culpable.

OceanofPDF.com



Úrsula Llanos

La coartada

ePub r1.0
Titivillus 12-09-2021

OceanofPDF.com

Título original: *La coartada*
Úrsula Llanos, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

Se despertó sobresaltada. A la incierta luz que penetraba a través de los maderos entreabiertos de la ventana intentó distinguir algo a su alrededor. Fuera, el bronco rugir del viento arrojaba los copos de nieve contra la ventana y silbaba luego, alejándose del albergue con un quejido sordo. Se incorporó sobre un codo restregándose los ojos con una vaga sensación de inquietud. ¿Dónde estaba y a qué obedecía el frío que experimentaba y que parecía calársele hasta los huesos?

Recorrió con la mirada la habitación de techo abuhardillado, sostenido por unas gruesas vigas de madera. Enfrente de su cama vio una tosca cómoda y bajo la ventana una butaca de cretona floreada sobre la que había dejado tirada su ropa al acostarse. Estaba tan cansada la noche anterior que no había reunido las fuerzas necesarias para colgarla en el armario que se adivinaba a su izquierda, frente a la puerta del cuarto de baño. Tan cansada que no había esperado a Mariví, que dormía en la cama gemela, pese a que se había introducido en el lecho dispuesta a aguardar a su amiga leyendo, aunque no había llegado a abrir el libro, ya que el sueño la había vencido de improviso.

Como a Mariví no le sobraba el dinero, se habían conformado con reservar una habitación de dos camas en aquel albergue de Navacerrada, en el que tenían previsto pasar el fin de semana con el objetivo de apartar momentáneamente a su amiga del riesgo de que la encontrara su expareja. Un tipo violento que parecía disfrutar haciéndole la vida imposible y que no se resignaba a aceptar que la relación de los dos se había terminado definitivamente.

Intentó distinguir a su amiga en la cama vecina sin decidirse a encender la luz para no despertarla. No se percibía el menor sonido procedente de esa cama, ni tan siquiera el del suave hálito de su respiración, por lo que terminó de sentarse en el lecho escudriñando las sombras que la envolvían. Tampoco distinguía ahora el bulto que debía formar el cuerpo de la chica

bajo las mantas, por lo que se levantó silenciosamente y se aproximó con una sospecha que no tardó en confirmar. En la cama contigua no había nadie ya, aunque estaba deshecha. Al parecer se había levantado sin hacer ruido y había dejado la cama revuelta antes de salir de la habitación.

Se acercó a la puerta del cuarto de baño y llamó con los nudillos.

—Mariví, ¿estás ahí?

Al no obtener respuesta la abrió. La luz rojiza del amanecer penetraba a través de la ventana y atravesando la desierta estancia iba a caer sobre el plato de la ducha. Tanteó con un dedo su superficie de cerámica. Estaba húmeda, lo que denotaba que su amiga la había utilizado poco antes.

¿Habría bajado a desayunar sin esperarla?

A tientas regresó a su cama, donde tomó asiento, acodándose sobre las rodillas para apoyar la barbilla en sus manos. A Mariví le entusiasmaba esquiar, así que era más que probable que hubiese salido bien temprano a deslizarse sobre la nieve, se dijo. No había motivo para preocuparse.

Pero sí estaba inquieta. Como de entre una neblina espesa fue extrayendo los sucesos acaecidos en los últimos días, que fueron perfilándose difusamente en su mente para ir adquiriendo consistencia a la par que se acrecentaba su desasosiego. ¿La habría encontrado Gabriel en aquel escondido y nevado paraje de la sierra?

Aún adormilada, fue evocando el reencuentro de las dos al cabo de los años, ya que, pese a que habían sido inseparables mientras cursaron la carrera en la facultad de Derecho, se habían ido distanciando paulatinamente a partir de la obtención del título, ya que siguieron caminos distintos. Lilian consiguió colocarse como pasante en un despacho de abogados y Mariví en un selecto establecimiento de objetos de regalo de la calle de Serrano, que realzaba aún más con su presencia, pues la chica hubiera podido trabajar igualmente como modelo o incluso como actriz de cine, ya que disfrutaba de una fisonomía sumamente atrayente. Era alta y esbelta y poseía un abundante cabello cobrizo que enmarcaba un semblante de tez muy blanca, en el que campeaban sus grandes ojos de color violeta. Llamaba la atención por dondequiera que fuese, eclipsando a Lilian, que, a su lado, desmerecía hasta el extremo de resultar invisible para los

compañeros de facultad, y para el sexo masculino en general, en todos los eventos en los que participaban.

Y no porque fuese fea. Aunque de menor estatura que Mariví, su silueta era esbelta y bien proporcionada, sabía mover con gracia la melena castaña que le llegaba hasta los hombros y sus ojos ambarinos, bordeados de pestañas largas y rizadas, destacaban en su rostro, que en toda época, incluso en pleno invierno, parecía estar tostado por el sol.

Pero no cabía parangón posible entre las dos. Lilian lo había aceptado muchos años atrás. Incluso, por la fuerza de la costumbre de que nadie se fijara en ella cuando iban juntas, había llegado a considerarse carente de todo atractivo. Conoció entonces a Alfonso, un procurador de los tribunales con el que coincidía a menudo en los juzgados de la calle Capitán Haya, con el que mantuvo una relación que había durado tres años largos, hasta que una mañana, cuando se dirigía ella a la cocina a preparar el desayuno de los dos, se lo encontró ya vestido en esa habitación y con una expresión extraña.

—Lil, tenemos que hablar.

Con los ojos cargados de sueño, había tomado ella asiento en una silla para apoyar los codos en la mesa de la cocina y levantar la mirada hacia él.

—Sí, ¿de qué quieres que hablemos?

—De nosotros. Creo que nos hemos equivocado.

No le entendió. Trabajaban los dos demasiado, pero en su opinión se compenetraban bien y su convivencia no sufría demasiados altibajos.

—Creo que debemos dejarlo, —continuó él—. Es mejor que lo hagamos ahora, antes de que no podamos soportarnos.

Y se marchó. Se fue del piso que habían alquilados sin explicarle qué era lo que se había roto ni en qué le había decepcionado. Tardó Lilian en recuperarse y quizás para paliar esa sensación de fracaso se había volcado en el ejercicio de su profesión, erigiéndola en el eje de su existencia. Era una buena abogado y pronto pasó a ocupar un despacho independiente en el piso de la calle Miguel Ángel, como una más del colectivo de compañeros que la habían contratado como pasante cuando finalizó sus estudios.

A Gabriel no había llegado Lilian a conocerle. Aún vivía con Alfonso, cuando Mariví la había llamado por teléfono al despacho para referirle

cómo había tenido lugar el primer encuentro de los dos en la tienda donde ella trabajaba. Según le contó, había entrado él en el establecimiento con la intención de comprar un bolso para una mujer, de la que no le aclaró su identidad ni la relación que mantenían, y la invitó a salir. Pese a la costumbre que la chica tenía de encandilar al sexo contrario, lo que aceptaba con cierta displicencia, en esa ocasión fue diferente. Parecía haber ascendido desde que le conoció a un lugar ignoto, en el que flotaba, ajena a los que le rodeaban. Sonreía sin motivo, se sobresaltaba al experimentar el menor roce, como si regresara a la realidad desde un lugar que solo a ella le estaba reservado, y, abstraída, no atendía cuando se le dirigía la palabra ni entendía el significado de las frases que le iban dirigidas. Como en éxtasis le aclaró el motivo una tarde en la que quedaron en la terraza de una cafetería. Mientras expelía el humo de su cigarrillo, le refirió que había conocido a un hombre que parecía un galán de cine. Alto, moreno, con los ojos verdes, guapísimo, y que además nadaba en la opulencia. En un Porche descapotable de color blanco la había paseado por Madrid cuando a la tarde siguiente fue a recogerla a la tienda y le regaló el bolso que había comprado el día anterior.

A ese regalo siguieron otros muchos. Llamaba por teléfono a Lilian para quedar con ella y enseñárselos. Le entusiasmó a su amiga sobre todo un mechero de oro, con un elefantito incrustado, en el que Gabriel había mandado grabar los nombres de los dos. Se lo mostró mil veces, se lo alabó otras tantas y le repitió hasta el aburrimiento que no podía existir en la tierra otro hombre como él.

A partir del día en el que le mostró ese encendedor espaciaron los encuentros entre las dos, porque Mariví ocupaba todo el tiempo que le dejaba libre su trabajo en salir con él. Poco después se trasladó al piso donde vivía Gabriel, lo que le refirió por teléfono con todo lujo de detalles y más tarde dejó de llamarla. Intentó Lilian repetidamente conectar con ella por el móvil, pero el de su amiga estaba siempre desconectado o fuera de cobertura, por lo que fue resignándose al distanciamiento que la nueva situación de su amiga había impuesto. Hasta que cinco días antes, un lunes, veintinueve de febrero, había reaparecido inopinadamente en su vida alterando su apacible existencia.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Había transcurrido el mes de febrero tan súbitamente, que apenas si había tenido constancia del devenir de sus gélidos días. Una sucesión de neblinas matinales y de anticipados crepúsculos a los que no había prestado atención por la sobrecarga de trabajo que aún tenía pendiente. Lo atestiguaba el cerro de papeles que se acumulaban sobre la mesa de su despacho. Un montículo ordenadamente dispuesto por la secretaria en función de su volumen, que Lilian desbarataba buscando el más urgente en cuanto se presentaba en el bufete y ponía en marcha el ordenador.

Esa mañana había adelantado maquinalmente la hoja del calendario que tenía sobre la mesa. Era veintinueve de febrero, un día especial, del que solo disfrutaban los mortales cada cuatro años, pese a lo cual llovía acompasadamente en la calle como la víspera, sin ningún signo que lo diferenciase de los que le habían precedido ni probablemente de los que le seguirían. Eso fue lo que pensó, sin imaginar que su vida, rutinaria y a veces hasta aburrida, iba a sufrir un vuelco.

Había logrado ya encontrar los autos correspondientes al asunto más apremiante y recuperado el documento que había redactado con anterioridad en el ordenador, cuando la secretaria llamó con los nudillos a la puerta de su despacho.

—Tienes una visita, —le comunicó, entreabriendo ligeramente la hoja.

No solía Anita levantarse de su mesa, sita en la antesala, bajo la ventana que daba a un patio de luces, para acercarse a los respectivos despachos, cuatro en total. Se limitaba a anunciarles la llegada del cliente de turno por el teléfono interior, pero en esa ocasión se permitió además asomar su expresivo rostro por la estrecha abertura para hacerle un gesto significativo, simulando agredirse directamente en un ojo con el puño. Lilian se hallaba

absorta con los ojos fijos en el monitor y no apartó su mirada del aparato, lo que motivó que la secretaria carraspeara para llamar su atención. Al comprobar que la abogada continuaba imperturbable, tecleando sin darse por aludida, se decidió a entrar en el despacho y aproximarse a la mesa.

—Lil, —le susurró— tienes una visita. Una mujer que no ha solicitado cita previamente. ¿Le digo que vuelva otro día?

Por primera vez pareció oírla Lilian y levantó hacia ella sus claros ojos ambarinos.

—¿Una mujer? No espero a nadie esta mañana. ¿Qué es lo que quiere?

Sonrió Anita divertida.

—¿Que qué quiere? ¿Qué va a querer? Quiere verte. Dice que es muy urgente y que es amiga tuya. Que fuisteis compañeras en la facultad de Derecho y que se llama Victoria Díaz. ¿Te suena?

—¿Mariví?, —inquirió Lilian incrédulamente.

La secretaria se encogió de hombros. Era una chica muy joven, de ensortijado cabello oscuro, que llevaba muy corto, y nariz respingona que confería a su semblante un aire de travesura y le hacía aparentar menos años de los que realmente tenía. Vestía una cortísima minifalda e iba encaramada a unos taconazos sobre los que se mantenía en equilibrio con dificultad.

—No sé si es esa Mariví a la que has aludido. ¿Qué le digo?

Se olvidó Lilian del recurso que la mantenía absorta hasta ese momento, para acodarse sorprendida sobre la mesa. ¿Cuál podía ser el motivo de su visita al cabo de tantos años de no verse? Cinco al menos. Seguramente habría pasado por delante del portal del edificio en el que trabajaba y había decidido subir para recordar viejos tiempos. Inconscientemente se atusó su corta melena e intentó ver su rostro reflejado en el cristal del retrato de sus padres que tenía sobre la mesa, ante la mirada curiosa de la secretaria. Luego le indicó que hiciera pasar a la recién llegada.

Anita salió para regresar instantes más tarde con una mujer. Pero no era Mariví. Solo se asemejaba a su amiga en la estatura, superior a la normal. Escondía la recién llegada sus ojos tras unas gafas oscuras que le ocultaban también parte del rostro. El cabello, liso, sin gracia y de un apagado color rojizo, lo llevaba sujeto en la coronilla con una goma y vestía un gastado chaquetón de cuadros sobre un pantalón azul marino, ambas prendas de una

talla mayor de la que le correspondía a su figura, que en el presente podía conceptuarse de flaca, más que de estilizada. Unos zapatones bajos y anchos completaban su desastrosa indumentaria.

Lilian se la quedó mirando sin reaccionar, preguntándose quién podría ser. Le recordaba a alguien, pero no podía ser a su amiga de la facultad. Aquella era una chica preciosa y esta, además de desaliñada, carecía de todo atractivo. Se había detenido en el umbral con aire tímido y finalmente avanzó unos pasos hacia ella, mientras Anita se marchaba cerrando la puerta a su espalda.

—Hola Lil, —musitó apenas.

Ahora sí, era su voz. Era Mariví. Pero no parecía la misma. ¿Qué podía haberle sucedido para haberse convertido en otra mujer, enjuta, huesuda y de piel reseca? El cabello que se había recogido en una lacia coleta, no guardaba punto de contacto con la brillante melena cobriza de antaño ni tampoco quedaba en su semblante, medio oculto por las gafas oscuras, vestigio alguno de la armonía de las facciones de entonces. Incluso su provocadora silueta había perdido las formas que atraían tantas miradas.

—Soy yo, —la oyó decir en apenas un susurro—. ¿No me reconoces?

—Por supuesto que sí, —le aseguró, a la par que se levantaba de la butaca y rodeaba la mesa para acercársele y abrazarla. Luego la empujó hacia uno de los sillones destinados a los clientes y tomó asiento en el de enfrente.

—¡Cuánto tiempo, Mariví! No sabes lo que me alegro de verte. Han pasado tantos años… ¿Cómo estás?

Tardó su amiga en contestar. Antes sacó un pañuelo de su bolsillo y se sonó delicadamente.

—Mal. Estoy mal. No sabía a quién acudir y… por eso he venido a verte.

En silencio la contempló Lilian. Con la cabeza baja, parecía examinar el gastado tejido de sus pantalones como si no se atreviera a levantar la mirada hacia ella.

—¿Por qué estás mal?, ¿qué te sucede?

Aún con los ojos fijos en su pantalón, esbozó su amiga un ademán de impotencia con las manos, que luego dejó caer a lo largo de su cuerpo.

—Es que no sé qué hacer, —susurró.

Estaba acostumbrada Lilian a escuchar manifestaciones como la que acababa de oír en las personas que acudían a su despacho con la intención de divorciarse, por lo que procuró adoptar un aire comprensivo para animarla a que se explayara.

—Bueno, sí, pero si me cuentas lo que te ocurre, tal vez podamos encontrar entre las dos una solución para tus problemas. ¿Es que has terminado con Gabriel?

Meneó Mariví negativamente la cabeza, siguiendo con un dedo la mal planchada raya de sus pantalones.

—No, no. Lo he intentado en varias ocasiones, pero él no me lo ha permitido. Él…

—¿Que no te lo ha permitido?, —la interrumpió incrédulamente Lilian —. ¿Quieres decir que te ha obsequiado con una sesión de lacrimógeno sentimentalismo?

Permaneció Mariví indecisa unos instantes. Ahora la miraba de frente, pero con las gafas oscuras no alcanzaba a distinguir sus ojos, aunque le dio la impresión de que un lagrimón le resbalaba por la mejilla.

—No, no, —repitió al fin—. Gabriel no es un hombre tierno ni sentimental. Me lo pareció cuando le conocí, pero estaba completamente equivocada.

Se levantó Lilian de la butaca y fue a sentarse tras su mesa. Acodada en su brillante superficie, repasó con la mente el cuestionario al que solía someter a las clientes que acudían a su despacho con problemas matrimoniales. ¿Sería ese el propósito que había movido a su amiga a presentarse en su despacho?

—¿Llegaste a casarte con Gabriel? —le preguntó impasible con la finalidad de delimitar su caso dentro del cauce procesal que le correspondía.

—No, no, es solo mi pareja. Hemos vivido juntos estos años, pero él se ha negado siempre a pasar por la vicaría. Es ahora cuando ha cambiado de opinión.

—Y ahora eres tú la que no quieres casarte, —aventuró Lilian—. ¿Me equivoco? ¿Y por qué no quieres casarte?

Vaciló ostensiblemente Mariví. Agachó nuevamente la cabeza, meneó ambas manos y finalmente se decidió a quitarse las gafas. No pudo evitar ella sobresaltarse ni que a su rostro asomase una expresión de sorpresa al distinguir los moratones que ostentaba el semblante de su amiga, tumefacto e hinchado. En ese momento se estaba despojando también esta del pañuelo que llevaba al cuello y pudo apreciar con toda claridad las huellas, igualmente amoratadas, de unos dedos marcados sobre su piel. Con enorme esfuerzo recobró Lilian su expresión imperturbable.

—¿Te ha pegado?, —inquirió en tono impersonal.

—Sí.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros Mariví en un gesto de absoluta desolación.

—Por nada.

—¿Por nada? ¿Has presentado una denuncia en la comisaría?

—No, no. Había bebido cuando llegó anoche a casa y… Me ha jurado por lo más sagrado que no se volverá a repetir.

Inspiró hondo Lilian para acumular paciencia. Había visto tantos casos similares en su despacho que no lograba asimilar la idea de que sus clientes fueran capaces de creer a sus parejas cuando estas se arrepentían de sus violentas agresiones y formulaban unos propósitos parecidos, que incumplían seguidamente sin un motivo aparente.

—¿Ha sido la primera vez?, —le preguntó, simulando tomar notas en un papel para que la otra no pudiera captar la irritación que experimentaba y que luchaba por no dejar traslucir.

—No, no. En estos años se ha repetido muy a menudo. Es que él…

Se interrumpió para secarse una lágrima, por lo que Lilian la animó a continuar.

—Sí, me estabas diciendo que durante el tiempo en el que habéis estado viviendo juntos, te ha pegado a menudo. ¿Por qué lo has consentido?

Volvió Mariví a encogerse de hombros. Con la desconsolada expresión que asomaba a su rostro no recordaba en nada a la amiga, segura de sí misma, que antaño destrozaba corazones en la facultad.

—¿Qué por qué?, porque no tengo a donde ir, ¿no lo entiendes? Supongo que a ti te resultaría muy fácil despachar a tu pareja si te

encontraras en mi caso, —replicó en un tono que dejaba entrever un velado resentimiento—. Tú siempre has sabido cuidar de ti misma. Tienes la suerte de razonar con la cabeza en toda circunstancia sin que tus sentimientos interfieran. Por eso disfrutas de una profesión y de una independencia económica de las que carezco yo, porque en su momento no me sentí capaz de ejercer la abogacía y me vi obligada a resignarme a vender bolsos en una tienda.

Se interrumpió nuevamente para secarse los ojos. Luego continuó:

—No puedes entenderme, porque somos muy distintas. Mientras tú ibas adquiriendo más y más prestigio y la admiración de todos los que te rodeaban, yo tuve que contentarme con trabajar de pie durante ocho horas en una tienda y aguantar a una jefa que me puso de patitas en la calle en la segunda ocasión en la que aparecí en el trabajo con la cara irreconocible. La primera me mandó a una comisaría a presentar la denuncia, lo que no hice, y la segunda me despidió.

—¿Y por qué no le hiciste caso y presentaste la denuncia?, —le preguntó Lilian sin expresión.

—Porque no me atreví. Gabriel me embaucó cuando le conocí, pero después, cuando empezó a ponerse violento por nimiedades, me aterrorizaba hasta el extremo de no conseguir razonar. Tú has podido siempre elegir el que te gustaba dentro de los que más te convenían. En cambio yo… yo tuve que contentarme con la oportunidad que me surgió.

En esa ocasión no pudo impedir Lilian que la extrañeza más absoluta le asomase al rostro al oír la increíble apreciación de Mariví sobre las oportunidades de que habían gozado las dos. Pero si había sido justamente todo lo contrario…, se dijo. Era su amiga la que durante los años en los que fueron estudiantes derrochaba seguridad en sí misma, la que atraía a todos los hombres que conocían, la que la eclipsaba en todas las circunstancias que compartían hasta el extremo de hacerla sentir invisible para el sexo contrario. No había llegado a tener conocimiento Mariví de la frustrante experiencia que había tenido ella con Alfonso, pero ¿cómo podía haberse forjado una idea tan equivocada sobre el carácter y la imagen de las dos?

—Me parece que has tergiversado absolutamente tus recuerdos, —comentó en tono intrascendente, no exento de ironía—. Tenías admiradores

a cientos cuando éramos estudiantes, no ejerciste la profesión, porque la dueña de la tienda de la calle de Serrano te ofreció un buen sueldo, aproximadamente el doble del que por aquel entonces ganaba yo como pasante, y te enrollaste con Gabriel porque te deslumbró. Podías haber elegido otro entre los muchos que lo pretendían, así que no te autocompadezcas. Es mucho más práctico que reconozcas que te equivocaste y que pongas remedio, ya que estás a tiempo.

Clavó su visitante en ella sus hinchados ojos, bordeados de unos círculos amoratados. En otros tiempos eran grandes y bonitos, de color violeta, con pestañas largas y rizadas, pero los que ahora fijaron en Lilian su mirada no le parecieron a esta ni el remedo de lo que fueron.

—¿Remedio? ¿Cómo?

—Puedes dejar a Gabriel y presentar una denuncia por violencia de género. Pediremos medidas cautelares y con toda seguridad el juez que conozca del caso dictará contra él una Orden de Alejamiento. Cuando se vea el juicio dentro de un mes, más o menos, puede que incluso le mande a prisión.

Abrió la boca su amiga y permaneció en esa posición unos instantes como si no entendiera la sugerencia.

—¿Y no podrá acercarse a mí?

—Desde luego que no.

La observó dubitativamente Mariví.

—¿Pero y si…? ¿Y si hace caso omiso de lo que el juez decida?

También lo estaba pensando Lilian, pero se limitó a encogerse de hombros.

—Si incumple la Orden, el juez le enviará a la cárcel.

—¿Durante cuánto tiempo?, —intentó precisar su amiga.

—Pues… eso depende de las lesiones que te haya producido y que podamos probar.

Pareció considerarlo la chica, con sus inflamados ojos clavados en la ventana como si la atrajera de una forma especial. Una lluvia fina tintineaba contra los cristales y se deslizaba luego en surcos para resbalar hasta el antepecho y caer luego a la calle. Desde la planta primera del edificio en la que se ubicaba el bufete, se veía deambular apresuradamente a los

transeúntes por la acera, protegiéndose bajo sus paraguas de las inclemencias del tiempo, y a los automóviles recorrer velozmente la calzada en ambas direcciones.

—¿Y…? ¿Y cuándo le mandaría a la cárcel, antes o después de que Gabriel me apuñale o me estrangule?, —inquirió sarcásticamente—. Me ha amenazado más de mil veces con matarme si le dejo.

Se inclinó hacia ella Lilian sobre la mesa, dominando a duras penas su indignación.

—Puede que no sea más que una bravata y que se achante cuando compruebe que te has marchado sin decirle adiós. Porque desde luego no te vas a despedir de él, faltaría más. Recuerda que, cuando éramos estudiantes, derrochabas seguridad en ti misma. ¿Vas a consentir que ese desgraciado te siga maltratando?

Volvió a desviar Mariví la mirada hacia la ventana y reprimió a duras penas un puchero.

—No, sé que no debería permitirlo, pero ya te he dicho que no tengo a donde ir. No puedo pagar un alquiler ni…

—¿Y tu piso?, —la interrumpió Lilian—. El piso de tus padres. ¿Viven ellos?

Meneó Mariví negativamente la cabeza.

—No, ya no.

—¿Y qué fue de esa casa? La heredarías tú, ya que no tienes hermanos.

Hizo nuevamente un gesto negativo.

—No, no la tengo ya. La vendimos.

—¿Quiénes? Esa casa era exclusivamente tuya.

—La vendimos Gabriel y yo, porque no teníamos un duro.

Tabaleó ligeramente Lilian con un lápiz sobre la superficie de la mesa para desahogar su irritación.

—¿No teníais un duro? ¿En qué o de qué trabaja él?

Dos gruesos lagrimones se escaparon de los ojos de Mariví y rodaron por sus mejillas.

—No trabaja ni creo que haya trabajado nunca. Cuando le conocí, parecía nadar en la opulencia, pero porque jugaba a las carreras de caballos y entonces había ganado mucho dinero. Por esa razón se había comprado un

Porsche impresionante. Tuvo que venderlo poco después de que me fuera a vivir con él. Me repetía que yo le daba mala suerte, ya que fue perdiendo todo lo que había ganado con anterioridad. Luego, íbamos tirando con mi sueldo, pero, como te he dicho, me despidieron de la tienda de la calle de Serrano a raíz de la segunda paliza que me dio.

—¿Y después?

Dio su amiga un sorbetón antes de responder.

—Después han ido las cosas de mal en peor. Conseguí colocarme en un laboratorio como limpiadora. Gabriel me quitaba el dinero que ganaba para ir a beber a un bar y volvía ya de madrugada y como una cuba al piso alquilado en el que vivimos.

—Y entonces te pegaba, —concluyó Lilian con ironía—. ¿Qué motivos alegaba para sacudirte?

Esbozó Mariví un desalentado gesto de cansancio.

—Pues… el motivo solía variar. Unas veces porque tropezaba con una silla que, según decía, había colocado yo fuera de su sitio. Otras porque tenía frío y no había encendido la estufa de butano, otras porque la había encendido y tenía calor… —Levantó ambas manos en un ademán de impotencia—. Ya te he dicho que el motivo variaba, entonces y ahora.

Se rebulló Lilian impaciente en su butaca, incapaz de seguir escuchándola sin recriminarla.

—¿Si? pues eso se ha acabado desde este mismo momento. No vas a volver a esa casa ni vas a soportar sus… sus “malhumores” en adelante. Puede Gabriel seguir jugando a las carreras de caballos, o mejor, a la taba, que tengo entendido es muy entretenido y muy barato además. Y puede también desahogarse sacudiendo esteras, porque a ti no va a volver a pegarte nunca más. ¿Me estás entendiendo?

No le pareció que sus palabras fueran haciéndose inteligibles para su amiga, porque la miraba con una expresión estúpida en su tumefacto semblante.

—No me atrevo Lil, —alegó casi sin voz—. Es muy alto y muy fornido y estoy segura de que hará una pajarita de papel con esa Orden de Alejamiento del juez de la que me has hablado y de que me buscará y dará conmigo. Tú no le conoces.

—Ni tengo el menor interés, te lo puedo asegurar —la interrumpió secamente—. Y no entiendo que hayas permitido que las cosas llegaran hasta este extremo. Debiste abandonarle la primera vez que te levantó la mano.

—Pero me aseguró que no volvería a ocurrir, —se lamentó la muchacha —. Me dijo que iba a cambiar, que iba a buscar un trabajo y que…

—¿Y te lo creíste?, —volvió a interrumpirla Lilian.

—Sí, yo… entonces le quería.

—¿Y ahora?

Pareció que su visitante se lo estaba preguntando a sí misma, pero terminó por menear negativamente la cabeza.

—No, me parece que no, pero le tengo un miedo cerval. No creo que exista un lugar en el mundo donde él no pudiera encontrarme y si le dejo me matará.

El agraciado semblante de Lilian reflejó cierta petulancia.

—No se lo vamos a permitir, puedes estar segura. Ahora mismo vamos a ir a la plaza de Castilla a presentar una denuncia en el Registro de los Juzgados de lo penal.

—¿Al Registro de los Juzgados?, ¿por qué no nos dirigimos a una comisaría?, —inquirió su amiga con cierta sorpresa.

—Porque presentándolo en ese Registro se tramitará con mayor rapidez. Denunciaremos los hechos y solicitaremos medidas cautelares. A continuación nos dirigiremos a un hospital para que te reconozca un médico y dé parte de la tunda que has recibido. Esta misma noche Gabriel dormirá en el calabozo.

—Se encogió Mariví sobre sí misma con el pánico asomando a sus pupilas.

—¿En el calabozo? ¿Esta noche?, ¿estás segura?

—Claro que estoy segura.

—¿Y cuánto tiempo le mantendrán encerrado en un calabozo?

—Durante setenta y dos horas a lo sumo. Seguidamente la policía lo pondrá a disposición judicial.

El miedo que reflejaba el semblante de su amiga fue convirtiéndose en auténtico terror.

—¿Y… y que pasará después? ¿Habrá un juicio?

—Sí, claro, en un juzgado de violencia de género. No sé si recuerdas algo de lo que estudiaste en su día.

Movió Mariví negativamente la cabeza.

—Muy poco. ¿Y dónde están ubicados esos juzgados? ¿En la plaza de Castilla?

—No, en la calle Manuel Tovar. Conocen precisamente de los delitos de violencia de género y de los asuntos civiles con los que guardan conexión, como por ejemplo de los divorcios que se incoan como consecuencia del maltrato que sufren las mujeres, ¿comprendes?

Vaciló nuevamente Mariví con las gafas en la mano. La indecisión que experimentaba hubiera podido hacer pensar a cualquier espectador del diálogo que mantenían que se refería a la conveniencia de volver a cubrirse los ojos con ellas en lugar de a lo que verdaderamente temía.

—¿Y cuánto tardará en verse ese juicio?, —le preguntó al fin con un hilo de voz.

—Pues… aproximadamente un mes, aunque la Orden de Alejamiento la dictará enseguida.

Su respuesta no pareció tranquilizarla, sino más bien al contrario. Bajó la cabeza para buscar algo en el bolso de imitación de piel de cocodrilo que colgaba de su hombro y finalmente extrajo de él un paquete de cigarrillos que le mostró.

—¿Puedo fumar?

—Sí, sí, ¿qué estabas diciendo?

—Que en cuanto vuelva a casa… Ya te he dicho que me ha amenazado con matarme, si le dejo.

—No te va a encontrar, porque no vas a volver allí. Te vas a venir a la mía hasta que esto se solucione. Vivo en una muy grande con jardín, así que puedes disponer de un dormitorio y de un cuarto de baño para ti sola, hasta que encontremos una solución mejor. Una casa de acogida, por ejemplo, donde estarás segura, aunque últimamente escasean. También la dotación policial es insuficiente para proteger a las mujeres en todos los casos que se les presentan, que son muchos.

—Pero entonces…

—Ya te he dicho que puedes venirte a mi casa por el momento.

Cruzó y descruzó Mariví nerviosamente los dedos.

—Pero me encontrará mañana en el trabajo. Irá a buscarme y…

—No, porque te despedirás de tu jefe ahora mismo por teléfono. Como excusa puedes aducir que un asunto inesperado te obliga a marcharte a… —mordisqueó Lilian la punta del lápiz buscando inspiración—. ¿Qué te parece a un pueblo de Extremadura? A Villanueva de la Serena, por ejemplo. Gabriel le preguntará por ti a tu exjefe y, cuando este le informe de que te has marchado a ese pueblo, irá a buscarte allí. Será un respiro que nos permitirá ganar tiempo, mientras se tramita en el juzgado la denuncia que vamos a presentar ahora mismo.

Le pareció que su amiga titubeaba ostensiblemente.

—¿Y… y que pasará después? ¿Evitará ese juzgado que Gabriel siga buscándome y que me liquide a la primera oportunidad?

Bajó Lilian los ojos hacia el papel en el que había fingido apuntar algunos datos para no tener que contestarle, porque sabía que las medidas que pudiera adoptar el órgano judicial que conociera del asunto no siempre impedían a un maltratador desahogar sus iras contra la mujer que había elegido como víctima. Pero no podía reconocérselo así a Mariví ni estaba dispuesta a permitir que esta se arriesgara a sufrir una nueva paliza o algo peor, por lo que le sonrió con fingida tranquilidad.

—No te preocupes, que está todo previsto. ¿Sabe Gabriel donde vivo?

Lo consideró la chica con el ceño fruncido.

—No lo sé. ¿Sigues en casa de tus padres?

—No, se trasladaron a Valencia, a raíz de que mi padre se jubilara y de que mi hermana, que vive allí, tuviera un niño. Yo había alquilado con anterioridad un piso en la calle Claudio Coello, pero me he comprado un chalet en una bocacalle de Arturo Soria al que me he mudado hace un par de meses.

—¿Nada menos que un chalet?

—Sí, uno antiguo, como los de la mayoría de ese barrio. Pero no creas que es una gran cosa. Estaba en bastante mal estado cuando lo adquirí, porque llevaba tiempo deshabitado y precisaba muchas reparaciones, pero me lo ofrecieron muy barato y yo buscaba una casa con jardín, porque

acababan de regalarme un cachorrito. Un perrito monísimo que va destrozándome todo lo que arreglo.

Mariví se la quedó mirando con curiosidad.

—Sí, recuerdo que cuando íbamos a la facultad ya te gustaban mucho los animales. ¿Pero te resulta compatible con tu profesión? Tengo entendido que es preciso sacarlos a pasear varias veces al día.

—No necesito sacarlo, porque corretea por el jardín durante el día. Ya te he dicho que por esa razón me decidí a comprar esa casa. Es demasiado grande para mí sola, pero tengo cerradas las habitaciones que no uso.

—¿Y dices que está por los alrededores de la calle Arturo Soria?

—Sí, en una bocacalle.

—Pues entonces no me encontrará Gabriel allí, —se animó su amiga dejando escapar un suspiro de alivio—. No sabía yo que te habías mudado, así que es imposible que se lo comentara. ¿De verdad no te arrepentirás de haber tenido que cargar conmigo y con mis problemas?

En esa ocasión le sonrió Lilian con un ilusorio optimismo.

—De verdad que no.

OceanofPDF.com

Capítulo 2

Tal y como le había propuesto, la misma mañana en la que había recibido a Mariví en su despacho, habían ido juntas a la plaza de Castilla a presentar la denuncia en el Registro de los juzgados de lo penal y luego habían acudido a la comisaría a rellenar el formulario normalizado para la valoración por la policía del nivel del riesgo que corría su amiga, siendo seguidamente reconocida esta por el forense. Después le compró Lilian la ropa más imprescindible, ya que usaban tallas distintas y que por la diferencia de estatura entre las dos no podía prestarle la suya para salir del paso.

Antes de que hubieran transcurrido setenta y dos horas desde la denuncia, fue citada Mariví a declarar ante el juzgado de violencia de género, donde la chica relató incoherentemente como se habían desarrollado los cinco años en los que había convivido con Gabriel García y el maltrato de que había sido objeto por parte de este. Consecuentemente, la juez, una mujer de mediana edad y aire comprensivo, que la escuchó con atención intercalando alguna pregunta de cuando en cuando, dictó Orden de Alejamiento contra él como medida cautelar, prohibiéndole acercársele a menos de quinientos metros y señalando la vista del juicio para el día veinticinco del mes siguiente.

Acompañadas por el policía que a tal efecto le había sido asignado a esta, se habían acercado esa misma tarde a la calle Malasaña, donde había vivido con Gabriel, para recoger sus pertenencias. Se trataba de un viejo edificio de cinco plantas, sin ascensor, por lo que se vieron obligados a subir a pie hasta la cuarta. Fatigosamente Mariví, con mayor agilidad Lilian y con absoluta ligereza el policía, que remató el ascenso sin denotar el menor cansancio. Se llamaba Fernando Costa y era un hombre de mediana estatura y anchos hombros, que rondaría la treintena. Al conocerlas, se

había quedado mirando a Mariví con aire comprensivo, como si estuviera más que acostumbrado a tratar con mujeres con el semblante irreconocible por los moratones y los golpes, pero no hizo el menor comentario a ese respecto.

El piso en el que había vivido con Gabriel impresionó a Lilian por la miseria que traslucía su interior. Aunque el edificio no permitía adivinarlo, pues, aunque antiguo, denotaba cierto nivel, la vivienda era un desastre. Nada más entrar, estuvieron a punto de resbalar en un charco que en el suelo olía a agrio. Había además restos de platos rotos por todas partes. El piso constaba de una sala de estar de regulares dimensiones, en la que se apiñaban un raído sofá y un televisor de primera generación sobre un banco de madera, junto a una mesa camilla y dos sillas de anea. Daba acceso esa habitación a un dormitorio, con la cama deshecha y con múltiples enredos, y a un aseo con más enredos y con los sanitarios averiados. Pudo comprobar que la cisterna del inodoro no funcionaba, que la oxidada alcachofa de la ducha estaba caída en el suelo y que el lavabo ostentaba unos chafarrinones negruzcos como si nadie se hubiera preocupado de limpiarlo en semanas o quizás en meses. Por otra puerta del cuarto de estar se accedía a una cocina minúscula, abarrotada de chismes y que, como toda la casa, olía a agrio y a repollo cocido.

Sin que su semblante manifestase la penosa impresión que le estaba produciendo la vivienda, acompañó Lilian a Mariví al dormitorio, donde encima de la cama vio una maleta llena de ropa. ¿Cómo habría podido haber vivido esta así durante cinco años?, se preguntó ella, que siguió preguntándoselo cuándo poco después descendieron la escalera y recalaron en el portal, ya que en el buzón, encontraron el aviso de un burofax enviado por el dueño del piso, reclamándole a Gabriel el pago de la renta.

Mariví se encogió de hombros al reconocer que efectivamente llevaban varios meses sin pagarla.

—¿Cuánto le habéis dejado a deber?, —le preguntó Lilian.

—Pues… pues no lo sé. Seis o siete mensualidades.

—¿Y a nombre de quien formalizasteis el contrato de arrendamiento?, —insistió pacientemente, sin alterarse ante la expresión bobalicona de su amiga.

Volvió Mariví a encogerse de hombros como si esa cuestión le fuera totalmente ajena.

—A nombre de Gabriel, supongo, porque yo no firmé nada. Esos asuntos no me los comentaba. Solo sé que ayer vino el dueño a verle. Estaba furioso, pero Gabriel había salido y me dijo entonces que volvería más tarde.

—¿Y volvió?

—No lo sé. Estaba cansada y me fui a dormir temprano.

Se había mudado la chica a la casa de Lilian la misma mañana en la que se presentó en su despacho y regresaron allí con la maleta de esta y con los escasos objetos que había recogido del piso. Lilian le había recomendado que no saliera por el momento del chalet en ninguna circunstancia hasta que la policía diera con el maltratador y le fuese notificada la Orden de Alejamiento. La dejaba por las mañanas acompañada de Leocadia, la mujer que le hacía la limpieza. Una mujerona alta y fornida, que había trabajado con anterioridad en el campo y que se comprometió a cuidar de que ningún extraño pudiera entrar en la casa hasta que regresara Lilian al anochecer. Le había repetido esta hasta el aburrimiento que impidiera incluso que Mariví saliera al jardín.

Desgraciadamente sus previsiones no resultaron acordes con la realidad. La policía no había encontrado a Gabriel en el piso de la calle Malasaña, cuando, a raíz de la denuncia, había ido a detenerle. La portera del edificio no le dio ninguna pista a ese respecto y ninguno de los vecinos le había visto en las últimas horas ni tenía conocimiento de a donde hubiera podido dirigirse para esconderse y evitar así que los agentes pudiesen localizarle.

Lilian había empezado a inquietarse seriamente. Nadie parecía haber contado con que él desapareciera de improviso después de la última paliza que le había dado a Mariví. Quizás había sospechado lo que se avecinaba como consecuencia de esa tunda y como medida de precaución había decidido poner tierra por medio. Eso fue lo que pensó en un primer momento, pero no tardó en comprobar que el cariz que tomaba aquel asunto no era precisamente halagüeño.

Fue precisamente tres días más tarde. Marzo estrenaba el anuncio de la próxima primavera con un ambiente frío y húmedo, retrasando

imperceptiblemente las horas en las que el atardecer poblaba de sombras la ciudad, Se encontraba esa mañana en su despacho, cuando tras escuchar unos golpecitos en la puerta, se presentó Pablo, el único compañero joven y soltero del bufete. Se había interesado Lilian por él desde que terminara con Alfonso, aunque se había cuidado muy bien de disimularlo, pese a que también él parecía disfrutar con su compañía. Desde que dos años antes rompiera con la mujer con la que vivía, acostumbraba a aprovechar todos los momentos que su trabajo le dejaba libre para mantener con ella largas conversaciones. Le atraía a Lilian porque era un hombre atractivo y también porque representaba para ella el polo opuesto al de Alfonso, cuya característica más notoria era su alocada e inconsciente inmadurez, que se reflejaba en su ilusorio optimismo. Por el contrario, la fisonomía de Pablo, conforme con su carácter, respondía a la de un erudito profesional de la abogacía, con sus gafas de concha y su aire ausente, así como por su impecable indumentaria. Era alto y enjuto, con el cabello y los ojos castaños y solía tratarla a ella con afectuosa condescendencia, quizás por la diferencia de edad o quizás también porque ya gozaba de cierto prestigio profesional cuando a Lilian la habían contratado como pasante. Se había especializado en derecho civil y probablemente porque solían ser poco rentables los asuntos penales, tanto él como sus otros dos compañeros le endosaban a ella los que le encargaban al despacho.

—¿Y cómo va el asunto de tu amiga maltratada? ¿Ha conseguido ya la policía dar con el tipo que le hacía la vida imposible?, —le preguntó con la evidente intención de iniciar la conversación con un tema que a ella pudiera interesarle.

Meneó Lilian negativamente la cabeza y dejó escapar un suspiro de desaliento.

—No. Ese tipo debía saber que, de haber permanecido en el piso en el que vivían los dos, la policía le habría detenido inmediatamente y habría pasado la noche en el calabozo. La noche o las setenta y dos horas de que dispone la policía para retenerle antes de ponerle a disposición judicial, por lo que ha puesto pies en polvorosa. El caso es que estoy preocupada. Mariví es incapaz de continuar encerrada en mi casa sin salir a la calle durante mucho tiempo más. Se queda por las mañanas con la señora que me hace la

limpieza, que es una mujerona alta y muy fuerte, que se ha comprometido conmigo a no dejarla sola hasta que regrese yo por la tarde, porque me temo que él ande buscándola por toda la ciudad.

Esbozó Pablo un gesto de escepticismo.

—Madrid es muy grande. Es bastante improbable que se la tropezara, en el supuesto de que tu amiga decidiera dar un paseo.

—Sí, pero hay otros medios y los maltratadores parecen tener un olfato especial para localizar a sus víctimas. Yo contaba con que…

La interrumpió él con la suficiencia con la que solía hablarle.

—¿Con qué contabas? De haberle podido detener la policía el día en el que tu amiga vino a pedirte que te ocuparas de su caso, ese hombre estaría libre ya, en la calle con una Orden de Alejamiento judicial y esperando el juicio, que tardará lo acostumbrado en celebrarse, o sea, un mes. ¿Cuál sería la diferencia?

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido mientras tabaleaba con un lápiz sobre la mesa.

—En la práctica quizás ninguna, —reconoció a su pesar—. Se le ha asignado a Mariví un policía de la Unidad de Prevención, Asistencia y Protección, con el que puede estar en contacto permanente mediante un teléfono móvil y dispone de pulsera electrónica con GPS para hacer efectiva la prohibición de que se le aproxime él, pero… pero no sé. Me hubiera gustado que ese hombre pasara unos días en el calabozo. Quizás hubiera aprendido así que las mujeres no son esteras a las que se les puede sacudir. Además, tengo la sensación de que está cerca y de que la está vigilando, esperando su oportunidad.

Se quedó pensativo Pablo con la mirada perdida más allá de la ventana.

—¿No te habrás involucrado demasiado en ese asunto? Habrás tenido otros casos similares.

—Sí, —le interrumpió ella—. Sí los he tenido, pero en ninguno de ellos me llevé a la víctima a mi casa. Mariví es amiga mía desde hace mucho tiempo. La conocí en la facultad en primero de carrera y congeniamos inmediatamente. Por las tardes, nos reuníamos en casa de sus padres o en la de los míos para estudiar y nos convertimos en inseparables. Después, cuando conoció a Gabriel, nos distanciamos porque él era muy posesivo y

ella… bueno, perdió completamente la chaveta. No hablaba de otra cosa ni se interesaba por nada que no gravitase en torno a ese tipo. Cuando se fue a vivir con él, perdimos paulatinamente el contacto hasta que llegó a ser inexistente. Imagina lo que sentí al verla aparecer el otro día en el despacho, convertida en un triste remedo de lo que fue. Porque puedo asegurarte que mientras fuimos estudiantes era guapísima.

—¿De veras?, —fingió interesarse distraídamente Pablo.

Sabía Lilian que este se la había tropezado cuando salió de su despacho la mañana en la que se había presentado intempestivamente. La había acompañado ella hasta la puerta del piso y había podido constatar que su compañero no le había dirigido a su amiga dos miradas seguidas. Aunque ciertamente el aspecto de esta distaba mucho de ser el que fue, inconscientemente se extrañó del nulo impacto que producía ahora entre el elemento masculino. Interesada en conocer la opinión de él a ese respecto, se lo preguntó.

—¿Qué te pareció Mariví? ¿Te fijaste en ella?

Clavó Pablo sus ojos castaños en el semblante de Lilian y luego se encogió de hombros con vaguedad.

—¿Que qué me pareció? Pues…

—Sí, lo que quiero saber es si la encontraste llamativa, guapa, agraciada, anodina o qué. ¿Qué te pareció?

Volvió él a encogerse de hombros.

—No me pareció nada. Si tuviera que hacer un retrato robot de ella, no sabría por dónde empezar. Creo que… sí, que era demasiado alta y… —arrugó el entrecejo para concentrarse y al efectuar ese gesto las gafas le resbalaron por la nariz, por lo que se las colocó en su lugar con un dedo. Después ratificó esa apreciación—… sí, demasiado alta y desgarbada. Con mal tipo y…

—¿Con mal tipo?, —se escandalizó Lilian—. No tienes ni idea. De haber querido, hubiera podido trabajar como modelo. O mejor aún, dedicarse al cine, porque para modelo le sobraban entonces algunos kilos.

—¿Sí? —volvió a interrumpirla, demostrando que le aburría el tema que estaban comentando. Seguidamente se inclinó hacia la mesa tras la que

estaba sentada con otra expresión diferente—. Y por cierto quería preguntarte si tienes algún plan para este fin de semana. He pensado que…

No llegó a terminar la frase. El móvil de ella dejó escapar el agudo tintineo con el que anunciaba el envío de un mensaje y Lilian lo extrajo de su bolso y en cuanto abrió el SMS fijó la mirada en el visor del aparato. No recordaba a nadie con ese número. Terminaba en tres doses y estaba segura de que no pertenecía a ninguna de las personas que conocía, por lo que se aprestó a leerlo con poco interés. En un primer momento se quedó impasible como si no entendiera el texto de ese mensaje, pero después fue palideciendo paulatinamente y terminó por pasar una húmeda mano por su frente.

Pablo la observaba con atención con la cabeza ladeada y su habitual expresión de profesor distraído.

—¿Qué te pasa? ¿Te han comunicado una mala noticia?

Aún desconcertada, desvió ella la mirada del texto que había leído para clavarla en él, como si regresara de muy lejos y acabara de percatarse de su presencia. Luego, sin decir palabra, le tendió el móvil y él leyó en voz alta el mensaje con las cejas enarcadas:

> "*Te aconsejo que te metas en tus asuntos y que nos dejes en paz a Victoria y a mí. Sé dónde vives y que ella está contigo. Si continúas entrometiéndote, tendrás que atenerte a las consecuencias*".

No se identificaba, pero tampoco era necesario. Era obvio que el remitente era Gabriel y que la estaba amenazando. Sin articular palabra le devolvió él el aparato y luego respiró hondo.

—Bueno, es relativamente frecuente que los maltratadores arremetan contra el abogado de su expareja, como si tuviéramos nosotros la culpa de que su relación se haya roto. ¿Le conoces? ¿Sabes qué aspecto tiene?

Fue Lilian a iniciar un gesto negativo, pero no llegó a realizar el ademán al recordar que su amiga le había entregado una fotografía de los dos, que había sido tomada el verano anterior y que había insistido mucho en que la

llevara consigo por si coincidían en la calle o se hacía él el encontradizo con cualquier excusa.

—No le conozco, pero sí sé qué aspecto tiene. Te la voy a enseñar. La tengo aquí, en el bolso.

Revolvió en su interior para extraer poco después la fotografía para mostrársela. Él examinó atentamente a la pareja que aparecía en la instantánea con el mar a su espalda. Un tipo alto y corpulento, con una gorra en la cabeza que le sombreaba la frente y unos gafas oscuras sobre los ojos, que se apoyaba en un murete que debía pertenecer al paseo marítimo de una playa, con el brazo sobre los hombros de una mujer espectacular de melena cobriza. Los dos sonreían a la cámara con expresión de felicidad.

—¿Es este?, —le preguntó sin levantar la mirada de la fotografía que sostenía entre los dedos.

—Sí. Aunque no se le ve bien, creo que es un hombre guapísimo. Mariví dice que parece un galán de cine.

Por el semblante de Pablo cruzó una sombra de duda.

—¿Sí? A mí me parece que la que es guapísima es ella.

—¿De veras?

—Sí, es una preciosidad.

Durante una décima de segundo sintió Lilian que retrocedía en el tiempo, que regresaba a los años en los que las dos asistían a la facultad de Derecho. A la época en la que el papel que ella representaba era el de la amiga insignificante de una mujer de bandera, que llamaba la atención por dondequiera que fuesen las dos. Después, al seguir caminos distintos, había logrado Lilian adquirir algo de seguridad en sí misma al constatar que en solitario podía gustar también al sexo contrario. Había conocido entonces a Alfonso y durante los dos años largos en los que habían mantenido una intensa relación fue consolidándose su autoestima, aunque se evaporó de pronto, sin previo aviso, en la cocina del piso en el que vivían, cuando él le dijo adiós dejándole un vacío hondo y una sensación de fracaso que le había costado mucho superar. Había recompuesto después su vida volcándose en su trabajo e ignorando al sexo contrario, como si inculpara al colectivo masculino del desengaño del que solo aquel era responsable y poco a poco había ido a recuperando la confianza en sí misma que había perdido.

Sintió que aquella etapa que compartió con Alfonso había quedado definitivamente atrás, cuando conoció a Pablo. Ocupaba él el despacho contiguo al suyo y cuando la contrataron como pasante en el bufete, notó que la seguía con la mirada cuando se cruzaban por el pasillo. Por Anita, la secretaria, que conocía al dedillo los chismes de todos los que trabajaban en la oficina y disfrutaba comentando esos cotilleos con todo el que se prestaba a escucharla, supo después que él había terminado recientemente con la chica con la que vivía. Quizás por esa razón parecía ausente cuando se reunían en la sala de juntas para discutir algún tema jurídico. Se animaba sin embargo un tanto, cuando Lilian pasaba al despacho de él para pedirle su opinión sobre alguna de las cuestiones que le habían endosado los otros dos abogados del bufete o el propio Pablo, casi siempre la defensa de un delincuente de poca monta, que bajo los efectos de las drogas había entrado a robar en un establecimiento o en una vivienda y que pertenecía a una familia adinerada. Y también la separación o el divorcio de las parejas jóvenes, con pocos medios, cuyo procedimiento judicial ocasionaba mucho trabajo y poco dinero. Los asuntos que no estaban dispuestos a llevar ninguno de los otros tres.

Había puesto Lilian todo su esfuerzo y todo su interés en defender los intereses de esos clientes poco importantes y cuando pudo constatar la consideración y el respeto que por el trabajo que había desempeñado podía captar en la mirada de sus tres jefes, sintió que al tiempo se incrementaba también su propia autoestima.

Pero esa valoración de sí misma acababa de evaporarse con el comentario que Pablo acababa de efectuar, como si la llevase a flor de piel y no hubiera llegado a forjar en su interior la suficiente consistencia. Quizás porque Pablo había sido el único por el que se había interesado desde que rompiera con Alfonso. Él no había pasado de insinuarse de cuando en cuando con vaguedades que no acababa de concretar y en ese momento se sintió herida.

—Ella es Mariví, —puntualizó secamente.

Sin imaginar el efecto demoledor que le había producido su comentario, le devolvió él la fotografía.

—¿De veras? ¿Es esta tu amiga? Pues nadie lo diría. No se asemeja en nada a tu visitante de la otra mañana.

Se quedó mirándola inexpresivamente, pero de improviso pareció recordar algo, porque se puso en pie de un salto.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder. ¿Sabes el número del móvil del policía que le ha sido asignado a tu amiga?

—Sí, claro, tienes razón. Debo llamarle para que rastree la zona desde donde ha efectuado la llamada, pero es preciso que nos demos prisa. Si me lo ha enviado desde la calle, puede cambiar de ubicación en pocos segundos. No sé en qué estoy pensando. Es que el mensajito me ha dejado medio atontada.

Marcó el número con una mano temblorosa e instantes más tarde oyó una voz masculina al otro lado del hilo.

—Soy Lilian Valero, la abogada de Victoria Díaz, —empezó con voz clara y aparentemente tranquila—. Es usted Fernando Costa, ¿verdad?

—Sí, sí, dígame. ¿Ocurre algo?

—Verá. Acabo de recibir un mensaje amenazador de la expareja de ella. ¿Le basta para localizarle a él conque le diga el número desde el que me ha llamado o necesita que le lleve a la comisaría mi móvil?

La voz del policía sonó tranquilizadora.

—No es necesario que haga una cosa ni la otra. Ya hemos detectado ese mensaje y estamos triangulando la posición del móvil de él. No se preocupe que no tardaremos en detenerle.

Le dio la impresión de que su interlocutor estaba deseando cortar la comunicación, por lo que se despidió apresuradamente de él.

—Gracias. ¿Puedo pedirle que me llame después para decirme lo que haya averiguado? Se lo agradecería.

Él cortó en seco la conversación.

—Sí, claro. Adiós.

Un par de horas más tarde sonó nuevamente el móvil de Lilian. Pablo se había marchado a su despacho ya a recibir a una visita e incapaz de concentrarse en el trabajo por la inquietud que experimentaba, había permanecido durante ese lapso de tiempo acodada a ratos en la mesa tabaleando con un lápiz sobre su superficie y a ratos paseando por la

habitación como un león enjaulado. Rememoraba una y otra vez las palabras del mensaje de Gabriel y la amenaza que encerraba cada una de sus frases. ¿Qué pensaría hacer aquel tipo? ¿Presentarse en su casa de improviso para agredirlas a las dos? En la fotografía había podido comprobar que le sacaba a Mariví más de la cabeza por lo que ella apenas si le llegaría al hombro. ¿Serían capaces de defenderse de aquel hombre, si aparecía por la noche cuando estuviesen acostadas y durmiendo? Notó que un sudor frío le resbalaba por la frente y que le temblaban las rodillas. No se había visto nunca en una situación parecida y no estaba muy segura de saber reaccionar oportunamente si llegaba el caso. ¿Por qué no le detendría de una vez la policía y subsiguientemente el juez de violencia de género le enviaba directamente a prisión? Solo en ese caso podrían vivir tranquilas, porque estaba completamente segura de que la Orden de Alejamiento que le prohibía acercarse a menos de quinientos metros de Mariví no le había hecho la menor mella.

En ese preciso instante sonó la señal de llamada de su móvil. Para calmar sus nervios estaba recorriendo el despacho a largas zancadas y se encontraba junto a la puerta, en el punto más alejado de su mesa de despacho, pero echó a correr hacia esta y se llevó el aparato al oído.

—Diga, diga, —casi gritó.

A través del aparato oyó la pausada voz de Fernando Costa.

—Lo siento, hemos llegado tarde.

Lo decía sin alterarse, sin imaginar aparentemente que ella estaba al borde de un ataque de nervios que él hubiera podido evitar de haber actuado con mayor celeridad.

—¿Cómo que han llegado tarde? ¿Dónde estaba él?

—En el parque del Retiro, —le aclaró con voz neutra— precisamente junto al estanque, pero cuando hemos llegado no había nadie ya.

—¿Nadie?

—Bueno… sí, unos niños con sus mamás y un par de ancianos tomando el sol, pero ningún hombre que pudiera ser Gabriel García.

—Ningún hombre, —repitió Lilian como anonadada—. ¿Y qué vamos a hacer ahora? Ese desgraciado se puede presentar en mi casa esta noche, ¿no lo entiende?

—Claro que lo entiendo y haremos todo lo posible, pero carecemos de efectivos suficientes, porque desgraciadamente el caso de su amiga no es el único. Dígame, ¿tiene instalada alarma en la casa?

—Sí, sí.

—¿Y rejas en las ventanas? Sé que vive en un chalet. ¿Tiene rejas en las ventanas?

—Sí, en la planta baja, sí.

—¿Y la puerta de entrada es sólida?

—Sí, y con mil cerrojos. ¿Pero es que no van a venir esta noche a vigilarla por si decide hacernos una visita?

La voz de él vaciló ahora ostensiblemente.

—Bueno, no parece muy probable que eso suceda. El juez ha dictado Orden de Alejamiento y…

—¿Y cree que a ese hombre le importa algo lo que diga el juez?, —masculló Lilian enfurecida.

—Pero si quebranta esa Orden irá a prisión con toda seguridad —alegó él como disculpándose—. No creo que se atreva.

—¿Y cuándo supone que irá a prisión?, ¿antes o después de que nos rebane el cuello a las dos?, —le gritó—. Los impuestos que pagamos deberían servir para que la policía nos proteja en casos como este.

A través del hilo creyó oír un desalentado suspiro.

—Estoy completamente de acuerdo con usted, pero ya le he dicho que el caso de su amiga es sumamente frecuente y que el presupuesto que tenemos asignado no da para proporcionar la suficiente protección a todas las mujeres que denuncian violencia de género. Además, siguiendo el protocolo de valoración del riesgo en el que se encuentra doña Victoria, ha sido calificado este de bajo.

—Pues me parece estupendo, —rezongó ella con sarcasmo.

Él continuó como si no la hubiera oído.

—De todas formas, me ha dado la impresión de que usted es una persona con la cabeza bien amueblada que no se deja intimidar con facilidad. Tengan las dos el móvil a mano y que su amiga no se desprenda de la pulsera electrónica. Ante la menor señal de peligro acudiremos inmediatamente. Y no se preocupe.

—No, claro que no, —refunfuñó indignada—. Me ha dejado usted absolutamente tranquila y satisfechísima ante la perspectiva de la noche que se avecina, que sin duda se desarrollará sin sobresaltos. No había caído en la cuenta hasta este momento de lo maravilloso que es disponer de un sistema de alarma, de rejas en las ventanas en la planta baja y de cerrojos en la puerta de entrada. Además tengo perro. Un cachorrito juguetón Golden Retriever de cuatro meses, que recibe con grandes muestras de satisfacción a todos los desconocidos que se presentan en mi casa Estoy tranquilísima al disponer de todas esas medidas de seguridad. Buenas tardes.

Cortó la llamada y se repantigó en la butaca para inspirar aire con una acusada sensación de irrealidad. ¿Cómo era posible que aquello le estuviese sucediendo a ella?

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Había anochecido ya, cuando llegó Lilian a su casa tras salir del despacho, después de recibir a la última visita de la tarde y de despedirse de la secretaria. Le había comunicado esta que durante la mañana la había llamado Leocadia, la asistenta, para decirle que se había puesto enferma y que se marchaba a la consulta de su médico, por lo que había procurado terminar con el trabajo que tenía pendiente lo antes posible para no dejar tanto tiempo sola a Mariví con aquel hombre rondando por las cercanías. Pese a lo que se había propuesto, era ya noche cerrada cuando detuvo su automóvil frente a la verja. Antes de activar con el mando automático la puerta del jardín, oteó los alrededores. La calle estaba silenciosa y tranquila sin que un solo transeúnte la cruzase ni un automóvil la recorriese, contaminándola con la humareda de su tubo de escape. Como siempre. Había sido ese uno de los motivos que la habían animado a comprar el chalet que tenía ante sus ojos. La tranquilidad del lugar en el que estaba enclavado y también su precio. Ciertamente la edificación acusaba los años que habían transcurrido desde que había sido construida y precisaba múltiples reparaciones que aún no había tenido tiempo de acometer, pero su diseño seguía siendo artístico y nostálgico, con el lucernario en forma de torreta que sobre el tejado quedaba medio oculto entre los árboles del jardín y sus ventanales, ovalados en su parte superior.

Dirigió ahora su mirada hacia la verja que rodeaba el jardín. De piedra berroqueña, de no más de un metro de altura que cualquiera podría saltar sin realizar un gran esfuerzo. No se había fijado anteriormente en ese detalle, porque además esa cerca era similar a la de los restantes hotelitos de la calle, pero en ese momento sintió una sacudida al percatarse de la nula protección que podía suponer para Mariví y para ella si Gabriel se

arriesgaba a quebrantar la Orden de Alejamiento y decidía hacerles una visita. Después de leer el mensaje que le había enviado a su móvil, esa posibilidad le parecía más que probable. ¿Y qué sucedería entonces? ¿Llegaría la policía a tiempo de impedir que las apuñalase a las dos o las encontraría ya sin vida y pasarían simplemente a figurar en la estadística de aquella como dos víctimas más de la escalada de violencia de género que proliferaba últimamente de una forma alarmante?

Inspiró aire para darse ánimos y pulsó el mando automático de la cancela del jardín que daba paso directamente al garaje, hacia el que se accedía por un camino enlosado. Se comunicaba aquel directamente con la vivienda mediante una puerta blindada que daba paso a la cocina, pero decidió salir al exterior para dar una vuelta alrededor del edificio. Cruzó por delante de la puerta de entrada, también blindada, que había encargado instalar recientemente, y siguió hasta la parte posterior, deteniéndose frente al tragaluz que iluminaba el sótano, excavado bajo la cocina. Era estrecho y largo, sin reja y tenía el cristal roto, por lo que había pedido la semana anterior a un taller cercano que se lo reparasen, dotándolo además de unos sólidos barrotes. No era fácil que por ese ventanuco pudiera penetrar un adulto. Tendría que ser un tipo muy delgado y con las habilidades propias de un contorsionista, pero en ese instante le pareció un posible acceso a la vivienda, que anulaba las medidas de seguridad que para impedir la intrusión de un extraño le había recitado al policía. Lo examinó durante unos instantes con el ceño fruncido y finalmente extrajo el móvil de su bolso para llamar a la cerrajería.

Le contestó una voz de hombre que se apresuró a disculparse.

—¿Hoy? Imposible. Quedamos en arreglárselo la semana que viene. ¿No lo recuerda?

Se acordaba perfectamente, pero cuando lo había encargado no se había presentado aún Mariví en su despacho ni Gabriel la había amenazado todavía. Su vida hasta entonces había sido rutinariamente placentera, mientras que en ese momento experimentaba una inquietante sensación de peligro.

—Bueno, sí, si lo recuerdo, —reconoció a su pesar—. ¿Pero no podrían darle prioridad sobre los otros encargos que tengan? Me urge mucho,

porque por esa ventana…

—¿Le preocupa que pueda entrar en su casa un ladrón?, —se interesó el hombre—. ¡Bah! No se preocupe por eso. El hueco es demasiado estrecho.

—Pero…

—La semana que viene sin falta, —repitió su interlocutor—. La llamaré a su móvil para que haya alguien en su casa cuando vayamos.

Y colgó. Había colgado tan satisfecho, por lo que Lilian se quedó mirando su aparato con una inmensa sensación de impotencia, preguntándose por qué si su mundo había cambiado tanto de improviso nadie era capaz de advertirlo.

Cansinamente volvió a guardarlo en su bolso e inició el regreso hacia la puerta de entrada. Levantó entonces la vista hacia las ventanas de la segunda planta. Carecían de reja, pero no era fácil que un intruso pudiera alcanzarlas, porque ninguno de los árboles del jardín crecía lo suficientemente cerca como para poder llegar hasta ellas trepando por sus ramas. Suspiró más tranquilizada y siguió camino. Bastaría con echar los mil cerrojos de la puerta que comunicaba el sótano con la cocina, se dijo. Aunque Gabriel fuese capaz de introducirse por el tragaluz, lo que no le parecía probable, dado que era un tipo alto y muy fornido, no lograría penetrar en la vivienda.

Se lo repitió a sí misma varias veces y seguía repitiéndoselo al abrir el portón y entrar en el vestíbulo, una amplia estancia de techo altísimo, con una escalera adosada a la pared de su derecha. Terminaba en una galería corrida sobre aquel, rematada por una barandilla de hierro forjado, que daba acceso a los dormitorios. Durante el día lo iluminaba el lucernario que en forma de torreta había sido construido sobre esa planta, cuya claridad se expandía igualmente hasta el recibidor, pero a esas horas, en las que ya había anochecido, su cristalera no filtraba otra cosa que la oscuridad reinante en un firmamento teñido de negro, por lo que accionó el conmutador de la luz y la lámpara del techo aclaró las sombras que lo envolvían.

Aunque había transcurrido más de una semana desde que lloviera por última vez, el vestíbulo olía a humedad. Por el momento lo había amueblado ella con un viejo tresillo tapizado en pana granate que había

pertenecido a la casa de sus padres y que contribuía a proporcionar a esa habitación un aire trasnochado, apropiado para otra época y para otros habitantes de mucha mayor edad. Lo advertía Lilian cada vez que entraba en la casa, pero en el presente y aunque sus ingresos no eran despreciables, no podía permitirse el lujo de acometer la reforma de todo el edificio al mismo tiempo.

Una bolita peluda de color canela bajó la escalera como una tromba y salió a recibirla con grandes muestras de satisfacción. Brincó a su alrededor, se empinó sobre sus cuartos traseros para patear sus pantalones y emitió toda suerte de ladridos de júbilo, igual que la tarde anterior y que la anterior, sin reparar en el aspecto macilento de su dueña. Esta olvidó por un instante sus preocupaciones para agacharse y tomar en sus brazos al cachorro.

—¡Hola Peluche, hola pequeñajo!, ¿te has portado bien? ¿Cuántas alfombras has agujereado hoy y cuantas figuritas de porcelana has tirado al suelo?

El perrito le contestó con un alegre ladrido, difícil de interpretar, y Lilian se encaminó hacia la sala de estar, cuyas puertas de dos hojas se abrían al fondo, a la izquierda de la escalera. Mariví se hallaba sentada en el sofá de piel blanca, bajo uno de los dos grandes ventanales. Había encendido la chimenea, que caldeaba la habitación esparciendo por la planta baja su olor a leña y debía de haber estado hojeando una revista. La había dejado caer al suelo al oírla entrar y se encontraba agachada sobre sí misma como si, aterrorizada, se dispusiera a levantarse de un salto para echar a correr. Lilian pudo leer claramente el miedo en sus pupilas cuando levantó los ojos hacia ella.

—¡Ah!, eres tú, —musitó con un suspiro de alivio.

—Claro que soy yo. ¿Quién iba a ser? —replicó Lilian, fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Mariví emitió una risita falsa, retirándose su lacia melena del rostro, que empezaba ya a deshinchársele recuperando sus contornos. Los moratones que habían circundado sus párpados habían ido perdiendo intensidad y descendían ahora por sus mejillas, tiñéndolas de un color verdoso. Pensó Lilian que en esos momentos no era más que el triste remedo de la chica

preciosa que había sido, aunque tampoco podía considerársela ya como el prototipo de la mujer apaleada, con cuya apariencia se había presentado en el despacho de Lilian, tres días antes. Los antiinflamatorios que le había recomendado el forense habían ido haciendo su efecto y también los paños fríos que se aplicaba sobre el rostro.

—Claro, claro… —musitó, recogiendo del suelo la revista—. Es que yo… Tengo que acostumbrarme a mi nueva situación, ¿comprendes? Olvidarme de la existencia de Gabriel y empezar de nuevo. Porque aquí no me podrá encontrar, ¿verdad?

—No, claro que no. ¿Y Leocadia?

—Se acaba de marchar.

Dudó Lilian en referirle el mensaje que había recibido en el móvil esa tarde en el despacho, pero finalmente decidió que era preferible ponerla sobre aviso y tomó asiento a su lado con el cachorro en brazos.

—Pues… pues verás. Tengo que contarte una cosa. Gabriel ha averiguado que vives conmigo, pero no te preocupes porque he hablado con Fernando Costa y…

Su amiga se apresuró a interrumpirla.

—¿Con Fernando Costa? ¿Quién es Fernando Costa?

—Es el policía que te ha sido asignado para que te proteja, —le aclaró pacientemente, recordando que Mariví no solía retener los nombres de las personas que no veía a diario—. Como te decía, he hablado con él. Le he llamado al recibir el mensaje de Gabriel y…

Su amiga volvió a interrumpirla.

—¿El mensaje? ¿Y qué te decía en ese mensaje?

Se limitó Lilian a entregarle su móvil y a pasarle un brazo sobre los hombros mientras su amiga leía el texto, sosteniendo ella al perro sobre su regazo. Luego Mariví le devolvió el aparato con expresión demudada.

—Sabe que estoy aquí.

—Sí, pero el policía me ha dicho…

—Te estoy poniendo en peligro a ti también, —la atajó inquietísima—. De lo que te dice Gabriel, se deduce que piensa tomarse la revancha contigo si no vuelvo con él y no puedo permitirlo. Creo que debería marcharme a otro lugar. ¿Pero a dónde?

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido.

—No te preocupes por eso.

—Sí, sí me preocupo. ¿Qué opciones tenemos?

—Podríamos solicitar mañana una casa de acogida, donde no te podría localizar por el momento y donde estarías segura.

—Eso no solucionaría nada. Te asaltaría a ti en cualquier lugar y te obligaría a decirle donde me había escondido. Aunque sea una mala bestia, Gabriel es un tipo muy listo. Estoy segura de que me perseguiría hasta el fin del mundo. Me lo repetía constantemente.

—¿Que te perseguiría hasta el fin del mundo?

—Sí, en todas las ocasiones en las que intenté dejarle. Se ponía como una fiera, me pegaba y me aseguraba que no permitiría nunca que le abandonase. Ya has visto que no ha tardado más de tres días en dar conmigo. ¿Qué vamos a hacer?

Le hubiera gustado a Lilian poder darle una respuesta, pero tampoco a ella se le ocurría nada en ese momento que pudiera resolver satisfactoria y definitivamente la difícil situación en la que se encontraba Mariví.

—¿Y si te marcharas al extranjero durante una temporada?, —le sugirió al fin—. Podríamos buscarte un trabajo. En Australia, por ejemplo, que está lejísimos. Como Gabriel no tiene dinero, no podría seguirte aunque averiguara tu paradero. Al cabo de un par de años podrías regresar y probablemente para entonces se habría olvidado de ti.

La vio menear dubitativamente la cabeza.

—¿Y de qué podría trabajar en Australia? No conozco más idioma que el español y lo único que sé hacer relativamente bien es vender bolsos y limpiar laboratorios. ¿Quién me iba a contratar sin conocerme, sin saber australiano y sin…?

Lilian la interrumpió.

—Creo que el idioma que se habla en Australia es el inglés.

—¿Y qué?, tampoco sé inglés, ya te lo he dicho.

—¿Y no tienes parientes lejos de Madrid? ¿En algún pueblo lejano, por ejemplo?

Lo consideró Mariví con la cabeza baja. Un mechón de cabello, liso, sin brillo y desaliñado, le había resbalado sobre la frente impidiéndole la

visión. Se lo retiró desanimada.

—No, nadie que yo recuerde. Quiero decir, nadie que estuviera dispuesto a admitirme en su casa durante una temporada larga, sabiendo que Gabriel me estaba acechando. Las mujeres que se encuentran como yo, perseguidas por un animal, no suelen ser acogidas en ninguna parte, porque suponen un riesgo. Tú eres una excepción y nunca te lo agradeceré bastante.

Se quedaron calladas las dos y el perrito, quizás entendiendo que no recibía de su dueña toda la atención que merecía, emitió un gruñido de descontento. Mariví le dedicó una mueca desdeñosa, apartándose en el sofá de Lilian y de él.

—No sé cómo puede gustarte tanto ese chucho, —comentó entre dientes —. Lo rompe todo, no para quieto un momento y a veces hasta hace sus necesidades levantando la pata en la cómoda de tu cuarto. Yo de ti…

—No es verdad, —se enfadó Lilian—. Peluche rompe cosas y brinca sin parar, porque es un cachorro, pero no hace sus necesidades en la cómoda de mi cuarto. Ya ha aprendido a controlarlas hasta que sale al jardín.

—Que huele que apesta, —refunfuñó Mariví, dirigiéndole al animalito una mirada aviesa.

Como si hubiera captado la animadversión que le inspiraba a la amiga de su dueña, el cachorro le enseñó los dientes, lo que motivó que la chica se pusiera en pie, apartándose del sofá.

—¿Quieres que prepare la cena? Debes de estar cansada después de haber estado trabajando todo el día en el despacho. ¿Con quién has comido?

—Con Pablo y con Tarsicio, el otro compañero. Don Eulogio es el socio fundador y el de más edad. Tiene un enorme prestigio y se marcha siempre a su casa al mediodía, —repuso Lilian levantándose también—. Suelo comer con los dos primeros y con Anita, la secretaria, en una cafetería cercana para no perder tiempo, porque recibimos visitas por la tarde y de esa forma ganamos tiempo, ya que…

—Ya que tienes mucho trabajo, —terminó Mariví por ella.

—Sí, afortunadamente sí, no me puedo quejar.

Pareció vacilar su amiga, como si no se atreviera a preguntárselo. Al fin se decidió, con la mirada fija en la oscuridad del jardín que adivinaba a través del cristal de la ventana.

—¿Y…? ¿Y no sales con nadie?

—Sí, claro que sí. ¿Por qué?

—Te pregunto si sales con alguien en especial.

Se había vuelto hacia ella desde el otro extremo del sofá y Lilian examinó su expresión. Parecía verdaderamente interesada en conocer su respuesta.

—Salir, lo que se dice salir, salgo a veces con Beatriz, la procuradora con la que trabajo, y con algunas amistades más. ¿Por qué?

Se encogió Mariví de hombros algo azarada.

—No… me extrañaba… me extrañaba que no tengas novio ni pareja y que no te hayas casado, valiendo, como vales, una barbaridad. Eres la mejor amiga que he tenido y… yo siempre te he admirado. Supongo que te darías cuenta cuando íbamos a la facultad.

Lilian se quedó sin habla. ¿Que la había admirado? Era la otra la que brillaba con luz propia donde quiera que fuesen las dos, la que atraía todas las miradas y la que recibía todas las proposiciones de los que las rodeaban. ¿Qué había admirado en ella? ¿Que fuera estudiosa y que se hubiera resignado a representar junto a la otra el papel de segundona?

—¿Me admirabas? Nunca lo hubiera imaginado, —murmuró al fin—. ¿Y qué es lo que admirabas?

—A ti, —repuso su amiga con cierta timidez—. Tu sentido común, tu saber estar en cualquier circunstancia, tu inteligencia, tu seguridad y… y todo lo demás. Tú nunca te habrías dejado deslumbrar por un tipo como Gabriel y mucho menos hubieras permitido que te pegara. Tienes la suerte de ser capaz de pensar siempre con la cabeza.

Estupefacta, se preguntó Lilian si esa última consideración sería la correcta y llegó a la conclusión de que no podía conceptuársela como una persona cerebral que sopesase fríamente todas las posibilidades antes de actuar para optar siempre por la más conveniente. De ser así no se habría interesado nunca por Alfonso que, aunque atractivo, era inmaduro y superficial. Y la prueba además de que no siempre se guiaba por los razonamientos de su cabeza era la situación en la que se hallaba, amenazada por la expareja de una amiga a la que hacía más de cinco años que no veía. Cualquier otra en su caso le habría buscado una casa de acogida desde el

primer momento en lugar de llevársela a la suya propia, arriesgándose así a sufrir una seria agresión por parte de aquel tipo despreciable que la perseguía.

—Me parece que no merezco esos epítetos tan elogiosos, —repuso algo avergonzada, porque no estaba acostumbrada a recibirlos—. He tenido la suerte de no verme en tu caso, eso es todo, aunque es cierto que el tipo de hombre al que pertenece Gabriel no me atrae en absoluto. Pero, según tengo entendido, es esa una cuestión de química, no de inteligencia.

Mariví se la quedó mirando como si no la hubiera entendido.

—¿De química? No lo sé. Cuando le conocí, Gabriel, además de guapísimo, era tierno y considerado, o al menos lo parecía. A cualquier chica le hubiera gustado. Fue después, al cabo de vivir juntos unos meses, cuando empezó a beber y a comportarse como un animal. ¿Cómo podría habérmelo imaginado?

Lilian se encogió de hombros con vaguedad.

—No lo sé, no soy una experta en el tema, pero por lo que creo recordar te mudaste inmediatamente a su casa sin haberle tratado apenas. ¿No fue así?

Encendió su amiga un cigarrillo al tiempo que brillaba en sus ojos algo similar a una chispita de desafío.

—¿Y qué tenía que haber hecho? ¿Mantener durante años un noviazgo para conocerle a fondo, como en los tiempos de nuestras madres? Las costumbres han cambiado.

—Sí, sí que han cambiado, —reconoció Lilian.

Su amiga se la quedó mirando con curiosidad.

—¿Es que tú…? ¿No has tenido pareja ni una relación seria con ninguno desde que terminamos la carrera? No me lo puedo creer.

—He trabajado mucho, —repuso evasivamente—. Pero sí, ya que lo preguntas, te diré que sí tuve una relación que fue importante para mí y que duró un par de años. Alfonso era procurador, procurador de los tribunales. Alquilamos un piso y cuando trabajábamos juntos en algún asunto se quejaba de que me absorbía demasiado el despacho. Me decía también que tenía yo afán de protagonismo. De todas formas, rompió conmigo sin una explicación.

—¿No te dijo cuál era el motivo?

Lilian meneó cansadamente la cabeza.

—No, murmuró algo así como que lo había pensado mejor y que de continuar juntos llegaríamos a no poder aguantarnos.

—Ya, ¿y después?

—Después, nada que merezca comentar. Aún estoy recuperándome de aquello, que me afectó bastante, sobre todo por lo inesperado. Ahora estoy disfrutando de mi independencia, —mintió para no tener que confesarle que todos los días acudía al despacho con la esperanza de que Pablo se decidiera a expresar con palabras los sentimientos que ella parecía inspirarle. El hombre era calmoso en demasía, parsimonioso hasta lo indecible, lo que a Lilian no dejaba de irritarle.

—Para poder trabajar el día entero sin que nadie te interrumpa, —continuó acusadoramente Mariví—. Pues me parece muy mal. Llegará un momento en el que te darás cuenta de que te has hecho mayor y de que solo tienes a tu alrededor legajos de papeles y enciclopedias jurídicas.

En silencio, se encogió Lilian desganadamente de hombros, diciéndose que para que eso sucediera tendría que transcurrir mucho tiempo aún y que en cualquier caso era preferible estar sola a cargar con un indeseable como había hecho Mariví, pero como no se lo podía decir así a la otra, ni explicarle que de un día para otro podría cambiar su vida si Pablo se liberaba de su incomprensible cachaza, optó por cambiar de tema.

—Voy a subir a mi cuarto a cambiarme y… sí, te agradecería que preparases tú algo mientras tanto, porque estoy muy cansada.

Poco después cenaban las dos en la mesa de la cocina con Peluche dando saltos a su alrededor. Era esta una de las pocas habitaciones de la casa en las que su dueño anterior había hecho obra antes de que Lilian la comprara, y disponía de unas blancas encimeras adosadas a las paredes, alicatadas de azulejos del mismo color y dotada de modernísimos electrodomésticos. A través de los dos ventanales podía distinguirse la oscuridad de la parte posterior del jardín y percibirse el agudo silbido del viento. Lilian se levantó prestamente de la mesa para bajar las persianas y aislar así el ambiente que se respiraba en la cocina de la inquietante incógnita que percibía fuera.

—Parece que sopla un vendaval, —musitó Mariví con voz trémula.

—Sí, hace una noche de perros, —convino ella recorriendo con los ojos la habitación y la puerta blindada por la que se accedía al garaje—. Pero no tenemos que preocuparnos de Gabriel, porque esta casa es muy segura.

Un remolino de aire sacudió las persianas que Lilian acababa de cerrar y oyeron como recorría el jardín zarandeando los árboles a su paso con un sonido sordo. Coincidió con un crujido seco en el vestíbulo que parecía provenir de la escalera de madera que arrancaba allí.

—¿Has oído eso?, —se alarmó Mariví con los ojos agrandados por el miedo.

También ella lo había oído y también el corazón le había dado un vuelco, pero se creyó obligada a quitarle dramatismo a la situación y a disimular la aprensión que le había producido.

—Sí, pero ha sido la carcoma.

—¿La carcoma?, —inquirió la otra con un hilo de voz—. ¿Cómo lo sabes? A mí me ha parecido que alguien bajaba por la escalera.

Aguzó Lilian el oído. Un silencio absoluto se expandía ahora por la casa, roto tan solo por el gemido del viento en el jardín.

—¿Vives tranquila en esta casona tan enorme?, —insistió Mariví escudriñando los rincones de la cocina, como si temiera ver aparecer a un fantasma detrás de la nevera—. ¿No crees que sería preferible que te mudaras a un piso pequeño, sin carcoma y que se encontrara cerca de tu despacho? Así no te darías cuenta de que sopla el viento de esa forma tan espeluznante. ¿Es que no lo oyes?

Tendría que ser sorda para no percibir el rugido de las ráfagas de aire ensañándose con los dos chopos que crecían en esa parte del jardín. Los había unido ella con una cuerda para tender la colada, a la espera de disponer del tendedero que le había encargado al cerrajero, al que también le había encomendado que le arreglara el ventanuco del sótano. Debería salir a recoger la ropa que ya debería de haberse secado. La colgaba Leocadia durante la mañana y la recogía ella, pero en ese momento no se atrevió. El miedo que experimentaba Mariví se le había contagiado. ¿Y si las estaba acechando Gabriel, escondido detrás de un árbol, y aprovechaba esa oportunidad para abalanzarse sobre las dos? La había amenazado por el

móvil con allanar su vivienda si no permitía que Mariví volviese con él. ¿Estaría fuera, en el jardín, esperando cualquier descuido por su parte?

Notó que le temblaban las rodillas, por lo que decidió que la ropa podía continuar pendiendo de la cuerda durante toda la noche y que lo que procedía en ese momento era asegurar bien las puertas, la principal, la de la cocina y la que permitía desde esa última habitación el acceso al garaje. Mariví se había levantado de la mesa para meter los platos en el lavavajillas y ella se encaminó hacia el vestíbulo, seguida de Peluche, no sin antes aguzar nuevamente el oído. Un nuevo crujido en la escalera la sobresaltó.

Mariví se olvidó del cometido que estaba realizando en el lavavajillas y se enderezó amedrantada con un vaso en la mano, que no había introducido aún en el electrodoméstico.

—¿Qué ha sido eso?, —inquirió con voz temblona.

—Como no recibiera respuesta de Lilian, insistió:

—¿Es que no lo has oído? Te repito que alguien está bajando por la escalera del vestíbulo.

Intentó ella dominar el pánico que empezaba a atenazarla, acelerándole los latidos del corazón. Sin captar el miedo que flotaba en el ambiente, el cachorro daba brincos junto a ella empinándose sobre sus patas traseras y mecánicamente se agachó para cogerlo en brazos, tan asustada, que su cerebro no procesó el movimiento que acababa de realizar.

—Puede ser Peluche, —sugirió bajito, aunque con escasa convicción.

—¿Tu perrucho?, —protestó su amiga en un susurro—. No digas tonterías. Lo llevas a cuestas como siempre y he oído con toda claridad el crujido de los peldaños de la escalera. Estoy segura de que Gabriel ha conseguido entrar en la casa, —añadió casi sin voz.

—¿Por dónde?, —se preguntó a sí misma en voz alta.

—Pues… pues por cualquier parte. ¿Por qué no llamamos a la policía?

—¿Y qué le decimos? ¿Qué crujen los peldaños de la escalera, que en el jardín sopla un viento pavoroso y que tenemos miedo de Gabriel? Pensará que somos idiotas. Lo mejor será que nos vayamos a la cama. Anda, sube a tu dormitorio, echa el pestillo de la puerta de tu habitación y acuéstate, que yo comprobaré si todos los cerrojos de las de esta planta están bien cerradas.

—¿Pero voy a subir a mi cuarto yo sola? ¿Y si me encuentro a Gabriel arriba, agazapado por algún rincón? —protestó mientras se encaminaban hacia el vestíbulo.

Ya en esa estancia, levantó Lilian la mirada hacia lo alto de la escalera. No se oía el menor sonido si se exceptuaba el rumor del viento que soplaba ahora más calmado con rachas intermitentes.

—No seas pesada, —refunfuñó Lilian para escuchar su propia voz y romper la sensación de absoluto aislamiento que experimentaba—. No me hagas subir la escalera dos veces. No hay nadie en esta casa, aparte de nosotras dos y de Peluche, y yo te seguiré dentro de un minuto, en cuanto, como te he dicho, inspeccione y cierre todos los cerrojos de las puertas. Vete a la cama.

—No, no, te esperaré aquí, —decidió la chica junto al primer escalón, asiéndose a la barandilla de la escalera con el firme propósito de no moverse de ese lugar hasta que se le reuniese Lilian.

Con un resignado suspiro con el que disimulaba también su propio miedo, comprobó esta que el portón de entrada estaba convenientemente asegurado con las aldabas corridas, así como la puerta del pasillo por la que se bajaba al sótano por lo que, con el perrito en brazos, regresó al vestíbulo y se dirigió a hacia la escalera para reunirse con Mariví, que la aguardaba con los ojos desmesuradamente abiertos, escrutando los rincones.

—Si necesitas algo, me llamas, —le dijo, cuando ambas alcanzaron el rellano semicircular que rodeaba el vestíbulo y que daba a acceso a las habitaciones de esa planta. Se detuvieron frente a la puerta del dormitorio que ocupaba Mariví y esta se la quedó mirando con sus claras pupilas agrandadas por el miedo.

—¿Crees que…?

—No, claro que no, —mintió Lilian fingiendo una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir—. Me refiero a si te encuentras mal o no puedes dormir.

—Vale, vale, —murmuró su amiga dirigiendo una mirada de soslayo a la oscuridad del vestíbulo que veía a sus pies—. ¿Has echado todos los cerrojos?

—Sí, todos.

—¿Y estás segura de que Gabriel no podrá entrar?

—Por supuesto, —volvió a mentir—. No soy especialmente miedosa, pero siempre me ha preocupado la seguridad. Todas las puertas de acceso a esta casa son blindadas y las ventanas de la planta de abajo tienen reja. —Emitió una risita falsa—. Tienes asignado además un policía para tu protección al que podemos llamar por el móvil ante cualquier alarma. ¡Ah! Y no te quites la pulsera electrónica ni siquiera cuando te acuestes. ¿Me has entendido?

—Sí, sí, —susurró apenas Mariví con voz temblona—. Que duermas bien y…

—Hasta mañana, —la interrumpió Lilian empujando la puerta de su cuarto.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Le costó a Lilian conciliar el sueño, pero aún era de noche cuando se despertó al oír un gruñido de Peluche. Solía dormir el cachorro en el vestíbulo, sobre la alfombra, pero sin duda había subido la escalera y se encontraba en el pasillo al otro lado de la puerta de su cuarto. Se dio la vuelta en la cama, esperando y deseando que el perrito la descendiera nuevamente y la dejara dormir tranquila, pero en su lugar oyó como arañaba la puerta, emitiendo cortos ladridos, por lo que resignadamente retiró la ropa con la que se cubría y salió del lecho poniéndose en pie.

A través del cristal de la ventana, cuya persiana había dejado entreabierta, se filtraba la luz rosada del amanecer. Pronto se haría de día y tendría que levantarse para acudir al despacho, por lo que in mente le dirigió al perrito unos epítetos poco halagadores por impedirle disfrutar de las últimas horas de sueño de que disponía. Aún adormilada, avanzó torpemente hacia la puerta, descorrió el pestillo que, finalmente y tal como le había recomendado a Mariví, había cerrado también, y la abrió. El cachorro estaba sentado sobre sus cuartos traseros y levantó hacia ella su pequeña cabeza enmarcada por sus largas y lacias orejas.

—A dormir, —le riñó en un susurro, para no despertar a su amiga—. ¿Sabes qué hora es? No lo sabes porque no tienes reloj, pero aún me quedan un par de horitas de holgazanear en la cama, así que baja al vestíbulo y no me molestes.

Sin moverse, Peluche emitió un nuevo ladrido. Iba ella a recriminarle nuevamente y a ordenarle que descendiera la escalera y se aposentara sobre la alfombra como todas las noches, cuando oyó distintamente el tintineo de su móvil que indicaba que acababan de enviarle un mensaje. Lo había dejado al acostarse sobre la mesita de noche, junto a la cama, por lo que

retrocedió sobre sus pasos, seguida de Peluche que se encaramó al lecho de un brinco. Se dejó caer sentada junto al perro y encendió la luz de la lámpara de la mesilla restregándose los ojos para comprobar a quien pertenecía el número de teléfono de la persona que se lo había enviado. Dio un sobresaltado respingo al fijar su mirada en el visor del aparato. El número terminaba en tres doses. Era Gabriel.

Intentó abrir el texto con unos dedos tan temblones que tuvo que repetir la operación varias veces, mientras Peluche seguía gruñendo a su lado como si le incomodara su torpeza. Lo logró al fin y al leer su contenido reprimió un escalofrío.

> "*Estoy en el jardín. Dile a Victoria que salga o entraré yo a arreglaros las cuentas a las dos*".

Del susto, el aparato se le cayó al suelo y se agachó a recogerlo con la vaga sensación de que las piernas se le habían convertido en gelatina. ¿Por dónde podría ese tipo introducirse en la casa y qué podrían hacer Mariví y ella para defenderse? Peluche debía haber comprendido la gravedad de la situación, porque ahora permanecía en silencio mirándola fijamente, como si esperase instrucciones de su dueña, que, con la mente aún embotada por el sueño, intentaba razonar sin conseguir poner en orden sus ideas. Al fin las conexiones neuronales de su cerebro realizaron nuevamente los contactos requeridos y logró volver a pensar. Apagó la luz de la lámpara de la mesilla y silenciosamente se acercó a la ventana. Dejaba siempre la persiana algo levantada para que la despertase la luz del amanecer por lo que para avistar el jardín tuvo que limitarse a inclinarse un tanto. Su dormitorio se ubicaba precisamente sobre el portón de entrada y desde la ventana podía verse el pequeño jardín delantero, rematado por la cerca de piedra berroqueña, y la calle, al otro lado de esa valla. En el jardín no distinguió más que sombras. Un frondoso pino crecía frente a la fachada y balanceaba sus ramas a impulso de la brisa nocturna, obstaculizándole el panorama que de otro modo hubiera podido disfrutar, pero tampoco Peluche parecía ver nada sospechoso. Se había encaramado al respaldo de la butaca de orejas que se hallaba bajo la ventana, en la que solía leer ella antes de

acostarse y jadeaba con la lengua fuera, sin el nerviosismo que manifestaba antes.

¿En qué parte del jardín se encontraría Gabriel?, se preguntó. Quizás se hubiera escondido en la parte posterior de la casa o quizás estuviese intentando introducirse por el tragaluz del sótano. Esta última posibilidad acrecentó el temblor de sus piernas. Había echado el cerrojo a la puerta que en lo alto de la escalera del mismo comunicaba con el pasillo de la cocina, pero no era aquella una hoja de madera especialmente sólida, por lo que suponía que un hombre tan fornido como al parecer era Gabriel podría tirarla abajo sin demasiada dificultad. Ese pensamiento le erizó el vello de los brazos. El culpable era el encargado de la cerrajería, que, en lugar de haberle arreglado el ventanuco esa misma tarde, lo había pospuesto para la semana siguiente, se dijo. O quizás se mereciera ella el riesgo que corría por haberse llevado a Mariví a su casa, exponiéndose así a que la expareja de esta se ensañara con las dos. Pero no, se dijo. Mariví era su amiga y ella estaba obligada a ayudarla, aún a costa del peligro que estaba corriendo en ese momento.

Apresuradamente se echó la bata encima del pijama y se la abrochó hasta el cuello para mitigar el frío intenso que estaba experimentando y que no obedecía únicamente a la temperatura reinante. Cautelosamente se dirigió hacia la puerta del dormitorio que había dejado entreabierta y salió al pasillo aguzando el oído. El silencio más absoluto la envolvió en la oscuridad del corredor que en semicírculo se alzaba sobre el vestíbulo. A través del lucernario, que, en forma de torreta, lo iluminaba durante el día, tan solo se filtraba una claridad incierta que no alcanzaba a disipar las sombras. Mariví dormía en la habitación contigua y a través de la cerrada puerta de ese cuarto no se escapaba el menor sonido, por lo que siguió avanzando con Peluche pegado a los talones. Debió captar el perrito la gravedad del momento que estaban viviendo, porque no emitió el menor gruñido ni se lanzó a corretear por el pasillo como acostumbraba. La siguió en silencio hacia la última alcoba, la más alejada de la escalera, desde cuya ventana podía contemplarse el jardín de la parte posterior de la casa. Aún no había tenido tiempo Lilian de comprar un mobiliario de su gusto para ese dormitorio. Se había limitado a arrinconar en esa habitación todo lo que

había traído de la casa de sus padres que no había sabido donde colocar y se asemejaba por tanto esa estancia a un trastero, repleto de cajas sin abrir y de objetos diversos. Los sorteó a oscuras para aproximarse a la ventana y subió cuidadosamente un palmo de la persiana, agachándose para atisbar el exterior a través del cristal. En esa parte del jardín crecían los dos chopos que, unidos por una cuerda, utilizaba como tendedero. La ropa que había tendido Leocadia el día anterior pendía de esa cuerda a impulsos de la brisa. Vio a sus pies la oscura sombra de la leñera, adosada a la fachada de la cocina y algo más allá un cerezo raquítico que había plantado ella y que balanceaba al compás del viento sus ramas desnudas de follaje, pero no alcanzó a distinguir el tragaluz del sótano, que se abría precisamente en el mismo muro, dos plantas más abajo.

Se retiró por ello de su observatorio y regresó al pasillo abocándose sobre la barandilla, para intentar detectar algún sonido en la planta inferior que revelase la presencia del intruso. ¿Dónde podría encontrarse? Tal vez no hubiese logrado aún entrar en la casa y anduviese por el jardín mascullando bravatas contra Mariví y contra ella. O quizás estuviera intentando introducirse en el sótano por el ventanuco para abalanzarse después como un energúmeno contra la puerta. En ese instante se recriminó por inconsciente. Era absurdo que hubiera decidido adquirir aquella casa tan grande por la sola circunstancia de que le hubieran regalado un cachorro juguetón, que necesitaba espacio para corretear. En un piso pequeño, con múltiples vecinos, no podría hallarse en la situación en la que se encontraba, vagando a oscuras por el pasillo de la planta superior y sin atreverse a respirar por si el sonido de inhalar el aire pudiera alertar a la expareja de su amiga, en el supuesto de que se encontrara ya dentro de la casa.

Peluche y ella habían alcanzado el inicio de la escalera y se detuvo indecisa en el primer peldaño. ¿Y si llamara a Mariví? Entre las dos quizás tuvieran alguna posibilidad de enfrentarse a Gabriel. Pero no, se dijo. Le bastó con evocar el lastimoso aspecto de la chica la mañana en la que se presentó en su despacho, para comprender que no estaban en condiciones de plantarle cara. Ese tipo se desembarazaría de ellas de un tortazo y luego… Recordó otros asuntos similares en los que había intervenido

profesionalmente y se estremeció al rememorar el trágico desenlace de alguno de los mismos. Se había preguntado entonces por qué el maltratador no se habría suicidado antes de asesinar a su víctima en lugar de realizar esos actos a la inversa, pero nunca imaginó en esas ocasiones que pudiera encontrarse ella alguna vez en una situación parecida a las de esas mujeres.

Asida a la barandilla de la escalera, escudriñó el vestíbulo que a sus pies se asemejaba a una oscura sima poblada de sombras movedizas y bajó silenciosamente un escalón. Peluche la adelantó y con la inconsciencia propia de sus pocos meses brincó alegremente de peldaño en peldaño para finalmente desaparecer de su vista entre las tinieblas que lo poblaban. No se atrevió a llamarlo, la oiría Gabriel, pero tampoco podía permitir que ese hombre se lo tropezara abajo y le agrediera. El perrito recibía con grandes manifestaciones de júbilo a cualquier visitante que se presentara en la casa y lo probable era que él odiara a los animales. Todas las malas personas los odiaban, pensó. Se estremeció de pánico al pensar en lo que podía sucederle al animalito y sin detenerse a meditarlo se apresuró a bajar hasta el vestíbulo. Allí, aún asida al pasamanos procuró localizarlo en la oscuridad. ¿Dónde podría haberse metido? Si con el instinto propio de los perros había detectado la presencia del intruso, seguramente se habría abalanzado a saludarle.

El peligro en el que podía encontrarse Peluche disipó su propio miedo y se dirigió en línea recta hacia el portón de entrada encendiendo la luz a continuación. El portón continuaba sólidamente cerrado, con sus mil cerrojos incólumes y en el vestíbulo no había nadie, ni Gabriel ni el perro. Tan solo los muebles viejos heredados, con su aire anticuado, propio de las viviendas de otras épocas. Quizás hubiera echado a correr Peluche hacia el pasillo que conducía a la cocina y que finalizaba en una puerta que daba acceso a la escalera por la que se bajaba al sótano. Tenía que ir en su busca, pero no se atrevió a dirigirse hacia ese lugar con las manos vacías, sin armarse previamente con algún objeto defensivo, por lo que previamente entró en el salón para coger uno de los atizadores del fuego de la chimenea. Con él enarbolado echó a correr hacia el pasillo que comenzaba junto a la puerta de esa habitación, pero no llegó a dar más de dos pasos. La sirena del coche de la policía se dejó oír distintamente en ese momento, por lo que

retrocedió sobre sus pasos para volver al vestíbulo y atisbar por la mirilla del portón. El coche se había detenido en la calle, al otro lado de la valla, y dos hombres uniformados se dirigían hacia la casa, por lo que se apresuró a descorrer los cerrojos y a abrirles la puerta. El de más edad se dirigió a ella.

—¿Doña Victoria Díaz?

—No, no, vive aquí, pero no soy yo. Está arriba durmiendo. No sabe lo que me alegro de que hayan venido.

Se había hecho a un lado para dejarles pasar, al tiempo que reaparecía Peluche meneando alegremente el rabo y saltaba sobre el policía más joven para saludarle, como si hubiera esperado durante largo tiempo recibir una visita. El chico se inclinó para acariciarle la cabeza, mientras el mayor entraba en la casa y se apresuraba a explicarse.

—Hemos rastreado el mensaje que le ha sido enviado por Gabriel García hace unos minutos y hemos localizado que le ha sido efectuado por su móvil desde la calle, frente a la puerta del jardín. ¿Le han visto?

Lilian meneó negativamente la cabeza.

—No. Me lo ha mandado a mí, advirtiéndome que si Mariví no salía al jardín, entraría él a ajustarnos las cuentas. ¿Quieren verlo? Me he dejado el móvil arriba, en mi dormitorio.

—No, no es preciso, —replicó el más joven, un chico de mediana estatura y muy espigado, que había seguido al otro y al que Peluche no parecía dispuesto a abandonar—. Ya conocemos el texto. ¿Dice que no le han visto en el jardín?

Optó Lilian por coger al perro en brazos, a la par que respondía:

—No. He mirado por la ventana después de recibir su mensaje, pero no he visto a nadie delante de la casa ni tampoco detrás. Claro que, como aún no ha amanecido, estaba bastante oscuro y puede que se haya escondido detrás de algún árbol.

—Ya, —murmuró el chico con poca convicción.

—Creo que, de haber entrado en la casa, tendría que haberse introducido por el tragaluz del sótano, —les insinuó—. ¿Quieren que bajemos a comprobarlo?

El de mayor edad se apresuró a mostrar su conformidad.

—Claro. Enséñenos el camino.

Encabezó ella la marcha por el pasillo con el perro en brazos, con una sensación de alivio difícil de describir. Dejaron atrás la puerta de la cocina y al fondo del corredor les señaló otra puerta. Estaba cerrada, con varios cerrojos corridos, tal y como ella la había asegurado antes de acostarse.

—Obviamente por ahí no ha podido entrar, —opinó el jovencito, mientras los iba descorriendo. Luego hizo girar la llave que estaba en la cerradura y abrió la hoja de madera. Allí comenzaba una escalera de madera cubierta de polvo.

—Esto está muy sucio, —dijo Lilian a modo de disculpa—. Me he mudado a esta casa hace muy poco y aún no he tenido tiempo de ponerlo todo en orden. ¿Comprenden?

Al policía de más edad no debía preocuparle en absoluto la limpieza de su casa, porque se apresuró a interrumpirla como si temiera que se explayara sobre ese tema.

—Claro, claro.

La escalera terminaba en un oscuro recinto que olía a rancio. No recordaba Lilian haber bajado allí anteriormente, porque el día en el que había visitado la casa por primera vez en compañía de la empleada de la agencia inmobiliaria temió mancharse de polvo y se limitó a echarle una distraída ojeada desde lo alto de la escalera. Ahora lo examinó con curiosidad. A través del cristal roto del tragaluz penetraba un aire helado y algo de claridad. La suficiente para distinguir una caldera de calefacción inservible, pues la que se utilizaba para calentar la vivienda era un moderno aparato de gas que había instalado su propietario anterior en la cocina, sobre el fregadero. Vio también un montón de leña en un rincón. Sin duda la utilizaba el dueño que le había vendido la casa para encender la chimenea, pensó. Ahora realizaba ese cometido Mariví en cuanto se levantaba, porque, según le decía, paliaba así la humedad de la habitación, que de otro modo la obligaría a tiritar. Ella aún no la había estrenado, porque con anterioridad a su reencuentro con la chica regresaba del despacho tan tarde y tan cansada que solía cenar algo de lo que encontraba en la nevera y que compartía con Peluche, para subir después a su dormitorio a leer un rato antes de acostarse. Y así día tras día, sin sobresaltos, sin la angustia que

experimentara instantes antes. Su vida había cambiado de repente y no acababa de vislumbrar en el horizonte una perspectiva más satisfactoria.

No había huellas en el sótano que indicaran que por el ventanuco hubiera entrado ningún extraño. Así se lo manifestó el policía de más edad después de examinarlo concienzudamente.

—No me parece fácil que por este hueco tan estrecho pueda colarse nadie, —dictaminó con aire sesudo—. Creo que ese hombre ha vigilado la casa desde la calle y le ha enviado el mensaje a su móvil para asustarlas sin entrar en el jardín. Espere un momento que voy a hablar con la central.

Había extraído un teléfono del bolsillo y se apartó hacia la ventana para hablar con alguien sin ser molestado. Se le aproximó nuevamente instantes más tarde.

—Han perdido el rastro, —le comunicó—. Ese hombre ha apagado su móvil nada más enviarle el mensaje para que no podamos localizarle. Seguramente se ha marchado después, al darse cuenta de que no podía entrar en la casa. Comprobaremos si ha dejado huellas de pisadas fuera.

Subieron nuevamente la escalera y Lilian les precedió hasta el vestíbulo, pero no salió con ellos al jardín. Lo recorría un viento helado y la bata que se había echado sobre el pijama no la resguardaba suficientemente del frío, propio del gélido invierno que estaban padeciendo y que aún no presentaba signos de batirse en retirada. Desde el portón vio a los dos policías recorrer la parte delantera de extremo a extremo y luego les perdió de vista cuando rodearon el edificio. Reaparecieron poco después con el semblante sin expresión.

—Nada, —le comunicó el jovencito—. No hemos encontrado nada, pero no es de extrañar. Como le hemos dicho antes, ese hombre no ha llegado a entrar en el jardín. Llovió hace dos o tres días y la tierra está muy húmeda, sin huellas de pisadas. Vuelva a la cama y no se preocupe. Si vuelve a molestarlas de cualquier forma, no dude en contactar por el móvil con el policía que le ha sido asignado a doña Victoria. Y no se preocupe, —repitió—. Daremos con él.

Asida al quicio de la puerta les vio recorrer el jardín y salir a la calle. El coche arrancó poco después y Lilian cerró tras ella la puerta corriendo los mil cerrojos. Al quedarse sola le pareció nuevamente que el vestíbulo

estaba poblado de sombras movedizas, que el silencio que reinaba en la casa era excesivo y que los peldaños de la escalera que empezaba a subir crujían de una forma alarmante. Una silueta desdibujada se perfiló en lo alto del rellano cuando lo alcanzó y estuvo a punto de dejar escapar un grito. Se llevó una mano a la boca para reprimirlo al reconocer la voz de Mariví.

—¿Qué ha sucedido? Me ha parecido oír voces en el vestíbulo.

—Ha venido la policía, —le contestó—. Gabriel ha tenido a bien enviarme un mensaje al móvil hace un ratito y la policía lo ha detectado y lo ha localizado en la calle, al otro lado de la valla del jardín.

Adivinó la expresión de pánico de su amiga, aunque apenas si conseguía distinguir sus facciones en la oscuridad del pasillo.

—¿Ha venido entonces a buscarme?, —le preguntó con un hilo de voz.

—Sí, pero no ha conseguido entrar como pretendía.

—¿Y… y qué vamos a hacer?

Le hubiera gustado a Lilian poder darle una respuesta que acallara la angustia que latía en sus palabras, pero tampoco a ella se le ocurría nada que pudiera tranquilizarla. Se estrujó la mente buscando un argumento. No lo encontró, pero sí logró aparentar una absoluta entereza.

—No tenemos de qué preocuparnos, —repuso al fin con fingida animación—. La policía está sobre aviso. Apenas si ha tardado un cuarto de hora en llegar desde que he recibido el mensaje y dará con Gabriel en cuanto este vuelva a poner en funcionamiento el móvil. Además…

—¿Y si no vuelve a ponerlo en marcha?, —la interrumpió Mariví—. ¿Y si nos espera a cualquiera de las dos en el jardín, en la esquina de alguna calle o incluso en la escalera del edificio de tu despacho? Saldremos después en los periódicos como dos víctimas más del machismo ibérico, sin que la policía ni nadie haya podido impedirlo.

Le pareció a Lilian que a su amiga le asistía toda la razón del mundo, pero se apresuró a rebatir sus palabras.

—Bah, no te preocupes. En esta casa estás segura.

—Pero empiezo a sentir claustrofobia al permanecer aquí encerrada día tras día. ¿No lo entiendes?

—Entenderlo, lo entiendo perfectamente, pero vas a tener que aguantarte hasta que la policía dé con Gabriel y le encierren por haber

quebrantado la Orden de Alejamiento. Mientras tanto pensaremos alguna solución.

—¿Para cuándo salga de la cárcel?

—Sí, claro.

—Porque como mucho pasará a la sombra solo una temporada, ¿verdad?

Lilian eludió darle una respuesta concreta.

—No sé cuánto tiempo permanecerá a la sombra, porque eso lo decide el juez. Vete a dormir ahora y no salgas mañana de la casa por ningún motivo hasta que regrese yo por la noche.

—Pero es que voy a volverme loca encerrada entre estas cuatro paredes. Leocadia no pronuncia dos palabras seguidas y yo necesito hablar con alguien. ¿Por qué no…?

Algo de claridad se filtró en ese momento a través de la claraboya del techo para atenuar la oscuridad del pasillo y pudo ver Lilian que su amiga se había echado una bata sobre el pijama y que llevaba el cabello revuelto. Se restregaba en ese momento los ojos, aún cargados de sueño.

—¿Qué ibas a decir?

—No, nada. Estaba pensando que a lo mejor…

—Qué a lo mejor ¿qué?

—Que hoy es jueves. ¿Y si nos marcháramos de Madrid este fin de semana a algún lugar donde Gabriel no pudiera encontrarnos? Sería un alivio pasar unos días lejos de él, de su móvil y de la amenaza que nos supone.

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido.

—¿Dónde te gustaría que fuéramos?, ¿a una playa de Levante?

La vio menear negativamente la cabeza.

—No, mejor a la nieve, a Navacerrada, por ejemplo, que está más cerca. Me encanta esquiar y…

—Sí, pero yo no sé y además soy muy friolera. No me gustan los deportes de invierno.

—Pero es que estamos en invierno, —insistió Mariví con la tozudez de un niño pequeño—. A tres de marzo, no, a cuatro para ser más exactos,

porque ya es de madrugada. ¿Qué esperas hacer en invierno en una playa? Como mucho, pasear por el paseo marítimo.

Sonrió Lilian ante la halagüeña perspectiva a la que la otra había aludido.

—Sí, en levante suele hacer buen tiempo en esta época. Hasta podríamos remojarnos los pies en el mar.

No, no me apetece nada ese plan, —refunfuñó Mariví—. Te digo que sería preferible optar por un lugar que esté más cerca para no malgastar esos días en la carretera. Podríamos reservar una habitación para las dos en un albergue de Navacerrada y pasar allí el fin de semana. Regresaríamos el domingo por la tarde con nuevos bríos y menos miedo. ¿No te apetece?

Parecía tan ilusionada que Lilian no se atrevió a decirle la verdad, que no le seducía en absoluto ese plan. En su lugar, la empujó hacia su cuarto.

—Es muy temprano para ti, así que a dormir. Yo voy a arreglarme porque se me va a hacer tarde. Tengo a una señora citada a primera hora.

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Se lo comentó a Pablo horas más tarde, después de que se marchara del despacho la señora que había citado a las nueve. La escuchó en silencio él con aire taciturno y se la quedó mirando inexpresivamente cuando terminó de referirle lo sucedido durante la noche y el plan que le había propuesto Mariví para el próximo fin de semana.

—Supongo que consideras que es tu obligación acoger a esa chica en tu casa, —manifestó al fin con una voz sin inflexiones. Apoltronado en el sillón que la visitante acababa de abandonar, parecía preocupado. Como siempre, vestía un impecable traje gris oscuro con una camisa blanca y llevaba una corbata de rayas azules y blancas. Su imagen respondía a la que cualquier cliente asociaría con la de un abogado prestigioso. Con su indumentaria perfectamente planchada, el liso cabello castaño, más largo que corto retirado de la frente y sus ojos, también castaños, cubiertos por las gafas de concha de las que nunca se desprendía, le pareció a Lilian el prototipo del profesional erudito que disfrutara especialmente cuando se veía rodeado de legajos y papeles.

—No… sí, bueno, sí —tartamudeó lamentablemente Lilian al sentir que la conceptuaba como una tonta, aunque él no había esbozado el menor gesto que indicara que pensaba que era ese el calificativo que le cuadraba—. Ha sido mi mejor amiga durante muchos años y no tiene a nadie.

—¿A nadie?

—A nadie dispuesto a ofrecerle hospitalidad, —puntualizó nerviosa—. Eso es lo que me ha dicho. Y no creas que me gusta pasar miedo. Esta noche pasada… bueno, he creído que se me iba a parar el corazón del susto que me he llevado al leer el mensaje de Gabriel en mi móvil. Además, mi casa es tan grande, tan silenciosa y estaba tan oscura…

La observó Pablo con aire recriminatorio, mientras con un dedo se sujetaba las gafas de concha sobre el puente de la nariz.

—¿Y por qué te la has comprado si es tan grande, tan silenciosa y tan oscura?

Se rebulló inquieta en su butaca, tras la mesa de despacho, pensando que se estaba riendo de ella.

—¿Que por qué? Cuando fui a verla con la empleada de la agencia, brillaba el sol y no me lo pareció. La chica hablaba y hablaba todo el rato, ensalzando sus muchas ventajas y su dueño necesitaba el dinero con urgencia, por lo que la vendía baratísima. Además, necesitaba yo una casa con jardín, porque un compañero del despacho en el que trabajo me había regalado un cachorro, —terminó acusadoramente.

No pareció Pablo acusar el impacto, porque continuó repanchingado en la butaca con la misma sonrisa irónica en la comisura de sus labios.

—¡Vaya!, así que ahora va a resultar que tengo yo la culpa de que te compraras esa casa, a la que, a decir verdad, no has tenido a bien invitarme a cenar aún.

Solía hacer Pablo a menudo insinuaciones similares que ella simulaba no haber oído porque no sabía cómo interpretarlas y en esa ocasión fingió también no haber recogido la indirecta.

—No tienes la culpa. Me encantó tu regalo y adoro a Peluche. Lo que sucede es que anoche… bueno, seguramente habría pasado menos miedo en un piso, rodeada de vecinos, oyendo el griterío de sus niños y el de la televisión de sus casas. ¿No te parece?

Enarcó las cejas él y la observó en silencio durante unos instantes como si quisiera averiguar lo que realmente pasaba por su mente.

—Lo que me parece es que, aunque ella sea tu amiga, no estás obligada a representar el papel de la heroína en esta historia. Búscale una casa de acogida y visítala a menudo, pero no te arriesgues tontamente a correr su misma suerte.

Sobresaltada, se inclinó hacia él sobre la mesa.

—¿Quieres decir que estás seguro de que el animal de su expareja la va a liquidar en cuanto se descuide?

Se encogió de hombros con vaguedad.

—Seguro no estoy, ¿cómo iba a estarlo? Pero desgraciadamente no sería el primer caso. De todas formas, la suerte de tu amiga no es tu responsabilidad. Por lo que me has dicho, se dejó engatusar por un tipo despreciable que únicamente tenía a su favor un físico atrayente y sin meditarlo ni conocerle a fondo se fue a vivir con él. ¿Cuánto tiempo transcurrió hasta que recibió la primera bofetada?

Levantó indignada la barbilla.

—Lo dices como si Mariví fuera una idiota.

—No sé si es idiota, pero seguramente sí es una inconsciente. ¿No crees que es una inconsciente?

Por supuesto que Lilian la había conceptuado así desde que la conociera años atrás y había podido constatar que esa opinión era certera cuando había acudido a su despacho, irreconocible, cuatro días antes, pero no estaba dispuesta a admitirlo, porque a su modo de ver hubiera sido una deslealtad.

—Lo que sucede es que es una chica muy romántica, que ha leído muchas novelas rosas y seguramente pensó cuando conoció a Gabriel que su caso era el mismo que el de la protagonista de esas novelas.

El semblante de él se contrajo en una mueca desdeñosa dedicada a Mariví.

—Es posible, pero te estás arriesgando por una chica que probablemente no se lo merece.

Lo consideró Lilian en silencio durante unos segundos. ¿Sería cierto que había adoptado tontamente el papel de la heroína en su relación con Mariví? Rememoró el pánico que experimentó al leer el mensaje de Gabriel la noche anterior y cómo le temblaban las rodillas mientras bajaba la escalera buscando a Peluche. No se consideraba una heroína, sino más bien al contrario.

—¿Qué habrías hecho tú en mi caso?, —le preguntó, deseando que corroborara que la decisión que había adoptado ella había sido la correcta.

—¿Yo?, pues no lo sé, pero creo que no es lo mismo.

—¿Qué no es lo mismo?, ¿por qué no es lo mismo?, —se enfadó.

Permaneció serio él, sin el menor atisbo de sonrisa.

—No te imagino defendiéndote de ese tipo. ¿Qué podrías hacer?

También se lo preguntó ella y un escalofrío la recorrió entera. Se vio a sí misma recorriendo a oscuras la galería de la planta superior que circundaba el vestíbulo con la única compañía de Peluche, que probablemente hubiera saludado alegremente al maltratador de su amiga en el caso de que este hubiera logrado entrar en la vivienda.

—Ha sido una solución transitoria, —alegó a media voz—. Hasta que la policía detenga a ese tipo. Después buscará Mariví un trabajo y un piso en alquiler que pueda pagar.

Le observó en silencio durante unos segundos preguntándose cual habría sido la reacción de él la noche anterior de haberse encontrado en su caso, al recibir el mensaje de Gabriel anunciándole que se hallaba en el jardín. Debió seguir Pablo el curso de sus pensamientos, porque contestó a su muda pregunta.

—Yo hubiera llamado inmediatamente a la policía y, en el supuesto de haber sufrido un encontronazo con ese desgraciado antes de que los agentes llegaran, probablemente hubiera repelido su agresión, porque hago bastante deporte y estoy en forma.

Le escuchó incrédulamente, preguntándose qué habría de verdad en lo que acababa de asegurarle. Nunca le había visto sin chaqueta ni con ropa deportiva. Ni siquiera sin corbata. Desde que le conocía, su indumentaria respondía a la de un abogado siempre dispuesto a presentarse ante un tribunal ante el que inopinadamente fuera llamado para defender a su cliente. Incluso algún día de fiesta en el que había acudido al despacho por la urgencia de redactar una demanda, cuyo plazo le vencía, y se lo había encontrado allí por un motivo similar, vestía él con idéntico formalismo. Había supuesto por esa razón que aprovechaba las vacaciones para consultar compendios jurídicos o para leer aburridísimos ensayos literarios, pero nunca se le hubiera ocurrido que fuera aficionado a ese tipo de ejercicio.

—¿Cuándo haces deporte?, —insistió con curiosidad—. Las mañanas las sueles pasar en los tribunales o aquí, en el despacho si no tienes señalada ninguna vista ese día y por las tardes recibes a tus clientes. ¿Cuándo dispones de tiempo libre?

—¿Para hacer ejercicio?

—Sí, ¿no me has dicho que podrías enfrentarte a ese hipotético maltratador?

—Pues en invierno voy a esquiar los fines de semana, cuando la nieve lo permite, o a la sierra a montar en bicicleta o a hacer senderismo, y en verano suelo acercarme a un pantano a nadar. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Que qué deporte practicas? Me temo que ninguno.

—Estás muy equivocado, —replicó muy digna—. También me gusta nadar y en cuanto pueda permitírmelo mandaré construir una piscina en el jardín de mi casa. Una piscina climatizada para poder utilizarla durante todo el año.

—¡Ah!, me parece una excelente idea. Espero que me invites. Podríamos nadar primero en la piscina, tumbarnos después al sol como dos lagartos y por la noche, cenar, porque soy un estupendo cocinero.

Como de costumbre optó Lilian por fingir que no le había oído y añadió:

—En cambio, no me gustan en absoluto los deportes de invierno. No sé esquiar ni tengo ningún interés en aprender.

—Podría enseñarte, —sugirió él. Frunció el ceño como si se le hubiera ocurrido repentinamente una idea y se inclinó hacia ella en el sillón—. Podría unirme a vuestro tándem el fin de semana próximo y aprovechar para explicarte lo más elemental. No es tan difícil.

Dudó ella en aceptar su propuesta por miedo a la competencia que en ese terreno podía hacerle Mariví.

—No, no. Ya te he dicho que no me gusta ese deporte y te aburrirías con nosotras dos.

Se quedó mirándola con una fijeza excesiva y terminó por menear negativamente la cabeza.

—No lo creo, —murmuró.

Al oírle, volvió a rebullirse inquieta en su butaca sin acertar con las palabras oportunas.

—No lo has pensado bien. Cargar con dos mujeres es un latazo y en nuestro caso también supone cierto riesgo. Nadie puede asegurarnos que Gabriel no nos siga hasta Navacerrada y que nos dé un susto de muerte en

el albergue, en el telesilla o por alguna de las pistas de esquí. Yo de ti, me lo pensaría dos veces.

—Ya lo he pensado, —replicó muy serio.

—¿Y…?

—Que me apetece mucho acompañaros. Podemos reservar tres habitaciones por Internet y…

—Dos habitaciones, —le corrigió—. Mariví no tiene un duro y compartiremos una ella y yo para que nos salga más barato. Tú ocuparías la otra.

—De acuerdo, de acuerdo. Os recogeré a las dos en mi coche. Tengo cadenas para las ruedas y…

No pudo terminar la frase, porque Anita les interrumpió llamando con los nudillos a la puerta.

—Ha llegado tu cliente, —le dijo a Pablo—. Le he hecho pasar a la sala de espera.

Disimuló él su contrariedad consultando su reloj.

—¿Ha llegado ya? ¡Vaya por Dios, qué puntual!, —rezongó por lo bajo mientras se ponía en pie. Luego se volvió hacia Lilian—. No olvides que hemos quedado en ir a esquiar este fin de semana. Cuando se marche mi visita reservaré las habitaciones y… Supongo que tendrás equipo para subir a la sierra. Los esquíes se pueden alquilar allí.

No estaba muy segura de en qué debería consistir ese equipo, pero como era ese un tema que podría consultarle a Mariví, se apresuró a afirmar.

—Claro que sí. Tengo ropa adecuada para todas las ocasiones.

Se dirigió Pablo hacia la puerta del despacho. Anita seguía allí, asida al quicio y la empujó suavemente antes de detenerse él en el dintel para volverse hacia Lilian.

—Se me olvidaba. Llama al policía que le han asignado a tu amiga para comunicarle nuestro plan para que adopte las medidas oportunas en relación con la Unidad Central de la UPAP. Como has dicho antes, ese maltratador tan pesado puede haber decidido hacer deporte también durante el fin de semana y estamos obligados a impedir que tu amiga corra ningún riesgo.

A la mañana siguiente tenía señalada Lilian la vista de un recurso de casación ante el Tribunal Supremo, en las Salesas, por lo que se arregló apresuradamente, temiendo llegar tarde, aunque le sobraban más de dos horas. Pese a los años que llevaba ejerciendo, aun se ponía nerviosa los días en los que debía asistir a la vista de un juicio, aunque trató de disimularlo con Mariví, cuando al bajar a desayunar la encontró en la cocina. Estaba esta sentada frente a la mesa untando mantequilla en una tostada, pero al oírla entrar se levantó en el acto.

—¿Qué quieres que te prepare?, —le preguntó.

Parecía querer corresponder a la hospitalidad de su amiga realizando las faenas domésticas que esta hubiera tenido que efectuar de seguir viviendo sola, pero Lilian no deseaba que se sintiera agradecida por haberla acogido en su casa y no se lo permitió.

—Nada, solo quiero una infusión. De tila, por ejemplo. Me voy a preparar una infusión de tila.

—¿De tila? ¿Y por qué quieres tomar tila? Debe de estar malísima.

Lilian hizo un gesto vago, a la par que la empujaba para que volviera a tomar asiento en la silla de la que se acababa de levantar.

—Muy buena no está. No me gustan las tisanas, pero…

Mariví la interrumpió preocupada.

—¿Estás nerviosa?

—Pues sí, un poco.

—¿Por lo de anteanoche?

—También por lo de anteanoche. Además tengo una vista dentro de un par de horas y…

Su amiga volvió a interrumpirla.

—¿Y la has preparado?

—Sí, claro.

—Entonces, si la has preparado, ¿por qué estás nerviosa?

La observó en silencio Lilian sin acertar a explicárselo y luego levantó ambas manos en un ademán de impotencia.

—¿Qué por qué? No sabría decirte el motivo. Supongo que es a lo que se le denomina miedo escénico. Me preocupa expresarme bien, que se me entienda y no tartamudear. ¡Ah! y también no perder el hilo de lo que tengo

que exponer. Ante el Supremo no se pueden leer los argumentos con los que impugnas la sentencia, porque te llaman la atención tocando la campanilla.

La contempló Mariví con los ojos muy abiertos en los que podía leerse la incomprensión más absoluta. Aunque desaliñada, con la vieja bata que se había echado sobre el pijama y la lacia melena cobriza revuelta, nadie hubiera sospechado al verla que unos días antes su rostro estaba completamente desfigurado. Sus facciones iban reafirmándose día tras día, recuperando sus líneas y su expresión. Con algo de maquillaje que disimulara el tono verdoso que aún teñía sus mejillas en los lugares donde anteriormente ostentaba moratones y gafas oscuras que ocultaran la hinchazón de sus párpados, podría pasar desapercibida sin que los transeúntes con los que se cruzara por la calle se volvieran a mirarla sorprendidos.

—Creía que te sentías segura en tu profesión, —manifestó al fin meneando dubitativamente la cabeza—. Si en los tribunales pasas tan malos ratos, deberías dedicarte a otra cosa.

—¡Qué cosas dices!, —protestó Lilian—. Me encanta el ejercicio de la abogacía, pero no puedo evitar que se me acelere el pulso cuando entro en la sala de plenos del Supremo. Es una sala enorme y muy larga que no sé por qué motivo está llena de cordones que acotan distintos espacios. Supone toda una proeza llegar hasta el estrado en el que tienes que sentarte sin que se te enreden los pies en los cordones.

Mariví se echó a reír.

—¿Y por qué no los retiran?

—No lo sé ni creo que lo sepa nadie. Para colmo, en el pasillo central, por el que tienes que encaminarte para ocupar tu sitio en el estrado, en el lateral derecho del tribunal, el pavimento es de rejilla y a mí se me ha enganchado en ella el tacón del zapato más de una vez. Resulta de lo más ridículo quedarte allí atascada. Yo creo que, más que por lo que debemos informar en un recurso de casación, lo que verdaderamente nos preocupa a los abogados es conseguir subirnos al estrado sin enredarnos en los cordones ni quedarnos encasquillados con un tacón incrustado en la rejilla del pasillo.

En esa ocasión no se rio su amiga. La contempló en silencio durante unos segundos, antes de desviar la mirada hacia la ventana. Desde allí podía ver el jardín de la parte posterior de la casa con los dos chopos de los que pendía la ropa tendida y más allá el cerezo, con sus ramas desnudas de follaje zarandeadas por el viento.

—Oye, Lil —murmuró al fin con voz insegura—. ¿Crees que él puede estarnos vigilando?

Siguió esta la dirección de su mirada y a duras penas reprimió un estremecimiento. A esas tempranas horas de la mañana invernal no había amanecido aún. El sol no había despuntado todavía ni la luz del día se había abierto paso, disipando las sombras de la noche. Si Gabriel se había agazapado tras el tronco de alguno de los chopos, probablemente no conseguirían distinguirlo ninguna de las dos.

—No lo sé, —repuso al fin con una voz que a ella misma le sonó extraña—. Pero no creo que se atreva. Anteanoche no tardó la policía en presentarse cuando me mandó el mensaje a mi móvil. Le localizó en el acto.

Esbozó Mariví un gesto de atemorizado asentimiento.

—Sí, pero supón que apagase el móvil. ¿Qué sucedería entonces?

Con un esfuerzo, consiguió ella que a su semblante no aflorara lo que estaba sintiendo.

—Pues… que tendríamos que avisarla, claro. —Frunció el ceño dándole vueltas en la mente a una idea que la mantenía preocupada y al fin se decidió a exponerla en voz alta—. Hay algo que no entiendo, —manifestó llevándose cavilosamente un dedo a la barbilla.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—No entiendo el motivo de que me mande a mí sus mensajes. ¿Por qué trata de asustarme? Debería ser a ti a quien se dirigiera directamente para amenazarte con las penas del infierno si no vuelves con él para obligarte a tomar una decisión en ese sentido. ¿No te parece?

Mariví se encogió de hombros y se quedó después en la misma postura, doblada sobre sí misma, como si le faltaran las fuerzas para recuperar la posición vertical.

—No tengo móvil, —musitó en apenas un susurro—. En uno de sus arrebatos me lo quitó y lo tiró por la ventana. Afortunadamente era de

noche y no le dio a ningún transeúnte, porque la calle estaba desierta.

Lilian se la quedó mirando, aparentemente impasible.

—Ya, —murmuró escuetamente—. Está claro entonces.

Volvió Mariví a encogerse desalentadamente de hombros antes de levantar la mirada hacia ella.

—Pensarás que soy una idiota, ¿verdad?

Sí lo pensaba, pero se apresuró a negarlo.

—No, no me he encontrado en un caso parecido y no me atrevo a juzgarte. Supongo que por miedo se es capaz de hacer cualquier estupidez. Hasta la más impensable.

Se quedaron las dos calladas durante un instante como si no tuvieran ya nada más que decir. Lo rompió Mariví con cierta timidez.

—Oye Lil, ¿sería un disparate que te acompañara esta mañana a las Salesas? Me gustaría ver cómo te desenvuelves en una sala de vistas, aunque esté llena de cordones. Así podré hacerme una idea de lo que me he perdido al no ejercer la abogacía cuando terminamos la carrera. Además estoy deseando salir a la calle y que me dé el aire. ¿Crees que correría un riesgo mayor acompañándote que quedándome encerrada en esta casa? Después de todo, Gabriel sabe que estoy aquí.

Lo consideró Lilian mientras introducía en el microondas una taza con agua, donde, cuando estuviera bien caliente, tenía previsto dejar caer el sobrecito de tila. Luego se volvió hacia ella.

—Pues… no lo sé. ¿Intentó en alguna ocasión agredirte con un arma?

En el apagado semblante de Mariví se pintó una expresión de alarma.

—¿Quieres decir que si alguna vez me amenazó con un cuchillo? Pues… pues sí, una vez al menos que yo recuerde, aunque por lo general me pegaba o me agarraba por el cuello hasta asfixiarme. Me soltaba siempre cuando ya no podía respirar.

Al menear la cabeza con un ademán afirmativo, le resbaló la corta melena sobre los ojos y Lilian se la retiró con un gesto de impaciencia.

—Arréglate entonces y vente conmigo. No puedes pasar el resto de tu vida encerrada entre cuatro paredes y no creo que por la calle se atreva a acercársete. ¿Has estado alguna vez en las Salesas?

—No, ¿por qué?

—Porque merece la pena visitar el edificio. En sus orígenes fue un palacio que la reina, Bárbara de Braganza, mandó construir para que constituyera su residencia en el caso de que el rey, Fernando VI, muriera antes que ella. Como no tuvieron hijos, pensó que la echarían del palacio de Oriente en cuanto se quedara viuda, En contra de sus previsiones, el rey la sobrevivió, pues ella falleció poco después de su edificación. Unos años más tarde se destinó a Palacio de Justicia, aunque en el presente es sede únicamente del Tribunal Supremo.

—¿Y por dentro sigue pareciendo un palacio?

—Sí, es realmente majestuoso. —Se le acercó por detrás para retirarle el plato que tenía sobre la mesa y la apremió—. Venga, deja de comer tostadas con mantequilla y vístete.

Una hora más tarde y tras despedirse de Leocadia que se había presentado puntualmente en la casa, salían las dos del garaje en el coche de Lilian y en cuanto recorrió este el corto camino enlosado del jardín, enfiló la calle que estaba desierta. Soplaba un viento helado y los pocos transeúntes con los que se cruzaron poco después caminaban deprisa con el cuello de sus abrigos o chaquetones subido. Lilian analizó aprensivamente los rostros de todos los hombres altos que caminaban por la acera y aunque no le comunicó a Mariví la inquietud que experimentaba, observó que esta hacia lo mismo. Cualquiera de ellos podría ser Gabriel y darles un susto de muerte. Aunque no parecía probable que pudiera alcanzarlas yendo ellas en el vehículo con las ventanillas cerradas y él a pie, Lilian dejó escapar un suspiro de alivio cuando llegaron a la plaza de la Villa de París, donde se ubicaba el palacio de justicia, al comprobar que ningún coche las había seguido, por lo que, más tranquilizada, estacionó el coche en el aparcamiento subterráneo.

A causa del frío reinante, la plaza estaba desierta cuando salieron al exterior. En primavera los jardines de esa plaza solían estar muy concurridos. La ubicación en las proximidades de la misma del Tribunal Superior de Justicia y de la Audiencia Nacional motivaba que constituyera punto de reunión de juristas y demás personal dedicado al mundo del Derecho. Acostumbraban estos a reunirse bajo los árboles que la sombreaban, a la par que las mamás que habitaban en las cercanías

vigilaban a sus niños sentadas en los bancos, pero a principios de marzo apenas si se cruzaron con dos o tres ateridos viandantes que se dirigían apresuradamente hacia la calle Génova.

Mariví parecía otra muy distinta que la que se presentara en su despacho días atrás e incluso de la chica con la que desayunara esa mañana en la cocina. Se había lavado la rojiza melena y con el secador había conseguido que le resbalara ondulado a ambos lados del rostro, que, bien maquillado, parecía haber recuperado su color natural, sin rastro de moratones. Pese a que el día estaba muy nublado, llevaba gafas oscuras que ocultaban los últimos vestigios de la hinchazón de sus ojos. Vestía los pantalones ceñidos y el chaquetón ajustado con un cinturón que le había comprado Lilian el mismo día que se presentó en su despacho y, atravesando la plaza, caminaba a su lado sobre los altos tacones de los zapatos que había elegido también ese día. Lilian, por miedo a quedar atascada en la rejilla del pasillo central del pavimento del salón de plenos del tribunal supremo, llevaba unos zapatos de tacón ancho, por lo que Mariví le sacaba más de una cuarta de estatura. Sin extrañarse demasiado, notó que se volvían a mirar a su amiga todas las personas con las que se cruzaron, tanto los hombres como las mujeres, igual que antaño. Le pareció de improviso que habían retrocedido a los tiempos de la facultad y que volvían a ser las dos estudiantes de entonces, una altamente llamativa y la otra insignificante a su lado, aunque en solitario llamara la atención su agraciado semblante y su figura esbelta y bien proporcionada. Le molestó comprobar que no había llegado a superar el sentimiento de despecho que entonces experimentaba, pero procuró acallarlo diciéndose que, pese a esa circunstancia, era ella la afortunada, ya que, había demostrado ser la única de las dos que poseía cerebro. Por atractiva que fuese Mariví, en el presente no era más que una pobre chica perseguida por un lunático que la había maltratado cuando vivían juntos y que volvería a hacerlo si se le presentaba la ocasión.

Juntas entraron en el suntuoso edificio, sede del Tribunal Supremo, y cuando comenzaron a subir la escalera de mármol por la que se ascendía a la segunda planta, comprobó Lilian que todos los compañeros que la bajaban se volvían a mirar a su amiga. También el encargado de la sala de togas la observó disimuladamente mientras le entregaba a Lilian una de su

medida y poco después los abogados que aguardaban su turno frente a la puerta del salón de plenos la saludaron a ella, pero con los ojos fijos en la otra. Lo notó con toda claridad mientras intentaba silenciar su móvil con dedos torpes y sintió la mano de Mariví sobre su brazo.

—Tranquila, —le oyó decir en un susurro—. Lo vas a hacer muy bien y no vas a tropezar con los cordones. ¿Se puede aplaudir cuando termines?

Se lo decía en broma y Lilian se echó a reír.

—No se puede ni tan siquiera rechistar. Siéntate en los bancos del público y escúchame con atención. Cuando salgamos, me felicitas, tanto si te ha gustado mi discursito como si no.

Uno de los que esperaban en la puerta, un abogado bajito y rechoncho, que llevaba una toga que le estaba grande, se aproximó a Mariví con la evidente intención de entablar conversación y los dos se apartaron hacia el fondo del pasillo, mientras ella repasaba el guion que había preparado y que llevaba escrito en los folios que guardaba en la cartera. Poco después salía de la sala el agente judicial y la avisaba de que el recurso siguiente era el suyo, por lo que le siguió dentro del salón de plenos, inmenso, ostentoso y en semipenumbra. Por el pasillo central llegó con su flotante toga hasta el estrado donde debía tomar asiento y cuando el tribunal le dio la palabra procedió a manifestar con voz clara los motivos de impugnación de la sentencia que recurría.

Solo cuando terminó su exposición y el fiscal, sentado frente a ella, pasó a realizar la pertinente oposición a la argumentación que había formulado, se dio cuenta de que Mariví no se encontraba en la sala, en los bancos del fondo reservados al público. En la primera fila de esos bancos vio a dos chicos jóvenes que escuchaban con suma atención y que sin duda acababan de obtener el título de abogados y habían acudido con la intención de aprender la mecánica de los recursos de casación. En una fila más allá, otra abogada con toga bostezaba, esperando que le llegase su turno y en la última distinguió en la semioscuridad a un hombre con gafas oscuras y una barba espesa y negrísima. Aunque estaba sentado, pudo apreciar que era alto y fornido y que parecía mantener la mirada fija en ella. Lo último no lo hubiera podido asegurar, dado que los cristales de sus lentes no le permitían ver sus ojos, pero algo en la actitud que mantenía la inquietó. ¿Sería

Gabriel? Parecía estar al acecho, como si, impaciente, estuviera esperando a que el fiscal terminase su exposición y el tribunal diese el acto por finalizado para aproximársele. No consiguió por ello entender lo que aquel estaba diciendo. Hablaba y hablaba citando artículos del código penal y la doctrina legal existente sobre el caso, sin percatarse de que la abogada que tenía enfrente se rebullía inquieta en el duro asiento de madera del estrado, que semejaba pincharle con alfileres. Tampoco el tribunal parecía advertirlo. Escuchaba al fiscal atentamente sin mirarla a ella ni al tipo de la última fila de bancos. ¿Es que no se iba a terminar nunca aquella vista?

Al cabo de un lapso de tiempo interminable, que se desgranó lentamente en miles de minutos y de segundos, el fiscal hizo una pausa efectista y muy teatral, antes de rematar su exposición y solicitar la confirmación de la sentencia que Lilian había impugnado. Esta pudo emitir un imperceptible suspiro de alivio. Al fin.

Por su gusto hubiera echado a correr por el pasillo central para alcanzar la puerta de la sala e impedir así que el tipo de la barba pudiera alcanzarla en la amplia galería que le daba acceso, pero tuvo que limitarse a descender del estrado y a caminar despacio y dignamente hacia la salida, sin enredarse con los vuelos de la toga ni tropezar con los cordones que apenas si distinguía en la semioscuridad. En cuanto traspuso el umbral y desembocó en el iluminado corredor, parpadeó deslumbrada y buscó a Mariví con los ojos. Unos metros más allá, seguía en animada conversación con el abogado bajito, pero al verla salir al pasillo dejó al hombre con la palabra en la boca y se le acercó apresuradamente.

—No he podido entrar a verte, ¿sabes?, —le dijo a modo de disculpa—. Estaba hablando con ese compañero tuyo, —le explicó señalándole al chico bajito que la había seguido— y no me he enterado de que el agente judicial te había llamado. Luego ha cerrado la puerta y no me ha dejado pasar. ¿Cómo te ha ido?

Lilian no le contestó. Se había girado hacia esa puerta, esperando y temiendo ver aparecer al tipo barbudo y tomó a su amiga del brazo empujándola en dirección a la escalera.

—Vámonos, —le susurró con voz apenas audible.

—¿Pero por qué?, —protestó Mariví, que al parecer pretendía continuar charlando con el abogado bajito—. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Sin responderle, siguió Lilian obligándola a caminar por la galería hacia la sala de togas y, solo cuando ya en esa estancia se despojó de la prenda y se la entregó al encargado, se decidió a comunicarle sus aprensiones inclinándose a su oído.

—Creo que… creo que Gabriel estaba en el salón de plenos sentado en los bancos del público. ¿Es un hombre alto, fuerte y con una barbaza negra?

Aunque no podía ver sus ojos tras las gafas oscuras, adivinó que Mariví se la había quedado mirando de hito en hito.

—¿Estaba dentro de la sala?, —inquirió con una voz en la que latían trémolos histéricos.

—No lo sé. Me ha parecido que podía ser él. Por eso te pregunto si lleva barba y si es un hombre muy moreno.

Tardó Mariví en responder. Parecía estar asimilando su pregunta con dificultad.

—Sí, es muy moreno y tiene unos ojos verdes clarísimos.

—No he podido verle los ojos, porque llevaba gafas de sol. ¿Podría ser él?

—No lo sé. Antes no llevaba barba, pero es posible que no se haya afeitado desde que le dejé para no ser reconocido por la policía. ¿Y dices que estaba sentado entre el público? ¿Cómo ha podido enterarse de que esta mañana tenías una vista aquí, en las Salesas?

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido.

—Puede que haya estado vigilando mi casa y nos haya seguido cuando hemos salido a la calle en el coche. Tenemos que marcharnos antes de que se nos aproxime y te amenace o… o algo peor, porque ya ha demostrado que no tiene intención de obedecer la Orden de Alejamiento.

Habían desembocado nuevamente en el pasillo y las dos se encaminaron a toda prisa hacia la escalera después de mirar aprensivamente en todas direcciones. En ese momento la subían varios abogados con toga y e iniciaban el ascenso un par de chicas con la misma indumentaria, pero del tipo sospechoso no había ni rastro. Pese a ello descendieron los peldaños de dos en dos y no se detuvieron hasta que salieron a la plaza y dejaron el

edificio a su espalda. Se hallaba desierta y barrida por un viento gélido que se ensañaba con las ramas desnudas de los árboles como si se empeñase en arrancarlas de cuajo, por lo que la atravesaron apresuradamente para dirigirse hacia la entrada del estacionamiento subterráneo. Después de comprobar que el tipo de las gafas oscuras que tanto la había inquietado no se encontraba por las inmediaciones, Lilian se detuvo un instante junto a un banco, extrayendo el móvil de su bolso.

—Espera un momento. He silenciado este trasto antes de entrar en la sala y tengo que ponerlo nuevamente en funcionamiento.

—Pero… —empezó a objetar Mariví. Se había quitado las gafas para distinguir mejor los rincones más alejados del lugar en el que se encontraban. A la incierta luz de aquella mañana tan nublada Lilian pudo comprobar que tenía los ojos rodeados por un círculo violáceo y dilatados por el miedo.

—Será solo un instante. Puede que me hayan llamado del despacho y que Anita me haya dejado algún recado urgente, —le explicó.

Pulsó el botón del registro de mensajes y se quedó mirando la pequeña pantalla como hipnotizada, al reconocer el número que figuraba en ella y que terminaba en tres doses.

—¿Qué pasa?, ¿es algo importante?, —trató de averiguar Mariví quitándole el móvil de la mano.

Con unos dedos que temblaban ostensiblemente abrió la chica el mensaje y lo leyó antes de devolvérselo a Lilian que lo tomó a su vez y que deletreó dificultosamente su texto:

> “*Enhorabuena, has estado espléndida, pero te queda poco tiempo para seguir pavoneándote en el estrado de las salas de vistas si te empeñas en impedir que Victoria vuelva conmigo*”.

Levantó Lilian la mirada hacia la otra que permanecía en silencio a su lado con el semblante demudado. Le pareció que bajo el maquillaje resurgían en su rostro los vestigios de los moratones que había logrado disimular esa mañana con la pintura y que a sus párpados afloraban nuevamente las secuelas de los golpes que había sufrido días antes.

—Vámonos, —articuló a duras penas tomándola del brazo.

—¿A dónde? ¿A tu casa?

—Sí, desde allí llamaremos a Fernando Costa y no te dejaré sola hasta que hable con él.

En ese instante oyeron distintamente la alarma de un coche de policía que se iba aproximando.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Media hora más tarde, sentadas en el salón de la casa de Lilian, intentaron las dos poner en orden sus ideas y tranquilizarse, sobre todo tranquilizarse. Leocadia estaba limpiando la planta superior y hasta ellas llegaba el sonido de los muebles que corría y el del aspirador que manejaba.

—Debería buscarme otro alojamiento hoy mismo, —musitó Mariví, que se había dejado caer en el sofá y que a duras penas conseguía disimular su inquietud—. Te estoy poniendo en peligro y no tienes la culpa de que en su día decidiera yo irme a vivir con un chalado, que además es un animal. ¿No podrías conseguirme hoy mismo una vivienda, de esas que llaman de acogida? En el mensaje que te ha enviado Gabriel esta mañana parece tener intención de agredirte por ayudarme y no puedo consentirlo.

Derrengada en un sillón frente a Mariví, pasó cansadamente Lilian una mano por su frente, preguntándose cuál sería la causa de que el caso de esta hubiera sido calificado por la policía como de bajo riesgo. Le parecía obvio por los mensajes que le enviaba que el hombre estaba esperando su oportunidad para vengarse de las dos. De Mariví por haberle abandonado y de ella por haber colaborado en que le abandonara. Y en esa venganza cabía incluir también la intención de mandarlas directamente a las dos al otro mundo.

—¿Es eso lo que quieres?, —le preguntó con una voz sin inflexiones, acodándose en los brazos del sillón—. Podemos intentarlo, pero las plazas disponibles de esas casas escasean, porque desgraciadamente tu caso no es único ni mucho menos. Además, aunque en esas viviendas se ofrece protección inmediata y seguridad durante las veinticuatro horas, es una solución transitoria, ya que los días de estancia previstos para permanecer

en las mismas son limitados a quince o veinte por regla general. ¿No sería preferible que continuases aquí conmigo hasta que la policía le detenga?

—Hasta que le detenga… —repitió Mariví en un atemorizado susurro —. ¿Y si no le detiene antes de que acabe con las dos? Si me marcho, es posible que se olvide de ti y que no vuelva a amenazarte.

En ese momento oyeron las dos un corto ladrido en el vestíbulo y segundos más tarde irrumpió en el salón el cachorro, que, como una exhalación lo atravesó para saltar después al regazo de Lilian. Esta le acarició cariñosamente la cabeza.

—Es una lástima que no seas ya un perro adulto para que pudieras defendernos, —le susurró como si pudiera entenderla—. Como eres un pequeñajo, recibes alegremente a todo el que aparece por esta casa sin distinguir a los que vienen a visitarnos de los que se cuelan en el jardín para amenazarme por el móvil. ¿Cuándo te vas a hacer mayor?

Peluche dio un par de brincos sobre sus rodillas, antes de saltar al suelo y corretear por la habitación, pero no se acercó al sofá donde estaba sentada Mariví. Parecía ser consciente de que a la chica no le gustaban los perros, porque se quedó observándola a distancia, jadeando con la lengua fuera. Sonrió Lilian ante el comportamiento de Peluche, a la par que súbitamente su visión le traía algo a la memoria.

—Recuerdo ahora que anoche vino a avisarme de que Gabriel estaba en el jardín, —comentó a media voz, señalando al cachorro y rememorando sus ladridos en el pasillo, frente a la puerta de su dormitorio—. Me despertó precisamente cuando ese tipo me estaba enviando el mensaje que alertó a la policía y que motivó que esta acudiera inmediatamente. No es un perro guardián, pero tampoco es tan inútil en ese sentido como suponía.

Mariví lo contempló desdeñosamente durante unos segundos.

—¿Tú crees? ¿Y de qué sirvió anoche que te despertara? Si Gabriel hubiera conseguido entrar en esta casa, como mínimo nos hubiera vapuleado a conciencia a las dos y dudo mucho de que ese animal nos hubiera defendido. Aunque… —sin apartar los ojos del chucho se echó a reír sin ganas—. Aunque es posible que con la costumbre que tiene de ir haciendo sus necesidades menores por todas partes, le levantara a Gabriel la pata en el pantalón y que se lo dejara hecho una pena y bien apestoso.

A Lilian no le hizo ninguna gracia su comentario.

—¿Por qué le tienes esa manía a Peluche?, —se enfadó—. No te ha hecho nada, que yo sepa.

Su interlocutora se encogió de hombros.

—No me gustan los animales, te lo he explicado a menudo. De niña me mordió uno en el parque y desde entonces procuro mantenerme alejada de todos los que me encuentro. Además, huelen mal, estropean los muebles y todo lo que encuentran a su paso. No sé qué les ves tú.

—Siempre quise tener uno, —repuso Lilian, hablando como para sí misma—. Mis padres no me lo permitieron mientras viví con ellos y hace unos meses se lo comenté a Pablo, que el día de mi cumpleaños apareció con Peluche en el despacho. Por eso me compré a continuación esta casa, para que pudiera correr por el jardín.

—Muy lógico, —refunfuñó la otra—. Me parece una razón de peso que la decisión de adquirirla haya sido motivada por el regalo de un chucho. ¿No crees que es demasiado grande para ti, demasiado solitaria y que está necesitada además de múltiples reparaciones? Te va a costar una fortuna restaurarla.

—Sí, ¿y qué?, —replicó desafiante.

—¿Ganas una fortuna?, —le preguntó Mariví con curiosidad.

Lilian esbozó un gesto vago.

—Digamos que lo suficiente para permitirme vivir en esta casa e ir arreglándola poco a poco. Además…

—¿Qué?, —la animó su amiga a continuar—. ¿Tienes pensado aumentar pronto el número de miembros de la familia? —Con picardía se inclinó hacia ella—. ¿Tienes por ahí a algún candidato, dispuesto a hacerte alguna proposición romántica?

Rememoró ella las continuas atenciones de que era objeto por parte de Pablo, pero no se decidió a admitirlo y se puso desganadamente en pie.

—Podría ser. Y ahora voy a marcharme al despacho y tú te vas a quedar con Leocadia y vas a cerrar con llave el portón de entrada. Si ocurre antes de que regrese esta tarde algún incidente inquietante, llama a Fernando Costa y a mí por el teléfono fijo de esta casa. No lo olvides, pero no le abráis a nadie. Ni al cartero ni al revisor del gas o de la luz. A nadie.

—Descuida, descuida.

En cuanto media hora más tarde entró Lilian en el piso primero del edificio en el que se hallaba su oficina, se dirigió a Anita, que se encontraba en la antesala tras su mesa, tecleando en el ordenador, para preguntarle si Pablo se encontraba atendiendo a algún cliente y, ante su respuesta negativa, siguió camino por el pasillo hasta el despacho de este, contiguo al suyo, que le precedía por el pasillo. Era una estancia de mayores dimensiones que el que ella ocupaba. Su ventana daba también a la fachada, pero las proporciones de la habitación y el mobiliario de que se componía denotaba que en el bufete ostentaba él un puesto de mayor categoría que Lilian, que había ascendido posteriormente de pasante contratada a tiempo parcial, a miembro de la sociedad civil constituida en el presente por sus tres compañeros y ella misma.

Al oírla entrar, levantó Pablo la cabeza de la pantalla del ordenador que tenía sobre la mesa y se la quedó mirando impasible mientras ella se le aproximaba y tomaba asiento en uno de los dos sillones destinados a los clientes. Seguidamente pasó a referirle lo acaecido esa mañana en Las Salesas. Conforme avanzaba en su relato iba oscureciéndose el semblante de él y cuando terminó denotaba su expresión que estaba francamente preocupado.

—Creo que sí, que tiene razón y que deberías conseguirle a tu amiga esa casa de acogida. En los mensajes que te envía ese tipo es a ti a quien amenaza, no a ella. Debe de ser un hombre con algún problema mental, que se ha convencido a sí mismo de que, si ella le ha abandonado, ha sido porque tú te has metido por medio. Nadie te asegura además que tu amiga no decida de improviso perdonarle, retirar la denuncia y volver con él, de modo que al final quedarías tú a sus ojos como la única culpable y, consiguientemente, como el único blanco de sus iras. Es más que posible, por lo que te estarías arriesgando tontamente.

Le indignación que le produjo su comentario le impidió encontrar las palabras oportunas para replicarle adecuadamente e incluso la obligó a tartamudear.

—¿Cómo… cómo puedes imaginar semejante… semejante estupidez? Mariví no es ninguna idiota y por consiguiente no volvería con un hombre

que la ha maltratado físicamente y que le ha dejado la cara irreconocible. Tú no la conoces.

Esbozó Pablo ahora una sonrisa irónica.

—¿Y tú sí?

—Claro. Estudiamos la carrera de Derecho juntas. Por las mañanas nos veíamos en la facultad y por la tarde nos reuníamos en su casa o en la mía para empollar. Fuimos inseparables durante todos esos años, así que ¿cómo no la voy a conocer?

Se acodó él sobre la mesa y apoyó la mejilla en una mano para mirarla con sorna.

—¿Si durante esos años te hubiera dicho alguien que se iría a vivir con un tipo que la molía a golpes te lo hubieras creído?, —insistió.

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido. Por supuesto que no se lo hubiera creído. Mariví era por aquel entonces una chica preciosa, que derrochaba seguridad en sí misma y que podía elegir entre los muchos chicos que la asediaban. Que hubiera optado precisamente por un hombre con un buen físico, pero que no tenía oficio ni beneficio y que además era un maltratador, no se le hubiera pasado nunca por la cabeza, pero, como no podía reconocerlo así, eludió una respuesta taxativa.

—Aguantó a ese hombre por miedo y, como sabes, el miedo es una eximente.

Condescendientemente le dio Pablo la razón.

—Sí, al que obra impulsado por miedo insuperable no puede imputársele penalmente el delito que comete, pero, que yo sepa, tu amiga no ha cometido ningún delito por miedo. Se ha limitado a permitir que abusaran de ella sin ponerle remedio. ¿Qué le hubiera impedido abandonarle la primera vez que le levantó la mano? Seguramente le creyó cuando él le pidió perdón y le aseguró que no volvería a ocurrir, como tantas otras tan tontas como ella. ¿O no?

Se mordió los labios Lilian para no verse obligada a reconocerlo, por lo que intentó cambiar inmediatamente de tema.

—Bueno, es igual. Ya te he comentado que la policía apareció en la plaza de la Villa de París instantes después de que recibiera yo el mensaje de Gabriel en mi móvil y que cuando llegó no encontró ni rastro de él. Por

lo visto me lo había enviado desde la calle Génova, o sea, a pocos pasos de la plaza en la que nos encontrábamos las dos. Pero volvamos a la cuestión que me ha traído a tu despacho, que es la de que me ayudes a conseguirle a mi amiga una casa de acogida.

Aprobó Pablo su sugerencia con un movimiento de cabeza.

—De acuerdo. Aunque el derecho penal no sea mi especialidad, he llevado algún asunto de violencia de género, así que haremos un par de llamadas telefónicas a ver si conseguimos algo.

Se arrellanó Lilian en uno de los sillones de los clientes, frente a la mesa de él, mientras este hablaba y hablaba por teléfono y discutía primero con alguien perteneciente a los Servicios Sociales de la Dirección General de la Mujer y después con sus homólogos de la Concejalía de la Mujer del Ayuntamiento, que al parecer le ponían inconvenientes, porque fue inconscientemente levantando la voz conforme hablaba, sumamente irritado. Cuando al fin colgó el aparato, comenzó a tabalear con un lápiz sobre la mesa con el ceño fruncido y expresión de malhumor.

—¿Qué te han dicho?, —le preguntó ella.

—Que en este momento no tienen ninguna plaza libre en la que pudiera hospedarse tu amiga. Que quizás la semana que viene…

Tenían que esperar entonces, pensó Lilian. Lo mismo que para que le arreglasen el tragaluz del sótano. También el cerrajero lo había pospuesto para unos días más tarde, como si el peligro que corrían Mariví y ella a manos de un indeseable que la policía no conseguía detener careciera de importancia y las medidas a adoptar para protegerlas pudieran demorarse indefinidamente. Desalentada se preguntó por qué al mundo le tendría sin cuidado lo que pudiera sucederles a las dos.

—Bueno, es igual, —articuló al fin—. No parece que a nadie le importe demasiado el problema que estamos padeciendo, pero si se trata solamente de unos días… Además, vamos a pasar fuera el fin de semana, lo que será un alivio, porque Gabriel no será capaz de localizar nuestro paradero. Y por cierto, ¿has reservado ya algún hotel en la sierra para que nos alojemos los tres?

El ceño de Pablo se desfrunció un tanto.

—No he encontrado hotel, pero sí he reservado dos habitaciones en un albergue en plena naturaleza. Una especie de hostal con encanto. Desde ese establecimiento tendremos que ir hasta el telesilla en mi coche, porque se encuentra algo alejado. Supongo que no te importará.

—No, claro que no, —repuso Lilian que seguía dándole vueltas en la cabeza a lo acaecido esa mañana y que no le había escuchado—. ¿Crees que nos libraremos allí del acoso de Gabriel? Todavía siento escalofríos cuando recuerdo el sobresalto que he sentido al verle sentado entre el público en el salón de plenos del Supremo.

La contempló él con la cabeza ladeada.

—Lo imagino. Pero no me has comentado cómo te ha ido en esa vista.

Se aprestó Lilian a darle su impresión sobre cómo se había desarrollado esta, aunque comprobó en ese instante que la presencia del hombre de la barba en el último banco del público había borrado de su mente la percepción que en otro caso le hubiera merecido su actuación y la del fiscal.

—Pues… pues no lo sé, —reconoció—. Todo iba bien hasta el momento en el que el tribunal le ha dado la palabra al fiscal y me he dado cuenta de que Mariví se había quedado fuera de la sala y de que en cambio estaba ese tipo allí sentado en el último banco.

—¿Tu amiga no ha entrado a presenciar tu intervención?

—No. Estaba charlando con un compañero, cuando me ha avisado el agente judicial y no se ha enterado. Ahora pienso que ha sido una suerte, porque si hubiera coincidido con Gabriel dentro de la sala probablemente él habría provocado un altercado.

Esbozó Pablo un gesto que podía significar que no estaba de acuerdo con la apreciación que ella acababa de efectuar.

—¿No crees que ha sido una suerte?, —insistió confusa.

—No, no lo creo. De haber alterado ese hombre el orden, le hubieran detenido inmediatamente y tú, tu amiga y yo podríamos respirar tranquilos y celebrarlo después con una botella de cava.

Parpadeó perpleja sin acabar de entender lo que había querido decir.

—¿Tú también lo celebrarías? ¿Tanta lata te doy con este tema?

La contempló él con fijeza durante unos segundos antes de inclinarse hacia ella sobre la mesa y responderle:

—No es exactamente porque me des la lata. Simplemente es, porque estoy preocupado por ti. ¿O es que a estas alturas te extraña que lo esté?

Parecía insinuar algo más de lo que sus palabras expresaban y se rebulló inquieta en el sillón. ¿Qué habría querido decir? Dejaba escapar a menudo comentarios similares que parecían indicar que ella le interesaba, pero nunca con la suficiente claridad como para que pudiera tomarlas en consideración. En esas situaciones no reaccionaba ella con la soltura y con la gracia con las que Mariví le hubiera respondido. Solía sentirse torpe y falta de recursos dialécticos y aunque en esa ocasión buscó también en su mente un comentario que aligerara la tensión del momento no fue capaz de encontrarlo, por lo que decidió marcharse inmediatamente y se puso en pie vacilante.

—Bueno, me voy a mi despacho, que aún me queda mucho por hacer esta mañana. Gracias por tu ayuda y…

La interrumpió sin dejarle terminar la frase.

—¿Comeremos luego?

Acostumbraban a hacerlo en una cafetería cercana cuando los dos tenían que quedarse a trabajar por la tarde con Tarsicio y con Anita, que solían acompañarles. Se encaminaba ya hacia la puerta y al oírle se detuvo indecisa. Luego giró a medias la cabeza.

—Pues…, no sé.

—¿No sabes si te vas a quedar a comer al medio día o si vas a hacer un alto en el trabajo para marcharte a tu casa?, —insistió muy serio.

—Es que tengo que recibir a dos visitas esta tarde y…

—O sea, que te vas a quedar a comer, —resumió él interrumpiéndola—. A las dos de la tarde en punto pasaré por tu despacho y mañana, a eso de las cinco de la tarde, os recogeré en tu casa a tu amiga y a ti para salir rumbo a la sierra.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Lo rememoraba Lilian, sentada en la cama de su habitación del albergue y acurrucada para amortiguar el frío que sentía. El vendaval rugía fuera alternando las ráfagas de aire que se arremolinaban en derredor del edificio con un silbido agudo, que se filtraba a través de las maderas de la ventana y recorría luego la habitación como un fantasma gélido e invisible. Se lamentó interiormente por haber accedido al empeño de su amiga de ocultarse ese fin de semana en la sierra, en lugar de en un lugar más cálido, pero ya no tenía remedio. Pondría buena cara y subiría en el telesilla con Pablo y con ella hasta la Bola del Mundo para recibir las primeras lecciones de esquí.

En cuanto, tiritando, se puso en pie, abrió de par en par las maderas de la ventana para atisbar los alrededores. Un manto blanco se extendía en todas direcciones, apenas entrevisto bajo la cortina de copos que revoloteaba en círculos caprichosos al compás del viento. Los estampaba intermitentemente contra los cristales, enturbiándolos con sus manchones blancos y húmedos, que se deslizaban después para formar un montoncito blanco en el alféizar.

Reprimiendo el castañeteo de sus dientes se echó sobre el pijama la colcha de la cama y volvió a su observatorio intentando distinguir la silueta de Mariví a través de los escasos espacios traslúcidos del vidrio. Sabía que adoraba la nieve y la consideraba muy capaz de haber salido tan de mañana a dar un paseo para aspirar el aire helado y disfrutar de la inmensidad del panorama que se extendía en derredor del albergue en el que se alojaban. Apenas si la noche anterior habían podido distinguir el entorno en el que estaba enclavado, dado que habían llegado cuando ya había oscurecido por

completo. Se habían limitado a cenar en el comedor y al terminar, estaba tan cansada que les dejó a los dos en la sala de estar para subir a acostarse.

Durante la media hora escasa que compartió con ellos el calor de la chimenea encendida de esa habitación, Mariví parecía sentirse sorprendentemente feliz y se deshizo en ilusionados comentarios sobre las actividades que podrían realizar a la mañana siguiente, sin dedicarle un solo recuerdo a Gabriel. Le dio a Lilian la impresión de que momentáneamente se había olvidado de su existencia y de la amenaza que suponía para ella, como si el blanco panorama que les rodeaba hubiera bastado para borrar de su mente su lamentable pasado.

Lilian en cambio lo tenía muy presente esa noche y en ese instante en el que oteaba aprensivamente la inmensidad nevada que podía divisar desde la ventana, con la frente apoyada contra el cristal temiendo ver surgir su silueta detrás de cualquier árbol. A lo lejos, frente al bosquecillo de abetos nevados que crecían al pie de la montaña, distinguió a varios excursionistas arrojándose bolas de nieve y a una familia compuesta de una pareja y dos niños, con los esquís al hombro, encaminándose hacia el estacionamiento del albergue, donde Pablo había aparcado también su coche la noche anterior. Seguramente se dirigían a tomar el telesilla para subir a esquiar a la Bola del Mundo, pero no vio rastro de su amiga ni tampoco de ningún hombre con aspecto sospechoso. ¿La habría localizado Gabriel mientras ella dormía y la habría obligado a volver con él a la especie de pocilga en la que habían vivido juntos?

Inquietísima se arregló a toda prisa, embutiéndose en una camiseta, en unos gruesos pantalones y en dos jerséis de lana, uno blanco y otro de color rosa, para bajar luego apresuradamente la escalera que chirriaba bajo sus botas. Tras el mostrador de recepción, el encargado bostezaba y se le acercó, restregándose con disimulo los ojos, aún cargados de sueño.

—Hola, buenos días, —le saludó entrecortadamente, en parte por la desazón que experimentaba y en parte también por el frío—. ¿Ha visto usted esta mañana a una chica muy alta y un poco pelirroja?

El recepcionista ahogó otro bostezo.

—¿Se refiere a la que vino con usted anoche y con otro caballero?

Lilian se apresuró a asentir, algo extrañada de que se hubiera fijado en ella yendo en compañía de la otra, ya que estaba harto acostumbrada a que su llamativa amiga la eclipsara por completo.

—Sí, eso es. ¿La ha visto usted?

El reseco semblante del muchacho se animó un tanto. Su imagen respondía a la de la última moda progre, ya que, además de llevar rasurada la cabeza, a excepción de una especie de cresta en la parte superior, ostentaba un *piercing* en la nariz y un extraño amuleto que le colgaba del cuello.

—Claro que la he visto. Ha salido muy temprano con el otro caballero. Con el que debe de ser su novio.

Abrió Lilian la boca con asombro. ¿Su novio? Sin duda se estaba refiriendo a Pablo, que aún no era más que un aspirante a serlo de ella, pero al que no le unía con su amiga ningún tipo de lazo afectivo. Que desertara de esa candidatura y prefiriera a Mariví en cuanto la conociera, era algo que había temido desde que esta se presentara en su despacho, seis días antes, irreconocible por los golpes con los que la había obsequiado Gabriel. Claro está que precisamente a causa de esos golpes, su amiga parecía haber perdido su atractivo. Semejaba haberse transformado en otra, avejentada prematuramente, insegura e, incluso como la había calificado Pablo, su silueta no correspondía ya a la de una modelo, sino que podía conceptuársela de demasiado alta y hasta de desgarbada. Sin embargo, cuando la tarde anterior las había recogido a Pablo con su coche, le dio la impresión a Lilian de que Mariví había recobrado gran parte de su anterior fisonomía. Los moratones de su rostro habían ido palideciendo poco a poco durante esos días y la espesa capa de maquillaje que se había aplicado sobre la piel los había tornado invisibles. También su equipo de esquí le favorecía. El pantalón oscuro y el jersey rojo de cuello alto bajo el anorak azul eléctrico y entallado estilizaban su figura y la melena que le resbalaba hasta los hombros pendía brillante y rojiza, enmarcando su semblante de pómulos altos en el que destacaban sus ojos claros que, aunque algo hinchados, habían recobrado su línea ligeramente oblicua y su brillo.

Por esa razón había estudiado disimuladamente la impresión que le producía a él cuando salieron a la calle las dos y se introdujeron en su

vehículo. Pablo las esperaba al otro lado de la verja y bajó del coche en cuanto las vio atravesar la puerta de la valla del jardín.

También le costó a Lilian reconocerle a él. Con unos pantalones oscuros y un anorak rojo, apenas recordaba al sesudo y parsimonioso compañero de despacho. Y no solo porque hubiese prescindido de la convencional indumentaria con la que se presentaba siempre a trabajar, que, además de la chaqueta y la corbata incluía sus habituales gafas de concha. Lo diferente era su expresión. Parecía más joven y traslucía el aire ilusionado de un chiquillo al que hubiesen premiado con presenciar en el campo el partido de fútbol de su equipo preferido.

En cuanto las dos se subieron al coche, ella en el asiento del copiloto y Mariví en el posterior, adivinó más que vio que esta le miraba complacida. Claro está que a la chica le parecían atractivos casi todos y reaccionaba en consonancia. Como en las innumerables ocasiones que Lilian recordaba de la época en la que eran estudiantes, intercaló en la conversación que mantuvieron durante el trayecto comentarios ingeniosos, agitando con gracia su melena. Notó Lilian que Pablo la observaba en varias ocasiones por el espejo retrovisor, pero no pareció reparar en la presencia de la chica más de lo que exigía la buena educación. Incluso le contestaba con monosílabos cuando intentaba llamar su atención y se dirigía seguidamente a Lilian con un interés que su amiga no fue capaz de captar, quizás por la falta de costumbre de que aquella pudiese desbancarla ante un elemento del género masculino.

Pero algo había cambiado esa mañana. De improviso Mariví volvía a ser la reina de la fiesta y ella su invisible acompañante, a la que habían dejado durmiendo sin avisarla para que les acompañara. ¿Cómo era posible?

—¿Han salido los dos?, —insistió incrédulamente—. ¿Y sabe dónde han ido?

—Sí, claro que lo sé, —repuso el muchacho mesándose la cresta, satisfecho de estar tan bien informado y de poder contestar a sus preguntas —. Les he visto subir al coche de él y arrancar. Antes les he oído decir que iban a tomar el telesilla.

—¿Se han ido a esquiar?, —inquirió sin querérselo creer.

—Eso es.

—¿Llevaban los esquís?

—Sí, sí. Parecían muy animados.

Se hubiera dejado caer sentada Lilian de haber tenido una silla a mano, pero como no la tenía se aferró con ambas manos al tosco mostrador de madera de la recepción y tomó aire disimuladamente. Se habían marchado los dos sin ella. Le había bastado a Mariví con unas horas para embobar a su admirador más persistente y conseguir que la dejara plantada. Probablemente la muy boba ni se lo habría propuesto. La chica era así. Atraía a todos los hombres que la rodeaban, sin que su comportamiento a ese respecto obedeciese a un plan preconcebido ni se hubiera planteado una finalidad determinada. La habían acostumbrado ellos durante muchos años y ni siquiera la desagradable experiencia que había vivido con Gabriel la había privado de su inconsciente apetencia de encandilarles a todos. Volvía a ser la de siempre, la de los años de la facultad, y ella recuperaba igualmente a su lado su papel de segundona, a la que habían dejado los dos olvidada en un solitario albergue de la sierra en medio de la nieve.

—¿Sabe si pensaban volver pronto?, —le preguntó al muchacho con aire indiferente.

—Pues no podría decirle, —repuso este encogiéndose de hombros—. Le he oído comentar a su amiga que quería esquiar en la Bola del Mundo. Si toma el telesilla, seguramente les encontrará allí arriba.

Reprimió Lilian un exabrupto. ¿Pensaba aquel tonto y progre recepcionista que iba ella a salir corriendo en su busca después de que desconsideradamente hubiesen prescindido de su compañía y se hubiesen largado sin avisarla? Por su parte podían irse al fin del mundo y congelarse allí con los esquís puestos. Y aún podía disculpar en parte a Mariví, porque siempre había sido una inconsciente y no solía caer en la cuenta de que le estaba haciendo una faena a una amiga, pero a Pablo no. Le había bastado a él con conocer a una chica muy alta y muy atractiva, con el pelo rojizo y aficionada como él a esquiar, para que se olvidara de las insinuaciones con las que aludía a diario al futuro que podrían compartir los dos. En ese momento se dio cuenta de hasta qué punto le dolía su deserción, aunque se

prometió a si misma disimularlo para que nadie, ni siquiera aquel chico de la piel reseca y pelos de punta, fuera capaz de adivinarlo.

—No, no voy a subir a la Bola del Mundo, —replicó secamente—. Voy a tomar un café bien caliente a ver si consigo entrar en calor. ¿Dónde puedo desayunar?

Le indicó el recepcionista una puerta de cristales a su derecha, que daba acceso al restaurante en el que habían cenado la noche anterior. Una estancia rectangular de paredes de madera y gruesas vigas del mismo material en el techo, al que se dirigió tomando asiento en una mesa con un mantelito blanco, que se hallaba libre bajo la ventana. Una pandilla de jóvenes de ambos sexos invadía el rincón opuesto, rompiendo el silencio del comedor con el alboroto de sus risas. Habían apoyado los esquís contra la pared y se arracimaban en torno a otra mesa, manifiestamente incapaz de albergarles a todos, lo que no parecía importarles. A su izquierda vio a dos parejas también jóvenes que intercambiaban comentarios en tono bajo y más allá, a un matrimonio de mediana edad que se quejaba del frío reinante.

Rumiando la inmensa decepción que experimentaba por el comportamiento de Pablo, tardó en reparar en el muchacho que en la mesa de enfrente a la que ella ocupaba leía el periódico con atención. Era alto y su piel, muy morena, destacaba sobre el jersey blanco de cuello alto que vestía. Sobre la mesa y delante de él tenía una taza conteniendo un líquido oscuro que debía de ser café y que tomaba a pequeños sorbos. Cuando un camarero se acercó a Lilian a preguntarle qué deseaba desayunar, el chico levantó la mirada por primera vez y le sonrió. Aunque por lo malhumorada que estaba no se sentía con ánimos de entablar ningún tipo de relación con los huéspedes del albergue, por mimetismo correspondió a su sonrisa. Un instante más tarde le notó a su lado.

—Hola, —le dijo de pie junto a ella con la taza en la mano—. ¿Estás sola?, ¿puedo sentarme?

No le apetecía lo más mínimo charlar con aquel hombre ni con ningún otro. Por su gusto hubiera regresado en el acto a su casa y quizás lo hubiera hecho de haber subido a la sierra en su propio coche, pero, como había llegado hasta el albergue en el que se hospedaba en el de Pablo, se resignó a

seguir representando el desairado papel que le habían adjudicado. No obstante, inició un ademán negativo que él no vio o fingió no ver.

—Pues… —comenzó a decir, mientras buscaba en su mente una excusa.

Tomó asiento él en la silla de enfrente antes de que terminara la frase.

—Me llamo Iván, ¿y tú?

—Lilian, —repuso mecánicamente— pero…

—¿Has venido a esquiar?, —le preguntó interesado, acodándose en la mesa. Tenía unos ojos brillantes de un color verde claro que por un instante contempló como hipnotizada. Su cabello, muy corto por el cogote y oscuro, le resbalaba sobre la frente y se lo peinó con los dedos retirándoselo hacia atrás con un gesto maquinal, mientras aguardaba su contestación.

—No, no exactamente, —repuso en cuanto consiguió apartar los suyos y volver a ordenar el hilo de sus pensamientos—. No sé esquiar. He venido con unos amigos que sí son muy aficionados a practicar ese deporte y que no tardarán en regresar.

Esperaba que el anuncio de la proximidad del retorno de sus acompañantes le obligara a batirse en retirada, pero ante su desconcierto volvió a sonreírle él, mientras se arrellanaba en su silla más cómodamente.

—Y si no sabes esquiar, ¿a qué has venido a este albergue? ¿A pasear? ¿A mirar el paisaje por la ventana? ¿A tirar a tus amigos bolas de nieve? ¿A qué?

Se lo preguntó a sí misma en ese momento. En un hotel de playa, en el Mediterráneo, se habría sentido mucho más a gusto. Había aceptado la proposición que le había formulado Mariví de pasar esos días en la sierra, con la intención de complacerla y para alejarse por unos días de Madrid y del peligro que suponía Gabriel, esperando que no fuese capaz de localizarlas en Navacerrada, pero como era natural no podía decírselo al desconocido que se había sentado enfrente de ella.

—A mis amigos les gusta esquiar, —replicó evasivamente.

—A mí también. Es mi deporte favorito —manifestó entusiásticamente aquel muchacho—. Y a ti te gustaría también si lo probaras. ¿Lo has intentado alguna vez?

—Una vez, hace años, pero me pareció muy complicado mantenerme sobre esos palos tan largos. Me caí además y luego no me podía levantar.

Se echó a reír él con una risa espontánea y contagiosa.

—Bueno, a eso también se aprende. ¿Quieres que te enseñe? Podríamos tomar el telesilla.

Desvió Lilian la mirada hacia la ventana. La nieve seguía cayendo como una incesante cortina blanca. Se desplomaba ahora racheada por el fuerte vendaval. Una ráfaga de viento más fuerte que las anteriores restalló contra el cristal de la ventana y se alejó luego, perdiéndose por el bosquecillo de pinos con un rugido sordo. Imaginó el frío que reinaría en el exterior y meneó negativamente la cabeza y con ella su corta melena castaña.

—No, me parece que no. No, al menos, hasta que amaine el viento y deje de nevar. No me gustan los deportes de invierno. Hubiera preferido pasar el fin de semana en una playa de levante y tomar el sol tumbada en la arena. ¿Te gusta el mar?

Había girado la cabeza hacia él y se dio cuenta de que la estaba mirando fijamente. Parecía sentirse sumamente complacido en su compañía y ese descubrimiento le hizo olvidar en parte la lamentable descortesía de que había sido objeto por parte de los otros dos.

—Claro que me gusta. Pero dime, ¿a qué te dedicas?

Esbozó Lilian un gesto vago.

—Soy abogado. ¿Y tú?

—Economista. Trabajo en una empresa de artículos deportivos bastante conocida.

—Te sentirás entonces en tu elemento, —dedujo ella observando su atlética figura.

—Pues sí, —reconoció él.

—A mí también me gusta mucho mi profesión, —continuó Lilian—. En ocasiones, cuando llevas entre manos un asunto complicado, no consigues conciliar el sueño la noche anterior al juicio y das vueltas y más vueltas en la cama sin lograr conciliar el sueño, pero pese a todo merece la pena.

—¿Eres muy buena?, —le preguntó, acodado en la mesa y sin apartar la mirada de su rostro.

—Pues… pues sí, —repuso medio en broma—. Yo creo que soy estupenda.

—También lo creo yo, —murmuró Iván a media voz.

Como siempre que no se sentía muy segura del terreno que pisaba, se rebulló inquieta en la silla. Se preguntó en ese momento cuál sería la reacción de él cuando regresara Mariví y pudiera compararlas a las dos. ¿Saldría corriendo detrás de la otra, como en su opinión acababa de hacer Pablo, olvidándose de que ella existía? Pensó en ese momento que era muy posible que no volvieran al albergue hasta la hora de comer, por lo que para salvaguardar su orgullo herido debería procurar que no la encontrasen allí esperándoles. Podría dar un paseo por los alrededores o… No se le ocurrían más opciones, pero desde luego no entraba en sus cálculos dar la imagen de la chica desdeñada por otra más alta y más pelirroja, a la que hubieran olvidado entre la nieve.

—¿Y tú?, ¿has venido solo?

Iván hizo un gesto afirmativo. Pese a lo corto que llevaba el oscuro cabello, nuevamente le resbaló un mechón sobre la frente, que se retiró impaciente con los dedos.

—Sí, para esquiar no necesito a nadie y mis amigos tenían otros planes. ¿Es la primera vez que te has animado a disfrutar de este entorno, con esos amigos que se han marchado hace un rato?

Afirmó ella, haciendo un doloroso esfuerzo por sonreír y por inventar una excusa que la dejara a ella en buen lugar.

—Sí. Debería haberme traído una novela, porque ya les había advertido que no iba a arriesgarme tontamente a romperme una pierna.

—¿Y qué género de novelas lees?, —se interesó con curiosidad—. Te lo pregunto porque yo sí he traído alguna y podría prestártela, aunque me temo que nuestros gustos no coincidirán en ese punto. Yo devoro las novelas de espías, en cuanto tengo un rato libre. ¿Y tú? —La observó con la cabeza ladeada para terminar aventurando—: Ya sé, prefieres con toda seguridad las novelas románticas.

Por supuesto que eran sus preferidas, pero se reiría de ella si lo reconocía, así que optó por decir una mentira a medias.

—Pues creo que a los dieciséis años hojeé alguna, pero de eso hace mucho tiempo.

—Ya, —se rio Iván.

Se sintió en ridículo sin saber por qué y dijo la primera tontería que se le ocurrió.

—Imagino que a esa edad tú no leerías novelas románticas. No leerías ninguna clase de novelas, pero que en cambio te comprarías revistas porno, que esconderías debajo de la cama cuando entraran tus padres en tu habitación.

Ahora sí que se rio con ganas.

—Pues mira, sí, has acertado, aunque no eran porno, eran de señoras ligeras de ropa. Pero no compraba ninguna, porque no tenía dinero. Me las prestaban los amigos o se las escamoteaba a mi hermano mayor sin que se enterara. Y… sí, las echaba debajo de la cama cuando entraba en mi dormitorio alguien de la familia. Una vez las encontró mi hermana y organizó una trifulca sensacional.

—¿Tu hermana?

—Sí, es la mayor y muy puritana. Se comportaba con nosotros tres como si fuera nuestra madre. Los tres que le seguimos somos varones. Yo, el penúltimo.

—¿Y qué pasó?, —le preguntó interesada—. ¿Se enfadaron mucho tus padres?

Hizo él un gesto afirmativo con sus claros ojos color uva fijos en la nieve que se veía caer por la ventana. Sonreía con cierta nostalgia como si estuviera rememorando aquellos días ya lejanos.

—Se enfadó mucho mi madre, que es un alma de Dios, y me obsequió con un discursito sobre la moral y las buenas costumbres. A mi padre, en cambio, le hizo muchísima gracia, aunque lo disimuló y me dio unas palmaditas en la espalda recomendándome que en otra ocasión guardara las revistas en un sitio más seguro. Y mi hermano menor… mi hermano menor me pidió que se las enseñara en secreto, que es lo que hice.

—Así que a tu pobre hermano… —refunfuño escandalizada—. ¿Cuántos años tenía entonces ese hermano?

—Pues no lo sé, trece o catorce.

—¿Y tú?

—Uno más, catorce o quince.

Se inclinó Lilian hacia él sobre la mesa con los ojos relampagueantes de indignación.

—Eres un pervertidor de menores.

—Y tú una ñoña, —la recriminó con guasa—. Parece que hayas nacido ayer.

—¿Porque no compro revistas porno?, —replicó enfadada.

—Porque estás en Belén con los pastores. Deberías saber que la mayoría de los adolescentes hojean ese tipo de revistas, lo mismo que las chicas leen esas novelas románticas, que dices que a ti no te gustan.

Esbozó ella un gesto desdeñoso ante su sonrisa irónica.

—Ya soy muy mayor para ese género de literatura y además apenas me queda tiempo. Cuando llego a casa por las noches, me voy a la cama en cuanto ceno.

—Lo comprendo. A mí me ocurre algo parecido. Creo que por esa razón debemos aprovechar que es sábado para hacer un poco de deporte.

—¿Pero sigues pretendiendo subir a esquiar con la nevada que está cayendo…? —se alarmó, dirigiendo nuevamente sus ojos ambarinos hacia la ventana—. Hace un tiempo horroroso.

—¡Bah!, no es para tanto, —consideró él desviando también la mirada hacia el borroso paisaje que podía divisarse desde el lugar en el que se hallaban—. Si no te decides a intentar aprender a esquiar, podríamos dar un paseo por los alrededores.

Le sorprendió el interés que demostraba su compañero de mesa. Le pareció exagerado. La observaba fijamente como si temiera una negativa por su parte, pese a que con ello renunciaba a esquiar esa mañana, lo que, según habían reconocido, era su deporte favorito.

—¿Dar un paseo con este tiempo?, —objetó débilmente.

—¿Por qué no? Con la capucha del anorak no se te mojará el pelo, que supongo que, como a todas las mujeres, es lo que te preocupa. ¿Es lo que te preocupa?, —inquirió acodándose sobre la mesa, como si la respuesta que aguardaba fuera trascendental.

—Pues… —empezó dubitativa—. ¿Y si esperásemos a que amainara la nevada? —Le pareció que le había decepcionado su objeción. Había bajado la cabeza y observaba ahora el mantel como si la urdimbre del tejido le

atrajese de una forma especial, por lo que pudo estudiar su expresión con los ojos entrecerrados, antes de sugerirle:

—¿Por qué no subes a esquiar sin mí esta mañana? No quiero fastidiarte el plan. Podemos dar ese paseo esta tarde, si mejora el tiempo.

Levantó ahora la mirada hacia ella y sonrió.

—No me fastidias el plan, todo lo contrario. Si no quieres salir del albergue, iremos a sentarnos junto al fuego en la sala de estar para charlar. Dispone de una buena chimenea y así no pasarás frío. ¿Qué te parece?

Volvió a extrañarle que prefiriera seguir a su lado a disfrutar de la práctica del esquí y empezó a sentirse inquieta, diciéndose que se estaba comportando ella de una forma impropia de su edad. El afán de permanecer bajo techado sin atreverse a salir al exterior le cuadraba más a una anciana reumática y artrítica que a una chica que aún no había cumplido los treinta. Además, Pablo y Mariví podían regresar en cualquier momento y encontrársela allí sola, esperándoles, como si fuera una tonta a la que nadie le hacía caso. Este último pensamiento fue lo que la decidió. Les demostraría así que no les necesitaba, porque era capaz de hacer nuevas amistades en cualquier circunstancia y que por ella podían irse al fin del mundo.

—No, no, daremos ese paseo. ¿Conoces bien el entorno del albergue?

—Por supuesto, como la palma de mi mano. ¿Te gustan las ruinas? Podemos ir caminando hasta los restos de una torre medieval que no está muy lejos y que se mantiene en pie de milagro. El paisaje es precioso y merece la pena. ¿Qué te parece?

Le brillaban los ojos al preguntárselo como si el plan que le proponía le ilusionara de una forma especial, por lo que no se atrevió a decepcionarle.

—Bueno… sí. Subiré a por mi anorak.

—Y a por tu gorro, a por tu bufanda y a por tus gafas. Habrás traído todo eso, ¿verdad?

—Sí, sí, claro.

—Mi habitación se encuentra en esta planta, así que te esperaré en la sala de estar. Está ahí enfrente —le dijo él, señalándole una puerta que podía verse desde allí, a la que se accedía atravesando el pequeño vestíbulo

que hacía las veces de recepción—. Llevaré la máquina de fotos y… y no tardes.

La acompañó hasta el pie de la escalera y se quedó allí, asido a la barandilla, mirando como subía ella el primer tramo de escalones hasta que desapareció de su vista al doblar el rellano. Cuando alcanzó el pasillo de la planta superior volvió a preguntarse Lilian por qué habría aceptado el paseo que le había propuesto Iván. No le apetecía lo más mínimo salir del albergue a caminar ni visitar una torre ruinosa en compañía de un hombre al que acababa de conocer. Por su gusto se hubiera quedado en su habitación rumiando venganzas contra el mundo entero y especialmente contra Pablo y Mariví por haberse olvidado de ella. La irritación que sentía había logrado el milagro de que momentáneamente se hubiera olvidado de Gabriel y del peligro que suponía para su amiga e incluso para ella, ya que parecía incluirla también en las amenazas que les dedicaba en los mensajes que les enviaba por el móvil.

Cansinamente recorrió el pasillo y abrió la puerta de su habitación con la llave que llevaba en el bolsillo. Estaba tal y como la había dejado media hora antes, con las camas deshechas y las maletas de las dos en el suelo. En la suya encontró el gorro, que se colocó en la cabeza delante del espejo, después de ponerse el anorak, cuya cremallera se subió hasta el cuello. Luego se anudó en derredor de este la bufanda y con las gafas en la mano y el móvil en el bolsillo volvió a salir al corredor. Un sonido impreciso la detuvo delante de la puerta que acababa de cerrar y se giró sobre sí misma para mirar a su espalda. Al fondo del pasillo, la ventana, con los cristales enturbiados por los copos de nieve que se deslizaban convertidos en regueros blanquecinos, apenas si filtraba una claridad grisácea. La suficiente para distinguir las puertas que a ambos lados del corredor daban acceso a las habitaciones de los huéspedes y que estaban cerradas. Lo estaban a excepción de la última. Precisamente la que se encontraba más próxima a la ventana. La hoja de madera se hallaba ligeramente entreabierta y adivinó más que vio que alguien la estaba observando por la abertura.

¿O lo habría imaginado? Sintió un vuelco, aunque se dijo a sí misma que podía tratarse de que la hubiera dejado así inadvertidamente el excursionista que la ocupase y que probablemente acababa de entrar en la

habitación. Repentinamente recordó a Gabriel. ¿Las habría seguido hasta la sierra y estaría en ese cuarto aguardando el momento propicio para agredirlas a las dos?

La sola idea le puso alas en los pies por lo que bajó como una exhalación la escalera, precipitándose después en la sala de estar, donde se detuvo en seco nada más trasponer el umbral. Iván estaba sentado en un sofá frente a la chimenea, entre dos chicas con las que charlaba animadamente, pero se puso inmediatamente en pie al verla entrar. Llevaba ya el anorak, el gorro y la bufanda, además de una mochila cargada a la espalda, y se dirigió hacia ella con una chispita de sorpresa en sus ojos claros.

—¡Caramba!, ¿te persigue alguien?, —le preguntó riéndose.

—¿A mí?, —replicó Lilian, volviéndose para mirar a su espalda. No vio a nadie, pero sí advirtió en cambio la socarrona sonrisa de las chicas que en el sofá la contemplaban, quizás imaginando que estaba ansiosa por reunirse con Iván. Como le pareció ridícula su intempestiva aparición en la sala de estar, buscó en su mente una excusa para justificarla.

—No… es que… me ha parecido… me ha parecido que había un bicho en la escalera y…

—¿Un bicho?, —se extrañó la chica rubia del sofá. Parecía más joven que la otra y el cabello largo y liso le asomaba bajo el gorro de punto resbalándole sobre el cuello del anorak—. Aquí no hay bichos. Hace demasiado frío y todos se quedan congelados en invierno. Incluso las cucarachas, te lo puedo asegurar.

Se había levantado con la evidente intención de saludarla y se le aproximó, seguida de su amiga, que era algo más baja y más gordita.

—Me llamo Amalia y esta es Ángeles, —le dijo a modo de presentación —. Hemos venido a pasar el fin de semana. ¿Y tú?

—Sí, yo también, —repuso Lilian, aún aturdida.

La chica sonrió como si le divirtiera su atolondramiento.

—No, lo que te pregunto es que cómo te llamas.

—¡Ah!, me llamo Lilian. Lil para los amigos, —repuso con la vaga sensación de estar comportándose como una estúpida—. Y me has quitado

un peso de encima al decirme que en este albergue no hay insectos de ninguna clase.

—Por supuesto que no los hay, —le aseguró la que al parecer se llamaba Ángeles, abriéndose camino hacia ella entre Amalia e Iván—. Nosotras nos hospedamos aquí muy a menudo, porque nos encanta la nieve y hemos podido comprobarlo. Iván nos ha dicho que vais a dar un paseo hasta las ruinas del torreón. Es un sitio precioso y si no os importa que os acompañemos, pues…

No sentía Lilian el más mínimo interés por dar ese paseo hasta la torre ni en entablar nuevas amistades, pero no se le ocurrió ningún pretexto que oponer. Vio que una sombra de contrariedad cruzaba por el moreno semblante de él, al que, al parecer, no le seducía tampoco incluir a las dos chicas en la excursión que había proyectado e intuyó que estaba buscando una objeción para quitárselas de encima.

—Otro día, Ángeles. Otro día os apuntáis también, pero esta mañana quiero explicarle a Lilian la historia de esa torre y queremos hacer unas fotos muy especiales, así que…

—¿Y os molestamos para hacer esas fotos?, —se rio la chica sin darse cuenta del motivo por el que la compañía de las dos le incomodaba a él.

—No, no es que nos molestéis, —replicó Iván buscando un argumento que conciliara sus deseos con las normas de educación más elementales—. Es solo que…

—Que dos son compañía y tres o más, multitud, —le interrumpió Amalia riéndose a carcajadas—. Tú y yo formamos parte de la multitud, —le aclaró a Ángeles asiéndola de un brazo, antes de dirigirse a Lilian para preguntarle—: ¿Os habéis conocido esta mañana?

—Sí, mientras desayunábamos.

—Pues no cabe duda de que le has flechado, —le comentó riendo de nuevo. Luego le guiñó un ojo y, como si estuviese descubriéndola un secreto se le aproximó para cuchichearle al oído—: Te aconsejo que no te fíes de él. Cuando el mes pasado nos lo presentó en este albergue un amigo común, no se separó de nosotras ni un instante durante el fin de semana. Estaba encantado esquiando y jugando a las cartas con las dos y en cambio

ahora no sabe cómo apartarnos de su camino para lograr un aparte contigo. ¿No lo has notado?

Esbozó Lilian un gesto vago. Sí se había percatado de que desde el momento en el que se había acercado a su mesa esa mañana, había demostrado un interés exagerado por ella, pero como era natural no podía reconocérselo así.

—¿Si lo he notado? Creo que ves visiones.

Su rubia interlocutora se echó a reír.

—No. No veo visiones. Quizás no te hayas dado cuenta porque estás demasiado acostumbrada a encandilar a todo el que se te pone por delante. ¿A que sí?

Abrió Lilian la boca, sorprendida. ¿Cómo podía aquella rubia imaginar una cosa tan absurda? La que iba rompiendo corazones por doquier era Mariví, que no había necesitado más que unas pocas horas para quitarle el único admirador con el que contaba. La preferencia que le demostraba Iván le parecía insólita y… sí, también bastante absurda.

—Desde luego que no, replicó muy seria.

Como si no la hubiera oído, la chica siguió formulando sus singulares apreciaciones:

—Yo creo que Iván es un enamoradizo y un inconstante, pero en fin, tú verás si quieres arriesgarte a que en la próxima ocasión en que te lo encuentres finja que no te conoce.

Volvió a extrañarle a Lilian el excesivo empeño que manifestaba el aludido por dejar en tierra a las dos chicas y advirtió también que a él no le hacían ninguna gracia las bromas de Amalia. Sonreía al escucharla, pero sus ojos permanecían serios, mientras disimuladamente se encaminaba hacia la puerta tirando de su brazo.

—Qué tonterías dices, —le recriminó a la chica, ya desde la puerta—. Luego, cuando volvamos, podemos jugar los cuatro frente a la chimenea al tute, al mus o a lo que os dé la gana, porque no nos molestáis en absoluto.

—Vale, vale, —le atajó Amalia levantando una mano como si pidiera una tregua—. Ya hemos entendido que de momento preferís corretear por la nieve sin Ángeles y sin mí. Nosotras vamos a subir ahora a la Bola del Mundo en el telesilla y ya nos veremos aquí después de comer. Recordad

que habéis quedado en que echaremos juntos una partida de cartas a la hora de la siesta. ¿Qué os parece si jugamos a la mona?

No llegó a oír Lilian lo que les había contestado Iván, porque la había hecho salir a la recepción y había cerrado a su espalda la puerta de la sala de estar. Ahora la miraba sonriente. A ella le pareció que disimulaba un gesto de triunfo.

—¿Las conoces mucho?, —le preguntó mientras cruzaban la estancia en dirección hacia el portón de salida del albergue.

—¿A quiénes?

—A Amalia y a Ángeles. Parecen ser muy amigas tuyas.

Esbozó Iván un ademán evasivo. Acababan de salir al exterior y el aire frío les dio en el rostro, pero no nevaba ya.

—No, no mucho. Coincidimos aquí el año pasado y estuvimos arriba, esquiando. Luego me las he encontrado en Madrid y aquí en un par de ocasiones. Ya te he dicho que en invierno aprovecho para venir a la nieve siempre que puedo y al parecer ellas hacen lo mismo. ¿Por qué?

—Porque me ha dado la impresión de que os tratabais con mucha familiaridad, como si mantuvierais una amistad más íntima que la de unos deportistas que se encuentran por casualidad en una estación de esquí. ¿Por qué no has querido que nos acompañaran? A mí no me hubiera molestado que se unieran a nosotros para visitar esa torre ruinosa.

Habían llegado ya a la explanada que delante del edificio servía de aparcamiento a los huéspedes del albergue y Lilian buscó con la mirada, a través de las gafas oscuras con los que defendía sus ojos del resplandor de la nieve, el coche de Pablo entre la hilera de los que estaban estacionados. La ventisca los había ido cubriendo de blanco, pero podía distinguir la matrícula de los mismos y pronto llegó a la conclusión de que Mariví y él no habían regresado aún. Debían de estar pasándolo en grande deslizándose por la pista con los esquís sin acordarse de ella ni de que la habían dejado abandonada a su suerte en el albergue. La irritación que ese pensamiento le produjo le impulsó a sonreírle a él, que, ajeno por completo a lo que pasaba por la mente de ella, le sonrió a su vez.

—A mí sí me hubieran molestado, —replicó a su vez—. Acabamos de conocernos y quiero saber más cosas de ti, sin que nos interrumpa Amalia

con su cháchara incesante ni Ángeles, que es pesadísima.

Levantó Lilian la mirada hacia su semblante, intentando escudriñar su expresión. Con el gorro de punto encasquetado y las gafas oscuras que le ocultaban una gran parte de su rostro no consiguió adivinar lo que pudiera estar pensando.

—¿Y qué quieres saber de mí?

Se detuvo él unos segundos como si estuviera analizándola. Luego echó a andar de nuevo pausadamente.

—Todo. Me gustaría saberlo todo. Ya me has dicho que eres abogado, pero no me has comentado nada sobre tu amiga pelirroja ni sobre el hombre que os acompaña a las dos, con el que se ha marchado esa chica a esquiar muy de mañana.

Un toque de alarma la sacudió por dentro. ¿Así que el motivo del empeño que manifestaba por intimar con ella obedecía a que pretendía utilizarla para conocer a Mariví? Al parecer, quería saber también qué relación unía a esta con Pablo, lo que era natural, si pretendía iniciar una relación con su amiga.

—¿Cómo sabes que han subido a esquiar? ¿Has hablado con ellos?

—No, que va. Nos hemos cruzado en la recepción, pero ni siquiera se han fijado en mí. Me lo ha dicho el chico que está detrás del mostrador, el de los pelos de punta.

—¿Y tú sí te has fijado en ella?, —inquirió Lilian con cierta acritud que no consiguió disimular.

—¿Yo?, ¿en quién?, —inquirió sin comprender.

—En ella, se llama Mariví y es amiga mía. Supongo que te habrá parecido espectacular, ¿no?

—¿Espectacular?, —repitió como si no acabara de comprender el significado de la palabra—. No, no sé si es espectacular. Me ha parecido distinta.

—¿Distinta? ¿Es que ya la conocías? ¿Qué es lo que te interesa de ella?

Se detuvo él a analizar su rostro con las cejas enarcadas, como si no entendiera su actitud.

—¿A mí? No me interesa nada esa chica. ¿Por qué había de interesarme? Le he preguntado al progre pelopincho si habías bajado tú ya a

desayunar y me ha contestado que tú no, pero que tus amigos estaban ya en el comedor y segundos más tarde he visto que se marchaban sin ti. Por eso te he preguntado qué relación os une a los tres. Me ha parecido raro que te dejaran en tierra.

Con el ceño fruncido reanudó él la marcha a su lado, encaminándose hacia un estrecho sendero que se abría paso entre las montañas teñidas de blanco. Sus cumbres parecían fundirse con el firmamento blanquecino, en una imagen característica de una estampa de navidad.

—¿Y por qué le has preguntado al pelopincho por mí?, —insistió recelosamente—. Que yo recuerde, hasta esta mañana no nos conocíamos.

Hizo él un gesto evasivo.

—No, hasta esta mañana, no. Por eso le he preguntado. He aguantado en el comedor más de una hora hasta que has aparecido.

—¿Y por qué? ¿Me estabas esperando?

Tardó él en contestar. Seguía andando con el semblante sin expresión como si estuviera buscando una respuesta adecuada. No debió encontrarla, porque se limitó a asentir.

—Sí.

Por un instante se sintió ella transportada a la sala de vistas de un juzgado, frente a un testigo al que debía interrogar. Afortunadamente, era un asunto que dominaba a la perfección.

—¿Y por qué me estabas esperando?, —insistió.

Vaciló Iván ostensiblemente, pero terminó por echarse a reír.

—Porque sí, porque quería conocerte. Os estuve observando anoche a los tres y noté… noté o me pareció que eras la carabina de los otros dos, lo que me sorprendió.

—¿La carabina?, —le interrumpió indignada—. Para que lo sepas, ya que estás tan intrigado te diré que Mariví y Pablo no se conocían de nada. No se habían visto anteriormente. Ella es amiga mía y él es un compañero del despacho de abogados en el que trabajo. Lo que sucede es que yo no sé esquiar y esa es la afición favorita de los dos. Por esa razón se han ido sin mí esta mañana. Y han hecho muy bien, porque gracias a que me han dejado dormir a pierna suelta, aún conservo las dos piernas y no me he

despeñado por esa Bola del Mundo que os tiene tan entusiasmados. ¿He satisfecho tu curiosidad o quieres saber algo más?

Al verla tan irritada, levantó él una mano como si pidiera una tregua.

—Vale, vale, no es necesario que te enfades. Reconozco que sí, que me ha sorprendido que ese compañero tuyo haya tomado la decisión que ha tomado. Esquiar también es mi deporte favorito, pero yo no me hubiera marchado sin ti.

Parecía sincero al decirlo, por lo que Lilian experimentó una repentina desazón y se mordió los labios sin acertar con las palabras oportunas. Por esa razón fingió contemplar con suma atención el entorno del sendero por el que iban caminando. Estaba orillado por un sinfín de abetos cubiertos de nieve, cuyas ramas se agitaban suavemente al compás del viento. Una ráfaga de aire helado le dio a ella en el rostro y aventó la blanca carga que soportaban los árboles, diseminándola en todas direcciones, convertida en algo húmedo que fue a estamparse contra su rostro. Estornudó a continuación y él se echó a reír.

—No te estarás constipando, ¿verdad? Estas excursiones por la nieve son así. De pronto el viento la deshace y te empapa. Pero no me negarás que es precioso el panorama y que merece la pena la caminata que nos estamos dando. ¿No crees que merece la pena?

Por primera vez desde que la noche anterior habían llegado al albergue apreció Lilian la belleza majestuosa del panorama que se extendía hasta el horizonte y estuvo de acuerdo con él. Aunque no supiera esquiar ni tuviera intenciones de aprender, caminar por el blanco sendero que parecía haber sido excavado entre las montañas, aspirando su olor inconfundible, era una experiencia nueva y altamente gratificante. Tanto, que momentáneamente se olvidó de la amenaza de Gabriel, de la existencia de Pablo e incluso de la de Mariví. Hasta llegó a alegrarse de que se hubieran marchado sin ella. ¿Qué hubiera hecho en la Bola del Mundo si les hubiera acompañado? Probablemente, para darles gusto se hubiera visto obligada a alquilar unos esquís, con los que no hubiera sido capaz de dar un solo paso sin resbalarse. En aquel gélido sendero podía caminar al menos con los dos pies y disfrutar con solo respirar la pureza del ambiente. Y también de la compañía, se dijo, dirigiéndole a Iván una mirada de soslayo. Caminaba a su lado, con una

sonrisa en su atezado semblante y en ese instante en que había olvidado momentáneamente los problemas que la habían llevado hasta ese rincón de la sierra le encontró tremendamente atractivo.

Al sentirse observado, bajó hacia ella su mirada y le sonrió.

—¿Te gusta?

—Sí, mucho. ¿Está muy lejos la torre?

Él le señaló un punto a lo lejos.

—No, que va. A unos quinientos metros a lo sumo. ¿Por qué? ¿Estás cansada?

—No, pero es que me parece que el cielo se está poniendo negrísimo y que va a empezar a nevar de nuevo.

—¡Bah!, no te preocupes. Serán dos gotas de agua nada más.

Un copo de nieve le cayó a Lilian sobre las gafas enturbiándole la visión, al tiempo que una ráfaga de viento helado recorría el valle con un rumor sordo, producido por las ramas de los árboles al ser zarandeadas por el vendaval. El relámpago que rasgó el firmamento culebreó luego como una serpiente luminosa sobre las cumbres de las montañas, a la par que comenzaba a nevar copiosamente.

—Está arreciando el temporal, —se preocupó Lilian—. ¿No crees que cae cada vez con mayor fuerza?

Dirigió Iván una distraída mirada en torno, como si la profusa cortina de copos que volvía a abatirse sobre ellos no le preocupase lo más mínimo.

—Puede ser, —reconoció al fin— pero las ruinas de la torre conservan la techumbre con la que la edificaron, así que, en el peor de los casos, podremos guarecernos allí hasta que escampe. No te preocupes.

Parecía sentirse él plenamente feliz bajo aquel húmedo y blanquecino aluvión que apenas si les permitía distinguirse y Lilian empezó a preocuparse seriamente.

—Es que puede que transcurran varias horas hasta que amaine la ventisca, —objetó—. Y yo acostumbro a comer al mediodía. ¿No crees que deberíamos iniciar el regreso?

—¡Bah!, eso es lo de menos, —replicó sin perder su aire de complacencia—. Llevo de todo en la mochila, —le explicó, señalándole la

que llevaba en la espalda—. Agua y por supuesto unos bocadillos estupendos de tortilla de patata. ¿Te gusta la tortilla de patata?

—Sí, ¿de dónde los has sacado?

—Los he pedido en el bar del albergue al levantarme, por si conseguía convencerte de que me acompañaras a esquiar, a pasear o a sentarnos bajo un árbol.

Parpadeó perpleja tras las gafas que le protegían los ojos del resplandor de la nieve. ¿A qué obedecería su empecinado interés? De sus palabras podría interpretarse que le había flechado la noche anterior nada más verla entrar en recepción, pero le pareció absurdo. Se considerada agraciada, pero tampoco su físico respondía al de una estrella de cine.

—Pero te repito que creo que deberíamos volver, —insistió—. Mis amigos se preocuparán si no me encuentran en el albergue cuando regresen, ¿no lo entiendes?

—Tus amigos… —repitió con un tono que le sonó extraño—. Sí, ¿crees que se preocuparán?

—¿No lo crees tú?, —refunfuñó Lilian, intentando distinguir su rostro entre la cortina de nieve que caía.

—Pues no lo sé. El recepcionista progre les dirá que hemos salido los dos de paseo y Amalia y Ángeles se lo confirmarán. Se hacen amigas de todo el mundo, así que no tardarán en decirles que nos hemos ido de excursión.

Una ráfaga de viento más fuerte que las anteriores zarandeó los abetos del valle y arremolinó la nieve que, racheada, le empapó el rostro a Lilian y le cubrió el anorak.

—Quiero volver, —decidió en un tono que no admitía réplica—. Sigue tú, si quieres, hasta esa ruina que te tiene tan entusiasmado, porque yo voy a regresar ahora mismo.

—Pero oye… —intentó objetar él.

—Pero nada, —le atajó indignada—. No tengo la menor intención de continuar andando y de que me sepulte la nieve dentro de un rato. —Y a gritos, para que su voz sobresaliera sobre el estallido del viento, añadió—: Puedes comerte además mi bocadillo de tortilla, te lo regalo. Vuelvo al albergue donde tomaré un caldito o una sopa bien caliente y…

No pudo continuar, porque el aluvión de algo blando y frío, procedente de un abeto distorsionado por el viento le cayó dentro de la boca y tardó en liberarse de él escupiéndolo. Cuando lo logró, echó a correr entre los árboles. Otro relámpago recorrió la campiña, acompañado de un estruendo ensordecedor y Lilian continuó corriendo y corriendo. Ya debería divisar a lo lejos el albergue, se dijo, pero lo cierto es que no veía a su alrededor otra cosa que las siluetas difusas de los árboles doblándose sobre sí mismas a impulsos del viento y nieve, nieve por todas partes, entrevista apenas bajo la blanca cortina que se desplomaba del cielo.

¿Dónde estaría el albergue?, se preguntó. Quizás hubiera echado a correr en la dirección equivocada, ya que resultaba difícil orientarse bajo una tormenta que había hecho desaparecer el sendero que habían recorrido, ocultándolo bajo una capa blanca y uniforme. Se detuvo jadeante y se limpió de un manotazo las gafas enturbiadas por el frío y por la humedad. No vio a su alrededor ningún elemento conocido, ni tan siquiera rastro de Iván. ¿Dónde se habría metido? Seguramente habría continuado caminando hacia la dichosa ruina de la torre, plenamente convencido de que ella era capaz de regresar sola al albergue. O quizás se hubiera perdido también y anduviera correteando igualmente entre los árboles preguntándose en qué dirección debería caminar.

Echó a correr nuevamente al sentirse zarandeada por el viento. No podía permanecer quieta, so pena de acabar enterrada bajo la nieve que caía cada vez con mayor fuerza. De un manotazo se limpió los cristales de las gafas buscando un edificio o algún ser viviente al que preguntar para que pudiera orientarla.

De improviso la vio. La distinguió borrosa a través de los copos que caían y se detuvo incrédulamente para comprobarlo. Allí, a unos pocos metros, estaba la torre de la que le había hablado Iván. Se levantaba, inclinada sobre sí misma, como si el tiempo, el frío, o las dos cosas la hubiera obligado a renunciar a la verticalidad con la que había sido construida. Seguramente encontraría a Iván en su interior e incluso era posible que estuviera comiéndose uno de los bocadillos de tortilla de patata que llevaba en la mochila.

Se dio cuenta de que sentía hambre al imaginar el bocadillo, aunque el sentimiento que predominaba en su interior era el de angustia por haberse perdido y no poder recurrir a nadie que le indicara la dirección que debía seguir para regresar al lugar donde se hospedaba. Por esa razón echó a correr de nuevo, pisoteando la nieve con sus botas, y no se detuvo hasta que alcanzó la derruida edificación. Conservaba aún un mohoso portalón que se balanceaba al compás del viento y que terminó de abrir de un empujón, entrando en un recinto circular con el pavimento cubierto de matojos y semicubierto por una ennegrecida techumbre de piedra. Olía a rancio, a humedad y a la podredumbre de los siglos que contaba de existencia, pero al menos quedaba a cubierto dentro de sus muros del aluvión de la nevada que se desplomaba desde las alturas y del vendaval que rugía atronadoramente zarandeando los árboles a su paso.

Pero allí no estaba Iván. Lo comprobó consternada en cuanto se despojó de las gafas y ya sin ellas pudo dirigir una mirada en torno. No estaba él dentro de la torre y por ende no disponía ella de nada comestible ni de ningún ser humano al que preguntarle la dirección a seguir para regresar al albergue. Imaginó a Pablo y a Mariví que probablemente habrían dado ya por finalizada esa mañana la práctica de su deporte favorito y se encontrarían en ese momento en el comedor del albergue dando buena cuenta del menú del día. ¿La echarían de menos?, se preguntó. Probablemente no. Su amiga desplegaría todas sus artes de seducción y él se estaría dejando seducir con la irracionalidad que, en su opinión, era una característica acusada de la mayoría de los hombres en ese terreno. Y mientras tanto, ella tiritaba en una ruinosa torre medieval que olía que apestaba y de la que no se atrevía a salir por miedo a la ventisca.

De improviso la acometió un imperioso deseo de llorar. Se sentía tan mal por haberse perdido, por el frío que estaba padeciendo dentro de aquellos muros ennegrecidos por el tiempo, por el hambre que comenzaba a hacerse insoportable y por el desaire de que había sido objeto por parte de los dos que la habían acompañado para pasar el fin de semana en la sierra, que tomó asiento en una mohosa piedra puntiaguda, dispuesta a dar rienda suelta al agua que le ascendía hasta los ojos.

En ese momento sonó su móvil. Lo oyó claramente, pese al estallido del viento que se filtraba por los intersticios de los pedruscos con los que se había construido la torre y dejó escapar un suspiro de alivio. Sin duda sería Pablo, extrañado al no haberla encontrado en el albergue a su regreso. O Mariví que, aunque tarde, hubiera caído en la cuenta de que su comportamiento había sido incalificable al haberse marchado a esquiar sin ella. Pero no. No podía ser esta última, porque no tenía móvil, ya que el tipo con el que había convivido durante los últimos cinco años lo había arrojado por la ventana de la casa que compartían en un rapto de furor. Tenía necesariamente que ser Pablo. Apresuradamente miró el número que figuraba en la pantalla y la alegría que experimentaba se esfumó como por encanto, dejando paso a un miedo pavoroso. El número de la persona que le había enviado el mensaje terminaba en tres doses. Con una mano que temblaba ostensiblemente lo abrió y con los ojos desmesuradamente abiertos leyó el texto que contenía.

> "*Estoy aquí. ¿Pensabais que me había olvidado de vosotras? Llevad mucho cuidado las dos, porque podríais resbalar y despeñaros por un precipicio*".

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Se quedó muy quieta, sentada en el pedrusco, y doblada sobre sí misma para amortiguar la sensación de pánico que experimentaba. ¿Estaría Gabriel aguardándola a las afueras de la torre?

Sin moverse, aguzó el oído, intentando percibir algún sonido que en el exterior pudiera indicar la proximidad de un ser humano, pero únicamente logró apreciar el agudo sonido del viento al filtrarse por los resquicios que el paso de los años había horadado en los sillares con los que la torre había sido construida.

La angustia que la oprimía por dentro la obligó paradójicamente a olvidarse de que instantes antes había estado a punto de echarse a llorar. No podía perder el tiempo con ese tipo de desahogos. Tenía que llamar inmediatamente a Fernando Costa para comunicarle que había recibido un nuevo mensaje amenazador y para pedirle ayuda. Mariví estaría probablemente deslizándose montaña abajo sobre la nieve sin imaginar siquiera que a pocos pasos la acechaba el indeseable con el que había tenido la desgraciada ocurrencia de entablar una relación sentimental seria. ¿O se encontraría Gabriel en las inmediaciones del torreón en el que se acababa de refugiarse ella de la tormenta?

A duras penas logró reprimir el castañeteo de sus dientes mientras buscaba en la agenda de su móvil el número del policía. Pero no era solo por el frío. Aunque no se consideraba especialmente miedosa, tampoco anteriormente se había encontrado en una situación similar a la que se veía obligada a afrontar en esos momentos: perdida en plena montaña entre una espantosa ventisca y con un maleante rondando por las cercanías que aguardaba su oportunidad para vengarse de ella.

Estornudó dos veces antes de dar con el número que buscaba y tiritando se llevó el aparato al oído. El sonido que indicaba que la línea estaba ocupada le repercutió por todo su cuerpo como si hubiese escuchado el tañido de una campana gigante que tocase a réquiem. ¿Por qué ese hombre se habría puesto a hablar precisamente ahora, cuando ella le necesitaba tanto? Volvería a intentarlo unos segundos más tarde.

Nuevamente se arrebujó bajo los dos jerséis y el anorak que vestía y con los que pretendía inútilmente mitigar el frío helador y dirigió una inquieta mirada a su alrededor. Tenía que salir de aquella maloliente ruina y encontrar el camino de vuelta al albergue, aunque arreciase la tormenta y los relámpagos se fundieran estruendosamente en uno solo e interminable. Vagamente se recriminó por haberse arriesgado a acompañar a Iván a visitar el torreón en una mañana tan desapacible, en lugar de haberse quedado en la sala de estar del albergue jugando a las cartas. Era previsible que la ventisca alcanzase las proporciones que los dos habían tenido que padecer durante la absurda excursión que habían decidido realizar esa mañana.

Al llegar a ese punto frunció el ceño reflexionando. ¿A qué obedecería el interés que había manifestado él por enseñarle el ruinoso vestigio del pasado en el que se encontraba en esos momentos, acurrucada en el pedrusco y aterida? Se había empeñado además en que lo visitaran en solitario. Evocó a las dos chicas que había conocido horas antes frente a la chimenea encendida, la obstinación de estas en acompañarles en esa excursión y los mil pretextos que había ideado él para hacerlas desistir. Estaba claro que lo había planeado la noche anterior, ya que, como le había reconocido, llevaba en la mochila unos bocadillos de tortilla de patata que había pedido en el bar nada más levantarse con el propósito de compartirlos con ella dentro de la torre o quizás en algún lugar romántico. Luego le había bastado con convencerla de que merecía la pena desafiar el temporal y que un copo de nieve más o menos no era razón suficiente para renunciar a la posibilidad de extasiarse ante los mohosos pedruscos que sus remotos antepasados habían erigido en círculo al pie de las montañas.

¿Y por qué?, se preguntó. ¿Le habría flechado repentinamente, pese a que su figura, con los dos jerséis y el anorak, distaba mucho de ser estilizada, de que su nariz estaba enrojecida por el frío y de que le

lagrimeaban los ojos por el mismo motivo, como si hubiera enganchado un buen catarro? Amalia y Ángeles le habían comentado que era un don Juan. ¿Habría tenido la intención de tontear con ella como con tantas otras, en plena montaña? Al parecer y por lo que le había comentado, se había fijado en ella la noche anterior, mientras cenaba en el comedor con Mariví y con Pablo. ¿Habría dado por hecho que el torreón, por lo solitario, era el lugar adecuado para que intimaran sin testigos molestos? ¿O sería porque quería utilizarla para conocer a Mariví?

Al llegar a ese punto interrumpió las divagaciones que elucubraba. El viento parecía haber amainado y no emitía ya el silbido con el que gemía al luchar por introducirse dentro del recinto circular en el que se hallaba. Al alejarse había dejado un silencio denso en torno suyo. Tan denso, que, tras cubrir sus ojos con las gafas, abandonó su improvisado asiento para aproximarse al portalón, que permanecía cerrado, a escuchar lo que pudiera estar ocurriendo fuera. Con suma precaución entreabrió la puerta, que chirrió sobre sus goznes, y asomó a medias la cabeza. No se oía ni el piar de un pájaro. La tormenta parecía haberse alejado hacia las montañas y podía divisar ahora el grisáceo firmamento, raso, sin nubes, del mismo color que la inmensa superficie blanca que se extendía uniformemente en todas direcciones ante sus ojos. Había dejado de nevar. Podía ya intentar encontrar el camino del albergue con un panorama despejado y regresar sin perderse al local donde se hospedaba.

Recogió el móvil que había dejado sobre el pedrusco y se lo guardó en el bolsillo antes de hacer intención de salir del recinto en el que se hallaba. Fue entonces cuando oyó algo que la alertó y que finalmente la obligó a retroceder. Había percibido el rumor de unos pasos que se acercaban. En aquel silencio el sonido de esas pisadas se amplificaba hasta límites insospechados y sintió que se le erizaba el vello de los brazos. ¿Sería Gabriel que venía a cumplir el designio con el que la había amenazado por el móvil?

Le pareció que el corazón le había dejado de latir y que de improviso volvía a ponerse desacompasadamente en marcha. Le funcionaba en ese instante como una maquinaria descompuesta, mientras intentaba localizar la procedencia de los pasos que se acercaban. Un segundo más tarde oyó unas

voces femeninas que reconoció en el acto. Pertenecían a Amalia y a Ángeles y le respondían algo a otra masculina que reconoció igualmente. Era la de Iván y todas sonaban asustadas. La estaban buscando y les oyó preguntarse si habría resbalado en la nieve por algún precipicio y que por ese motivo no había regresado al albergue.

Aliviadísima, terminó de empujar el portón y salió al exterior. Los tres venían en su dirección por el sendero que conducía a la torre y que había desaparecido bajo la nieve y al divisarla echaron a correr a su encuentro. Amalia llegó la primera y le estampó dos besos en cuanto la alcanzó. Ángeles la abrazó, limpiándose unos lagrimones de emoción que le resbalaban por las mejillas e Iván, que llegó el último y que jadeaba ostensiblemente, se quedó inmóvil frente a ella con el semblante sin expresión. Supuso que la estaba mirando fijamente con aquellos ojos tan verdes, pero no pudo comprobarlo, ya que, las gafas con los que los cubría le impidieron distinguirlos.

—¿Se puede saber dónde te habías metido?, —le riñó Amalia, con la misma expresión que habría adoptado su madre en similares circunstancias —. Hace un rato ha regresado Iván al albergue sin ti. Se ha asustado al darse cuenta de que no habías vuelto y hemos salido los tres a buscarte. Estaba preocupadísimo y con razón. ¿Cómo se te ha ocurrido venir sola a buscar la torre? Podías haberte perdido.

—O haberte encontrado con un oso y que te diera un buen susto, —apuntó Ángeles, mientras se sacudía la nieve del anorak.

—¿Es que hay osos por aquí?, —se preocupó Lilian, oteando los alrededores y sumamente gratificada por el interés que le demostraban las dos chicas.

—Pues… pues no lo sé, —reconoció Ángeles—. Yo no he visto ninguno por las inmediaciones, pero es posible que entre tanta nieve pueda aparecer alguno, ¿no os parece? Tengo entendido que a los osos les gusta mucho la nieve.

—Te estás confundiendo con los osos polares, —la corrigió Amalia con suficiencia—. Y no estamos en el polo, aunque haga un frío muy similar. ¿A que tengo razón, Iván? ¿A que en la sierra de Madrid no hay osos?

Este hizo un gesto de asentimiento sin apartar la vista de Lilian. Al menos fue la impresión que le dio a ella. Luego se volvió hacia la chica.

—Claro que tienes razón. No hay osos por aquí. Únicamente lobos y zorros, pero lo verdaderamente peligrosos son los aludes de nieve y… sí, hay que llevar cuidado con no perderse. —Se giró nuevamente hacia ella con el ceño fruncido—. ¿Por qué has echado a correr en dirección contraria? Te he perdido de vista en cuanto la nevada ha arreciado hasta el extremo de que no permitía distinguir nada a un palmo de distancia, pero he supuesto que te encaminarías hacia el albergue, no que seguirías ruta hacia la torre. ¿Tanta ilusión te hacía visitarla?

Estudió ella su expresión con detenimiento. Parecía haberse alarmado seriamente con su desaparición, pero no se decidió a reconocerle que se había desorientado y que por esa razón había llegado hasta el lugar en el que se hallaban en ese momento ni que la maldita ruina la tenía sin cuidado. Consecuentemente se encogió de hombros.

—Bueno, me ha parecido que la torre era un buen refugio donde podía guarecerme hasta que amainara la ventisca, —mintió.

En ese momento recordó el mensaje que instantes antes había recibido en su móvil y se giró en redondo, para atisbar las inmediaciones por miedo a descubrir la silueta de un hombre que pudiera ser Gabriel. Desconocía su aspecto, pero por la fotografía que le había mostrado Mariví sabía que era alto y de complexión fuerte, así como que era muy moreno y con los ojos de un verde clarísimo. Al no distinguir a su alrededor otra cosa que una blanca inmensidad ausente de todo ser humano, dejó escapar un suspiro de alivio antes de iniciar el regreso.

—Tengo muchísima hambre, —les comunicó a los tres que la seguían, relegando el miedo que había experimentado instantes antes a un lugar ignoto de su mente para aparentar animación—. Estoy deseando llegar al albergue para comer.

—¿Y para reunirte con tus amigos?, —le preguntó Ángeles con gesto adusto como si temiera que las abandonara al encontrarlos nuevamente.

—Bueno… sí, también.

—Pues creo que no se lo merecen, —insistió la chica.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque se han marchado esta mañana sin mí? Saben que no sé esquiar.

Ángeles se mordió los labios como si no acabara de decidirse a manifestar lo que estaba pensando. Una ráfaga de viento agitó las ramas de un blanco abeto cuando pasaron por su lado y el aire diseminó en copos minúsculos su carga esparciéndola en todas direcciones. Mientras se limpiaba con la manga de su anorak sus gafas empañados, Lilian insistió:

—¿Por qué lo dices?

—Porque a mí me ha parecido que se han portado desconsideradamente contigo. Si yo hubiera dejado a Amalia en tierra en alguna ocasión en la que hemos venido a la sierra juntas, estoy segura de que me habría retirado la palabra. ¿A que sí, Amalia?

La aludida hizo un gesto de asentimiento. Caminaba al otro lado de Iván con la cabeza baja para defenderse del viento que empezaba a soplar de nuevo.

—Ten por seguro que sí, pero quizás ellos…

—¿Es que les conocéis?, se extrañó Lilian.

Intercambiaron las dos una mirada de complicidad o al menos eso fue lo que le pareció a Lilian, ya que con las gafas con las que cubrían sus ojos no podía distinguirlos.

—Bueno, a ella sí, pero venía con otro hombre.

—¿Entonces…?

—Fue anoche, —empezó Ángeles con precaución—. Os vimos en el comedor del albergue durante la cena. Cuando terminasteis, tú subiste a tu habitación y ellos dos se quedaron en la sala de estar.

—¿Se quedaron?

—Sí, parecían tener muchas cosas que contarse y…

Empezó Lilian a atar cabos mientras caminaban pisoteando la nieve con sus botas. Mariví la había animado a que subiera a acostarse, asegurándole que ella la imitaría instantes más tarde en cuanto se fumara un cigarrillo. Probablemente se habría quedado en la sala de estar con Pablo más tiempo del que había previsto, porque, aunque ella había tardado en dormirse, no la había oído entrar en la habitación.

Aunque se dijo que la cosa no tenía importancia, sintió una irritación sorda. Su amiga seguía siendo como siempre, incapaz de desaprovechar la oportunidad de desplegar sus dotes de seducción con cualquier elemento del sexo masculino que se le pusiese a tiro, le interesase o no. ¿Pero y él? Ciertamente no había contraído con ella ningún compromiso anterior, pero sí se le había insinuado en innumerables ocasiones. Al parecer, le había bastado con que les acompañase Mariví y esta tontease un ratito con él, según su costumbre, para olvidarse de que anteriormente había pretendido que la relación que mantenía con ella se transformase en algo más serio.

Se preguntó en ese instante cuál debería ser su actitud cuando se los encontrara. A lo lejos se distinguía ya el albergue al que se dirigían y el humo que salía por la chimenea flotando en volutas contra el firmamento parecía invitar a refugiarse en su interior. Al menos eso debió ser lo que experimentaron sus acompañantes, que inconscientemente apretaron el paso, a la par que iba considerando ella si debería enfadarse, haciéndoles ver que su comportamiento era incalificable o si, por el contrario, debería darles a entender que no les necesitaba para divertirse y que había hecho esa mañana nuevas amistades con las que lo había pasado mucho mejor que si les hubiera acompañado.

Se decidió por esta última posibilidad mirando de soslayo a Iván. Era verdaderamente un hombre muy atractivo, por lo que podía imaginar sin realizar ningún esfuerzo la mirada de envidia de Mariví, cuando se diera cuenta de que había pasado con él la mañana.

¿Habrían vuelto ya?, se preguntó, cuando se aproximaron al albergue. Pasar revista a los vehículos estacionados en el aparcamiento para comprobar si entre ellos se encontraba el de Pablo, fue lo primero que hizo, con un nerviosismo creciente. Lo distinguió casi inmediatamente cubierto de nieve y consiguió que a su semblante aflorase una alegre expresión cuando entraron en el vestíbulo. En ese momento ni se acordaba de Gabriel. Probablemente correrían ahora a su encuentro y se disculparían por haberse marchado bien temprano sin esperar a que se despertara. Tenía que aparentar que no les había echado de menos en absoluto, por lo que le dirigió a Iván una sonrisa resplandeciente, dedicada a Pablo y a Mariví cuando se dirigían hacia el comedor, pero aquel no pareció advertirlo.

—¿Buscamos los cuatro una mesa para comer?, —les propuso Lilian con esa intención.

Ante su sorpresa, demostró tener él una prisa incomprensible e hizo intención de despedirse.

—No, yo no. Comed vosotras, que yo tengo una cosa urgente que hacer.

Desapareció por la puerta frontera a la del comedor, por la que se accedía a las habitaciones de la planta baja y las tres intercambiaron una mirada de incredulidad.

—¿Qué mosca le ha picado ahora a Iván?, —refunfuñó Amalia—. Ha salido corriendo como si temiera encontrarse con alguien en el comedor ¿no os parece?

—Puede que haya visto ahí dentro a alguno de sus antiguos ligues, —apuntó Ángeles riéndose—. Ya sabéis que los colecciona.

Fastidiada, le siguió Lilian con la vista. ¿Por qué se habría marchado ahora, cuando le necesitaba para darles a los otros dos en las narices? Amalia había empujado ya la puerta de cristales del comedor y traspusieron el umbral, por lo que solo tuvo tiempo de echarse a reír como si las chicas hubiesen comentado algo divertido.

Había distinguido de una sola ojeada a Pablo y a Mariví en una de las de las mesas del rincón y se dirigió a su encuentro seguida de Amalia y de Ángeles. Al verla, su amiga dejó escapar un suspiro de alivio, pero luego frunció las cejas al advertir que venía acompañada.

—¿Pero dónde te has metido?, —le riñó—. El recepcionista nos ha dicho que te habías marchado de paseo con uno de los huéspedes del albergue. Nosotros hemos vuelto a buscarte en cuanto ha empezado a tronar y…

O sea, habían regresado dos horas antes más o menos, calculó Lilian. Era indignante que encima se atreviera la tonta de su amiga a reconocerlo. Comprobó que, por el contrario, Pablo estaba serio y que la miraba como disculpándose, lo que ella fingió no ver y se apresuró a presentarles a las chicas que la acompañaban y que tomaron asiento en la mesa.

—Lo hemos pasado en grande, —les comunicó a los dos con aire desenvuelto—. Hemos dado un paseo hasta un torreón, que no está muy lejos y donde nos hemos refugiado mientras ha durado la tormenta —les

explicó como si la excursión hubiera colmado todas sus apetencias—. ¿A que ha sido una mañana estupenda?, —les preguntó a las chicas esperando que confirmaran lo que estaba diciendo.

—Bueno, sí… —empezó a admitir Amalia algo confusa.

—Pues Iván se ha asustado mucho, —la interrumpió Ángeles—. Cuando ha llegado al albergue sin ti y no te ha encontrado aquí, se ha puesto pálido y ha echado a correr por el sendero por el que había venido. Nos ha costado alcanzarle.

Notó Lilian la mirada de Pablo fija en ella y se echó a reír forzadamente.

—Es que Iván corre mucho.

—No, —la contradijo Amalia—, es que estaba verdaderamente asustado. Ha creído que te había pasado algo.

—¿Y qué me iba a pasar?, —objetó volublemente—. Esa torre no está muy lejos. Simplemente he esperado un ratito a que amainase la ventisca. Como él estaba muerto de hambre se ha empeñado en regresar.

Enarcó Amalia las cejas sorprendida.

—¿Iván estaba muerto de hambre? Le he oído decir que llevaba en la mochila unos bocadillos de tortilla de patata que os ibais a tomar en la torre. ¿Por qué dices que…?

Lilian se apresuró a interrumpirla de nuevo.

—Porque sí, porque de pronto ha pensado que lo que quería era tomar una sopa muy caliente. Es que hacía un frío de mil demonios.

—Pero… —intentó objetar Ángeles.

Girando alternativamente la cabeza hacia cada una de ella, Pablo, que las escuchaba en silencio, se decidió a intervenir.

—¿Iván? ¿Y quién es Iván?

Abrió ella la boca para darle su versión, pero se le adelantó Ángeles.

—Es un chico guapísimo que se ha colado por Lilian, nada más verla esta mañana. Imagina que le ha propuesto visitar esa torre y que a Amalia y a mí no nos ha permitido acompañarles.

Notó ella que a Pablo no le hacía ninguna gracia su explicación. La miraba ahora con gesto adusto, como si le molestara profundamente que ella no se hubiera quedado en al albergue llorando por su ausencia. Mariví

en cambio se echó a reír y Lilian se dio cuenta de que parecía otra. No llevaba ya el gorro de punto y su melena cobriza le resbalaba por la espalda. Con las mejillas bastante maquilladas y arreboladas por el frío, parecía haber retrocedido a los años de estudiante, en los que sin proponérselo alborotaba por doquier al elemento masculino.

—Me alegro de que lo hayas pasado tan bien, dormilona, —le dijo alegremente, echándole un brazo sobre los hombros desde la silla contigua que ocupaba—. Dormías como un ceporro cuando me he despertado esta mañana y no he querido interrumpir tu sueño. Veo que no has perdido el tiempo y que has estado bien acompañada.

Pablo, sin embargo, no participaba de la euforia de la chica, sino que, por el contrario, a duras penas lograba disimular su malhumor. En un instante en el que Mariví intercambiaba unos comentarios con las dos chicas, se inclinó hacia ella para susurrarle unas palabras a modo de excusa.

—Me he encontrado a tu amiga aquí esta mañana cuando estaba desayunando y me ha dicho que no te despertarías hasta media mañana, por lo que podríamos subir a estrenar los esquís mientras tanto. No sabía yo que se te pegaran tanto las sábanas.

Se lo decía con el ceño fruncido, como si fuera consciente de que a causa de la otra le había hecho un feo a ella y lo lamentara y, aunque se sintió reivindicada en parte, decidió demostrarle que lo que hubieran decidido hacer Mariví y él esa mañana le tenía sin cuidado.

—¡Bah!, no te preocupes, —replicó con fingida ligereza—. No sé de donde se ha sacado Mariví que duermo tanto, porque, como habrás podido comprobar, me presento bien temprano en el despacho todos los días, pero es igual. Mientras vosotros dos os helabais tontamente bajo la nevada que estaba cayendo, he estado explorando los alrededores. No tiene importancia.

—Pero yo sentiría que pensaras… —insistió él.

—No pienso nada y me parece estupendo que os hayáis ido a esquiar sin mí, porque no practico ese deporte y además no me gusta, —le interrumpió —. Y ya te he dicho que lo he pasado muy bien con Iván. Es un magnífico conversador y un hombre muy agradable. También estas dos chicas son estupendas.

Aquello era totalmente falso. Había pasado más frío y más miedo por haberse perdido y por la proximidad de Gabriel que otra cosa, pero como deseaba fastidiarle, se lo aseguró constatando con satisfacción que el semblante de él se ensombrecía.

—Vaya, pues me alegro —manifestó en un tono hosco que significaba todo lo contrario—. A lo mejor te hemos estropeado la diversión regresando tan pronto.

Lilian se despojó del gorro de punto y agitó exageradamente su melena con un ademán con el que pretendía quitarle importancia a lo sucedido, fingiendo además que no había captado el matiz sarcástico con el que se había expresado.

—No, no te preocupes, que no me habéis estropeado nada. Hemos quedado Iván, Amalia y Ángeles en jugar a las cartas esta tarde. A los tres les gusta mucho esquiar, pero como yo no sé, han optado por sacrificarse y quedarse en el albergue, frente al fuego, ya que prefieren mi compañía.

—¿Prefieren tu compañía?

—Sí, dicen que no han tenido ni que planteárselo.

—Pero…

—Mariví y tú podéis volver a tomar el telesilla esta tarde, —le interrumpió—. Podéis aprovechar, ya que ha dejado de nevar, —le sugirió con toda la mala intención que fue capaz de acumular.

La observó con la cabeza ladeada y un pliegue hondo en la frente.

—¿Y no podemos acompañaros tu amiga y yo y jugar a las cartas esta tarde o a lo que os apetezca? Precisamente hemos vuelto a buscarte para que nos acompañaras el resto de la mañana y de no haber sido porque la he creído cuando me ha asegurado que deberíamos dejarte dormir, no nos habríamos marchado sin ti.

Parecía lamentar profundamente lo ocurrido, lo que la llenó de íntima satisfacción, pero le sobraba orgullo, y como temía además que Pablo acabara comportándose como todos los demás con los que se habían relacionado las dos anteriormente y manifestara finalmente su preferencia por Mariví, se encogió de hombros.

—Como quieras, pero dudo que a ella y a ti no os suponga yo un lastre y no siento el menor deseo de aguaros la fiesta. Dudo mucho que no

acabarais lamentando haberos quedado en tierra por mi causa, así que…

Algo del resquemor que trataba de ocultar debió de escapársele en el tono de su voz, porque él frunció nuevamente el ceño y se la quedó mirando fijamente.

—Te encuentro muy rara esta mañana.

—¿Muy rara?

—Sí, como si estuvieras molesta. ¿Por qué estás molesta? ¿Te ha sentado mal que nos hayamos marchado sin ti? Ya te he dicho que…

—Y yo ya te he contestado que no me ha importado lo más mínimo, —le interrumpió—. Aunque no sé esquiar, he estado de acuerdo en venir a la sierra para alejarnos de Gabriel, pensando que hasta aquí no nos seguiría.

Al mencionarle, le pareció que regresaba a la torre y que volvía a experimentar el pánico que había sentido al leer su mensaje en la pantalla de su móvil.

—Y por cierto, he vuelto a tener noticias suyas esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí.

—¿Te ha enviado otro de sus recaditos? ¿Y por qué te los envía a ti en lugar de a tu amiga?

—Porque Mariví no tiene móvil. Ese imbécil lo tiró por la ventana de la casa en la que vivían en uno de sus arrebatos de furia y por esa razón me llama él a mí para amenazarme por impedir que vuelva con él, pero…

—¿Y has llamado a la policía?

—No, aún no.

El semblante de Pablo dejó traslucir una sombra de alarma.

—¿Y a qué estás esperando? Llámala ahora mismo que si se acerca el camarero a esta mesa ya le pediré yo lo que quieras comer. ¿Qué quieres comer?

Lilian se encogió de hombros.

—Algo caliente. Una sopa, por ejemplo.

—¿Y qué más? Creo que hay cordero.

—Pues cordero, pero que esté caliente.

—De acuerdo, de acuerdo.

Se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta del comedor, sintiéndose seguida por la mirada de él. Mariví en cambio ni se enteró o, si se dio cuenta, no demostró curiosidad alguna pues siguió hablando con Amalia de algo que ella no había llegado a oír. El chico progre cabeceaba tras el mostrador de recepción cuando atravesó la estancia y al oír risas procedentes de la sala de estar se desvió hacia el bar, contiguo a esta y con acceso al exterior, que a esas horas estaba desierto. De una ojeada recorrió las escasas dimensiones del local. Respondía a lo que cualquier turista esperaría encontrar en esa clase de establecimientos en una estación de esquí. Gruesas vigas de madera oscura en el techo. El mismo material en la barra, así como en las paredes y en el pavimento. La luz grisácea que se filtraba a través de los dos ventanales que se abrían a la fachada lo iluminaba tenue y tristonamente, difuminando los perfiles de la estancia como si aún no hubiese amanecido por completo y estuviese envuelta en una bruma espesa.

Solo vio a un hombre sentado en la barra, de espaldas a ella, por lo que se retiró hasta el rincón opuesto y marcó inmediatamente el número de Fernando Costa en la agenda de su móvil. No tardó más de un par de segundos en contestar este a su llamada.

—Fernando, soy Lilian Valero.

La voz de él, sonora y bien timbrada, llegó distintamente a su oído.

—Ya, ya lo sé. La estaba esperando. Sé que ha recibido un mensaje de Gabriel García hace un par de horas. ¿Va todo bien?

Se encogió ella evasivamente de hombros, pero, al caer en la cuenta de que el policía no podía verla, se apresuró a traducir sus impresiones en palabras.

—Pues… no sé qué decirle. En este momento estamos Mariví y yo dentro del albergue rodeadas de los huéspedes, que en su mayoría están en el comedor lo mismo que nosotras, pero ese tipo anda rondando por las inmediaciones y no con la intención de hacernos un homenaje a ninguna de las dos. Yo… estoy un poco asustada.

El tono de él, pausado y monocorde, sonó tranquilizador.

—No se preocupe, que está todo controlado.

—¿Qué es lo que está controlado?, —se inquietó Lilian—. Estaba yo sola, a un kilómetro más o menos del lugar donde nos alojamos, cuando me ha mandado el mensaje en cuestión y la verdad es que me ha dado un buen susto. ¿Han localizado el lugar desde donde me lo ha enviado?

—Sí, ese hombre estaba en el pueblo de Navacerrada.

—¿En el pueblo?, —inquirió ella con los ojos agrandados por la sorpresa.

—Sí, en un bar que se llama “La cuchara”. ¿Lo conoce?

—No, no he estado nunca en ese pueblo. ¿Y le han detenido?

—No, cuando hemos llegado ya se había marchado y el empleado del establecimiento no ha sabido darnos ninguna clase de información, porque el local estaba atestado de excursionistas que tomaban el aperitivo, pero…

—¿Pero qué?, —se impacientó ella—. ¿Cómo puede decirme que está todo controlado si ese cretino sigue suelto merodeando por aquí? Estará todo controlado cuando le detengan, no antes.

Por el tono de su respuesta le imaginó sentado cachazudamente detrás de su mesa de despacho, quizás con la barbilla apoyada en una de sus manos, grandes y cuadradas.

—No anda merodeando por los alrededores del albergue en el que se alojan, —afirmó con rotundidad.

—¿No? ¿Cómo lo sabe?

Dejó escapar él una risita de suficiencia.

—El medio es lo de menos. Hemos detectado la localización del móvil en ese bar en cuanto le ha enviado el mensaje y le hemos seguido después. Unos segundos más tarde ha regresado a Madrid por la carretera y en la Moncloa ha apagado el aparato.

—¿Por la carretera?

—Sí.

—¿En coche?

—Eso es.

Se apartó Lilian la melena de su rostro como si ese ademán pudiera servirle también para ordenar sus ideas.

—Pero si no tiene coche. Tuvo que venderlo cuando se quedó sin blanca.

—Sí, ya lo sé.

—No lo entiendo. No entiendo nada. ¿Ha venido al pueblo de Navacerrada a enviarme el mensaje y seguidamente ha vuelto a Madrid sin acercársenos ni tan siquiera?

—Eso parece.

—¿Y por qué?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea telefónica. Le pareció que el policía vacilaba antes de contestarle.

—Aún no lo sabemos, pero hay algo raro en todo esto.

—¿Algo raro? ¿Solo le parece raro que un hombre que no tiene coche recorra un montón de kilómetros para enviarme un mensaje desde un bar del pueblo de Navacerrada y que a continuación regrese a Madrid, también en coche? Es completamente absurdo.

—Sí, a mí también me lo parece.

—¿Y no tienen ninguna pista?, —insistió Lilian levantando algo la voz. Notó que en ese momento el hombre que estaba de espaldas sentado en la barra giraba a medias la cabeza hacia ella. Como la mayoría de los excursionistas, llevaba un anorak de color negro, un gorro en la cabeza y una bufanda al cuello. Parecía joven, pero no resultaba sencillo distinguir con claridad su rostro. Por precaución bajó ella la voz, apartándose hacia la puerta y repitió la pregunta—: ¿Qué es lo que piensa?, ¿qué ha hecho autostop para venir hasta este pueblo o qué?

Notó que Fernando Costa vacilaba nuevamente.

—Le he dicho que aún no lo sabemos. Cabe también la posibilidad de que algún amigo le haya llevado hasta el pueblo, de que haya alquilado el coche o incluso que lo haya robado.

—Sí, claro, —musitó aturdida.

—Oiga, señorita Valero, me gustaría hablar con ustedes dos en cuanto regresen a Madrid. ¿Cuándo tienen previsto volver?

—Mañana domingo. Tengo que trabajar el lunes como todo el mundo.

—¿Y su amiga?

—También, como es natural, porque vive conmigo como usted sabe. ¿Dónde quiere que nos veamos? No tengo citado a ningún cliente el lunes

por la mañana, así que, si le viene bien, podríamos acercarnos Mariví y yo a su comisaría a eso de las once.

—De acuerdo, las estaré esperando.

Cortó Lilian la comunicación y en ese preciso instante el hombre que estaba en la barra se bajó de la banqueta y se dio la vuelta dirigiéndose hacia ella. Era alto y, aunque se cubría la cabeza con el gorro, la barba de dos o tres días que le asomaba al rostro y que era muy oscura hacía presumir que también lo sería su cabello.

Había dejado unas monedas sobre la barra y se le aproximó en un par de zancadas.

—¿Te apetece un café?, —le preguntó sonriente—. Me llamo Juan.

Aunque su sonrisa era agradable y no había nada de aterrorizante en su aspecto, dio ella instintivamente un paso atrás.

—Yo… no… no puedo —tartamudeó—. Aún no he terminado de comer.

—¿Y cuándo termines?

—No… no. Estoy con unos amigos.

La observó con la cabeza ladeada antes de insistir.

—¿Y tus amigos no toman café después de comer? Pueden venir también.

Analizó ella aprensivamente su semblante, tostado por el sol en el que campeaban unos ojos oscurísimos. Recordaba que los de Gabriel eran verdes, según le había comentado Mariví, pero no podía evitar inquietarse ante la idea de que cualquiera de los desconocidos que se le acercaban pudiese ser él, incluyendo a aquel chico que tenía delante en ese momento. Entraba dentro de lo posible que utilizase lentillas oscuras para ocultar el color de sus ojos y aunque Fernando Costa acababa de decirle que el acosador de Mariví había regresado a Madrid en cuanto le había enviado el mensaje a ella, nadie le aseguraba que no hubiera cambiado de idea al llegar a la Moncloa y hubiera decidido regresar nuevamente a Navacerrada.

Él la miraba como si fuese capaz de seguir el curso de sus pensamientos.

—¿Qué?, ¿no te animas? Esperaré aquí en el bar a que termines de comer y te invitaré a un café. ¿Vas a subir esta tarde a esquiar? Tendrás que

darte prisa, porque el telesilla cierra a las cinco.

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No, voy a jugar a las cartas.

Esbozó él un gesto de extrañeza.

—¿A las cartas? ¿Has venido hasta aquí para jugar a las cartas?

—No… bueno, sí, —se embarulló—. No sé esquiar.

—Pero hay una pista especial para principiantes y te puedo enseñar. ¿Qué te parece?

Buscó Lilian desesperadamente en su cabeza una negativa que sonase razonable. ¿Por qué todos los hombres que conocía últimamente se empeñarían en enseñarle a esquiar?

—No… bueno, no sé qué querrán hacer mis amigos, así que… así que adiós, —objetó empujando la puerta por la que se salía a la recepción.

Mientras cruzaba el vestíbulo de recepción oyó su voz intentando retenerla:

—Pero oye…

Apresuradamente cruzó la estancia, seguida por la mirada del recepcionista que parecía haberse despertado de repente, y entró en el comedor. Desde la puerta distinguió a Mariví que se reía de algo que había dicho Ángeles y que coreaba Amalia. Pablo por el contrario estaba serio y le pareció a ella que también molesto. Se levantó de la mesa en cuanto la vio aparecer y se dirigió a su encuentro para intercambiar unas palabras con disimulo.

—¿Has hablado con el policía?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Han localizado el lugar desde donde te ha enviado el mensaje?

—Si, desde un bar del pueblo de Navacerrada.

—¿Del pueblo? Es curioso.

La miraba fijamente con la preocupación reflejada en su semblante, lo que la gratificó en grado sumo. Aunque se hubiera marchado bien temprano esa mañana con la otra, parecía estar verdaderamente intranquilo por lo que pudiera sucederle a ella.

—Sí, es curioso, porque lo más extraño es que, sin intentar acercársenos a ninguna de las dos, ha regresado a Madrid y que los dos trayectos los ha realizado en automóvil. Recordarás que te dije que no tiene coche, porque lo vendió.

Se mesó Pablo su pelo castaño y liso, que le resbalaba por el cogote.

—Eso es lo de menos, ¿pero qué opina el policía?

Esbozó Lilian un gesto ambiguo.

—Dice que todo es muy raro y nos ha citado a las dos el lunes en su comisaría. Supongo que querrá hacerle unas preguntas a Mariví y quiere que yo esté presente.

—¿Tú?, ¿por qué?

Meneó ella la cabeza agitando su corta melena, con lo que imitó inconscientemente un gesto que caracterizaba a su amiga.

—No lo sé. Seguramente porque…

—Porque eres mucho más lista que ella, —la interrumpió Pablo.

Estudió Lilian su expresión tratando de averiguar qué había querido decir.

—¿Te ha parecido tonta?

Tardó él en contestar. Se acariciaba ahora la mejilla como si el gesto pudiera ayudarle a encontrar la respuesta oportuna.

—No sé si es tonta, pero estoy seguro de que nunca se hará merecedora al premio Nobel. Esquía bien y es una compañía agradable para un ratito corto, pero agita demasiado el pelo, hace demasiados mohínes y, sobre todo, es demasiado alta.

Estuvo a punto Lilian de dejar escapar un suspiro de alivio al oír los desfavorables calificativos que le dedicaba a su amiga, pero en su lugar se echó a reír con ganas.

—¿Demasiado alta? Tiene aproximadamente tu misma estatura.

—Demasiado alta para ser una chica, —puntualizó.

Las tres muchachas que les esperaban sentadas en la mesa ya se habían fijado en ellos y les miraban extrañadas de que cuchichearan por lo bajo junto a la puerta del comedor, por lo que Lilian le indicó a él que deberían reunirse con ellas. Mariví les acogió con una sonrisa deslumbradora.

—¿Os estabais confesando?, —les preguntó con picardía.

Pablo le contestó algo distraídamente y Lilian captó la incomodidad que sintió él en ese momento y durante toda la comida ante las bromas y las veladas alusiones que le prodigó su amiga. Cuando terminaron el postre, esta le propuso a ella que la acompañara a la habitación que compartían, con la intención de recoger sus prendas de abrigo para salir seguidamente a esquiar y, en cuanto entraron en la estancia y cerró la puerta tras las dos, le preguntó ansiosamente:

—Hablabais de Gabriel ¿verdad Lil? Cuando has vuelto a entrar en el comedor y Pablo se ha levantado y se ha reunido contigo junto a la puerta hablabais de él, ¿a que sí? ¿Es que ha sucedido algo? ¿Te ha llamado o… o qué?

—Me ha enviado un mensaje, sí, —repuso ella, luchando porque a su semblante no asomase la inquietud que experimentaba—. Me decía que él también había venido a esquiar y que lleváramos cuidado las dos porque podríamos resbalar y caernos por un precipicio.

—Muy gracioso, —musitó Mariví como si hablara consigo misma. Se había cubierto el rostro con unas manos que le temblaban ostensiblemente, pero las dejó caer seguidamente a lo largo de su cuerpo como si el agotamiento que le había producido la noticia le impidiese soportar su peso —. ¿Crees que estará cerca de este albergue y que andará vigilándonos?, — inquirió con el semblante crispado.

—No. Ya he hablado con Fernando Costa y me dicho que el mensaje me lo ha enviado desde el pueblo de Navacerrada y que a continuación se ha marchado a Madrid en coche, donde le han perdido el rastro, porque ha debido de apagar su móvil. Tú me dijiste que no tenía coche.

—No, no lo tiene, porque se vio obligado a venderlo para poder subsistir.

—¿Y recuerdas a algún amigo suyo que se haya podido prestar a traerle hasta el pueblo?

Frunció pensativamente el ceño Mariví, pero terminó denegando con la cabeza.

—No, es un hombre raro y muy solitario. Cuando le conocí no tenía familia ni amigos.

Se quedó callada, en pie frente a ella, y Lilian terminó por sentarse a los pies de la cama.

—Oye Lil…, —empezó la chica.

Levantó ella la cabeza hacia su rostro esperando a que terminara la frase, pero no debió la otra encontrar las palabras oportunas porque continuó callada, vacilante. Por esa razón la animó a continuar.

—¿Qué?, ¿qué es lo que quieres decirme?

Se mordió los labios Mariví y esbozó algo que se asemejaba a un puchero.

—Quiero disculparme por lo de esta mañana. Siento haberme marchado a esquiar y haberte dejado en tierra. Me he comportado de una forma incalificable, como si fuera una niña pequeña absolutamente irresponsable y encima he forzado a Pablo a acompañarme, —continuó sonrojándose, como si le avergonzara recordarlo—. Le he encontrado en el comedor desayunando y le he animado a hacer un poco de ejercicio hasta que te despertaras.

—Y el poco ejercicio que teníais proyectado se ha prolongado durante toda la mañana, —terminó Lilian por ella—. Imagino que practicando tu deporte favorito se te ha ido el santo al cielo.

La chica se ruborizó aún más.

—Sí, ya sé que no tengo disculpa de ninguna clase. Pablo ha insistido varias veces en que deberíamos volver a buscarte, pero… —Se mordió los labios de nuevo y le dirigió una mirada tímida—. No sé cómo explicártelo. Lo he pasado tan mal con Gabriel que, de pronto, en lo alto de la montaña y con la nieve a mi alrededor cubriéndolo todo… he sentido algo muy grande. Como si Gabriel nunca hubiera existido y yo fuera libre, sin miedo a él ni a nada. ¿Comprendes? Por eso me he resistido a volver.

Había agachado la cabeza y parecía estar reprimiendo las lágrimas, por lo que Lilian se levantó para darle unas palmaditas en la espalda.

—Bueno, es igual, déjalo ya.

—Pero es que quiero pedirte perdón. Te hago venir a la sierra sabiendo que no te gusta y nada más levantarme me largo sin decirte nada y me llevo a tu compañero de despacho. Y por cierto, ¿tienes algún interés por él?

Por supuesto que lo tenía, pero no estaba dispuesta a reconocerlo en ese momento, en el que aún le escocía que se hubieran marchado sin ella a esquiar.

—Compartimos la misma profesión y el mismo bufete, —replicó con voz clara.

El atractivo semblante de Mariví se iluminó con una sonrisa.

—¿No te interesa entonces? Te lo pregunto porque a mí me parece muy agradable y… y si no te importa… pues…

—Pues en ese caso puedes emplearte a fondo con él. ¿No es eso lo que ibas a decirme?, —terminó Lilian, sintiendo que su malestar iba en aumento. Pensó que debería aclararle que le molestaba profundamente que coqueteara con él, pero su amiga no le dio tiempo. Volublemente se estaba poniendo el anorak y luego se encasquetó el gorro en la cabeza delante del espejo.

—¿No te vistes?, —la apremió—. Esta tarde vas a venir con nosotros y te enseñaremos a deslizarte por una pista facilita.

Su forma de expresarse le molestó más todavía. Le pareció que Mariví daba por hecho que ella era la carabina de los dos, por lo que volvió a dejarse caer a los pies de la cama.

—¿Habéis quedado Pablo y tú en esquiar esta tarde?

Hizo su amiga un gesto afirmativo.

—Sí, Pablo ha dado por hecho que nos acompañarías.

—¿Qué yo os acompañaría a vosotros dos?, —trató de puntualizar con una irritación creciente, sintiéndose postergada al papel secundario de la tercera en discordia del tándem que formaban.

—Claro, ¿a qué si no hemos venido a una estación de esquí?

Estuvo por contestarle con acritud, pero en su lugar le sonrió con expresión inocente.

—Pues mira, no, porque tengo un plan mejor para esta tarde. He conocido a un hombre estupendo mientras desayunaba. Muy alto, muy guapo y encantador. Hemos quedado en la sala de estar dentro de un rato.

No estaba muy segura de que él apareciese en esa estancia ni en ninguna otra esa tarde, porque al regresar al albergue, después de encontrarla en los alrededores del torreón, había desaparecido de repente sin despedirse, pero

no estaba dispuesta a secundar los planes de la otra, que ya se había adjudicado el papel de protagonista.

—¿Me estás hablando de ese tal Iván?, —le preguntó con interés.

—Eso es.

—Dicen Amalia y Ángeles que es un conquistador y que está imponente. ¿Por qué no me lo presentas?

Se estaba mirando en el espejo, ya con el gorro de punto en la cabeza, mientras le hacía esa sugerencia y Lilian estuvo a punto de dedicarle un bufido.

—Porque tú te vas a ir a esquiar con Pablo ahora mismo, —replicó abatiendo los párpados para que no pudiera advertir cómo le centelleaban los ojos de indignación—. Tú te vas a ir con Pablo a la Bola del Mundo y yo con Iván a la sala de estar, frente a la chimenea. No puedes estar en dos sitios al mismo tiempo ni acaparar a todos los hombres del albergue. ¿Lo entiendes o no?

Por primera vez captó Mariví lo desabrido de su tono y se volvió sorprendida hacia ella.

—Me parece, Lil, que estás molesta conmigo y… ya te he pedido perdón, pero si no quieres que vaya a esquiar con Pablo… no iré. Me quedaré contigo donde tú quieras.

Parecía estar otra vez a punto de llorar, por lo que intentó ella dar marcha atrás.

—No, no, perdóname tú. Es que estoy nerviosa desde que Gabriel me ha enviado el mensaje. Y por cierto, no te he dicho que Fernando Costa quiere hablar con nosotras y que hemos quedado en acercarnos a su comisaría el lunes a las once.

Por su atractivo semblante cruzó una sombra de alarma.

—¿Y qué es lo que quiere? ¿Tiene alguna idea de dónde puede encontrarse él?

—No, necesita hacernos algunas preguntas. Dice que hay algo muy raro en todo esto.

—¿Muy raro? ¿A qué se refería?

—A que este asunto se sale del patrón habitual. ¿Te parece normal a ti que recorra un montón de kilómetros para mandarme un mensaje desde el

pueblo de Navacerrada amenazándonos a las dos y que luego regrese inmediatamente a Madrid? No ha hecho el menor intento de acercársenos.

Lo consideró Mariví con el ceño fruncido.

—Porque el juez dictó una Orden de Alejamiento y no se atreve.

—Con esa Orden tiene prohibido acercársete a ti, no a mí y para enviar un mensaje a través del móvil no hace falta desplazarse fuera de Madrid. Cuando lo he recibido, estaba yo en un torreón medio derruido que se encuentra en plena naturaleza y en un lugar muy solitario. Me he llevado un susto imponente imaginando que pudiera haberme seguido hasta allí, donde no había nadie que pudiera echarme una mano.

Sonrió Mariví con gesto de sorpresa, como si acabara de oír algo inusitado y en su semblante, arrebolado por el frío bajo el maquillaje, se marcaron dos hoyuelos.

—¿Tú asustada? No me lo puedo creer. Desde que te conozco no he podido comprobar en ninguna ocasión que tuvieras miedo a nada. Y hace bastantes años que te conozco.

Parpadeó Lilian desconcertada ante la aseveración de la chica. ¿Acaso daba la imagen de una mujer valerosa que no se amedrentaba en ninguna circunstancia? Rememoró todas y cada una de las recientes ocasiones en las que había creído tener cerca a Gabriel y cómo le habían temblado las rodillas mientras esperaba ver cómo iba tomando forma su silueta en la oscuridad del jardín de su casa, en la plaza donde se ubicaba el edificio del Tribunal Supremo y esa misma mañana en el torreón que tanto le entusiasmaba a Iván.

—Estás equivocada, —replicó poniéndose en pie y acercándose al espejo para atusarse la melena—. Tengo tanto miedo a Gabriel como tú, porque también a mí me ha convertido en el blanco de sus iras. Por eso te recomendaría que no te apartaras de Pablo cuando esquíes y que lleves cuidado.

Se encaminaba ya Mariví hacia la puerta de la habitación, pero se dio la vuelta al oírla.

—¿Pero no me has dicho que ha regresado a Madrid después de enviarte el mensaje? ¿No es eso lo que te ha explicado el policía? No recuerdo nunca como se llama.

—Se llama Fernando Costa, —le aclaró Lilian pacientemente—. Y debería interesarte su nombre y todo lo que se refiere a él, ya que te lo han asignado para tu protección.

—Ya lo sé, —refunfuñó la chica, asiendo el pomo de la puerta—. Y no creas que soy una desagradecida. Es solo que a ratos intento olvidarme de Gabriel y del peligro que supone. No sé si lo entiendes.

La acompañó Lilian hasta la puerta para decirle adiós desde el umbral de la habitación. Aunque aún no eran las cuatro de la tarde, la luz que penetraba por la ventana del fondo del corredor, grisácea y macilenta, apenas si bastaba para disipar las sombras de un atardecer anticipado que se había adueñado ya de la planta en la que se ubicaba la mayor parte de las habitaciones de los huéspedes. Un sonido casi imperceptible que no supieron identificar les obligó a dar un respingo a las dos.

—¿Qué ha sido eso?, —susurró Mariví con un hilo de voz, girándose sobre sí misma en esa dirección—. Me ha parecido…

También Lilian reprimió un estremecimiento, pero hizo un esfuerzo porque no lo denotase su voz.

—Se ha cerrado una puerta al final del pasillo. No ha sido nada.

—¿Estás segura?, —inquirió Mariví en un susurro, con sus claros ojos color violeta desmesuradamente abiertos—. Yo aseguraría…

Desde el quicio de la puerta trató Lilian de deslindar en el fondo del pasillo lo que pudieran ser sombras del crepúsculo de la silueta de algún ser humano, pero no logró distinguir más que trazos oscuros sin formas ni perfiles definidos.

—Anda, márchate, —le dijo disimulando nuevamente el miedo que sentía—. Pablo te estará esperando.

—¿Pero es que no vas a venir con nosotros?

—No, ya te he dicho que he quedado con Iván abajo, dentro de media hora, —inventó sobre la marcha—. Voy a aprovechar esa media hora para acostarme un rato a descansar.

—Pero es que Pablo se va a enfadar, —insistió la chica como si ese fuese un argumento decisivo.

—¿Tú crees?, —replicó sarcásticamente—. Me parece a mí que con los esquíes en los pies y rodeado de nieve no se acuerda ni de la fecha en la que

nació.

—Pero es que…

—Que te marches ya, —le ordenó empujándola hacia la escalera—. Ya le he dicho a él que he quedado con otro esta tarde, así que no se extrañará. Que os divirtáis.

Aún permaneció Mariví indecisa unos segundos frente a la puerta de la habitación, por lo que Lilian optó por cerrarla de un empujón. Luego, apoyada contra la hoja, oyó como la otra se alejaba hacia la escalera y entonces echó el pestillo para ir a tumbarse a continuación sobre su cama, completamente vestida con su grueso pantalón oscuro y los dos jerséis. Acostada boca arriba y con la mirada fija en una gruesa viga de madera que, en unión de otras muchas, soportaba el techo de la habitación, rumió el despecho que sentía. De Mariví no le extrañaba que hubiera optado por prescindir de ella, porque sabía que en ninguna circunstancia se hubiera resignado a permanecer en el albergue en su compañía, si podía subir hasta la pista de esquí con un hombre de su gusto con el que podía practicar su deporte favorito, pero de Pablo sí. Él debería haberse negado a marcharse a tomar el telesilla con la otra, debería…

Un tenue sonido en el pasillo interrumpió sus pensamientos. El pavimento era de madera y había oído el crujido de la tarima bajo los pies de alguien que se aproximaba a la puerta de su habitación. Se incorporó para observarla con los ojos desmesuradamente abiertos. Era de estilo castellano, con gruesos casetones y disponía de un picaporte de hierro negro a juego con el pestillo que acababa de cerrar antes de echarse sobre la cama. Una ráfaga de aire se filtró por los resquicios de madera de la ventana y recorrió la habitación aventando la colcha que cubría el lecho, a la par que un copo de nieve se estampaba contra el cristal, donde se quedó aplastado, antes de comenzar a licuarse, enturbiándolo. El silencio era ahora absoluto. Quienquiera que fuese se había detenido en el pasillo frente a la puerta. Era alguien que sin duda llevaba botas, porque había oído el chirrido de la tarima bajo sus pies segundos antes. Notó que el sudor le corría por la frente y se incorporó para echar mano al bolsillo y extraer su móvil. Tenía que llamar a Pablo. Quizás no se hubiera marchado todavía y podría acudir

inmediatamente en su ayuda en cuanto le dijese que había alguien en el pasillo.

En el preciso instante en el que iba a marcar su número, el tintineo que indicaba que le enviaban un mensaje se dejó oír en el aparato y sobresaltada terminó de sentarse en la cama para mirar el visor iluminado. Un estremecimiento la recorrió entera al comprobar el número que correspondía al móvil desde el que se lo habían enviado y que terminaba en tres doses. Dudó entre abrirlo o echar a correr escaleras abajo para reunirse con sus amigos en el vestíbulo, pero percibió ahora con toda claridad la presencia de la persona que se encontraba en el corredor al otro lado de la hoja de madera. Seguramente había subido corriendo la escalera y estaría esperando fuera a que ella saliera al pasillo.

Pasó una mano por su frente, retirándola húmeda de sudor. No podía abrir la puerta ahora para bajar a la recepción. Podía ser Gabriel el que la aguardaba, apostado en el corredor, y el que le había enviado el mensaje para anunciarle su llegada. Tenía que salir de dudas, decidió, mientras trasteaba en las teclas del adminículo que mantenía en la mano. Inspiró luego aire profundamente y leyó el texto. Contenía solo dos palabras:

"*He vuelto*".

Lo releyó incrédulamente con los ojos desmesuradamente abiertos por el pánico. Luego se quedó inmóvil con los nervios en tensión, aguzando el oído y sin apartar la mirada de la puerta. En ese preciso instante oyó los golpecitos que esa persona propinaba en la hoja de madera y escuchó su voz. Era Iván.

—Lilian, ¿estás ahí? He subido a buscarte después de preguntarle al recepcionista cual era tu habitación. ¿Por qué no me abres?

Se levantó de la cama con un inmenso suspiro de alivio y se dirigió hacia la puerta descorriendo seguidamente el pestillo. Pese a la oscuridad reinante en el corredor, distinguió la sonrisa de bienvenida que le dedicó él. Una sonrisa espontánea con un puntito de ansiedad, como si después de perderla de vista la hubiera reencontrado al término de un largo viaje.

—He visto salir a tus amigos y le he preguntado al recepcionista cuál era tu habitación, —repitió a modo de disculpa. No estarías durmiendo, ¿verdad?

—No, no. Claro que no.

—¿Y tampoco has quedado en reunirte con ellos?

Había en el tono con el que se lo preguntaba algo que le extrañó. Examinaba fijamente su semblante con sus brillantes y clarísimos ojos y esperaba su respuesta con un interés extraño.

—No, se han marchado a esquiar. Ya te he dicho esta mañana que no sé y no he querido ser una carga, —replicó mientras a su vez analizaba su expresión. A la escasa luz del pasillo pudo ver que vestía el mismo jersey blanco de cuello alto que llevaba por la mañana sobre el pantalón oscuro. Sin el gorro con el que se cubría la cabeza durante la excursión, su cabello oscuro, algo revuelto, le resbalaba por la frente y se lo retiró impaciente con los dedos. Aparentemente le satisfizo su respuesta, porque por su rostro cruzó otra sonrisa que podía interpretarse como de absoluta satisfacción.

—Pues entonces tenemos por delante una tarde magnífica, siempre que no hayas quedado con nadie. ¿Has quedado con alguien?

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No, solo con Amalia y con Ángeles para jugar a las cartas.

Se encogió él desdeñosamente de hombros.

—¡Bah!, por ellas no te preocupes, porque ya han encontrado a dos excursionistas a los que han convencido para organizar una timba y están en la sala de estar jugándose las pestañas. ¿Conoces el pueblo de Navacerrada? Es muy pintoresco y he pensado que podíamos acercarnos a dar una vuelta por allí.

Se volvió Lilian para mirar a través de la ventana, que tenía a su espalda, junto a la cama donde había dormido ella. Desde su habitación podía verse una inmensidad blanca salpicada de abetos del mismo color y, más allá, los picachos nevados de las montañas elevándose hacia un firmamento plomizo.

—¿Ha mejorado el tiempo?

—Pues no sé qué decirte. Cae algún que otro copo de cuando en cuando, pero cómo vamos a ir en mi coche, si arrecia el temporal nos

meteremos en alguna cafetería hasta que escampe. ¿Te animas?

Palpó ella el móvil que llevaba en el bolsillo dudando entre las posibles determinaciones a adoptar. Tenía que avisar antes a Pablo y a Mariví de que Gabriel merodeaba por las cercanías para alertarles y que tomaran alguna decisión al respecto. Quizás lo más aconsejable sería regresar inmediatamente a Madrid y encerrarse dentro de su casa. Allí estarían las dos más seguras.

Iván aguardaba expectante su respuesta, por lo que le indicó con la mano el final del corredor, donde comenzaba la escalera.

—No lo sé. Espérame abajo, en la sala de estar, que tengo que hacer antes unas llamadas. No tardaré.

—Pero… si es que quieres hablar con tus amigos, se han marchado ya.

Sin escucharle, le empujó suavemente para apartarle del umbral y cerró la puerta a su espalda. Oyó como se alejaban sus pasos hacia el inicio del corredor y apresuradamente retrocedió dentro de la habitación para tomar asiento en la butaca de cretona floreada después de retirar las prendas que Mariví había dejado allí tiradas. Seguidamente extrajo el móvil de su bolsillo y llamó a Pablo. Casi inmediatamente oyó la voz impersonal de la operadora.

> "*El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura*".

Incrédulamente lo retiró de su oído, preguntándose cómo podría ser él tan inconsciente. Conociendo el peligro que corría Mariví y que la policía podía necesitar avisarla urgentemente de cualquier eventualidad sobre Gabriel, se le había ocurrido subir a esquiar a la Bola del Mundo, donde probablemente no llegarían los adelantos de la técnica ni por ende la conexión vía satélite a los teléfonos móviles. Desde que le conoció lo había conceptuado como un hombre parsimonioso, tranquilón, que rara vez se alteraba y había sido una de las cualidades que más había admirado de su personalidad, pero en ese momento le hubiera gritado por estúpido de haberle tenido cerca para desahogar sus nervios.

Inquietísima desvió su mirada hacia la ventana. La luz del día había comenzado a apagarse ya bajo un cielo grisáceo que a lo lejos parecía fundirse con la nieve que lo teñía todo de blanco. Preludiaba un atardecer anticipado que pronto cubriría de oscuridad el panorama que alcanzaba a distinguir y en el que Gabriel podría encontrarse en su elemento para agredirles a los dos. La idea aceleró los latidos de su corazón a la par que notaba como si una mano de hierro la atenazase por dentro. Y no solo por lo que pudiera sucederle a Mariví. Imaginó a aquel hombre, cuya fisonomía desconocía, oculto tras un montículo nevado, reapareciendo de pronto en la pista de esquí para abalanzarse sobre Pablo y rodearle el cuello con las manos o, en un descuido de este, situarse a su espalda para empujarle por un barranco. Y a la tonta de Mariví gritando sin que nadie la oyera en aquella inmensidad tan blanca y también tan solitaria a causa del mal tiempo. ¿Qué podía hacer ella para impedirlo?

Un copo de nieve se estrelló contra el cristal, al tiempo que un relámpago rasgaba el firmamento, seguido de un trueno ensordecedor que, como si hubiera sido una señal, comenzó a arrojar su blanda carga sobre el manto que había caído ya sobre la tierra. La visión de la tormenta que se avecinaba la decidió. Cogió el anorak que había tirado sobre la cama, el gorro de punto, la bufanda y las gafas y salió corriendo de la habitación para recorrer el pasillo y lanzarse escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos. Iván la esperaba apoyado en el mostrador de recepción charlando con el chico progre, como si hubiera temido que se escapara sin él del albergue si perdía de vista el portón de entrada. Le acompañaba también el joven que la había invitado a un café en el bar cuando había entrado en el local a llamar por el móvil a Fernando Costa, el que le había dicho que se llamaba Juan. Los tres levantaron a la vez la mirada hacia ella al oírla bajar como una tromba.

—¡Vaya!, —se sorprendió este último— ¿dónde vas con esas prisas?

—A dar un paseo conmigo, —replicó Iván adelantándose al otro—. Vamos al pueblo de Navacerrada a dar una vuelta.

Intentó ella no dejar traslucir la angustia que sentía al menear negativamente la cabeza, a la par que remataba el descenso y se aproximaba a los dos.

—No, no, me va a ser imposible. Necesito subir urgentemente a la Bola del Mundo a buscar a mis amigos. Me han llamado por teléfono y… y tengo que darles una noticia.

—¿Buena o mala?, —le preguntó Juan como si se tratase de un chiste.

Se encogió Lilian de hombros sin decidirse a decirles la verdad. Al fin optó por eludir la verdadera respuesta.

—Según se mire, pero necesito verles ahora mismo.

Los dos hombres se volvieron para contemplar a través de la ventana del vestíbulo la tupida cortina de nieve que caía en ese momento y que no invitaba precisamente a arriesgarse a salir al exterior.

—No me parece que sea una buena idea, —objetó Iván—. Ni siquiera lo sería dar ese paseo por el pueblo que te había propuesto, pero podemos sentarnos en la sala de estar junto al fuego a contarnos nuestra vida hasta que escampe. A mí me interesa mucho la tuya.

Se lo decía a Lilian, pero Juan se creyó incluido en el plan y se apresuró a aceptarlo.

—Excelente sugerencia, —aprobó muy satisfecho haciendo intención de dirigirse hacia la puerta de cristales que daba acceso a esa estancia.

Sin moverse del mostrador y con los ojos fijos en su espalda, Iván le dedicó una mirada aviesa.

—No entraba en mis cálculos escuchar las historias de ese tipo, —masculló por lo bajo.

—¿Le conoces?, —le preguntó Lilian sin apartar su mirada del portón del albergue, por donde podía aparecer Gabriel en cualquier momento.

—Sí, nos hemos encontrado aquí en varias ocasiones.

—Pues yo necesito tomar el telesilla, —insistió tozuda—. ¿Te importaría acercarme con tu coche? Es que queda de aquí bastante lejos.

Al preguntárselo, escrutó su moreno semblante en el que destacaban aquellos ojos tan verdes y tan brillantes que le produjeron una incomprensible desazón.

—Sí me importaría y no te voy a llevar. Es un disparate que te empeñes en subir ahora al Alto de las Guarramillas con este temporal.

—¿Y eso del Alto de las Guarramillas qué es?, —trató de averiguar ella —. Donde yo quiero subir es a…

—Sí, a la Bola del Mundo, también se llama así, —la interrumpió—. Tus amigos pueden esperar a que les des esa noticia tan fabulosa, porque están a punto de regresar, ya que, el telesilla presta su último servicio a las cinco. En cualquier caso no creo que se merecieran que te arriesgases a salir con este tiempo, dado lo mucho que se han preocupado por ti desde que habéis llegado. ¿O crees tú que sí?

El tono con el que se le preguntaba era sarcástico y se vio obligada a reconocer en su interior que tenía razón. Como contrapartida al comportamiento de Pablo desde que este había conocido a Mariví, se había propuesto fingir en adelante que él le inspiraba la más absoluta indiferencia, pero ante la amenaza que representaba Gabriel prevalecía el deseo de ponerles a salvo a los dos sobre su orgullo herido. Sabía que no se perdonaría si por dejarse llevar por el despecho no les alertaba a tiempo y les ocurría algo irreparable.

En ese preciso instante y a través de los cristales de la ventana del vestíbulo vio llegar el coche de él, por lo que reprimió un suspiro de alivio. Pasó precisamente por delante del portón para dirigirse al cercano estacionamiento del albergue. Sin duda la tormenta les había hecho desistir de su intención de practicar el deporte que tanto les gustaba y habían regresado al establecimiento en el que se alojaban para guarecerse de la nevada que arreciaba por momentos. Tuvo que contenerse para no salir corriendo del albergue a reencontrarse con los dos y avisarles de que Gabriel se escondía por las cercanías. Inmediatamente adoptarían la decisión más oportuna al respecto que quizás fuera la de regresar inmediatamente a Madrid.

Aguardó impaciente a que sus siluetas se perfilaran en el umbral del portón que tenía enfrente. ¿Por qué tardarían tanto? Iván le comentaba algo que no llegó a escuchar y Juan les hacía señas desde la puerta de cristales de la sala de estar en las que tampoco reparó. Imaginó a Pablo y a Mariví dentro del coche de él, ya aparcado en el estacionamiento del albergue, atisbando a través de los cristales la intensidad de la nevada. Solo deberían correr unos metros para refugiarse bajo techado, por lo que no podía ser esa la causa de su demora. ¿Les habría asaltado Gabriel al bajarse del automóvil?

Incapaz de seguir soportando ni un segundo más una espera que se estaba convirtiendo en interminable, se dirigió apresuradamente hacia el portón con la intención de salir a buscarles, dejando a Iván con la palabra en la boca. No llegó a asir el pomo de la puerta porque a través de la ventana les vio aproximándose a pie hacia el edificio. Venían riéndose y la despreocupada imagen que ofrecían la soliviantó. No se merecían la angustia que estaba padeciendo por miedo a que Gabriel hubiera reaparecido de improviso detrás de alguno de los vehículos aparcados y les hubiera agredido. Tampoco se merecía ella la pesadilla que estaba viviendo desde el fatídico veintinueve de febrero en el que Mariví se presentara en su despacho, seis días antes. Experimentó una rabia sorda y el imperioso deseo de resarcirse de las humillaciones de que había sido objeto por parte de los dos. Debería hacerles creer que efectivamente había pasado la tarde con ese inexistente "otro" con el que les había hecho creer que había quedado, por lo que regresó junto a Iván, que podía servirle para dar verosimilitud a la historieta que había inventado. Siguiendo el guion que había forjado en su mente le sonrió a este, que, ignorante por completo de lo que pasaba por su cabeza en ese momento, parpadeó desconcertado.

—Tienes razón, —le dijo siguiendo el hilo de lo anterior—. Es un disparate salir con este tiempo, así que vamos a la sala de estar a calentarnos frente a la chimenea y, como has dicho, a contarnos nuestra vida. ¿Es muy interesante la tuya?

Con la cabeza ladeada, observó recelosamente él su repentino cambio de actitud.

—Pues… creo que no, así que empezaremos por la tuya.

Juan les esperaba junto a la puerta de cristales y entraron los tres para buscar un asiento confortable y próximo a la chimenea. Por fortuna, la mayor parte de los huéspedes habían subido a esquiar y regresaban ahora, dirigiéndose a sus respectivas habitaciones para cambiarse la ropa que traían cubierta de nieve por otra seca, por lo que pudieron acomodarse los tres en un sofá junto al fuego. En medio de los dos esperó ella con impaciencia a que se presentaran en la sala Pablo y Mariví. Transcurrieron unos minutos que se le antojaron siglos sin que aparecieran, por lo que se rebulló inquieta en el sofá consultando disimuladamente su reloj. Juan

hablaba y hablaba de algo que no escuchaba ella ni tampoco Iván. Este disimulaba a duras penas su impaciencia sin que el otro lo advirtiera. Creía haber encontrado unos oyentes inigualables y les relataba con desesperante lentitud las peripecias que había sufrido en la montaña durante una ventisca de similar intensidad a la que se desencadenaba fuera en esos instantes.

Al fin entraron en la estancia los dos que esperaba Lilian. Venían ya sin sus respectivos anoraks, ella delante, con su ondulante melena resbalándole por los hombros y su rostro distendido en una sonrisa y unos pasos más atrás, Pablo, muy serio, podría decirse incluso que malhumorado.

Se dijo Lilian que debía disimular la impaciencia que sentía y permanecer sentada en el sofá para que la vieran departiendo con sus dos acompañantes, lo que la elevaría en la estimación de Mariví en ese terreno y probablemente provocaría en Pablo la reacción que deseaba. De esto último no estaba ya tan segura, aunque no llegó a comprobarlo. Pese a los propósitos que se había planteado, no consiguió controlarse, por lo que se levantó de un salto para correr a su encuentro y abordar a Mariví que le precedía a él. Asiendo sus manos le susurró casi sin voz:

—Está aquí. Ha vuelto.

Intuyendo sin duda a quien se refería, la sonrisa se le heló a la chica en el rostro.

—¿Ha vuelto? ¿Cómo lo sabes?

—Me ha enviado otro mensaje cuando ya os habíais marchado. He intentado comunicároslo llamando al móvil de Pablo.

El aludido reapareció tras la espalda de Mariví con expresión tormentosa para aproximársele, apartando a la chica. Lilian no consiguió discernir si su semblante traslucía ira contenida ante la noticia que acababa de recibir o si, por el contrario, obedecía a alguna otra contrariedad.

—¿Me has llamado? No ha sonado mi teléfono o al menos no lo he oído. Habríamos regresado inmediatamente a buscarte, aunque ya me ha dicho tu amiga que habías quedado con otro y que te incomodaría nuestra presencia.

Había aludido a ese “otro” como si mordiera la palabra, por lo que llegó a la conclusión Lilian de que era ella la causante de su enfado y se alegró.

—Tu móvil no estaba operativo, —le explicó, señalándole el bolsillo del pantalón donde suponía que lo llevaba—. Me he asustado tanto al imaginar el peligro que corríais en la montaña con este temporal y con ese hombre acechándoos, que he pensado incluso tomar el telesilla para alertaros, pero no he encontrado a ningún voluntario dispuesto a acercarme con su coche.

La expresión de Pablo se dulcificó un tanto y Mariví le sonrió enternecida.

—Gracias por todo Lil, nunca podré agradecerte lo que estás haciendo por mí ni que esta tarde estuvieras dispuesta a salir a buscarnos con la nevada que está cayendo. ¿Pero y ese chico con el que has quedado? ¿Tampoco has conseguido convencerle a él?

Se volvió Lilian hacia el sofá en el que había estado sentada e hizo intención de señalarles a los dos hombres con los que conversaba hasta unos segundos antes. Se quedó con la mano en el aire al constatar que en el sofá no había nadie ya. Tanto Iván como Juan habían desaparecido.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

El lunes siguiente acudieron las dos puntualmente a la comisaría a entrevistarse con Fernando Costa. A primera hora habían salido de la casa y se habían dirigido a la oficina de Lilian, donde Mariví había permanecido en la sala de espera hojeando revistas, en unión de otros visitantes que aguardaban ser recibidos por los compañeros del bufete de esta. Lilian se presentó en esa estancia a buscarla cinco minutos antes de la cita que tenían concertada, señalándole en silencio su reloj de pulsera, indicación que la otra captó en el acto. Parecía abatida desde que regresaran de la sierra la tarde anterior como si aún se sintiera culpable por haberse marchado a esquiar con Pablo el sábado dejándola en tierra y de haberle acaparado también cuando la tormenta les obligó a regresar al albergue. Se habían sentado con ella junto al fuego, pero sin que la chica depusiera su actitud posesiva hacia Pablo, con cuyo comportamiento había experimentado Lilian la molesta sensación de haberse convertido en la tercera en discordia de los otros dos. Y no porque Pablo secundara a Mariví. Parecía abstraído y le contestaba a la chica con monosílabos, de lo que esta terminó por percatarse. No obstante, para atraer su atención y probablemente para que la compadeciera, insistía una y otra vez en referirles los altercados más violentos que habían tenido lugar en las últimas semanas que había compartido con Gabriel. Sobre todo para que la compadeciese Pablo, al que se dirigía como si valorase su opinión en mayor grado que la de Lilian. Esta acabó por hartarse. Durante la cena habían compartido mesa con Ángeles y Amelia y en cuanto terminaron con el postre, les dijo que estaba cansada y que iba a subir a su cuarto a acostarse. Ya estaba dormida cuando la imitó Mariví y a la mañana siguiente no habían tenido tiempo ni ocasión de cambiar impresiones.

Tampoco los dos hombres que Lilian había conocido en el albergue habían vuelto a hacer acto de presencia desde que habían desaparecido de la sala de estar la tarde anterior, por lo que iniciaron el regreso sin que hubiera podido despedirse de ellos. No sintió ella dejar atrás la inmensidad nevada que divisaba a través del cristal de la ventanilla conforme avanzaban por la carretera, sino al contrario. Deseaba perderla de vista cuanto antes, así como llegar a su casa y olvidar el viajecito que estaban realizando, porque estaba soportando en esos momentos la última inconveniencia de Mariví. Con la naturalidad que imprimía a sus ademanes, no lo había dudado esta y cuando las dos salieron del edificio y se encaminaron hacia el automóvil de Pablo, donde este las aguardaba, la chica se había introducido en el asiento del copiloto para dejar que Lilian ocupara el posterior. No reparó en la aviesa mirada de Pablo ni en la sorpresa de su amiga. Solo cayó en la cuenta a la mañana siguiente y, mientras desayunaban en la cocina, le había pedido perdón.

También ahora la siguió con la cabeza baja, cuando Lilian se acercó a la mesa de la secretaria que, en la antesala, escribía absorta en su ordenador. No obstante, levantó la muchacha la cabeza al oírlas acercarse.

—Vamos a salir un momento, Anita, —le comunicó Lilian apoyándose ligeramente en su mesa—. No creo que tarde más de una hora en regresar, pero de todas formas, si llama algún cliente con un tema urgente, cítalo para esta tarde. Si es Beatriz, la procuradora, dile que la llamaré en cuanto vuelva.

Su interlocutora la envolvió en una mirada que traslucía curiosidad. Luego la desvió hacia Mariví que permanecía a su espalda en una muda pregunta que Lilian fingió ignorar.

—De acuerdo, de acuerdo, —repuso al fin con una sonrisa de complicidad—. ¿Y si es el jefe el que pregunta por ti?

El jefe era el socio fundador del despacho, al que se habían ido adhiriendo los tres restantes. Un magnífico profesional, especializado en derecho mercantil, que se llamaba Eulogio Ródenas y que había rebasado ya los sesenta. Pese a su reducida estatura y a su semblante sonrosado, toda su persona emanaba autoridad y su presencia se imponía en el bufete en cuanto aparecía por la puerta del piso. Sus compañeros y ella misma le

llamaban “don Eulogio” y se dirigían a él con el respeto que merecía por su prestigio.

Esbozó Lilian un gesto evasivo.

—Si me llama don Eulogio, dile lo mismo, que no tardaré. Ya le puse en su momento en antecedentes del caso, así que no se extrañará.

—Vale, vale —admitió Anita tecleando nuevamente en el ordenador—. Vete tranquila y que os divirtáis. Ya me enseñareis después lo que os hayáis comprado.

Resultaba palpable que se lo decía con la esperanza de que le aclararan alguna de las dos el motivo al que obedecía su salida del despacho, pero Lilian no picó el anzuelo y se limitó a despedirse con la mano y a encaminarse hacia la puerta, seguida de Mariví, que ya en el descansillo de la escalera bajó hacia ella su preocupada mirada.

—Oye, no te estaré ocasionando un problema con tu jefe, ¿verdad? Si es así, dímelo, porque puedo ir a ver a ese policía yo sola. No voy a consentir que, encima de todo lo que estás haciendo por mí…

Se apresuró Lilian a tranquilizarla.

—No me ocasiona ningún problema esta salida ni ninguna otra. Don Eulogio tiene un genio endemoniado y se enfada una barbaridad cuando nos encomienda un tema complicado y piensa que Pablo, Tarsicio o yo no estamos a la altura de lo que espera de nosotros, pero en estos momentos no llevo ningún asunto que me haya llegado por su conducto. Está especializado él en derecho mercantil y me endosa sistemáticamente los asuntos penales que le encargan al despacho y también los civiles que considera de poca monta. Además, conmigo se comporta con una especial condescendencia, quizás porque me tomo muy en serio mi trabajo y no le he fallado nunca. No te preocupes.

—Y ese otro compañero tuyo que anda por los cincuenta y que tiene cara de funeral, ¿a qué se dedica?

—¿Tarsicio?

—No sé cómo se llama, ¡pero vaya nombrecito!

Se echó a reír Lilian con ganas.

—Sí, la verdad es que sus padres le hicieron un flaco favor al inscribirle en el Registro Civil. Es una magnífica persona, aunque no sea precisamente

optimista. Lleva exclusivamente derecho tributario y también es muy bueno en lo suyo.

Vaciló imperceptiblemente Mariví.

—¿Y Pablo?

—¿Que en qué está especializado?

—Sí, eso es.

—En civil, aunque las separaciones y los divorcios me los cede en el acto.

—Así que la única que llevas penal en el despacho eres tú, —dedujo pensativamente la chica.

—Sí, ¿por qué? No siempre resulta agradable tratar con delincuentes y es poco rentable además, pero a mí me gusta.

—¿Y eres buena?

Algo parecido le había preguntado Iván en el albergue el sábado anterior, cuando le conoció mientras desayunaba. Riendo le dio a su amiga la misma respuesta.

—Sí, yo creo que soy estupenda.

Al semblante de Mariví afloró una sonrisa tímida, que ella no le había visto nunca en sus años de estudiante. Le recordó a la expresión de inseguridad que manifestaba cuando se presentó en su despacho ocho días antes con el semblante desfigurado. Lilian pensó entonces que la relación que había mantenido con Gabriel la había privado de la confianza en sí misma que derrochaba antes de conocerle. Día a día desde entonces, desde que convivía con ella, había ido recuperando su personalidad a la par que su fisonomía, pero en esos instantes le pareció que su amiga retrocedía en el tiempo para revivir las experiencias más amargas que había padecido junto a él y dejarlas aflorar a su semblante.

La tomó del brazo por ese motivo cuando llegaron a la comisaría y un policía jovencito las acompañó hasta un despacho donde segundos más tarde se presentó Fernando Costa. Parecía preocupado. Al menos no les sonrió ni les dedicó el menor gesto de simpatía. Con su cuadrado semblante sin expresión, las invitó a sentarse al otro lado de la mesa metálica, de color gris, como todos los muebles de la estancia y luego, tras clavar sus ojos

castaños en Lilian durante unos segundos, los desvió hacia Mariví, a la que envolvió en un gesto que pretendió ser comprensivo.

—Quería hablar con usted, —empezó, dirigiéndose a esta—. Con ustedes dos, —se corrigió—. Necesito hacerle algunas preguntas, porque su caso nos tiene algo desorientados.

—¿Desorientados?, —musitó la chica con un hilo de voz.

—Sí, pero en primer lugar, dígame, ¿cómo se encuentra?

Intercambió Mariví una mirada con Lilian, como si necesitara saber cuál debería ser su respuesta. Esta permaneció impasible, con la misma expresión imperturbable que adoptaba al asistir a la declaración de un detenido en una comisaría o a la de un encausado en un juzgado.

—Bien, estoy bien, —repuso al fin en un susurro—. No he vuelto a verle, aunque a Lilian le ha enviado varios mensajes amenazadores a su móvil y…

—Ya, los hemos detectado y hemos rastreado la zona donde se encontraba en ese preciso momento, pero en todas las ocasiones hemos llegado tarde —la interrumpió él—. Este fin de semana lo han pasado ustedes en Navacerrada y él las ha seguido hasta el pueblo desde donde le ha enviado el primero de los dos SMS a la señorita Valero.

Se apresuró Lilian a intervenir.

—Si, estaba yo en ese momento dentro de un torreón ruinoso, donde me había refugiado de la ventisca. Me decía que él estaba cerca y que lleváramos cuidado de no resbalar por un precipicio.

Reprimió Mariví un asustado respingo, al tiempo que Fernando Costa hacía un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no se acercó después a ninguna de las dos, ¿no es cierto?

—No, no se nos acercó, —reconoció Mariví tras unos instantes de vacilación y de consultar nuevamente a Lilian con la mirada—. Al menos, yo no le vi, aunque seguramente andaría cerca, vigilándome mientras esquiaba.

Tabaleó el policía con un bolígrafo sobre la mesa antes de levantar nuevamente los ojos hacia ella.

—Así que estuvo esquiando.

—Sí, es mi deporte preferido.

—¿Y tenía usted miedo?, —le preguntó, inclinándose hacia ella sobre la mesa.

—Claro, ¿cómo no iba a tenerlo? Usted no le conoce, pero…

—Y si tenía miedo, ¿por qué se marchó del albergue y tomó el telesilla?, —la interrumpió—. Practicando ese deporte por la Bola del Mundo era más que probable que ese tipo aprovechara cualquier momento en el que se encontrara sola para agredirla. Se ha arriesgado tontamente, dándole la oportunidad de que pudiera empujarla por un precipicio, tal y como le anunció en su mensaje a la señorita Valero.

Tragó saliva Mariví como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido y su semblante se contrajo en una expresión de pánico.

—Bueno… sí, pero es que yo no sabía que él nos había seguido hasta la sierra. Lil no sabe esquiar y además a ella no le gusta. Por esa razón un amigo suyo, que también es abogado y que ha pasado con nosotras el fin de semana, subió conmigo hasta la Bola del Mundo. Lil se quedó en el albergue y se fue a visitar ese torreón con otro excursionista al que conoció esa mañana. Por esa razón no me enteré yo de que Gabriel le había enviado el mensaje hasta que nos reencontramos las dos a la hora de comer, ¿comprende? Además, no fui sola. Me acompañaba el amigo abogado de Lilian, al que también le entusiasma esquiar.

Hizo el policía un gesto de asentimiento.

—Sí, todo eso ya lo sabemos. Detectamos todos sus movimientos por la pulsera que le entregamos para su protección, —le aclaró señalándole la muñeca en la que la llevaba—. Sabemos por medio de esa pulsera que tomó el telesilla a las nueve y treinta, que estuvo esquiando toda la mañana y que no regresó al albergue hasta las trece horas. ¿Correcto?

—Sí, sí.

Sonrió el policía ante su expresión compungida. Sin duda había removido nuevamente los remordimientos de la chica, que se consideraba culpable por haber dejado a Lilian en la estacada, porque le dirigió disimuladamente una mirada con la que parecía pretender una vez más pedirle perdón.

—Pero yo quería hablar con ustedes dos por otro motivo, —les comentó Fernando, tabaleando otra vez con el bolígrafo sobre la mesa—. Este asunto

se sale de lo corriente y hay además varios temas que no parecen tener explicación. Lo habitual es que el maltratador intente acercarse a su víctima, no que se limite a mantenerse a distancia y que le mande mensajes al móvil de la amiga de su expareja.

Había en el tono de su voz algo que Lilian no consiguió interpretar, pero que le produjo un vago malestar.

—Es que yo no tengo móvil, —adujo Mariví a modo de explicación.

—Ya, ya, eso ya me lo dijo cuando presentó la denuncia contra ese hombre. Pero también me dijo que Gabriel García no tiene automóvil ni medios económicos.

—Sí y es cierto. Tuvo que vender el Porsche que poseía cuando le conocí, porque perdió todo lo que había ganado jugando a las carreras de caballos en una apuesta arriesgada. No creo que haya trabajado en su vida, pero entonces parecía nadar en la opulencia. Nos gastamos todo ese dinero cuando me fui a vivir con él y entonces empezó a beber. Decía que yo le daba mala suerte, por lo que se desahogaba pegándome en cuanto regresaba a casa, —terminó con un hipido.

El policía cortó la previsible llantina de la chica con un ademán conciliador.

—Vamos, vamos, tranquilícese. También nos dijo que entonces tenía él una cuenta corriente en una entidad bancaria y nos dio el número de esa cuenta.

—Sí, ¿por qué?

—Cuando usted le dejó, esa cuenta estaba en números rojos y continúa estándolo.

Le observó Mariví con sus grandes ojos color violeta como si no entendiera lo que le estaba diciendo.

—Claro. Yo dejé de trabajar entonces. Limpiaba unas oficinas y era la única que aportaba ingresos a esa cuenta. Una miseria, según él, que no nos duraba más de una semana, porque se la gastaba en alcohol y no sé si en algo más. Me refiero a alguna droga barata por lo adulterada. Es natural por tanto que continúe en números rojos. ¿Por qué lo dice?

Tardó el policía en contestar y cuando lo hizo articuló lentamente las palabras con la vista fija en el semblante de la chica, como si estuviera

analizando su expresión.

—Porque no es fácil entender que sobreviva sin dinero y sin un techo bajo el que cobijarse. Usted nos dijo que no tenía familia ni amigos íntimos. Al piso en el que vivían ustedes no ha vuelto. Lo sabemos porque lo mantenemos vigilado. ¿Dónde se aloja ese hombre y de qué vive? Además, este fin de semana se ha permitido el lujo de hacer dos viajes en coche a Navacerrada para amenazar por el móvil a la señorita Valero, pese a que no tiene coche y a que está en la indigencia. Por lo que hemos tenido conocimiento, en el pueblo de Navacerrada no permaneció la primera vez más que unos minutos. Los imprescindibles para enviarle ese mensaje a las doce cuarenta y cinco desde un bar del pueblo. A continuación y también en coche, regresó a Madrid, donde en la Moncloa apagó el móvil.

—Sí, ¿y qué?

—Que después, a eso de las quince treinta, regresó al lugar donde se enclava el albergue en el que se alojaban ustedes para decirle a su amiga, igualmente por el móvil, que había vuelto, pero tampoco se aproximó a ninguna de las dos. A unos metros de ese albergue apagó nuevamente su aparato telefónico y se esfumó.

—Sí, ¿y qué?, —repitió esta vez Lilian.

En el cuadrado semblante de Fernando Costa se pintó un gesto de irritada incomprensión, como si no entendiera que lo que para él resultaba obvio no se lo hubieran ellas ni tan siquiera planteado.

—Que no es el comportamiento que le cuadra a un tipo violento que no tiene un euro, ¿no lo entienden? Los mensajes podía haberlos enviado desde cualquier calle de Madrid sin necesidad de tomarse tantas molestias, máxime cuando no se dispone de automóvil.

Había en sus palabras un fondo de acritud, como si las culpase de no haber avanzado en absoluto en la investigación del caso. Mariví le escuchaba intimidada. Sin duda se había acostumbrado junto a Gabriel a constituirse en el blanco de sus iras, pero Lilian no, al contrario. Sin saber por qué se sintió transportada a la sala de la Audiencia Provincial mientras su defendido era acusado por el fiscal de todos los agravantes que concurrían en el delito de homicidio para elevarlo al grado de asesinato,

cuando ni tan siquiera merecía ser calificado de homicidio simple. Consecuentemente levantó retadoramente la barbilla.

—No sé por qué pretende achacarnos la culpa de que ese tipo no actúe siguiendo el patrón habitual del maltratador. Ustedes son la policía, no nosotras, y tienen la obligación de defendernos de ese delincuente. Nosotras somos sus víctimas. Y conste, que me incluyo con Mariví en el papel de víctima, porque también me amenaza a mí, supongo que por haber cooperado a que ella le dejara, pero que este sea un asunto un tanto inexplicable no le da derecho a recriminarnos por no haber conseguido detenerle aún. Le hemos dicho la verdad y todo lo que sabemos.

Acusó el policía su iracundo alegato y recogió velas inmediatamente.

—Perdone si le he dado esa impresión. Por supuesto que usted no tiene la culpa de nada y…

—Ni Mariví tampoco, —le interrumpió.

Dudó él durante una décima de segundo, pero terminó por asentir.

—No, tampoco doña Victoria tiene toda la culpa, aunque debió denunciarle cuando recibió la primera bofetada. Después de esa primera suele producirse una segunda y muchas veces acaba la cosa en un funeral. —Corrigió su tono al advertir que la chica esbozada un puchero, y pasó a adoptar una expresión paternal, pese a que no contaría mucha más edad que ellas mismas—. Bueno, bueno. Solo quería hablar con ustedes dos por si podían aportar alguna idea o añadir algo a la declaración que formuló en su momento la señorita Díaz que pudiera aclararnos el extraño comportamiento de ese hombre.

—¿Añadir algo?, —musitó Mariví con los ojos bajos—. No sé qué podría añadir. Tampoco comprendo yo su comportamiento ni qué es lo que pretende. Amargarme la vida, supongo y…

En su semblante se reflejó nuevamente el inicio de un puchero y tanto el policía como Lilian se rebulleron inquietos en sus respectivos asientos al percatarse de que estaba a punto de echarse a llorar. Fernando hizo intención de levantarse y Lilian le imitó para, una vez en pie, pasar un brazo sobre los hombros de la otra, indicándole al mismo tiempo que debían marcharse ya, indirecta que la chica recogió en el acto. Le aventajaba a ella

más de un palmo en estatura, por lo que retiró su brazo en cuanto la chica se levantó. Luego se volvió hacia el policía.

—Perdone si he sido demasiado brusca. Es la deformación profesional que padezco, pero no he querido ser descortés. Siento el mayor respeto por la policía y estoy segura de que pronto llevarán este asunto a buen término. Quiero pedirle que me mantenga informada de los avances que consigan en la investigación y de que nos llame para resolver cualquier duda que pueda ayudar a que ese hombre reciba su merecido.

Fernando Costa las acompañó hasta la puerta. No parecía estar muy satisfecho de la entrevista que habían mantenido, pero desfrunció el ceño al despedirlas y consiguió con un esfuerzo que su semblante se distendiera en una sonrisa.

—Son ustedes las que tienen que perdonarme a mí. El trato con indeseables me ha convertido en un ser bastante irascible, no me lo tengan en cuenta.

Volvió a sonreírles a modo de despedida mientras se alejaban por el pasillo en dirección a la puerta de la calle y, cuando la traspusieron y se alejaron del edificio lo suficiente para que no pudiera oírselas, se inclinó Mariví al oído de Lilian.

—¿Por qué estaba ese policía tan receloso? Me ha dado la impresión de que pensaba que todo lo que está ocurriendo nos lo habíamos inventado y… ¡Ojalá hubiera sido así! Daría algo por no haberle conocido.

—¿A Gabriel?

—Sí, claro.

Se mordió los labios pensativa, antes de hacerle la pregunta.

—Oye Lil, ¿crees tú que me merezco lo que me ha sucedido? Me refiero a mi desgraciadísima experiencia con Gabriel. A la decepción tan inmensa que sentí al darme cuenta de cómo era él en realidad cuando ya no tenía remedio, a la miseria que padecí a su lado mientras vivimos juntos y a las tundas con las que me obsequiaba día tras día a la primera oportunidad, aunque no le diese motivo. ¿Crees que todo eso me lo gané a pulso por tonta?

Aunque Lilian consideraba que una chica que utilizase la cabeza no lo habría consentido ni habría permanecido conviviendo con el maltratador

durante tantos años, buscó una respuesta evasiva para no herirla.

—No lo sé. Dicen que el amor es ciego y al parecer también en ocasiones puede convertir a la pareja en sorda y en muda. No me he visto en el caso, así que no me atrevo a opinar.

—Pero tú no habrías permanecido ni un segundo al lado de un tipo así, —dedujo Mariví como si hablara consigo misma—. Tú le habrías denunciado a la primera bofetada y le habrías metido en chirona minutos después. ¿A que sí? No cabe duda de que elegiste la carrera que te cuadra y de que estudiaste Derecho por vocación.

—También la estudiaste tú, —le recordó Lilian a media voz.

—Sí, pero…

—Sacabas buenas notas y te interesaba mucho el derecho penal. Si no te hubieran ofrecido aquel trabajo en la tienda de bolsos y te hubieras conformado como yo con trabajar como pasante durante un tiempo, quizás te hubieras decidido a ejercer la profesión y fueras ahora una brillante abogado.

Lo consideró la chica con los ojos entrecerrados mientras caminaban por la calle Miguel Ángel en dirección al despacho de Lilian. Un sol pálido caldeaba el ambiente invernal filtrándose entre las ramas desnudas de los árboles de la acera para deslumbrarlas con sus rayos. Mariví se vio obligada guiñar sus grandes ojos color violeta mientras murmuraba:

—Sí, quizás si no hubiera conocido a Gabriel hubiera terminado por imitarte, —musitó—. Habría sido todo tan distinto…

Sus palabras seguían flotando en el aire como un eco nostálgico cuando se despidieron al llegar al portalón del edificio, grande y oscuro, donde Lilian trabajaba. Olía a antiguo, como muchos otros inmuebles de la calle Miguel Ángel que rezumaban la melancolía de otras épocas y Lilian aguardó a que su amiga tomase un taxi que la llevase hasta su casa. Solo cuando se cercioró de que el coche arrancaba y de que en la calle no había ningún transeúnte sospechoso que pareciese estar vigilándolas a ninguna de las dos, se decidió a tomar el ascensor para subir hasta la primera planta. Anita la recibió con la curiosidad reflejada en su pecoso semblante.

—¿Qué?, ¿cómo ha ido todo?

—Bien, todo bien, —repuso evasivamente, haciendo intención de seguir ruta hacia su despacho, al que se accedía por el pasillo que comenzaba frente a la mesa de la secretaria. La primera puerta de ese corredor correspondía al despacho de don Eulogio, la segunda al de Tarsicio, la tercera al de Pablo y la del fondo a ella, que se había incorporado al bufete en último término y por ello ocupaba también el de menor nivel.

Anita no estaba dispuesta a permitir que se marchara sin satisfacer su curiosidad e intentó retenerla.

—Pero cuéntame. ¿Dónde habéis ido las dos?, ¿al juzgado, a la comisaría, a dónde? Porque ella era tu amiga, la maltratada, ¿a qué sí? La he reconocido, aunque no parece la misma. Ahora que tiene una cara normal y no recuerda ya a un boxeador al término de un combate en el que le han dejado KO, resulta que es una chica guapa. Más que guapa, espectacular. ¿No crees que es espectacular? Tan alta, con el pelo tan cobrizo, con los ojos tan claros. ¿Por qué le pegaba ese subnormal con el que vivía?

Esbozó Lilian un gesto ambiguo.

—Por eso precisamente, porque es un subnormal.

Se acodó Anita sobre la mesa y apoyó el rostro entre las manos observándola fijamente, con la admiración reflejada en su semblante.

—Pero tú no vas a permitir que ese tipo vuelva a acercársele, ¿verdad?

Parecía creer que ella era omnipotente, pero no quiso desilusionarla y repuso en tono neutro:

—Es el juez el que no va a permitirlo. En cuanto presentamos la denuncia, como medida cautelar dictó Orden de Alejamiento, prohibiéndole a ese hombre acercarse a ella a menos de quinientos metros.

Lo consideró la secretaria con el ceño fruncido y no debió parecerle suficiente la medida, porque adujo:

—¿Y si ese tipo hace una pajarita de papel con la Orden, se le acerca y le sacude dos tortas, qué sucede entonces?

Sonrió Lilian a su pesar por la forma de expresarse de la secretaria.

—Que a él se le detiene y se le ingresa provisionalmente en la cárcel o se decreta por el juez arresto domiciliario, depende. Luego se le juzga.

—¿Y por qué no se le juzga primero y se le enchirona o se le arresta después?

Levantó ella ambas manos, como si no fuera capaz de expresar en palabras la respuesta.

—Eso mismo me he preguntado yo muchas veces. Porque los jueces no dan abasto y porque tienen primero que instruir el sumario.

—¿Y le han detenido ya?

—No, porque aún no le han encontrado. No ha vuelto al domicilio que compartían desde que ella le dejó y nadie sabe dónde se esconde. —Al darse cuenta de que la chica pretendía continuar formulándole preguntas, la interrumpió—. No me has dicho qué ha sucedido en mi ausencia. ¿Me ha llamado algún cliente?

—Sí, te he apuntado todas las incidencias en un papel que te he dejado sobre la mesa de tu despacho. Don Eulogio no te ha llamado ni se ha interesado por ti. Pablo en cambio ha venido a preguntarme varias veces si te había sucedido algo. Parecía muy nervioso, lo que es muy raro en él, así que creo que deberías acercarte a su despacho para tranquilizarle. Su última visita de la mañana acaba de marcharse, así que es todo tuyo.

Se lo decía con guasa para darle a entender que conocía la clase de relación que les unía y que no era necesario que fingiese con ella, pero aún le escocía a Lilian el comportamiento de él durante el fin de semana, por lo que no estaba dispuesta a dar el primer paso para reconducirla a la que había sido. Consecuentemente con la postura que pretendía mantener, se encogió de hombros con indiferencia.

—Ahora no tengo tiempo. Y tampoco voy a comer con vosotros dos, porque tengo una cita, así que díselo cuando le veas.

—Pero…

—¿Pero qué?

—Me parece que aún no te he advertido de que tienes citada una visita para esta tarde a las cuatro en punto. Ha llamado esta mañana y…

—Si ha llamado esta mañana, ¿por qué le has dado esa cita tan precipitada? Te tengo dicho que…

—Es que me ha metido mucha prisa, —la interrumpió Anita—. Me ha repetido que era un asunto muy urgente. Ha insistido mucho y he pensado

que a ti te daría lo mismo, porque sueles quedarte a comer con Pablo, con Tarsicio y conmigo.

—Vale, vale, —refunfuño ella—. Tendré que marcharme entonces un poco antes para que me dé tiempo a volver a tiempo de recibirla. ¿Es un hombre o una mujer?

—Un hombre y tiene una voz preciosa.

—Ya.

Bajó la mirada la chica ante la expresión malhumorada de Lilian. Luego le sugirió sin atreverse a levantar la vista hacia ella.

—¿Y por qué no cancelas esa cita y te quedas a comer con nosotros? Así se le desfrunciría el ceño a Pablo y dejaría de asemejarse a un oso furibundo.

Lo último que estaba dispuesta a hacer ella era darle facilidades, como si no hubiera pasado nada en el fin de semana.

—Me tiene sin cuidado Pablo y su parecido con un oso, —masculló Lilian en tono bajo para que su voz no pudiese llegar hasta el tercer despacho del pasillo.

La observó Anita con curiosidad.

—¿Os habéis peleado?

—No, claro que no.

—Entonces…

—Entonces tengo mucho trabajo, así que… perdona.

Se sintió analizada por Anita, pero no le dio ocasión a que insistiera sobre el tema y se encaminó hacia su despacho, seguida por la mirada de la chica que sin duda se estaría preguntando a qué obedecería su cambio de actitud respecto a Pablo. Al pasar frente a la puerta del despacho de él, caminó de puntillas y ya en el suyo cerró silenciosamente la puerta a su espalda. Su despacho era una estancia alargada, con un techo alto, ornamentado como todo el piso con una trabajada escayola, y una ventana en la pared del fondo, que daba a la calle Miguel Ángel. En los dos paños laterales se amontonaban libros jurídicos en las librerías de nogal, de la misma madera que la mesa, que estaba cubierta desordenadamente por los papeles que no había tenido tiempo de recoger al salir para la comisaría. Sobre el cerro formado por las fotocopias de los autos de un delito de robo,

de un contrato privado de compraventa y de una demanda civil que debía contestar, localizó la nota que le había dejado Anita, en la que esta había apuntado con su letra grande y picuda las visitas que debía recibir esa tarde. La primera, la del dueño de la voz preciosa que había citado para las cuatro de la tarde, no le dijo nada. En la nota figuraba solamente el apellido. Se llamaba Vasiliev, de lo que dedujo que debía ser ruso o de la Europa del Este y llegó a la conclusión de que no le conocía y de que se trataba de un cliente nuevo.

En ese momento sonó el teléfono fijo que tenía sobre la mesa y rodeó esta para tomar asiento en la butaca antes de descolgar el auricular y llevárselo al oído.

—Diga.

Al no oír el menor sonido a través del hilo, insistió.

—Diga, ¿quién llama?

Le pareció percibir el casi imperceptible rumor de la respiración de su interlocutor, que inmediatamente cortó la comunicación. Aún con el auricular en la mano enarcó las cejas sorprendida y luego lo depositó en su lugar encogiéndose de hombros, pensando que se trataría de algún despistado que se había equivocado de número.

Instantes más tarde sonaros unos golpecitos en la puerta que alguien propinaba con los nudillos y a continuación entró Pablo con el aspecto de siempre, con el que acudía a diario a trabajar y con el que aparentaba ser un hombre sesudo y diferente al que había pasado el fin de semana en la sierra con Mariví y con ella. Vestía un traje gris oscuro y una inmaculada camisa blanca bajo una corbata de rayas azules y rojas. Cubría sus ojos con sus acostumbradas gafas de concha y la expresión de su rostro era seria, como si acudiese preparado a recibir un cúmulo de recriminaciones de Lilian. Esta se limitó a levantar la mirada hacia su visitante en la que intentó traslucir toda la indiferencia hacia él que fue capaz de aparentar.

—Hola, ¿querías algo?, —le preguntó, bajándola nuevamente para fijarla en el cerro de papeles de su mesa.

Se había dejado caer Pablo en una de las butacas de los clientes esbozando una sonrisa.

—¿Cómo que si quería algo? Venga a saludarte y a excusarme nuevamente por no haberme comportado debidamente este fin de semana. ¿Estás enfadada?

Se lo preguntó a sí misma en ese momento. Más que enfadada estaba decepcionada, dolida, pero su orgullo no le permitía reconocerlo, por lo que le sonrió a su vez, meneando enérgicamente la cabeza en sentido negativo y con ella su melena.

—¿Enfadada? No, claro que no. ¿Por qué había de estarlo?

—Pues…

—Lo que estoy es muy nerviosa, —continuó apresuradamente ella para no dejarle intervenir—. Tengo tantísimo trabajo que no me queda tiempo para nada y para colmo Anita me ha citado para esta tarde una visita con la que no contaba y ya había quedado para comer hoy, así que tendré que marcharme pronto para poder regresar a tiempo al despacho.

Aunque él continuó impasible, notó Lilian que le había molestado lo que acababa de comentarle.

—¿Has quedado para comer?

Hizo ella un gesto afirmativo con expresión inocente, consultando su reloj de pulsera.

—Sí, dentro de un rato. Ni siquiera voy a poder tomarme tranquilamente con él el café.

Frunció Pablo el ceño y las gafas de concha le resbalaron por la nariz. Con un dedo volvió a colocarlas en su sitio.

—¿Con él?

—Sí, con un amigo al que hacía tiempo que no veía. Y todo porque el visitante de las cuatro tiene una voz preciosa, según Anita, que no ha sido capaz de posponer su cita para la semana que viene. Debe ser ruso y por lo visto ha insistido en que le recibiera inmediatamente, porque su caso era muy urgente.

—¿Y es muy urgente?

—No lo sé. No le conozco ni sé cuál es su problema.

—Ya, —masculló él en voz baja, aunque el monosílabo resonó como un trallazo—. ¿Y puedo preguntarte quién es ese “él”?

Aunque Lilian había deducido con toda claridad a quién se refería, logró dar a su rostro la oportuna expresión de ingenuidad.

—¿Él? ¿Te refieres al de la voz preciosa?

—No, me refiero al tipo con el que has quedado para comer.

Se encogió ella de hombros con vaguedad para ganar tiempo y poder inventar una respuesta que sonase verosímil, porque no tenía intención de referirle la única historia real de su pasado, la de Alfonso, ni su desastroso final.

—No le conoces, —articuló con dificultad, improvisando sobre la marcha—. Es un compañero de facultad con el que salí después de terminar la carrera. Precisamente cuando Mariví se enrolló con el maltratador. Mantuvimos una relación muy especial, —murmuró, cruzando los dedos de una mano bajo el tablero de la mesa y colocando atolondradamente con la otra el contrato sobre las fotocopias de la demanda.

—Ya, —repitió él por todo comentario.

Como no parecía dispuesto a decir nada más, pensó Lilian que debía continuar con su relato para darle a entender que se trataba de un admirador y obtener así una reivindicación de la autoestima que había perdido durante el fin de semana.

—Luego tuvo que marcharse, —balbuceó.

—¿A dónde?

¿Dónde podría haberse marchado el inexistente compañero de facultad con el que había mantenido la supuesta relación?, se preguntó mientras su mente trabajaba a toda velocidad y colocaba nuevamente las fotocopias de la demanda sobre el cerro de papeles, cubriendo con estas el contrato.

—A Londres, se marchó a Londres. Tenía que aprender inglés porque necesitaba conocer ese idioma por su profesión.

La tormentosa expresión de Pablo se acentuó.

—¿No me acabas de decir que es abogado? Los abogados necesitamos saber español y quizás algo de latín para impresionar a los clientes, pero inglés…

—Es que él trabajaba en una empresa multinacional, —replicó Lilian apresuradamente, notando que empezaba a sudar de puro nerviosismo—. Y

ahora ha vuelto y por eso me ha llamado y hemos quedado citados para comer.

Le pareció que él analizaba su semblante cada vez más enfadado.

—¿Por qué ha vuelto? ¿Ya sabe inglés? Por lo que me dices y puedo calcular, ha debido pasar cinco años en Londres. Me parecen muchos para aprender un idioma. ¿Es que es duro de mollera?

Inquieta, se rebulló en la butaca. Había podido comprobar que en las vistas de los procedimientos judiciales en los que había colaborado con él, poseía este una rapidez mental extraordinaria, que manifestaba embarullando a la parte contraria y a los testigos en los interrogatorios y a ella le estaba haciendo pasar un rato infame en ese momento. Pero también poseía una mente muy ágil y era capaz de contraatacar, por lo que se acodó en la mesa olvidándose de los desordenados montículos de papeles que revolvía para levantar su mirada hacia él.

—¿Y cómo sabes que Mariví se enrolló con su maltratador hace cinco años? ¿Te lo he dicho yo?

La impasible expresión de él no experimentó el menor cambio.

—No, me lo ha dicho ella. Habla como una cotorra y el sábado se explayó a gusto cuando subimos a esquiar. Me contó su vida y milagros y muchas cosas de ti, que no sabía.

—¿Cómo qué?

—Como que eras una empollona.

—¿Y qué más?

Esbozó Pablo un gesto indefinible.

—Muchas cosas más, pero no me comentó nada sobre ese noviete que tuviste y que de improviso se marchó a Londres. ¿O no fue de improviso?

Notó en el tono de su voz un sarcasmo que parecía indicar que no se creía una palabra de lo que acababa de referirle y ese descubrimiento le produjo una sorda irritación.

—No pudo aludir a esa cuestión, porque por aquel entonces habíamos dejado de vernos casi por completo, —le aclaró muy digna, volviendo a cruzar los dedos por debajo de la mesa—. Cuando me llamaba por teléfono, hablaba ella casi exclusivamente para cantarme las alabanzas de Gabriel, que ya era su pareja. Luego, cuando empezó a recibir guantazos, no se

atrevió a confesármelo y no volví a saber de su existencia hasta que la semana pasada, el lunes, día veintinueve, apareció en mi despacho con la cara como un mapamundi. Por eso no sabe nada de…

¿Cómo debería llamarse su inexistente noviete?, se preguntó. No Alfonso, desde luego, al que no quería aludir ni tan siquiera para vengarse de Pablo. Era esa una etapa de su vida que deseaba olvidar como si nunca hubiera existido él. Repasó en su mente a toda velocidad los nombres más corrientes del santoral y al fin dio con uno que le sonaba bien.

—… de Alejandro.

—¿Se llama Alejandro?

—Sí.

—¿Y qué más?

—¿Cómo que y qué más?

—Que cómo se llama de apellido.

Estaba ya más que harta del aquel absurdo interrogatorio y el fastidio que sentía le ayudó a fingir que le molestaba que invadiera su intimidad con el cuestionario al que la estaba sometiendo.

—¿Y a ti que te importa cómo se llama? Se llama Martínez, Alejandro Martínez, ¿por qué?

Al ver que se enfadaba recogió velas, ajustándose al cuello la corbata y colocando sus gafas sobre el puente de la nariz.

—No, por nada. Me extrañaba simplemente que nunca me hubieras hablado de él.

Se repantigó Lilian en la butaca para dirigirle una mirada iracunda.

—¿Acaso me has hecho tú una relación de las novias o de las amigas especiales que has tenido?

Le pareció que empezaba a sentirse incómodo y corroboró que esa impresión era acertada cuando él aludió como de pasada a la chica con la que había convivido tiempo atrás y se apresuró a cambiar de conversación.

—Ya sabes que rompí con mi pareja hace cosa de dos años, pero vamos a dejar de ensartar majaderías, —empezó tras unos segundos de vacilación —. Anita me ha dicho que habías salido del despacho con tu amiga y he venido a preguntarte si necesitabas algo de mí. Supongo que habrás ido con ella a la comisaría a ver al policía que le han asignado. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, ya te dije el sábado que habíamos quedado con él esta mañana.

—¿Y qué os ha dicho?

—Que no habían avanzado en la investigación, porque a ese hombre parece que se lo traga la tierra en cuanto me envía sus encantadores mensajes por su móvil. Detectó la policía los dos que me mandó a la sierra, el primero desde el pueblo de Navacerrada y el segundo desde el aparcamiento del albergue, pero lo que le extraña a Fernando Costa es que en ninguna ocasión haya hecho intención de acercársenos a Mariví ni a mí, que no haya vuelto en ninguna ocasión al piso que compartía con ella y que sobreviva, al parecer sin ayuda de nadie, aunque tiene la cuenta corriente en números rojos.

Se acarició Pablo pensativamente sus bien rasuradas mejillas.

—Quizás haya encontrado un trabajo y se haya alojado en una pensión. Puede que se contente con asustaros enviándote mensajes para que se los transmitas a tu amiga, sin mayores aspiraciones.

Desvió Lilian la mirada del semblante de su interlocutor para fijarla en un rayito de sol que, cargado de polvillo, entraba por la ventana e iba a posarse en el brazo de la butaca gemela a la que Pablo ocupaba.

—¿Un trabajo de qué?, —objetó—. Por lo que me ha dicho Mariví, no tiene ninguna clase de preparación ni está cualificado para realizar ningún oficio.

—Para descargar sacos no es necesario haber aprendido nada, ni siquiera inglés, como ese abogado con el que vas a comer, —apuntó con sorna—. Basta con ser joven y fuerte, porque supongo que al tratarse de un trabajo esporádico ni tan siquiera le harían firmar un contrato. Quizás en el mercado de abastos…

—¿Y tampoco le exigirían que firmase en el libro registro de esa hipotética pensión donde podría haberse alojado ni que le mostrara al recepcionista su documento nacional de identidad? En España no es como en otros países. Aquí te obligan a presentar tu documentación en todas partes y, por supuesto, en los establecimientos hoteleros de todas las categorías. Además, lo primero que hace la policía cuando alguien desaparece y ha sido declarado por el juez en busca y captura es ponerlo en conocimiento de esos locales de hospedaje.

Le pareció que Pablo lo consideraba, antes de terminar por darle la razón.

—Sí, es cierto. Entonces… ¿No tiene la policía ninguna pista?

—No, de momento no, aunque me ha dado la impresión de que Fernando Costa no nos ha dicho todo lo que sabía. Incluso se ha permitido el lujo de recriminarnos por no colaborar suficientemente con él.

La observó ahora con fijeza.

—¿Por no colaborar con él? ¿Qué más quiere que hagáis? Imagino que con el mal genio que tienes te habrás puesto como un basilisco.

Al oír como calificaba su carácter, estuvo Lilian a punto de obsequiarlo con un exabrupto, pero recordó a tiempo la indignación que había experimentado y su brusca reacción ante el tono acusatorio del hombre por lo que, a su pesar, se echó a reír.

—No tengo mal genio, pero sí me he puesto como un basilisco. Le he dicho que él era el policía, no nosotras, y que la obligación de encontrar a Gabriel le incumbía exclusivamente a él. Que nosotras, o más bien yo, bastante tenía que padecer con leer sus mensajes en el móvil.

—¿Y qué ha dicho entonces?

—Se ha ablandado instantáneamente y me ha dado la razón.

—¿Y tu amiga ha añadido algo?

—Sí, un par de hipidos y unos cuantos pucheros. Le tiene terror a Gabriel, aunque cuando se olvida de él vuelve a ser la de siempre, la que era durante los años en los que fuimos estudiantes.

—Ella te admira profundamente y te tiene en alta estima, —murmuró Pablo como para sí con la mirada fija en la ventana, a través de la cual se veía la soleada calle y los árboles que crecían en la acera con sus ramas desnudas de follaje—. Parece considerar que serías capaz de sacarla de cualquier atolladero.

De nuevo se echó Lilian a reír, aunque su risa sonó a sarcasmo más que a otra cosa.

—¿Y por qué lo considera así? Yo era mejor estudiante que ella entonces, pero Mariví lograba sin proponérselo convertirse en el centro de todas las reuniones y de todas las pandillas, tanto en la facultad como fuera de ella. Nunca necesitó mi ayuda para nada, porque incluso, cuando no se

sabía la asignatura y copiaba en los exámenes, el profesor que nos vigilaba hacía la vista gorda. Se bastaba y se sobraba para resolver sus problemas porque físicamente es espectacular. ¿No te parece espectacular?

Entrecerró Pablo los ojos como si estuviera evocando su aspecto y se estuviera forjando una opinión a ese respecto. Luego se encogió leve y desganadamente de hombros.

—Puede que sí, pero resulta cansada.

—¿Cansada?

—Sí, habla demasiado, se ríe demasiado y esquía demasiado. Tiene una personalidad que agota.

Parecía pretender darle a entender que la chica no le interesaba en absoluto y que estaba intentando, además de disculparse, retomar la relación que había mantenido con ella con anterioridad, por lo que se preguntó si no debería dejar de fingir ya y olvidarse de la displicencia con la que le había recibido y que había adoptado en su presencia. Iba a olvidarse de revolver sus papeles y a mirarle con franqueza, cuando sonó el teléfono fijo que tenía sobre la mesa y descolgó el auricular llevándoselo al oído.

—Diga.

El silencio más absoluto fue la única contestación, por lo que Lilian insistió con algo de impaciencia.

—Diga, ¿quién llama?

Al no obtener respuesta, lo apartó de su rostro para clavar extrañada sus ojos en el auricular.

—¿Funciona bien el teléfono de tu despacho?, —le preguntó depositando nuevamente el auricular en su base—. Es la segunda vez que suena el timbre y que no contesta nadie.

—Al mío no le ocurre nada, —replicó él frunciendo el ceño—. ¿No será que ese tipo…?

Se interrumpió, pensando sin duda que había hablado de más y que en ningún caso debía hacer conjeturas que pudieran inquietarla más de lo que ya estaba, pero Lilian insistió.

—¿A qué tipo te refieres?, ¿a Gabriel? ¿Piensas que ha podido averiguar el número de teléfono de este despacho? Verdaderamente no es

muy difícil.

Se dio cuenta de que Pablo estaba buscando una respuesta que pudiera tranquilizarla, pero que no acababa de encontrarla, por lo que se mesó inquieta su melena y continuó:

—Le habría bastado con llamar al Colegio de Abogados y pedir los dos números de este despacho, —continuó ella como para sí misma—. El conectado a la centralita que maneja Anita y este que atiendo yo directamente. Pero si es él, ¿qué pretende conseguir? Se limita a escuchar mi voz sin pronunciar palabra.

Notó que Pablo se debatía entre las posibles opciones que debía ponderar al contestarle y que al fin se decidía por decirle la verdad.

—Si es él, podría estar llamándote desde un teléfono fijo para que no le localice la policía con tanta facilidad.

—Sí, —admitió pensativa—. Pero en ese caso debería decirme algo, ¿no te parece? Lo natural sería que me amenazara.

En silencio, hizo él un gesto evasivo.

—O no, —dijo al fin—. Hay pocas cosas más inquietantes que las llamadas telefónicas mudas. Creo que, en cualquier caso, deberías comunicárselo al policía que le han asignado a Mariví para que intervengan esta línea. Y quizás también la de tu casa.

—Y escuchen así las confidencias que me hacen mis clientes, —masculló Lilian con mordacidad. Lo consideró con el ceño fruncido y finalmente pareció ir asimilando lo que Pablo acababa de sugerirle, porque su expresión fue aclarándose—. Puede que tengas razón, —admitió finalmente—. Puede que pinchándome el teléfono les facilite la tarea y consigan localizar a ese tipo que nos tiene amargadas a las dos. Aunque Mariví opine que no hay nada que a mí se me ponga por delante, está completamente equivocada. Me manejo bien en el mundo del Derecho, pero lo que concierne a Gabriel no entra dentro de ese mundo. Aunque no le conozco, por lo que me ha comentado ella, ese hombre habrá tenido una infancia difícil y reacciona violentamente ahora que ya es adulto. He visto otros casos parecidos cuando he defendido a mujeres maltratadas. Por esa razón deberían ingresarle en un manicomio con una buena camisa de fuerza

hasta que se olvide de la existencia de Mariví y… y también de la mía. A mí me asustan los locos, tanto como al resto de los mortales.

Sonrió Pablo envolviéndola en una mirada comprensiva.

—Ya lo supongo y… espero que tu amiga sea consciente de lo que estás haciendo por ella y que consecuentemente te lo agradezca.

No estaba Lilian muy segura de ello, pero se apresuró a afirmar lo contrario.

—Claro, ¿por qué lo dices?

—Porque a mí me da la impresión de que es un poquitín frívola y de que no valora en su justa medida lo que te estás arriesgando por ponerla a salvo de ese hombre. ¿Me equivoco?

Rememoró Lilian el pánico que había experimentado en el torreón de Navacerrada al recibir el mensaje de Gabriel en su móvil, mientras el viento se filtraba con un silbido agudo por los resquicios de los pedruscos con los que había sido construido siglos atrás y ella tiritaba de frío, pero sobre todo de miedo. En esos momentos Mariví estaría esquiando con Pablo, ajena por completo a todo lo que no fuera disfrutar del momento que vivía. Tenía razón este al considerarla así, pero no podía reconocérselo, porque en su opinión cometería una deslealtad con su amiga. Para no tener que contestarle, le dirigió una rápida mirada a su reloj de pulsera.

—Perdona, pero tengo que marcharme ya.

—¿Te vas a comer?

—Sí, ya te he dicho que tengo una visita esta tarde a las cuatro. ¿Vendrás luego?

Hizo él un gesto negativo con la cabeza.

—No, esta tarde voy al notario con un cliente a firmar una escritura. ¿Te acordarás de llamar al policía de tu amiga?

—Sí, claro.

—No lo olvides, que es importante. Nos veremos mañana.

Se levantó Pablo y se dirigió hacia la puerta sin volver la cabeza, mientras Lilian hacía un último y desesperado intento por ordenar los papeles de su mesa. En cuanto oyó cerrarse la puerta del despacho de él, descolgó el teléfono fijo que tenía sobre la mesa y marcó el número de Fernando. Este contestó casi en el acto.

—Buenos días señorita Valero, ¿quería comentarme algo?

Que hubiera localizado tan rápidamente su identidad, antes de que hubiera emitido una sola palabra, la descolocó momentáneamente, pero se rehízo al instante.

—Sí, sí. ¿Cómo ha sabido que era yo quien le llamaba?

Oyó la risa de él con un tonillo indulgente.

—A lo mejor, porque soy policía, pero dígame.

Se repantingó Lilian en la butaca e intentó adoptar una postura digna para causarle la impresión, aunque él no pudiera verla, de que era una profesional con experiencia en asuntos similares.

—Quería comunicarle que estoy preocupada. Esta mañana me han llamado dos veces a este teléfono y no han pronunciado una sola palabra cuando he descolgado el auricular. He pensado que podría tratarse de Gabriel García que haya cambiado de táctica.

—¿Para asustarla sin que podamos localizar el lugar desde donde efectúa la llamada?

—Sí, eso es. Puede que fuera útil que intervinieran este número de teléfono y quizás también el de mi casa.

Volvió a reír él, con más condescendencia si cabe que antes.

—Le repito que no se preocupe, porque se lo “pinchamos” hace días. En cuanto el juez que lleva este asunto nos autorizó. Probablemente esta misma tarde podré decirle desde donde se han realizado esas llamadas. ¿Va a estar en su despacho o prefiere que la llame a su móvil?

Vaciló Lilian, desconcertada por la rapidez con la que la policía había adoptado esas medidas.

—Pues… donde usted quiera y… gracias.

—De nada, de nada, replicó Fernando en el mismo tonillo indulgente. Es nuestro trabajo. Hasta luego.

Cortó la comunicación y durante unos segundos permaneció ella inmóvil, contemplando el aparato telefónico con algo menos de aprensión. En contra de lo que había supuesto y lamentado, la policía se había tomado en serio el caso de Mariví y estaría cerrando el cerco en torno a Gabriel.

Más animada se puso en pie y salió sigilosamente del despacho, caminando de puntillas hacia la antesala para que no la oyera Pablo. Anita

levantó la mirada de la pantalla del ordenador para clavarla interrogativamente en su rostro.

—¿Te vas?

—Sí, ya te he comentado antes que he quedado a comer con un amigo y tengo que estar de vuelta a las cuatro.

Consultó la chica su reloj y luego volvió a mirarla con curiosidad.

—Pero es demasiado temprano, Lil. ¿Has llamado a ese… a ese amigo para anticipar la hora de la cita?

Se preguntó ella en ese momento si no debería darle un toque de atención a la secretaria, que claramente pecaba de entrometida. Estaba segura de cuando la chica bajara a comer con Tarsicio y con Pablo media hora más tarde, les comentaría a estos todo lo que pudiese sonsacarle a ella y que incluso añadiría algo más de su cosecha. Por esa razón repuso muy seria:

—Naturalmente. Alejandro tenía una reunión importante esta mañana. Trabaja en una multinacional y… se trata de un Consejo de Administración, ya sabes. Me ha asegurado que, si la cosa se alargaba, les dejaría con la palabra en la boca. Así que…

Anita se acodó en la mesa para apoyar la mejilla en una mano.

—Vale, pues que te diviertas. Esta tarde estaremos las dos solas. Don Eulogio va al médico, porque tiene una bronquitis de mucho cuidado. Tarsicio ha quedado en la sede de una sociedad para recabar los datos que necesita para realizar la declaración por el correspondiente impuesto y…

—Y Pablo tiene que de presentarse con su cliente en una notaría, —la interrumpió—. Como solo me has citado al tipo de la voz preciosa para esta tarde, aprovecharé para estudiar los asuntos que tengo pendientes en cuanto se marche.

Continuó de largo hacia la puerta del piso, sintiéndose seguida por la mirada de Anita, y en cuanto alcanzó el rellano de la escalera se lanzó escalones abajo hasta que recaló en el portal, un piso más abajo. Dado que el despacho se ubicaba en la primera planta, nunca tomaba el ascensor, que respondía a la época señorial en la que había sido construido el edificio y discurría parsimoniosamente por el hueco de la escalera, con su cabina de madera de nogal entre una estructura metálica de color dorado. Ya en la

calle, volvió la cabeza en todas direcciones, estudiando cautelosamente los rostros de los transeúntes con los que se cruzaba y, en cuanto comprobó que no veía a nadie conocido, se decidió por subir por la calle García de Paredes hasta la de Zurbano, donde recordaba haber visto una tasca con unos monumentales pinchos de tortilla de patata en la barra. A Pablo no le gustaban las tascas ni los bares de poco nivel, por lo que pensó que era el local adecuado para no tropezárselo cuando poco después bajara él también a comer con Anita y con Tarsicio. Imaginó el bochorno que sentiría ella de coincidir con los tres y que constataran así que el amigo de la facultad con el que se había citado no existía. Tarsicio se quedaría impasible. Era un hombre de unos cincuenta años, de mediana estatura y muy enjuto, que rara vez manifestaba sus emociones. Pablo trasluciría sorpresa y quizás algo de alivio, pero Anita la miraría con sorna y son toda seguridad la haría sentirse en ridículo. Y no porque la chica no la apreciara, pero quizás porque la admiraba demasiado, disfrutaba en las escasas ocasiones en las que podía comprobar que era tan vulnerable como cualquier otra y capaz incluso de ponerse en evidencia.

En la tasca no se encontró con nadie conocido o eso pensó en un primer momento. Era un local estrecho y largo, iluminado tan solo por la grisácea claridad de la mañana invernal, que penetraba por la cristalera que daba a la calle. Como estaba ella de espaldas a la puerta, no advirtió que segundos más tarde de acercarse a la barra, entraba un hombre que se dirigió hacia el fondo del local Se había encaramado Lilian a una banqueta y había pedido un pincho de tortilla de patata, lo mismo que los dos pintores de brocha gorda que se habían sentado a su lado y que sin duda habían hecho un alto en su trabajo, ya que ostentaban manchas de todos los colores en sus monos azules. Mientras aguardaba a que el único camarero le sirviese lo que había pedido, desvió su mirada hacia el fondo del local, envuelto en sombras, y en la semipenumbra vio dos mesas. La primera estaba vacía, pero en la última se sentaba un hombre al que apenas distinguía, pero cuyo aspecto le pareció familiar, por lo que le observó con disimulo. Vestía una cazadora de cuero negra y tenía el cabello muy oscuro. Eso era todo lo que alcanzaba a divisar, aunque la inclinación de sus hombros y la postura que mantenía le recordó a alguien. Frunció el ceño intentando concentrarse. Sin duda se trataba de una

persona a la que había conocido recientemente. ¿Pero quién era y donde le había visto antes?

Debió notar el hombre la mirada que ella clavaba en su espalda, porque de improviso se volvió. Tuvo el tiempo justo Lilian de girarse en la banqueta hacia la barra. Los dos pintores de brocha gorda comían con gran apetito, acompañando con cerveza sus pinchos de tortilla de patata, y ella atacó también el que tenía en el plato, intentando no atragantarse. Sentía la mirada de aquel tipo fija en su figura como un hierro candente. ¿Sería…?

De puro nerviosismo se le cayó el tenedor de la mano, que rebotó en el suelo con un sonido metálico, similar al de un trallazo, Al menos fue como ella lo percibió, como un estruendo en un silencio denso, aunque los pintores hablaban en tono exageradamente alto con el camarero, al que debían conocer por frecuentar el bar. Hizo intención de bajarse de la banqueta para recogerlo, pero se le adelantó el pintor que tenía más cerca y también el hombre de la chaqueta de cuero, que se levantó de la mesa y se acercó apresuradamente. Los dos se agacharon a la vez y se enderezaron al mismo tiempo, el pintor con el tenedor en la mano y el desconocido con una sonrisa.

—¡Hola!, ¡qué casualidad encontrarte aquí!, —se alegró este último. La miraba con la satisfacción reflejada en su moreno semblante, como si la hubiera encontrado al fin, después de haberla estado buscando durante largo tiempo.

Le reconoció Lilian en el acto, aunque con la indumentaria que vestía en ese momento parecía otro. Era el tipo que en el bar del albergue había pretendido invitarla a tomar un café, cuando ella había salido del comedor para comunicarle a Fernando Costa que Gabriel le había enviado un nuevo mensaje a su móvil y el mismo que por la tarde, en la sala de estar y frente a la chimenea, les había referido a Iván y a ella una historia interminable que ninguno de los dos había escuchado.

Por la expresión de él, dedujo Lilian que se estaba preguntando si le recordaría ella.

—Me llamo Juan. ¿Te acuerdas de mí o no?

—Claro, claro que sí, —articuló apenas, aún desconcertada por la sorpresa de haberse encontrado con aquel desconocido al día siguiente de

haber regresado a Madrid, lo que era sumamente infrecuente en una ciudad tan grande—. ¡Qué casualidad! ¿Vives por aquí cerca?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, que va. Trabajo en esta calle, en una agencia de viajes.

—¿En una agencia?

—Sí, organizamos circuitos por Europa, pero también nacionales, —repuso él encaramándose a la banqueta que quedaba libre entre Lilian y los pintores—. Tenemos la suerte los empleados de que nos regalan algún que otro viaje de cuando en cuando, por lo que aproveché el fin de semana pasado para ir gratis a la sierra. El albergue donde me alojé y donde te conocí es uno de los establecimientos con los que trabajamos. ¿No te pareció muy pintoresco? Si en adelante necesitas que te organicemos unas buenas vacaciones, cuenta conmigo.

Asintió ella atolondradamente, aún desconcertada por la sorpresa de habérselo encontrado allí.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

Volvió él la cabeza hacia la mesa que había ocupado y se bajó de un salto de la banqueta para regresar instantes más tarde con un plato en la mano que contenía tortilla de patata y tomar nuevamente asiento a su lado.

—¿Y tú?, —le preguntó evidentemente interesado—. ¿Vives en este barrio o…?

—No, —le interrumpió ella—. Trabajo también a pocos pasos de aquí, en la calle Miguel Ángel.

—¿Y qué profesión tienes? Déjame adivinarlo.

Había entrecerrado sus oscurísimos ojos, pero los abrió casi inmediatamente para clavarlos en su rostro con expresión de haber dado en el clavo.

—Ya sé, eres modelo.

A su pesar, Lilian se echó a reír.

—¿Modelo?, ¿cómo puedes imaginar semejante tontería? Soy muy bajita para ser modelo. Modelo podría ser…

—¿Tu amiga?, —la interrumpió—. La verdad es una chica muy alta, demasiado alta.

Eso mismo había comentado Pablo de Mariví, pero Lilian estaba acostumbrada a que su amiga llamara la atención por dondequiera que fuese y a que se la considerase sumamente atractiva, por lo que le preguntó:

—¿La recuerdas bien?

Una sombra cruzó fugazmente por el moreno semblante de él. Sin la indumentaria que vestía en la sierra, que ocultaba su cabello, sus ojos y en parte el resto de sus facciones, se dio cuenta ella de que era un hombre muy bien parecido.

—Por supuesto, —replicó lacónicamente.

—¿Y te pareció demasiado alta? Mide cerca de un metro con ochenta centímetros, pero para ser modelo se requiere tener esa estatura, porque así lucen más la ropa de diseño de los modistos. ¿Comprendes?

No llegó a saber si había entendido lo que acababa de explicarle, porque no parecía haber escuchado sus palabras. La miraba con una fijeza un tanto excesiva, como si Mariví y las modelos de alta costura le tuvieran sin cuidado.

—¿Y cuánto mides tú?, —le preguntó, apoyando un codo en la barra e inclinándose hacia ella.

—¿Yo? Un metro sesenta y cinco centímetros.

La observó en silencio unos instantes.

—Pues no eres bajita.

Lo consideró Lilian, preguntándose por qué habría dado siempre por hecho que era ella la bajita en lugar de conceptuar de excesiva la estatura de Mariví, pero en su lugar se encogió de hombros.

—Bueno, puede que no. Estoy por encima de la media, pero no doy la talla para ser modelo. Soy abogado.

La envolvió él en una mirada que no supo interpretar.

—Sí, ya.

—¿Ya lo sabías?

Se apresuró su interlocutor a negarlo.

—No, claro que no. ¿Cómo lo iba a saber?

—Pues me ha parecido… ¿Hemos coincidido con anterioridad en un juzgado o en alguna otra parte?, —inquirió recelosamente.

Sin contestar a su pregunta, se apresuró Juan a cambiar de conversación formulando otra pregunta.

—¿Y eres muy buena?

—Pues… sí, creo que sí, —repuso riéndose, porque el autobombo siempre le había parecido ridículo. En broma continuó—: Gano la mayoría de los juicios. ¿Por qué? ¿Tienes algún problema jurídico?

—No, que va. Soy un hombre feliz sin problemas de ninguna clase. Al menos, es así como me siento en este momento.

La alusión le iba claramente dirigida y pretendía sin duda halagarla, pero a Lilian le produjo exactamente el efecto contrario. Le recordó demasiado a Alfonso, a sus frases estudiadas que prodigaba entre el elemento femenino. Ya le había dado esa impresión en la sierra, pero, al acabar de constatarla, le calificó de inmediato como un ligón y se rebulló incómoda en su banqueta. Deseando poner término a la conversación que mantenían, consultó su reloj de pulsera e hizo intención de llamar al camarero.

—Perdona, pero tengo que marcharme ya.

—¿Tan pronto?

—Sí, tengo citada una visita a las cuatro y…

—Pero si no son más que las tres treinta, —objetó él intentando retenerla.

—Pero he que preparar la respuesta que debo darle. Va a consultarme un tema complicado y esta mañana no he tenido tiempo de estudiarlo.

—Aún podemos tomar un café, —protestó Juan con el ceño fruncido—. En el albergue no me dejaste invitarte. Saliste corriendo del bar en cuanto te lo propuse como si te persiguiera el mismísimo diablo dejando mi autoestima por los suelos. Y por la tarde, cuando estábamos cómodamente sentados en la sala de estar frente a la chimenea, nos dejaste plantados al otro que estaba con nosotros y a mí en cuanto aparecieron tus amigos. Creo que deberías reparar el desaire que nos hiciste.

—Estoy segura de que a tu autoestima no le ocurre nada y que te repusiste en el acto de ese supuesto desaire, —replicó Lilian, preguntándose cómo podría conducir hábilmente la conversación para averiguar el motivo por el que los dos habían desaparecido de repente en cuanto entraron Pablo

y Mariví en la estancia—. Pero estoy segura de que no os dejé plantados yo, —empezó—. Tenía que darles a mis amigos un aviso y por esa razón corrí a su encuentro en cuanto entraron en la sala de estar. Cuando hice intención de volver a sentarme con vosotros ya os habíais marchado.

Al no oír su respuesta, le dirigió una mirada de soslayo. Con el ceño fruncido parecía observar fijamente un plato de calamares a la romana que había en la barra dentro de un expositor.

—No sé por qué se largó el otro, —murmuró sin apartar la vista de esa vitrina—. Yo me fui al bar a tomar una copa. A él no volví a verle.

Sin saber por qué le pareció a Lilian que no le estaba diciendo la verdad, pero desistió de insistir en el tema y decidió que había llegado el momento de despedirse, por lo que le comentó:

—Si trabajas por aquí cerca, es posible que nos encontremos otro día. Porque me has dicho que tu agencia está en esta calle, ¿no?

—Sí, en la próxima esquina.

—Pues ya nos veremos, —murmuró ella, al tiempo que depositaba unas monedas sobre la barra y descendía de un salto de la banqueta. Le notó a su lado cuando alcanzó la puerta de cristales del bar.

—Me dejarás al menos que te acompañe a tu oficina, —le pidió con aire contrito—. No sé qué es lo que te he dicho que te ha molestado, pero, si me lo aclaras, procuraré que no vuelva a ocurrir.

Parecía un niño contrariado por una regañina que no entendía y de la que no sentía merecedor y Lilian se arrepintió en el acto de haberse comportado con él de una forma tan brusca. Después de todo, el chico que llevaba a su lado en ese momento no era responsable de haberle traído a la memoria a Alfonso.

—Vale, acompáñame. Y no has tenido la culpa de nada. Es que de pronto me has recordado a una persona con la que rompí hace tiempo.

—¿A un novio?

—Sí, podría considerársela así.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Que terminamos.

—¿Y no le has vuelto a ver?

—No.

Desvió Lilian nostálgicamente su mirada hacia la calle Miguel Ángel que se divisaba al pie de la cuesta que descendían y por la que tantas tardes había paseado con él. Trabajaban juntos en los procedimientos judiciales en los que intervenía ella y Alfonso se presentaba a menudo en su despacho para hacerle entrega de los autos y de las sentencias del juzgado, antes de recogerla para llevarla al piso que compartían. Había pasado mucho tiempo, pero aún le dolía como si fuera ayer.

Se quedó callado él como si estuviera reflexionando y luego le hizo en voz baja la pregunta:

—¿Y yo te lo he recordado cuando te he dicho que comiendo tortilla de patata a tu lado me sentía feliz?

—Pues sí, algo parecido hubiera dicho él de haberse encontrado en la barra del bar, sentado en la banqueta en la que estabas tú.

Le pareció a Lilian que le costaba entenderlo, porque a continuación objetó:

—Pero es que me sentía feliz. ¿Hubieras preferido que mascullase alguna imprecación, que me quejara del frío que hace hoy o del dinero que nos han cobrado por la tortilla? No lo comprendo.

Habían llegado a la calle Miguel Ángel y al enfilarla vio Lilian salir del portal del edificio donde se ubicaba su despacho a Pablo con Tarsicio y con Anita. Evidentemente se encaminaban hacia la cafetería donde acostumbraban a comer y venían a su encuentro, por lo que era inevitable que coincidiesen en la acera dentro de unos segundos. Inquietísima buscó apresuradamente en su mente un motivo que explicase que regresaba a la oficina tan temprano. No lo había encontrado aun cuando estuvieron a punto de tropezar los unos con los otros al llegar a la esquina y la secretaria, al verles, se adelantó para saludarles.

—¿Ya vuelves al redil, chica? Sí que habéis comido deprisa. Me llamo Anita, —le dijo a Juan, presentándose con la desenvoltura que la caracterizaba—. Lil me ha hablado mucho de ti.

—¡Ah!, ¿sí?, —se extrañó Juan, que no tenía noticias de quién pudiera ser ella.

—Claro, porque somos muy amigas. Me ha comentado a menudo los años que pasasteis en la facultad.

—¡Ah!, ¿sí?, —repitió él, enarcando sus oscuras cejas en un gesto de incomprensión—. ¿En qué facultad?

—En la de Derecho, naturalmente, —repuso Pablo que también se les había aproximado y que miraba al otro con cara de pocos amigos. Se presentó a su vez como un compañero de despacho y luego le preguntó—: ¿En qué materia te has especializado?

Fue clavando Juan sus oscurísimos ojos en los rostros de cada uno de ellos con expresión de desconcierto, sin imaginar ni por lo más remoto que le habían identificado como el amigo de Lilian, compañero suyo de facultad que acababa de regresar de Londres, y al fin repuso:

—No sabría decirte. De todo un poco.

—¿En Derecho Internacional, quizás?, —insistió Pablo ceñudo—. El inglés es muy necesario para desenvolverse en ese ámbito.

Asintió muy serio el muchacho.

—Desde luego, desde luego. El inglés es necesario hoy día para casi todo y en mi trabajo resulta ineludible, porque cada vez vienen más turistas extranjeros a nuestro país. Yo lo aprendí por correspondencia.

Frunció Pablo el ceño con extrañeza.

—¿Por correspondencia? ¿No has ido entonces a Londres?

El nerviosismo de Lilian había ido en aumento desde que se habían encontrado con sus compañeros de despacho y se habían detenido a saludarles y notó que Juan también empezaba a sentirse incómodo.

—Sí, claro que he estado allí. Una semana la primavera pasada, invitado por la agencia.

Probablemente Pablo habría dado por hecho que la agencia a la que había aludido Juan era algún organismo internacional, pero antes de que este pudiera responderle y aclarara el error en el que habían incurrido los otros, se despidió Lilian de ellos:

—Perdonad, pero tenemos prisa. Ya nos veremos.

Continuó caminando hacia el portal del edificio con Juan corriendo detrás de ella y cuando la alcanzó se volvió Lilian para asegurarse de que sus tres compañeros se habían alejado lo bastante para que no pudieran oírla. Entonces se lo explicó.

—Es que te han confundido con otro. Por eso te han hecho tantas preguntas que no venían al caso.

—Ya, —dijo él en tono indefinible—. Han creído que yo era un compañero tuyo de facultad, ¿no es eso?

—Sí, creo que sí.

Desvió Juan la mirada hacia el final de la calle, hacia la plaza de Rubén Darío que desde el lugar en el que se hallaban apenas podía divisarse y murmuró pensativo:

—Pero la que estudió la carrera de Derecho contigo fue tu amiga, no yo. ¿Por qué no se lo has explicado?

Su comentario, a media voz y como si hablara consigo mismo, le produjo a Lilian un repentino sobresalto. ¿Cómo lo sabría Juan? No recordaba que durante el fin de semana hubieran intercambiado más que un par de frases relativas a la posibilidad de tomar un café juntos y estaba segura de que él no había contactado en ningún momento con Mariví ni con Pablo. La prueba era que este último había demostrado al encontrárselos cuando salían a comer que para él era un completo desconocido. Le miró recelosamente y se lo preguntó:

—¿Y eso cómo lo sabes?

—¿A qué te refieres?

—A lo que acabas de decir sobre Mariví. ¿Cómo sabes que estudió la carrera de Derecho conmigo?

Vaciló Juan ostensiblemente. Se acarició luego la mejilla derecha con la mano y terminó por encogerse evasivamente de hombros.

—Bueno, tu amiga es muy vistosa, habla mucho y en tono muy alto. En el albergue de Navacerrada bajó al bar con ese compañero tuyo cuando yo tomaba una copa con dos chicas que suelen subir a esquiar a la sierra los fines de semana y lo estuvieron comentando.

—¿Quiénes?

—Tu amiga y ese compañero tuyo, el de las gafas de concha.

—¿Y qué comentaban?

Esbozó Juan un gesto vago.

—Pues eso, ya te lo he dicho. Que fuisteis juntas a la facultad, que tú eras una empollona y que en el presente eras una magnífica abogado. El de

las gafas estuvo de acuerdo.

El recelo de Lilian fue en aumento y se le quedó mirando acusadoramente.

—Así que sabías que era abogado cuando te sentaste conmigo en la barra y estuviste fingiendo que especulabas sobre cuál podría ser mi profesión para acabar apuntando que podría ser la de modelo. ¿Y todo eso por qué o para qué?

Se echó Juan la mano al cuello de la camisa como si le estuviera asfixiando.

—Para nada. Me ha parecido que era una forma como otra cualquiera de entablar conversación contigo. ¿Por qué te enfadas ahora? No creo que tenga ninguna importancia.

El semblante de ella expresó contrariedad y Juan cambió de tema.

—Podrías enseñarme tu despacho. Aún tengo media hora por delante antes de reanudar mi trabajo en la agencia y… Me parece una ocasión apropiada para subir contigo sin molestar ni que nos molesten, ya que acaban de marcharse esos compañeros tan raritos que tienes. Y por cierto, —empezó riéndose— el de las gafas no me ha reconocido.

No era extraño, porque con las distintas indumentarias que vestían en las dos ocasiones parecían personas diferentes Aunque el tono de su voz era normal al proponerle acompañarla a su oficina y sonreía con aparente despreocupación, dio ella instintivamente un paso atrás.

—No me parece oportuno. Tengo mucho trabajo.

Habían llegado al portal del edificio de la oficina y él insistió.

—¿Por qué eres tan arisca? No te molestaré y…

No le dio tiempo a terminar la frase.

—No, adiós.

Sin detenerse ni volver la cabeza, cruzó el oscuro portal y echó a correr escaleras arriba hasta que alcanzó el rellano de la primera planta. Con la llave que extrajo de su bolso abrió la puerta y entró en el piso, extrañamente desierto y silencioso. No recordaba que en ninguna otra ocasión le hubiera producido el lugar donde trabajaba a diario aquella sensación de soledad. Habitualmente el ordenador que manejaba Anita en la antesala y el monótono rumor de los clientes en la sala de espera rompían aquel silencio

tan denso, tan opresivo. ¿O sería que ella tenía los nervios desquiciados desde que Mariví había reaparecido al cabo de los años en ese mismo escenario? Desde entonces vivía en continuo sobresalto y creía identificar al desconocido Gabriel en todos los hombres que se le acercaban. Incluso en el muchacho que se había encontrado en el bar y al que había dejado con la palabra en la boca por el único motivo de haber manifestado que sabía de antemano que ella era abogado.

Asiéndose a la mesa de Anita, inspiró hondo. Ella no era miedosa, se dijo, y además no tenía nada que temer entre aquellas paredes. Dentro de unos minutos regresaría la secretaria y ella recibiría al cliente de la voz preciosa, con lo que se rompería aquella sensación tan inquietante que reinaba en derredor suyo y que estaba padeciendo desde que abriera la puerta del piso.

Con un esfuerzo, se apartó de la mesa de la secretaria y se encaminó hacia su despacho por un pasillo alargado y oscuro, en el que la tarima con la que estaba pavimentado rechinaba siniestramente bajo sus pies. Al menos y, quizás por el miedo que sentía, le pareció a ella que rechinaba. Pasó por delante de la puerta del despacho de don Eulogio y apretó el paso al dejar atrás la que daba acceso al de Tarsicio. La de Pablo la atravesó corriendo y se precipitó dentro del suyo, tenuemente iluminado por la luz del atardecer, pese a que aún no eran las cuatro de la tarde.

Tampoco hasta allí llegaba el menor sonido de la calle. Los dobles cristales de la ventana impedían que el ruido de los coches por la calzada y el de los transeúntes por la acera rompieran el silencioso ambiente de la estancia, que atravesó para, bordeando la mesa, tomar asiento tras ella en su butaca. Intentó ordenar el cerro de papeles que se amontonaban sobre su superficie sin conseguir otra cosa que desparramarlos, con unas manos tan inquietas que llegó a preguntarse si no sería preferible olvidarse de ellos y dejarlos como estaban hasta el día siguiente, en el que probablemente se habría serenado. Puso luego en funcionamiento el ordenador y procuró abismarse durante un rato en la consulta de una sentencia que buscó previamente en el Aranzadi, sin conseguir entender lo que decía. De improviso tuvo una idea. ¿Y si llamara a Fernando Costa? Probablemente podría informarla de alguna novedad que aplacara sus nervios. Iba ya a

descolgar el auricular cuando oyó el sonido de la puerta del piso al abrirse. En aquel silencio tan absoluto cualquier sonido se amplificaba y aguardó encogida sobre sí misma a que se produjese otro que indicase que se trataba de la secretaria. El pasillo era muy largo y la antesala se encontraba a bastante distancia, por lo que se levantó de la butaca y se encaminó de puntillas hacia la puerta del despacho, entreabriéndola ligeramente. Un segundo más tarde sonó el timbre de la puerta del piso. Debía ser el cliente de la voz preciosa, por lo que volvió a cerrarla y retrocedió sobre sus pasos apresuradamente para sentarse en la butaca y tomar un bolígrafo y un folio para aparentar que estaba trabajando cuando entrase en el despacho su visitante. Unos minutos después, Anita propinó unos suaves golpecitos en la puerta y la abrió asomando la cabeza por la abertura.

—Doña Lilian, ha llegado el señor Vasiliev, al que tenía citado esta tarde a las cuatro.

Aunque la tuteaba con toda confianza cuando se encontraban a solas, siempre se dirigía a ella con la misma solemnidad en presencia de los extraños, por lo que aceptó el tratamiento con naturalidad y se limitó a asentir con la cabeza.

—Gracias Anita. Hazle pasar.

La chica se apartó a un lado y un hombre entró en el despacho. Llevaba un abrigo gris sobre un traje del mismo color y una corbata azul marino con puntitos blancos. El cabello oscuro, algo revuelto le resbalaba sobre la frente y sus ojos, brillantes y de un claro color verde, se clavaron en ella con una chispita de algo que no supo interpretar. Se parecía a alguien, pero de momento no acertó a identificarle. Solo cuando se sentó frente a ella en uno de los sillones de los clientes y se arrellanó cómodamente cayó en la cuenta de quien se trataba. Era Iván.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Se quedó mirándole como atontada y él se echó a reír.

—¿No me has reconocido o es que te habías olvidado ya de mi existencia?

Buscó ella una respuesta que explicase el sobresalto que había experimentado al verle y que resultase acorde con lo que cabía esperar de una abogada con la suficiente experiencia, como para no alterarse al recibir a los clientes más insólitos.

—Sí, te he reconocido, pero es que no esperaba que mi visitante de las cuatro fueses tú. Desapareciste de pronto de la sala de estar del albergue sin despedirte y… No sabía que eras ruso u oriundo de alguno de esos países del Este.

Él se echó a reír de nuevo.

—Soy español, de Toledo para ser más exacto. Fue mi bisabuelo el que nació en Rusia. Era director de orquesta y se casó con una sevillana cuando vino a España y la conoció.

—¿A qué vino? ¿A dar un concierto?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué pasó después?

—Pues ya te lo he dicho, que se casó con mi bisabuela, la sevillana, y que no volvió nunca más a su país. Creo que mi bisabuela era de armas tomar, por lo que es posible que el pobre señor terminara hablando español con acento andaluz y cantando fandangos. ¿Te gustan los fandangos?

Se lo preguntaba con guasa, mientras Lilian analizaba sus facciones con curiosidad. Por primera vez se dio cuenta de que la fisonomía de su interlocutor denotaba ambos orígenes. Aunque muy moreno de piel, herencia probablemente de la bisabuela sevillana, sus ojos clarísimos,

ligeramente oblicuos, así como los pómulos altos eran propios de los oriundos del Cáucaso.

—Sí me gustan, pero creo que los fandangos nacieron en Huelva, no en Sevilla.

Se encogió Iván displicentemente de hombros.

—Es igual, cantaría entonces mi bisabuelo sevillanas y hasta puede que las bailara. Tengo entendido que se integró por completo en nuestro país y que fue muy feliz.

—Estarás tú también muy satisfecho, —murmuró por decir algo, mientras buscaba un folio en blanco entre el cerro de papeles de su mesa y se aprestaba a tomar notas.

Esbozó Iván una sonrisa irónica.

—¿De qué? ¿De ser un híbrido de dos culturas muy distintas? Pues no sé qué decirte, porque no me dieron a elegir Estoy muy satisfecho de ser español y de haber nacido en Toledo. También lo estoy de vivir ahora en Madrid y de que me hayas recibido esta tarde.

Como le pareció a Lilian que había acudido a su despacho con la única intención de charlar un rato, hizo caso omiso de su último comentario y adoptó una expresión distante, absolutamente profesional.

—Pues ya me dirás qué problema tienes y quién te ha recomendado este despacho.

—No me lo ha recomendado nadie, —replicó impasible.

—¿No?, entonces…

—Entonces, le pregunté al recepcionista del albergue donde nos alojamos en Navacerrada cuál era tu apellido y esta mañana he averiguado el número de teléfono de tu despacho llamando al Colegio de Abogados. Ha sido de lo más sencillo.

Parpadeó incrédulamente.

—¿Le preguntaste mi apellido al recepcionista del albergue?

—Sí, a ese chico tan pintoresco de los pelos encrespados —se rio, pasando una mano por su corto cabello, como si necesitara cerciorarse de que el suyo no guardaba similitud alguna con la cresta que lucía el chico al que aludían—. Tú me habías dicho cuando desayunábamos que eras abogado y yo necesitaba uno.

La expresión de Lilian pasó a ser ceñuda al dar por hecho que su visitante no tenía problema jurídico alguno que resolver y que había buscado esa excusa para verla de nuevo.

—¿Y cuál es ese problema tan urgente? La secretaria me ha dicho que has insistido mucho en que te recibiera hoy mismo. Comprende que tengo muchísimo trabajo, así que espero que sea verdad y que no le hayas contado un cuento.

Hizo él un gesto de asentimiento con la clara intención de interrumpirla y le indicó el maletín que llevaba en la mano.

—¿Quieres que te enseñe los papeles antes o después de referirte la historia? Necesito que desahucies a un inquilino que lleva nueve meses sin pagarme la renta que pactamos.

Aunque continuó imperturbable en apariencia, se relajó un tanto ella al constatar que no iba a ser necesario llamarle al orden y comenzó a tomar notas en el folio que había rescatado con dificultad de debajo de las fotocopias de la demanda.

—¿Cómo la pactasteis? ¿Por escrito o verbalmente?

—Por escrito. Firmamos el contrato hace cinco años y al principio fue todo bien. Era un tipo raro, pero pagaba puntualmente la renta en la cuenta corriente que se indicaba en el contrato. Pero luego… luego empezó a demorarse al efectuar esos ingresos.

—¿Y se los reclamaste?

—Claro, le envié un burofax en cada ocasión. El primero lo atendió, aunque con retraso, pero después dio la callada por respuesta. Me debe ya la renta de nueve meses y además necesito ese piso para trasladarme a vivir a él. En este momento estoy en otro alquilado.

Sonrió Lilian al pensar que el asunto iba a ser más sencillo de lo que había supuesto.

—Si firmasteis el contrato hace cinco años, el arrendamiento debe de estar a punto de expirar. ¿O ha vencido ya?

—Venció el mes pasado.

—¿Y no le preavisaste dentro del plazo legal?

El moreno semblante de Iván reflejó una marcada contrariedad.

—Pues no, se me pasó. Estábamos cerrando el ejercicio en la empresa en la que trabajo y… ¿Te he dicho que soy economista?

—Sí, ya me lo dijiste en el albergue.

—Pues eso, no caí en la cuenta, lo cual no es de extrañar. No sé por qué los abogados creéis que el resto de los mortales estamos obligados a vivir pendientes de los plazos de vencimiento de todo lo que firmamos o de lo que puede ser importante.

Se acodó Lilian en la mesa para apoyar la barbilla en una mano y mirarle inexpresivamente.

—¿Y crees que no hubiera merecido la pena que lo recordases?

Levantó ambas manos él en un ademán de impotencia.

—Puede que sí, pero no me riñas, porque ya no tiene remedio. Se me pasó y he venido a que me lo soluciones. Quiero que ese tipo deje mi casa libre y que, a ser posible, me pague los atrasos que me adeuda.

—De acuerdo, de acuerdo, —contemporizó ella—. Ejercitaremos la acción de desahucio por causa de necesidad y…

—¿De qué necesidad? —la interrumpió receloso.

—Se llama así, —le explicó pacientemente—. En el supuesto de que el propietario necesite la vivienda para él o para que la ocupen sus ascendientes o descendientes legítimos o naturales se puede desahuciar al inquilino.

—¿Aunque se me haya pasado el plazo para preavisarle del vencimiento del contrato de arrendamiento?

—Claro. Si no se te hubiera pasado el plazo, bastaría con aguardar a su vencimiento y el inquilino estaría obligado a dejarte la casa libre. ¿Qué papeles me has traído?

—Creo que todos. El contrato, los recibos de las mensualidades que ha pagado, los burofaxes, todo.

—Muy bien. Déjamelos para que me los estudie con calma y hable con el arrendatario para intentar llegar con él a un acuerdo. Tienes que darme su teléfono. Si no se aviene a razones, prepararé la demanda y te avisaré cuando lo tenga todo listo.

—¿Y eso cuándo será?

Se había quedado mirándola fijamente con una chispita en sus claros ojos verde uva que no supo interpretar.

—¿Cómo que cuándo será?

—Sí, que cuánto vas a tardar en hacer esas gestiones y en empollarte esos papeles.

Se repantigó Lilian en la butaca con aire solemne, gesto que solía intimidar a los clientes que la visitaban por primera vez.

—No lo sé. Llevo otros muchos asuntos entre manos, la mayoría penales, y no me parece que el tuyo sea tan urgente. Si has dejado transcurrir nueve meses sin acudir a un abogado para que al menos te asesorase, creo que puedes esperar una semana más sin que se hunda el mundo.

Se lo decía en tono de broma, pero Iván ni siquiera sonrió.

—Así que vas a tardar una semana, —dedujo con el ceño fruncido.

—No lo sé. No sé cuánto voy a tardar, ¿pero a qué viene esa prisa tan repentina?

Se encogió él de hombros sin responder y extrajo de su maletín un abultado sobre de color manila que le tendió, por lo que Lilian, tras tomarlo de sus manos, se puso en pie dando la entrevista por finalizada.

—Te acompañaré hasta la puerta, —le dijo, precediéndole hacia el pasillo—. Como ya tienes el teléfono de este despacho, puedes llamarme si hay algo nuevo. También yo te mantendré informado.

La siguió él en silencio. Cuando al encaminarse hacia la puerta del piso llegaron a la antesala y pasaron por delante de la mesa de la secretaria, levantó esta la cabeza del monitor del ordenador y se quedó mirando a Iván con mal disimulada complacencia, por lo que Lilian se sintió obligada a recriminarla cuando, después de que él se hubiera marchado, retrocedió sobre sus pasos.

—Me parece, Anita, que deberías ser más discreta. Solo te ha faltado emitir un silbido admirativo al paso de ese cliente que acaba de marcharse.

La chica se echó a reír con toda frescura.

—Descuida, no soy tan estúpida como para demostrar la impresión que me ha producido, aunque no por falta de ganas. Estoy segura de que en cambio tú ni siquiera te has dado cuenta de que, además de tener una voz

preciosa y un apellido rarísimo, ese tío está imponente. ¿A que ni siquiera te has fijado?

Evasivamente, se encogió ella de hombros.

—Los clientes que piden cita en este despacho, vienen a que les resolvamos sus problemas, no a ligar conmigo, ¿entiendes?

Anita se la quedó mirando socarronamente.

—¿Estás segura?

Por primera vez se lo preguntó ella a sí misma. El desahucio que le había encargado Iván no era tan urgente como para haber insistido con la secretaria en que le recibiera esa misma tarde ni para que manifestara tanta prisa en que se lo estudiara y realizara las gestiones oportunas. Había algo más en su forma de comportarse que no alcanzaba a discernir y que también le había intrigado durante el fin de semana en la sierra. Su empeño en que visitaran en solitario el torreón, sus repentinas desapariciones… Intentó rebobinar en su mente los momentos que había compartido con él desde que le conociera mientras desayunaba en el comedor del albergue para tratar de precisar qué era lo que no encajaba y de improviso cayó en la cuenta. Se había esfumado como si se le tragara la tierra en todas las ocasiones en las que Mariví y Pablo habían hecho acto de presencia. Parecía como si hubiera aguardado a que se marcharan los dos para aproximarse a ella, bien para dar un paseo hasta la torre o para proponerle acercarse por la tarde al pueblo de Guadarrama y también se había evaporado sin decir palabra cuando los dos habían entrado en la sala de estar al regresar al albergue por la tarde.

Anita parecía seguir el hilo de sus pensamientos, porque le guiñó un ojo.

—No te preocupes. No pienso decirle a Pablo que has flechado al hombre que acaba de hacer mutis y que, o mucho me equivoco, o volverá a pedirme que le cite en tu despacho en un plazo muy breve. ¿Qué quieres que haga cuando llame?

En ese instante el sonido de su móvil le impidió a Lilian contestarle. Lo extrajo del bolsillo del pantalón y antes de llevárselo al oído comprobó aprensivamente el número que aparecía en la pantalla. Era el del policía, por lo que más tranquilizada se dispuso a hablar con él.

—Dígame Fernando, ¿hay algo nuevo?

La voz de él, sonora y bien timbrada llegó distintamente a su oído.

—Pues sí. Quería comunicarle que ya hemos averiguado la identidad de la persona que la ha llamado dos veces esta mañana a su despacho y que no parece tener relación alguna con el maltratador de su amiga. Se llama Iván Vasiliev y, pese a su apellido extranjero, es español. Seguramente se ha confundido al marcar su número de teléfono por dos veces consecutivas y, en lugar de disculparse, ha colgado. Yo de usted no me preocuparía.

Al oírle, algo similar a un toque de alarma le repercutió dentro, aunque intentó convencerse a sí misma de que la explicación que le acababa de darle Fernando era perfectamente plausible. Sus pensamientos debieron aflorar a su rostro, porque Anita enarcó las cejas al mirarla.

—¿Qué pasa?, ¿quién te ha llamado? ¿Te han dado una mala noticia?

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No, no es nada. Es que tengo los nervios algo alterados desde que se presentó en mi despacho esa amiga que ahora vive conmigo. Su maltratador particular disfruta enviándome mensajes amenazadores a mi móvil y la policía no acaba de conseguir detenerle, porque ese tipo desaparece sin dejar rastro en cuanto me los remite.

Con la cabeza ladeada la observó pensativamente la secretaria.

—¿Y… y tienes algún arma con la que defenderte en caso de necesidad?

—No, claro que no. En nuestro país es difícil obtener licencia con ese objetivo y ni sé disparar ni me interesa aprender.

—Pero…

—No te empeñes en intentar convencerme, porque en cualquier caso no me la iban a conceder. Llevé hace tiempo el caso de un funcionario de prisiones que había sido amenazado de muerte por un terrorista que había estado recluido en la prisión en la que había estado destinado y que solicitó licencia de arma corta, tipo B.

—¿Quién había solicitado licencia?

—Mi cliente. Yo le había aconsejado que lo hiciera.

—¿Y qué pasó?

—Que la Administración se la denegó en primer término y después se la denegó el juez, en base a que es la policía quien tiene como misión

protegernos de los indeseables, por lo que no procedía que mi cliente se tomara la justicia por su mano.

La escuchaba Anita con sus oscuros ojos agrandados por la curiosidad.

—¿Y qué pasó?

—Que el terrorista, cuando salió de la cárcel con el tercer grado penitenciario, le pegó un tiro a mi cliente cuando regresaba a su casa por la noche.

—¿Y le mató?

—No, porque no gozaba de muy buena puntería. Le dio en un hombro y tuvieron que operarle para extraerle la bala. Yo había recurrido ya la sentencia de instancia, pero el tribunal superior la confirmó.

—¿Quieres decir que perdiste el caso?

Pesarosamente meneó Lilian la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, ocurre de cuando en cuando. No creo que exista ningún abogado que no haya perdido alguno, aun cuando solo acepte los asuntos que vea muy claros.

La observó Anita con la cabeza ladeada.

—Tengo que reconocer que en ocasiones te he envidiado, pero, después de lo que me has contado, me alegro de ser únicamente una secretaria sin complicaciones, aunque yo de ti me protegería de ese tipo que te amenaza por el móvil, al menos con un aerosol.

—Los aerosoles defensivos también están prohibidos.

Se echó a reír la chica como si acabara de escuchar una cosa graciosísima.

—Los que venden con esa finalidad, sí, pero la laca del pelo cumple el mismo cometido y legalmente se consideran inocua. Yo llevo siempre un frasquito de viaje en el bolso. Tuve un noviete muy celoso y logré que me dejara en paz cuando terminamos, gracias a la laca. Mira.

Cogió su bolso del suelo y extrajo de su interior un frasquito, que le mostró.

—¿Lo quieres?, —le ofreció.

—No, no, es tuyo, pero gracias.

—Quédatelo, —insistió Anita tendiéndoselo—. Por el momento no me persigue nadie y a ti parece que sí. Cuando la policía detenga a ese hombre,

si no lo necesitas ya, me la devuelves. O mejor aún, no me lo devuelvas, porque te lo regalo.

—Pero…

—Que te lo quedes. No me perdonaría que te sucediese algo por no haber querido aceptar mi ofrecimiento.

—Vale, pues muchas gracias.

Con el frasco en la mano regresó Lilian a su despacho, pero no consiguió concentrarse en el trabajo que tenía pendiente. Al poco de haber tomado asiento tras la mesa, oyó marcharse a Anita que, como le había comunicado esa mañana, tenía cita con el dentista y se quedó sola en el piso, viendo como la luz del día se iba apagando poco a poco. Había colocado el sobre que le había entregado Iván sobre las fotocopias de los autos y extrajo estas de debajo intentando concentrarse en su lectura, pero no consiguió entender lo que decían. Las apartó a un lado y la emprendió con la demanda que debía contestar, hasta que se convenció de que era incapaz de retener su contenido. Como si le pincharan con alfileres se rebullía inquieta en la butaca, se sobresaltaba en cuanto percibía el menor ruido y vigilaba atentamente tanto el teléfono fijo como el móvil, que había colocado también sobre la mesa, pese a que no sonaron ninguno de los dos. Al fin, cansada de no ser capaz de dominar sus nervios, decidió marcharse a su casa. No le había citado Anita a ningún otro cliente para esa tarde y los asuntos que debía resolver podían esperar hasta la mañana siguiente, por lo que descolgó su chaquetón del perchero, cogió su bolso, dentro del cual introdujo el botecito de laca de la chica, y salió al pasillo, apenas iluminado por la mortecina luz del atardecer que penetraba por los dos ventanales de la antesala y se filtraba cansinamente hasta allí. Nunca le había parecido el piso en el que trabajaba a diario tan lúgubre ni tan inquietante. Habitualmente pecaba más bien de ruidoso, pero en esos momentos le produjo la sensación de haberse convertido en el tétrico escenario de algo siniestro que estaba a punto de suceder.

Esa misma impresión la acometió cuando media hora más tarde llegó a su casa y detuvo el coche frente a la verja del jardín para buscar en el bolso el mando automático de la cancela. Lo encontró enseguida pero oteó asustada los alrededores antes de activarlo, diciéndose que debería

prepararse una tila o un brebaje similar que tranquilizase sus nervios en cuanto entrase en su casa. Se repitió que era ella la que estaba padeciendo un síndrome paranoide y la que adornaba con tintes macabros la atmósfera que respiraba, porque su entorno era el de siempre. El mismo en el que se desenvolvía antes de que reapareciera Mariví en su vida y con ella la amenaza de Gabriel. También se encontraban en invierno durante los días que precedieron a aquel veintinueve de febrero en el que la chica se presentara en su despacho, por lo que anochecía muy temprano, y también entonces el jardín y el edificio en el que vivía se asemejaban a un manchón oscuro, que se difuminaba bajo la negrura del firmamento sin perfiles, cuando regresaba después de trabajar. Era igualmente una sombra más, que miraba sin ver. Sin imaginar que Gabriel pudiera estar agazapado en cualquier rincón, aguardando la oportunidad más propicia para salir de la oscuridad y abalanzarse sobre ella.

Pasó una mano por su frente como si pretendiera con ese gesto borrar esas imágenes de su mente y se decidió a accionar el mando automático. Al abrirse la cancela, introdujo el coche en el jardín y lo condujo seguidamente por el empedrado camino que llevaba al garaje, cuyo portón cerró desde su interior con el mismo mando. Después subió los peldaños por los que se accedía a la puerta de la cocina y una vez dentro de la casa trató de localizar a Mariví. El cachorro juguetón se le enredó entre los pies cuando salía al pasillo y con él en brazos se encaminó hacia el salón donde supuso que se encontraría su amiga, ya que estaba iluminado. Efectivamente se hallaba acurrucada en el sofá y con una copa que olía a coñac sobre la mesita baja delantera. Al verla entrar, levantó hasta su rostro unos ojos angustiados.

—Menos mal que has venido. Creía que no iba a poder aguantarlo más.

Tomó también asiento de medio lado Lilian en el sofá y sosteniendo sobre su regazo al perrito, escudriñó el alterado semblante de la chica.

—¿Qué es lo que no puedes aguantar más? ¿Hace mucho que se ha marchado Leocadia?

—No, hará solo unos minutos.

—¿Y ha sucedido algo nuevo?

Negó Mariví con la cabeza y su melena cobriza se expandió por sus hombros con destellos dorados.

—No, no lo sé, porque no ha llamado nadie por teléfono. No soporto permanecer aquí encerrada todo el día, sola con Leocadia, sin hablar con nadie más que con ella, que no para de limpiar, ¿no lo entiendes? Tú sales y entras, trabajas y se te pasa el tiempo volando, pero yo no hago otra cosa que esperar aquí sentada, temiendo que en cualquier momento aparezca Gabriel. Creo que voy a volverme loca.

—Bueno, bueno, —contemporizó Lilian disimulando su propio miedo —. La cosa no es para tanto. Lo importante es que estés segura aquí hasta que la policía le detenga. Después podrás reanudar tu vida anterior y hacer lo que más te apetezca.

Clavó en ella una mirada turbia, probablemente por efecto del alcohol, que denotaba claramente su impaciencia.

—¿Y eso cuándo va a suceder? Estoy perdiendo la confianza en que la policía le localice alguna vez y le eche el guante. Gabriel es muy listo.

Se arrellanó Lilian más cómodamente en el sofá y quizás por mimetismo agitó también su corta melena castaña, pretendiendo quitarle importancia a lo que la otra acababa de decir.

—Por listo que sea, la policía dará con él. Recuerda que no tiene un duro ni donde caerse muerto, porque no ha vuelto por el piso que compartisteis. Hasta los más listos comen a diario y duermen por las noches bajo techado y como además es un tipo pendenciero, no tardará en cometer un error que atraiga la atención de la policía.

Cogió Mariví la copa de coñac de la mesita y bebió un largo sorbo, antes de objetar con la lengua algo estropajosa:

—Pero es que yo no puedo consentirlo. No puedo prolongar esta situación ni consentir que te estés arriesgando por mí y que me estés manteniendo, porque me siento como un parásito y como una gorrona. —Dio un hipido al preguntarle—: ¿Se dice gorrona?

—Sí, creo que sí, pero no eres ninguna de las dos cosas. Habrías hecho lo mismo por mí si nuestras posiciones fueran las inversas.

Dio otro hipido Mariví y se sujetó la cabeza con las manos como si los músculos del cuello se le hubieran aflojado y no fueran capaces de sostenérsela.

—Tú nunca te hubieras dejado embaucar por un hombre guapo, como yo. Todo lo razonas y no te dejas llevar por los sentimientos cuando son irracionales.

Esbozó Lilian una mueca irónica, diciéndose que si lo que acababa de afirmar la otra fuese cierto, no se la habría llevado a vivir a su casa para intentar protegerla de Gabriel. Era cierto que en un primer momento había pretendido encontrarle una vivienda de acogida, pero, al no haber ninguna disponible, no lo había dudado. ¿Era esa la forma de actuar de una chica que razonase siempre, con la mente fría, sin sentimentalismos de ninguna clase?

Con la copa de cristal en la mano, Mariví agitaba el líquido ambarino, observándolo atentamente.

—Yo… he estado pensando.

—¿Y qué has pensado?

—He pensado que quizás pudiera trabajar como tú.

—¿Cómo yo?

—Sí, ejerciendo la profesión de abogado.

Enarcó las cejas Lilian analizando su expresión y preguntándose si no pecaría la chica de optimista bajo los efectos del alcohol.

—¿Después de tantos años? ¿Recuerdas algo de lo que estudiaste?

—Pues… no demasiado.

—Entonces… ¿Cómo ibas a abrirte paso a estas alturas en ese mundillo? No es tan fácil. Nadie le encarga a un abogado un asunto si no tiene experiencia y tampoco es fácil adquirirla así, de pronto. No es algo que pueda improvisarse.

Tomó la chica otro sorbo de coñac y sonrió antes de depositar nuevamente la copa en la mesa con una mano torpe.

—Es que yo he pensado… No sé si te parecerá bien. He pensado que podríais contratarme como pasante en tu despacho.

Abrió Lilian desmesuradamente los ojos por efecto de la sorpresa.

—¿Cómo pasante? No soy yo la que decide en mi despacho si sería o no conveniente contratar a una chica para que redacte o conteste las demandas de los asuntos más sencillos. Don Eulogio es el que manda y en este momento no creo que esté dispuesto a asumir más gastos. Tarsicio está

pagando la hipoteca de su casa, así que tampoco accedería a repartir contigo parte de sus ingresos. En cuanto a Pablo…

Se interrumpió sin saber cómo continuar. Parecía que este, después del aciago fin de semana que habían compartido los tres, pretendía retomar la relación que había mantenido con ella con anterioridad, pero no estaba muy segura de cuál sería su reacción si le proponía a Mariví como pasante y podía así intimar con esta viéndola a diario en el despacho.

—No tendríais que pagarme nada, —objetó la otra con voz pastosa—. Al menos, no al principio. Yo saldría así de esta casa todas las mañanas y trabajaría en la antesala, en otra mesa al lado de la secretaria, rodeada de gente, por lo que Gabriel, si me vigila, no se atrevería a acercárseme.

—¿Y después?

—¿Después de que le detenga la policía? Pues… eso aún no lo he pensado, porque depende de muchas cosas. Si mi trabajo en el despacho le resultara satisfactorio a don Eulogio y a tus otros compañeros, podría continuar de pasante, cobrando un sueldo y buscar un piso del que pudiera pagar el alquiler.

—¿Y en caso contrario?

—En caso contrario buscaría alguna oficina que limpiar. No puedo quedarme de brazos cruzados en tu casa. Es pedirte demasiado.

Se dejó caer Lilian en el sofá y se acomodó entre los cojines intentando reflexionar. No le seducía el plan que Mariví le estaba proponiendo. El despacho en el que trabajaba era para ella una especie de reducto presidido por la profesionalidad más estricta y la personalidad de la chica no encajaba en ese ambiente. La imaginó taconeando en la antesala y por el pasillo por el que se accedía a los despachos, balanceando al tiempo su cobriza melena y vio también a los clientes, e incluso a los tres socios, volviéndose a su paso. Entorpecería el cometido de los tres y el de ella misma, pues no la consideraba capaz de olvidarse por unas horas de que era una chica atractiva y concienciarse de que a una oficina se iba exclusivamente a trabajar. Visualizó también en su mente a Mariví haciéndose la encontradiza con Pablo en el pasillo e introduciéndose en su despacho con cualquier excusa para mantener una larga charla con él.

—No creo que sea una buena idea, —murmuró al fin, sin encontrar un argumento concluyente para negarse a su sugerencia, sin herir su susceptibilidad—. ¿Y si intentaras que te readmitieran en la tienda de bolsos donde trabajaste?

Levantó Mariví la vista de la copa y por un segundo sus grandes ojos color violeta brillaron iracundos.

—¿Me consideras incapaz de ejercer la profesión de abogado? Te das mucho pote, pero no creo que sea tan difícil.

—¿Me doy pote?

—Bueno, no sé si es pote lo que te das, —rectificó pesarosa—. Pero sí pareces creer que lo que haces tú no está al alcance de cualquiera. De mí en este caso. Y está claro que no puedo volver a la tienda de la calle de Serrano, porque sería el primer lugar donde me buscaría Gabriel. Te he propuesto trabajar en tu oficina, precisamente porque allí estaría siempre rodeada de gente, ya te lo he dicho antes.

Dejó escapar otro hipido y Lilian le quitó la copa de las manos.

—Me parece que ya has bebido bastante por hoy.

—¿Tú crees?, —protestó, luchando por impedir que se la arrebatara—. Deberías entender que estoy asustada y que el alcohol me ayuda a afrontar la situación en la que me encuentro.

—También estoy asustada yo y no empino el codo, —le reprochó a media voz.

Levantó la mirada hacia ella como si no hubiera entendido su objeción.

—¿Estás asustada tú? ¿Y por qué estás asustada? ¿Es que te ha ocurrido algo nuevo? ¿Te ha enviado Gabriel otro mensaje?

Meneó Lilian negativamente la cabeza mientras acariciaba a Peluche que permanecía muy quieto entre sus brazos como si temiera despertar la agresividad que Mariví manifestaba hacia él.

—No, no me ha enviado nada, pero he tenido un visitante esta tarde que no consigo clasificar. Le conocí en el albergue este fin de semana y… no sé. Hay algo en él que se sale de lo común, que me descoloca. Desde el primer instante en que me vio demostró un interés excesivo en que nos quedásemos a solas y esta mañana ha llamado al despacho y le ha dicho a la secretaria que era muy urgente que le recibiera.

—¿Y era muy urgente?

—Que va. Un desahucio por falta de pago de la renta. Podía haber esperado una semana o dos para venir a encomendármelo, porque ya hace nueve meses que el inquilino se la adeuda.

—¿Y qué es lo que te extraña de él?

—Eso, lo que te he dicho. Es excesivo su empeño en verme. Yo… he llegado a pensar…

—¿Qué?

—No, nada.

—Sí has pensado algo. Dímelo.

Se mesó Lilian la melena como si ese gesto la ayudara a reflexionar.

—He llegado a temer que pueda ser Gabriel. Responde a la descripción que me diste de él y se ha empeñado en varias ocasiones en que nos quedáramos a solas los dos, aunque por una razón o por otra no lo ha conseguido. Pero… sí, creo que me ayudaría ver una fotografía de tu expareja.

Parpadeó Mariví antes de clavar en ella una mirada vaga.

—Te dije que solo tenía la que te enseñé. ¿Se te ha olvidado?

—Es que en esa foto apenas si se le veía bien la cara, —objetó ella—. Tú me comentaste que tiene unos ojos claros, preciosos.

Meneó torpemente Mariví la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, preciosos. Fue en lo primero que me fijé cuando le conocí.

—¿Y de qué color son? —insistió.

Emitió la chica otro hipido e intentó inútilmente levantarse del sofá. Medio derrumbada sobre los cojines, apartó de un empujón a Peluche, que había tenido la osadía de aproximársele para olisquearla.

—¿Cómo que… cómo que de qué color son? Son… verdes. Del color… del color de las uvas.

—Sí. ¿Y tiene cara de ruso?

—¿De ruso? —repitió la otra con voz pastosa y en tono interrogante.

—Sí, como un híbrido entre ruso y toledano.

—No sé, —musitó apenas la chica, apoyando la cabeza en el respaldo del sofá y cerrando los ojos—. ¿Por qué me preguntas esas cosas tan raras?

No sé… no sé si los toledanos y los rusos tienen… tienen una cara especial. Estoy… estoy muy cansada y… tengo sueño. Mañana…

En lugar de terminar la frase, emitió un suave ronquido y Lilian se levantó para ayudarla a que pudiera terminar de acostarse en el sofá. Luego consultó con la mirada a Peluche que había saltado al suelo, como si el cachorro pudiera adoptar el papel de confidente, y finalmente se resignó a dirigirse a la cocina, donde, en la nevera, encontró los restos del pollo asado que había sobrado de la cena de la noche anterior y que se tomó allí mismo, sentada en la mesa de formica, bajo la ventana enrejada. No se sentía con ánimos de guisar ni de hacer nada. Veía una y otra vez, como una fotografía fija, los ojos claros de Iván brillando en su rostro tostado por el sol, mientras la miraba fijamente esa tarde desde la butaca frontera a la mesa de su despacho. ¿Por qué se habría dormido Mariví tan inoportunamente? Tenía que haberle descrito con todo detalle a Gabriel para que ella hubiera podido llegar a una conclusión sobre las sospechas que albergaba sobre la identidad de su visitante de esa tarde. Sin saber por qué notaba próximo al maltratador de su amiga, como si estuviera estrechando su cerco en torno de ella con la intención de quitarla de en medio y dejarse así el camino libre hacia la que había sido su pareja, por lo que atisbó aprensivamente la zona del oscuro jardín que podía abarcar desde el lugar en el que se encontraba. Las ramas del chopo que crecía al otro lado de la ventana se balanceaban a impulsos de la brisa nocturna con un rumor sordo, impidiéndole distinguir lo que pudiera ocultarse más allá, por lo que reprimió un escalofrío. Ella en cambio sería perfectamente visible para el intruso que se hubiera agazapado entre las sombras exteriores. Imaginó a Gabriel allí fuera, vigilándola, encogido tras el tronco del árbol y algo muy frío se expandió por todo su cuerpo provocándole una espantosa tiritera que trató de controlar bajando apresuradamente la persiana. Comprobó seguidamente que la puerta de la cocina estaba cerrada con la llave que pendía de la cerradura y la aseguró también con los innumerables cerrojos de que disponía. El propietario anterior de la casa debía de estar obsesionado por la seguridad tanto como ella, porque había logrado convertirla en una especie de bunker, de fortaleza inexpugnable. Al menos, y exceptuando el ventanuco del sótano, aún sin reparar, así la había conceptuado hasta ese momento, en el que seguía

padeciendo la incomprensible sensación de que alguien rondaba por los alrededores espiando sus movimientos. Y lo peor de todo era que estaba absolutamente sola. Mariví dormía ya a pierna suelta y el cachorro correteaba alegremente a su lado sin percibir la inquietante sensación de peligro que flotaba en el ambiente.

Pero ella era una persona racional y absolutamente práctica, se dijo tras girarse en redondo en la cocina y constatar que sus aprensiones no obedecían a ninguna causa real. Debía dominar su miedo y convencerse de que dentro de la casa estaba a salvo. Se lo repitió bajito y finalmente se encaminó hacia el salón donde bajó también las persianas sobre sus grandes ventanales enrejados.

Iba ya a dejar escapar un suspiro de alivio, cuando el timbre del teléfono fijo de la casa dejó oír su estridente sonido y la obligó a dar un respingo. El aparato se hallaba sobre una mesita baja de cristal, en uno de los extremos del sofá donde Mariví descansaba en brazos de Morfeo y se volvió en esa dirección con los ojos agrandados por el miedo. Con los miembros agarrotados lo oyó sonar una y otra vez sin conseguir salir de su marasmo hasta que Peluche se alzó sobre sus patas traseras para darle en primer lugar un lametón en la mano y seguir saltando después sobre sus pantalones. Reaccionó con un esfuerzo para apartar al cachorro y acercarse al teléfono, diciéndose que no tenía por qué ser Gabriel el que llamara. No conocía este el número de su casa, únicamente el de su móvil, por lo que podía tratarse de otra persona cualquiera, porque afortunadamente no era el único ser que, aparte de ella, habitaba en el planeta.

Pese a todo, descolgó cautelosamente el auricular y oyó a través del hilo una voz conocida.

—¡Hola!

De la sorpresa estuvo a punto de dejarlo caer al suelo, pero por suerte tropezó el receptor con el brazo del sofá y se quedó allí colgando del cable, mientras seguía oyendo su voz, que repetía:

—Lilian, ¿estás ahí? Necesito hablar contigo.

Era Iván.

Se acomodó de medio lado en el brazo del sofá e inspiró aire antes de recoger el auricular y llevárselo precavidamente al oído. Tenía que

disimular lo que sospechaba de él. Tenía que demostrarle que no le tenía miedo. Consiguió con un esfuerzo que su voz no le temblara.

—Sí, soy yo. ¿Cómo has averiguado este número de teléfono?

Percibió distintamente su risa antes de contestarle.

—¿Qué cómo? Hay mil formas, todas ellas muy sencillas.

—No te estoy sometiendo a un cuestionario, —le interrumpió agriamente—. Solo quiero recordarte que esta es mi casa, no mi despacho. Si tienes algo que comentarme sobre tu inquilino y su desahucio, me llamas mañana. O mejor, aún, llamas a mi secretaria para que te dé una cita. No admito consultas fuera de las horas de oficina.

Volvió a oír su risa.

—Me parece muy bien, yo tampoco las admitiría si estuviera en tu caso. Pero no te llamo para hacerte ninguna consulta.

—¿No?, ¿para qué me llamas entonces?

Había creído percibir algo extraño en su manera de expresarse y decidió adelantársele antes de que él pudiera asustarla aún más de lo que ya estaba. Por esa razón añadió fríamente:

—Si tienes la intención de amenazarme, te aconsejo que no lo intentes siquiera. ¿Sabes que la línea de este teléfono está “pinchada” por la policía, que nos estará escuchando en este momento, y que las amenazas son un delito tipificado en los artículos 169 y siguientes del código penal y castigado con uno a cinco años de cárcel?

Percibió la sorpresa de él por el momentáneo silencio que se produjo al otro lado del hilo e imaginó el gesto de desconcierto que trasluciría su rostro por el tono de su voz.

—¡Caramba!, ¡qué barbaridad!, eres una enciclopedia jurídica viviente, me has dejado a cuadros. ¿Cuántos años has dicho que me pueden caer por llamarte por teléfono?

—Solo por llamarme, no —puntualizó seca.

—Entonces, ¿por qué?

—Por amenazarme, ya te lo he dicho. No soy como Mariví, puedo asegurártelo. Aún sigo sin explicarme que pudiera soportarte tantos años sin presentar una denuncia.

—¿A mí?

—Sí, a ti.

Se produjo otro silencio, más pesado si cabe que el anterior.

—¿Y Mariví quién es?, ¿puedo preguntártelo o también se regula esa pregunta como un delito en el código penal?, —le preguntó al fin con ironía.

—¿No sabes quién es Mariví?, —se engalló ella.

—Pues no, aunque, ahora que lo dices, seguramente se llamará así esa amiga tuya tan alta, con la que estuviste en la sierra el fin de semana. Al recepcionista del albergue le tenía encandilado.

—Pero tú no sabes quién es, claro, —apostilló furibunda.

—No, bueno sí, hemos quedado en que es esa amiga tuya. Pues me alegro mucho de que no seas como ella, ¿pero a qué viene todo esto?

Por primera vez se preguntó Lilian si se habría equivocado en sus conjeturas sobre Iván y no tuviera este nada que ver con el temible Gabriel. En ese caso estaría haciendo ella el más lamentable de los ridículos.

—Dejémoslo, —decidió magnánimamente—. Ibas a decirme para qué me has llamado.

—Sí, pero quizás no haya elegido un buen momento. Te noto muy rara esta noche. Solo quería proponerte que mañana saliéramos a cenar.

De la sorpresa la voz le salió entrecortada de la garganta.

—¿Mañana?

—Sí, ¿por qué? ¿Tienes algo que hacer mañana o es que no sales nunca con los clientes? Si es así, renunciaré a encargarte el desahucio de mi piso y te recogeré los papeles que te he llevado esta tarde. Y por cierto, ¿los has estudiado ya?

Confusa, se apartó la melena del rostro con la mano que le dejaba libre el auricular del teléfono, tratando de reflexionar. Si él era Gabriel y se le había presentado con un nombre falso, estaba claro lo que pretendía quedando con ella a la noche siguiente. La llevaría a algún lugar solitario y allí le asestaría una puñalada, que era lo que solía sucederle a la mayor parte de las mujeres maltratadas que, confiando en el arrepentimiento que manifestaban sus acosadores, se citaban con ellos para tranquilizar su conciencia. Después llamaría a Mariví para pedirle perdón y en cuanto ella le abriera la puerta de la casa la apuñalaría igualmente con el mismo

cuchillo. Después, probablemente se suicidaría, como la mayoría de los maltratadores. Notó como se le iban poniendo los pelos de punta, conforme lo iba imaginando.

—No creo que sea una buena idea, —replicó, diciéndose que no debía dejar traslucir que había adivinado sus intenciones.

—¿No?, ¿por qué no? ¿No sales nunca a cenar?

—Pues…

¿Por qué no se le ocurriría ninguna excusa plausible para negarse?, se preguntó irritada consigo misma. Al fin consiguió articular torpemente:

—Porque no salgo a cenar ahora. Estoy a régimen.

—¿A régimen de qué? No será de adelgazar, ¿verdad? ¿O es que has decidido quedarte como un palillo?

Le sentó fatal su suposición. Aunque no fuera tan alta ni tan guapa ni tuviera tan buen tipo como Mariví, tenía una buena opinión sobre su figura, esbelta y bien proporcionada, por lo que repuso con acritud:

—¿Me estás llamando flacucha?

—No te estoy llamando nada. Solo te preguntaba con qué finalidad haces régimen. ¿Tienes algún problema hepático, eres vegetariana o… o qué?

—No, no has acertado.

—¿Entonces?

—Entonces nada, lo siento. Por ahora no me viene bien. Tengo demasiado trabajo y a estas horas me encuentro agotada. Además, madrugo mucho para ir al despacho, por lo que no me conviene trasnochar.

Creyó haberle convencido de que era inútil que insistiera, porque se produjo un momentáneo silencio al otro lado del hilo.

—¿Y el sábado?, ¿cómo te viene el sábado?, —apuntó de improviso como si hubiera recibido una inspiración súbita.

A ella, por el contrario, no se le ocurrió nada que decir.

—Falta mucho para el sábado. Hoy es lunes.

—Sí, durante todo el día.

—Pues eso, que no lo sé. No sé qué problemas me pueden surgir ni si tendré que quedarme por la noche a trabajar por algún tema urgente. No lo sé. Y ahora, perdona, pero tengo prisa.

—De acuerdo, de acuerdo, —se resignó su interlocutor—. Le di mi número de teléfono a tu secretaria, pero puedes apuntarlo tú también para que me informes sobre la demanda de desahucio que tienes que presentar en el juzgado, en cuanto la prepares.

Meneó enfáticamente la cabeza en sentido negativo y con ella su melena, pero comprendió inmediatamente que no podía verla, por lo que tradujo su ademán en palabras.

—No es necesario, ya se lo preguntaré a Anita si me hace falta.

—¿Se llama Anita tu secretaria?

—Sí, —replicó impaciente—. Y ya te he dicho que tengo prisa.

—Está bien. No es necesario que me llames pesado. Buenas noches.

Colgó Lilian bruscamente el auricular depositándolo en su base e intentó reflexionar, pero notaba la mente tan espesa que desistió casi inmediatamente. Lo que necesitaba era una buena taza de tila, se dijo. No le gustaban las infusiones, pero se tomaría ese brebaje sin respirar, como hacía de niña cuando la obligaban a ingerir un purgante.

Pero antes tenía que resolver otra cuestión. No se consideraba con suficiente fuerza como para cargar con Mariví escaleras arriba, por lo que sería preferible que bajase una manta del dormitorio de esta y la arropase en el sofá.

Así lo hizo y en cuanto calentó el agua en el microondas y consiguió prepararse la infusión que esperaba que calmase sus nervios, subió con la taza a su dormitorio y se la tomó a pequeños sorbos, pese a lo cual le costó conciliar el sueño.

A la mañana siguiente no encontró a Mariví en la cocina, preparando el desayuno como venía siendo su costumbre desde que se trasladara a su casa. Lilian pensó que estaría durmiendo la mona y entreabrió silenciosamente la puerta del salón para atisbar en su interior. En el sofá y de espaldas a ella, la chica roncaba suavemente, por lo que se alejó de puntillas por el vestíbulo para subir a la planta superior hasta que, ya arreglada, bajó silenciosamente la escalera y desde la cocina pasó al garaje, arrancando el coche poco después.

En cuanto llegó al despacho pasó a ver a don Eulogio para conocer su opinión sobre la pretensión de Mariví de trabajar con ellos como pasante sin

sueldo. Su jefe la escuchó en silencio y, en contra de lo que esperaba, no formuló ninguna objeción. Se limitó a llamar a Anita por el teléfono interior para que convocara a los otros dos compañeros a una reunión en la sala de juntas. Cuando se enteró de la propuesta de la chica, Tarsicio se limitó a encogerse de hombros. Era parco de palabras. Incluso con sus clientes se limitaba a emitir algo que se asemejaba mucho a un gruñido, generalmente recriminatorio, por el modo en el que habían gestionado las finanzas de su empresa. Pablo en cambio se opuso rotundamente.

—Me parece un disparate, —masculló indignado—. Conozco a esa chica y no sabe una palabra de Derecho. Si quiere trabajar, que busque alguna ocupación que sepa hacer. Aquí solamente sería un estorbo.

También lo opinaba Lilian, pero se sintió obligada a salir en defensa de su amiga.

—Sería una solución temporal. Hasta que aparezca el hombre con el que vivía y la policía le detenga. En este piso y rodeada de todos nosotros no tendría nada que temer de ese tipo. ¿No lo comprendes?

—Comprendo que tú deberías hacerte miembro de una ONG, —replicó irritadísimo y en tono desdeñoso— pero yo no tengo la menor intención de cargar con sus problemas. Este es un despacho serio y esa chica lo convertiría en la pasarela de Cibeles o en un escenario adecuado para filmar la escena más empalagosa de una revista del corazón. ¿Qué dice usted, don Eulogio?

El aludido parecía considerarlo en silencio. Se alteraba muy rara vez y solía valorar las opiniones de todos los miembros del despacho, especialmente las de ella, pero en esa ocasión no la apoyó. Dio en cambio un hondo suspiro.

—Me parece, Lilian, que Pablo tiene razón. No creo que beneficiara a la imagen de este despacho la presencia de esa chica. No la conozco, pero por lo que habéis comentado resulta… resulta demasiado vistosa y si además no sabe una palabra de Derecho, pues…

—Estudiamos la carrera juntas, —alegó ella.

—Puede ser, pero si aprendió algo, cosa que dudo, hace mucho que se le olvidó, —apostilló agriamente Pablo—. Además, si, como dices, no tardará la policía en detener a ese hombre, no veo el motivo por el que mientras

tanto tengamos que resolverle la papeleta. Que espere en tu casa tranquilita, que se aguante y que nos deje trabajar en paz. ¿Es mucho pedir? Después de todo no somos los culpables de que ese tipo la maltratara.

Desconcertada, escrutó Lilian la expresión de él. Estaba furioso, lo que no parecía estar en consonancia con el comportamiento que había adoptado durante el fin de semana, en el que aparentemente se sentía muy a gusto en su compañía. Y lo más curioso era que tan solo habían transcurrido veinticuatro horas desde que regresaran de la sierra relegándola a ella al asiento posterior del vehículo como si fuera la molesta acompañante de los dos. Claro que, había sido Mariví y no él la que le había usurpado el sitio, pero Pablo no había protestado. ¿Qué habría sucedido en el interregno para que la actitud de él hubiera variado tanto?

Don Eulogio hacía ya ademán de levantarse, dando la reunión por terminada, y ella le imitó a la par que los otros dos. Tarsicio tan inexpresivo como siempre y Pablo claramente malhumorado. Aunque ambos le cedieron el paso en la puerta de la sala de juntas, retrocedió ella en el pasillo para reunirse con este último y en cuanto Tarsicio se metió en su despacho, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Le has cogido manía a Mariví de repente? No es esa la impresión que me diste anteayer, en la sierra, sino más bien al contrario.

—¿Qué quieres decir?, —se interesó hosco.

—Que parecíais almas gemelas disfrutando de vuestra mutua compañía, —repuso en tono ligero que no traslucía el resentimiento que el comportamiento de los dos le había producido entonces y que todavía le escocía.

—Pues estás muy equivocada, —replicó furibundo—. Traté únicamente de ser educado, aunque esa chica me saca de quicio. Se me pegó como una lapa desde el primer momento y consiguió, aún no sé cómo, dejarte en tierra cuando se empeñó en que nos largásemos a esquiar los dos solos. Fue una grosería por mi parte, que tienes que perdonarme y que agradecer a esa estúpida.

Aunque ella opinaba lo mismo, trató de quitarle importancia.

—Bueno, tampoco fue para tanto. Sabes que no sé esquiar y además en el albergue lo pasé bien esa mañana.

El semblante de él se contrajo en un irritado gesto.

—Sí, con las dos excursionistas y con ese hombre guapísimo que no me presentaste y que ni siquiera llegué a conocer.

Rememoró ella el momento en el que entraban por la puerta del albergue a la hora de comer después de que la rescataran del torreón y cómo desapareció Iván apresuradamente por el pasillo de la planta baja sin volver la cabeza. Y también como se había esfumado igualmente de la sala de estar cuando regresaron Mariví y él por la tarde de su frustrada intentona de practicar su deporte favorito y entraron en esa estancia.

—Es que tenía prisa.

—¿Si?, ¿por qué?

—No sé por qué. Dijo que tenía prisa y se marchó corriendo.

Se la quedó mirando inexpresivamente.

—Ya, pero luego reapareció, ¿no es así?

—Sí, porque habíamos quedado, —mintió con aplomo.

—Ya.

Se encogió Lilian de hombros para no aclararle que, cuando volvió la mirada hacia el lugar que había ocupado en el sofá entre Juan e Iván, habían desaparecido los dos y no los había vuelto a ver. Dudó también en referirle que se había encontrado a Juan la tarde anterior en la tasca donde había comido y que una hora después había recibido a Iván en su despacho y que le había encargado que le llevase un asunto de desahucio, pero pensó que no era el momento más oportuno.

—Ya te comenté que había quedado con él y que bajé al vestíbulo por la tarde, poco después de que Gabriel me enviara un mensaje por el móvil y de que yo te llamara a ti para advertiros.

Hizo intención Pablo de continuar camino hacia su despacho, pero debió pensarlo mejor, porque retrocedió sobre sus pasos.

—¿Y qué te pareció su último numerito?

—¿A qué te refieres?

—Al numerito de tu amiga. No intentes disimularlo, porque se te notó a la legua que te sentó fatal. Estoy hablando de nuestro regreso a Madrid. De cuando se sentó en el asiento del copiloto y te dejó a ti en el posterior, como

si fueses nuestra acompañante. ¿Tampoco te molestó? Esa chica se cree el ombligo del mundo, se considera irresistible.

Ciertamente había sido el remate de un fin de semana aciago y durante el trayecto rumió ella toda suerte de denuestos contra los dos que ocupaban los asientos delanteros, pero como no lo podía reconocer, le sonrió como si no hubiera reparado en ese detalle.

—Porque es a lo que los chicos que tratábamos la han acostumbrado, —objetó, aprestándose a defenderla.

—¿Sí? Pues debería darse cuenta de que eso pertenece al pasado, máxime después de la experiencia que ha tenido con ese tipo. Yo de ti, en cuanto dé con él la policía y le detenga, pondría tierra por medio y me buscaría otras amistades más normalitas.

—¿Que Mariví?

—Sí, claro. ¿De quién crees que estoy hablando?

No llegó a responderle porque en ese preciso instante sonó su móvil. No el tintineo que anunciaba que le había sido enviado un mensaje, sino la canción indicadora de una llamada telefónica, por lo que extrajo el aparato del bolsillo de su pantalón y consultó el número en la pantalla. Era Fernando Costa, por lo que más tranquilizada se lo llevó al oído.

—Buenos, días, ¿hay alguna novedad?

La voz de él no era la de siempre, lacónica e inexpresiva. Tenía un matiz distinto que la alertó antes de que él le expusiera la noticia.

—Pues sí, le hemos encontrado.

—¿A Gabriel?, ¿han encontrado a Gabriel? Gracias a Dios. ¿Y le han detenido?

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Le pareció que el policía medía cuidadosamente las palabras.

—Pues no, no exactamente. Necesito que avise a la señorita Díaz para que se presente inmediatamente en el Instituto Anatómico Forense a reconocer el cadáver.

Algo duro e hiriente le repercutió a Lilian en su interior al escucharle. Abrió desmesuradamente los ojos e intentó responderle, pero las frases que buscaba debían de habérsele perdido en algún rincón de su garganta, porque apenas si consiguió emitirlas entre tartamudeos.

—¿El… cadáver? ¿Qué cadáver? ¿Es que… es que ha muerto? ¿Y cuándo ha fallecido? Porque me mandó anteayer dos mensajes a mi móvil. Ya los rastreó usted.

Le costó entender la respuesta de él, escueta y precisa.

—Pues eso es lo más extraño, porque el forense asegura por el estado del cuerpo que Gabriel García falleció hace más de una semana.

Se quedó sin habla, se quedó como atontada, con la sensación de que el mundo se hundía bajo sus pies.

—Pero eso es… imposible, —articuló al fin—. Ustedes han detectado los mensajes que me ha ido enviando casi todos los días. Es… absurdo. —Apartó la melena de su frente intentando reflexionar, pero notaba la mente tan espesa como si no hubiera acabado de despertarse de un sueño muy profundo, que la mantuviera aún vagando por los caprichosos desatinos del subconsciente. A duras penas logró inquirir—: ¿Quién me los ha remitido entonces? ¿Alguien que está loco y que se considera muy gracioso?

En el tono de la voz del policía latía un ligerísimo matiz irónico.

—No, me temo que no.

No lo captó Lilian y por eso insistió:

—¿Y se sabe de qué ha muerto? ¿De una parada cardíaca o…? Tendrán que hacerle la autopsia.

—Por supuesto. Y tengo que pedirle que se pase usted por esta comisaría para responder a unas preguntas sobre esos mensajes que alguien ha ido remitiendo a su móvil desde diversos puntos de Madrid y en Navacerrada durante el último fin de semana, después de que falleciera Gabriel García. Al parecer y en opinión del forense, a ese hombre le han asesinado.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Se apoyó contra la pared temiendo no poder sostenerse. Notaba las piernas temblonas y absurdamente flojas, conforme las palabras del policía iban haciéndose inteligibles en su cerebro. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que la persona que había liquidado a Gabriel se hubiera entretenido después en hacerle creer a ella que seguía vivo enviándole mensajes por el móvil y se hubiera permitido el lujo de amenazarla? Tenía que ser un loco que disfrutara gastando bromas macabras. Pero además, ¿por qué a ella? No había conocido al maltratador de su amiga ni había visto a esta durante los cinco años anteriores, los mismos en los que había durado la relación de Mariví con él.

Notó las manos de Pablo en sus hombros sacudiéndola.

—¿Qué te ocurre, Lil? Te has quedado muy pálida. ¿Qué te ha dicho ese policía que le han asignado a tu amiga?

Con un esfuerzo consiguió ella regresar al pasillo de la oficina en el que se hallaba y reconocerle a él, que escudriñaba ansiosamente su semblante, para contestarle:

—Han encontrado a Gabriel García, al tipo con el que vivía Mariví y que la maltrataba. Tengo que ir a buscarla a mi casa para acompañarla al Instituto Anatómico Forense a que reconozca el cadáver. Al parecer, murió hace más de una semana.

Se la quedó mirando sin comprender.

—¿Más de una semana? No puede ser.

—Eso mismo pienso yo. ¿Quién me ha estado mandando entonces los mensajes a mi móvil y sobre todo, para qué? Fernando Costa quiere interrogarme en la comisaría sobre ese particular. Me ha dado la sensación de que cree que de algún modo estoy implicada en el asunto.

—¿Implicada?

—Sí, el forense ha reconocido el cadáver y cree que le han asesinado.

De la sorpresa, le resbalaron a él las gafas de concha sobre la nariz y volvió a colocarlas parsimoniosamente con un dedo sobre el puente, como si necesitara ganar tiempo para entender lo que Lilian le decía.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo? No has visto a ese hombre en tu vida y has recibido realmente esos mensajes. Soy testigo. ¿Qué es lo que piensa ese idiota? ¿Qué te los has enviado a ti misma?

Lo consideró ella en silencio, con el ceño fruncido, y terminó por hacer un gesto de asentimiento.

—Sí, creo que es eso lo que piensa, aunque no sé en qué se basa.

Hizo intención Pablo de pasarle un brazo sobre los hombros, al tiempo que rezongaba sobre la opinión que le merecía el policía.

—Si es lo que piensa, le vamos a convencer inmediatamente de lo contrario. ¿Quieres que te acompañe a la comisaría como tu abogado? Asistiré a tu declaración y…

Un conato de orgullo la obligó a levantar desafiante la barbilla.

—No, muchas gracias. Me ha pedido que me presente a contestar a unas preguntas, pero por el momento no estoy detenida ni creo que me considere sospechosa. Sería absurdo. Además, me basto y me sobro para defenderme a mí misma.

—Pero…

—Muchas gracias, pero no. Y ahora, perdona. Tengo que ir a buscar a Mariví. Prefiero decirle personalmente lo que le ha ocurrido a Gabriel, en lugar de comunicárselo por teléfono. No sé cómo reaccionará. Puede que deje escapar un suspiro de alivio o puede que se ponga a llorar a gritos.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe a la comisaría?, —insistió Pablo tras unos instantes de vacilación.

—Segurísima, pero te repito que gracias.

Mariví no reaccionó de ninguna de las dos formas que había supuesto. La encontró sentada en el sofá del salón, aún en bata y con un espantoso dolor de cabeza, secuela del coñac que había bebido la tarde anterior, y se la quedó mirando incrédulamente con sus grandes ojos color violeta y

expresión de no haberla entendido, cuando le comunicó la noticia que le había dado Fernando Costa sobre Gabriel.

—¿Qué le han encontrado muerto? No puede ser. ¿Dónde le han encontrado?

—Eso no lo sé, —repuso impaciente—. No me lo ha dicho. Quiere que ahora te presentes en el Instituto Anatómico Forense a reconocer el cadáver. Yo, por supuesto, te acompañaré. Imagino que no será nada agradable.

Le pareció que su amiga no acababa de asimilar la noticia. Parpadeó varias veces como atontada, con la cabeza baja y expresión ausente. Luego levantó la mirada para desviarla hacia el desolado jardín que podía verse desde el ventanal del salón.

—No lo entiendo, no entiendo nada y además no puede ser.

—¿Qué es lo que no puede ser?

—Que lleve muerto tanto tiempo. Es imposible. Estuve con él el día antes de presentarme en tu despacho. Ese día era domingo y había preparado yo para cenar una crema de calabaza e iba a freír unos huevos, pues el dinero que me habían pagado el sábado limpiando la oficina no daba para más. Apareció en el piso cuando estaba yo en la cocina, borracho como una cuba, y tiró la sopa al suelo chillando que era una porquería. Luego arrojó los huevos contra la pared y me acorraló contra la lavadora. Me atizó varias bofetadas e incluso me agarró por el cuello y estuvo a punto de estrangularme. Ya era de noche, pero salí corriendo de la casa con lo puesto y a la mañana siguiente me presenté en tu despacho para pedirte ayuda.

Lo imaginó Lilian sin ninguna dificultad rememorando el lamentable aspecto de la chica cuando apareció en el piso de la oficina con el rostro hinchado e irreconocible.

—Pues debió de morir esa noche o a lo sumo al día siguiente.

Le dio la impresión de que Mariví intentaba asimilar sus palabras, pero luego hizo un gesto negativo.

—No. Recuerda que después has estado recibiendo mensajes suyos en tu móvil. Por lo que me has contado, el último anteayer en el albergue de la sierra. ¿No fue así?

—Sí.

—¿Pero entonces…?

—Es obvio que no pudo ser él, —musitó Lilian con voz apenas audible.

En silencio se quedaron mirándose las dos igualmente desconcertadas. Fue Lilian la primera en reaccionar y en intentar colocar en su lugar las piezas de aquel intrincado puzle, por lo que le preguntó:

—La misma noche en que le abandonaste te acordaste de mí, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y cómo sabías donde trabajaba yo? En los últimos cinco años no nos habíamos visto ni habíamos hablado.

Pestañeó Mariví, antes de clavar en ella una mirada desenfocada.

—¿Que cómo? Supuse que seguirías en el mismo bufete. A ti nunca te ha gustado cambiar de ubicación, te apegas a todo. Lo supuse y acerté.

—¿Y dónde pasaste esa noche? Si saliste con lo puesto…

La interrumpió en el acto.

—En una pensión de mala muerte. Ya te he dicho que había cobrado en las oficinas que limpiaba y llevaba el dinero en el bolsillo del pantalón. En cuanto me levanté a la mañana siguiente pagué el alojamiento de esa noche y me apresuré a ir a verte, ya lo sabes.

—Pero me acabas de decir que te habías gastado todo el dinero que tenías en comprar la calabaza para la sopa y los huevos, —objetó ella que, acostumbrada a interrogar a los inculpados y a los testigos en las vistas de los juicios, detectaba instantáneamente las contradicciones en las que incurrían.

—No me lo había gastado todo, —rectificó la chica—. Lo que te he dicho o he querido decir es que no podíamos permitirnos mayores lujos en una cena. Él no aportaba ingresos de ningún tipo. Seguía frecuentando el hipódromo y apostaba en las carreras de caballos, pero no tenía suerte. Según decía, porque yo le había gafado.

—¿Y con qué dinero apostaba? Los boletos no son gratis.

—Con el que me quitaba a mí. Cuando cobraba en la oficina y regresaba a casa, solía guardarlo en el cajón de la mesilla y él aprovechaba cualquier momento en el que salía a la calle yo para apropiárselo. Al sábado siguiente se marchaba al hipódromo y regresaba sin un duro y borracho. En el bar de la esquina le fiaban.

—Ya, —musitó lacónicamente Lilian.

Respiró hondo mientras rememoraba el aspecto de su amiga cuando Anita abrió la puerta de su despacho y le cedió el paso el lunes anterior. El fatídico veintinueve de febrero que debería haber sido un día especial y que había iniciado una semana de pesadilla. La vio en su imaginación entrar con su cabello lacio y sin brillo recogido en la nuca con una goma y unas enormes gafas de sol que le cubrían el rostro. Visualizó el gastado chaquetón de cuadros que vestía, así como unos viejos pantalones oscuros y el bolso de plástico que le colgaba del hombro y que imitaba la piel de cocodrilo. De improviso algo como un fogonazo cruzó por su cerebro. Igual que en los juicios notaba cuando le mentía la persona a la que estaba interrogando, acababa de caer en la cuenta de que en el relato de Mariví algo no encajaba.

—Dime una cosa, —empezó en tono ligero—. Según has dicho, estabais cenando, cuando Gabriel se abalanzó sobre ti y empezó a pegarte.

—Sí.

—Y entonces conseguiste desembarazarte de él, escapar corriendo del piso y bajar apresuradamente por la escalera. Saliste a la calle y no regresaste más a tu casa.

—Eso es.

Escudriñó Lilian atentamente su semblante.

—¿Cómo es que entonces apareciste a la mañana siguiente en mi despacho con el chaquetón puesto y el bolso colgado del hombro?

Vaciló Mariví y luego se mordió los labios antes de responder:

—En el piso en el que vivíamos hacía un frío de mil demonios. Se había acabado el butano de la estufa, por lo que me había puesto el chaquetón para sobrellevar la tiritera, ¿comprendes?

Su expresión era absolutamente convincente, pero también solía serlo la de los delincuentes que defendía ella cuando les interrogaba el fiscal. Por esa razón insistió:

—¿Y el bolso? ¿Mientras te sacudía un guantazo detrás de otro, tuviste tiempo y oportunidad de recoger tu bolso para escapar corriendo por la escalera? Me parece una reacción bastante peregrina.

También ahora se mordió los labios Mariví y un lagrimón se desprendió de sus ojos.

—Lo había dejado colgado del perchero, en el vestíbulo. Gabriel había resbalado en el charco que se había formado con el contenido de la sopera. Antes de que se levantara del suelo lo descolgué y bajé los escalones saltándolos de dos en dos.

Aunque no le satisfizo su respuesta, no se atrevió Lilian a insistir. Con los ojos llenos de lágrimas y sin apartarlos de la ventana oyó decir a Mariví como para sí misma:

—No comprendo nada. Gabriel debió morir al día siguiente. Precisamente el mismo lunes en que fui a pedirte ayuda a tu despacho. El mismo en el que presentamos la denuncia contra él y me acogiste en esta casa.

—Posiblemente, aunque aún no lo sabemos con exactitud porque todavía no le han practicado la autopsia.

Parecía la chica estar atando cabos con la vista fija en el desarbolado sauce que crecía en la parte delantera de la casa, junto a la verja, más allá del frondoso pino que ocultaba la fachada. Con sus ramas desnudas de follaje levantadas hacia el blanquecino firmamento, simbolizaba la cruda imagen del invierno tal y como un pintor hubiera querido plasmarla en un cuadro.

—A los pocos días de haberme venido yo a tu casa, creo que era miércoles, te envió el primero de sus mensajes por la noche, cuando ya estábamos durmiendo, diciéndote que estaba en el jardín, ¿no es así?, —rememoró cavilosa.

—Efectivamente, pero fue el segundo. El primero lo recibí horas antes, esa misma tarde. Estaba en mi despacho con Pablo.

—¿Y quién ha sido el gracioso, si Gabriel había muerto ya para entonces?

—No lo sé. Fernando parece creer que esos mensajes me los he enviado yo a mí misma.

—¿Tú a ti misma?, —repitió en tono interrogante como si lo estuviera considerando—. ¿Y para qué habrías de haber hecho semejante estupidez? A no ser que…

Enarcó Lilian las cejas, animándola con ese gesto a continuar.

—¿Qué?

—No sé. ¿Saliste al jardín esa noche? La noche en la que pretendía que me reuniera allí con él.

De la sorpresa, tardó Lilian en entender lo que le decía y en reaccionar.

—¿Qué insinúas? ¿Me estás preguntando si cuando recibí el mensaje de Gabriel, que encerraba tácitamente una amenaza, salí al jardín a entrevistarme con él? Por supuesto que no. ¿Crees que estoy loca? No sé por qué me atribuyes un valor absurdo que no he tenido nunca. Una cosa es que no me amilane ante las fanfarronerías del abogado de la contraparte cuando defiendo a un cliente y otra muy distinta que sea capaz de enfrentarme con un chalado maltratador de mujeres en un jardín solitario y de noche. Por supuesto que no salí de esta casa, que afortunadamente es bastante segura. Lo que sí hice fue llamar a la policía, que no tardó en presentarse. ¿No lo recuerdas?

—Sí, claro que lo recuerdo, —repuso con el mismo aire ausente, como si estuviera en trance—. Y ahora tengo que ir a reconocer el cadáver de Gabriel, ¿no es eso?

—Eso ese. Vístete. Te prepararé una tila mientras tanto.

Hizo intención Mariví de dirigirse hacia la puerta del salón, arrastrando la deslucida bata que llevaba sobre el pijama, pero se volvió con la mano en el pomo, antes de abrirla.

—¿Va a ser muy desagradable?

—Me temo que sí.

Media hora más tarde detenía Lilian su automóvil frente al Instituto Anatómico Forense, en la ciudad universitaria. Grupos de estudiantes caminaban deprisa en dirección a sus respectivas facultades con el semblante arrebolado por el frío reinante en la mañana invernal, cuando ellas descendieron del vehículo. Fernando las esperaba delante de la puerta y las acompañó por un largo y amplio pasillo hasta una sala donde instantes más tarde un celador con una bata verde entró empujando una camilla en la que transportaba lo que parecía ser un cuerpo rígido, cubierto por una sábana blanca. Fernando le indicó a Mariví que se aproximara, al tiempo que retiraba la sábana para dejar al descubierto la cabeza del difunto. Lilian

que la había seguido comprobó que el espectáculo no era tan terrible como había temido. El cadáver, blanco como la cera, aún mantenía los ojos abiertos, que eran de un grisáceo color verdoso. El cabello, oscuro, abundante, demasiado largo y húmedo, le resbalaba hacia atrás desde la frente sobre la camilla y en la mejilla derecha presentaba una brecha oscura, que debía obedecer a los efectos de un tremendo golpe.

Mariví le observó en silencio durante unos segundos y luego hizo un ademán afirmativo al tiempo que esbozaba un puchero y reprimía una arcada.

—Sí, es él.

—¿Está segura?, —insistió Fernando.

Dejó escapar la chica un hipido.

—Sí, sí. Completamente.

Se abrazó llorando a Lilian, que le dio unas palmaditas en la espalda y que por encima del hombro de la chica se dirigió al policía.

—¿Podemos marcharnos ya?

—Si, en cuanto doña Victoria firme que el reconocimiento del cadáver ha sido positivo. Usted no le conocía, ¿verdad?

—No, ya le he dicho que no, que no tenía el disgusto, —repuso secamente—. ¿Y puede decirme dónde le han encontrado?

El policía hizo un gesto de asentimiento sin apartar la mirada de su rostro.

—Sí, sí puedo decírselo. En el jardín de una casa abandonada en Ciudad Lineal. No muy lejos de la casa donde vive usted.

Parecía sugerir algo que ella se esforzó en no haber captado. Impasible, le preguntó:

—¿Y… y cómo se les ha ocurrido ir a buscarle allí?

—No se nos había ocurrido, —replicó con una risita sardónica—. Nos han avisado los dueños del chalet contiguo, alertados por el olor, ¿comprende?

Si esperaba verla realizar un gesto que denotase que la descripción del suceso la asqueaba, debió llevarse una decepción. No era la primera vez que Lilian visitaba el Anatómico Forense acompañando a un cliente ni tampoco en el que defendía la inocencia de un encausado por un homicidio similar.

Sin que su semblante mostrase ningún tipo de emoción, empujó a Mariví hacia el fondo del pasillo, en dirección a la salida y se despidió de él con una última pregunta.

—¿A qué hora le vendría bien que me presente en la comisaría?

Sonrió él al notarla a la defensiva.

—Esta tarde a primera hora. ¿Es posible?

—Por supuesto.

—Hasta luego entonces.

Hizo Lilian un gesto con la mano a modo de despedida y en cuanto Mariví firmó en el impreso que le indicaron en el que afirmaba que el rígido cuerpo había pertenecido a Gabriel García, salieron ambas a la calle.

Soplaba una brisa helada que zarandeaba las ramas de los árboles, ahora desnudas de follaje, con un quejido tristón. A lo lejos podía distinguirse la rojiza fachada de la facultad complutense de Derecho y Lilian se la señaló con un gesto.

—¿Te acuerdas?

La otra asintió con expresión añorante.

—Sí, qué distinto era todo entonces, ¿verdad? Quién me hubiera augurado durante esos años que esta mañana saldríamos del Instituto Anatómico Forense de reconocer el cadáver del hombre con el que he vivido durante cinco años. Es horrible, ¿no te parece?

Le dirigió Lilian una rápida mirada de soslayo.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Yo?

Parecía aturdida y… sí, también nostálgica como si estuviese rememorando placenteras etapas del pasado que echara en falta en esos instantes.

—Pues… pues no sabría decirte, —continuó, con la mirada perdida en la lejanía—. Debería sentirme liberada, ¿no crees? Pero lo que noto es un espantoso vacío, como si me faltara algo que ha sido fundamental en mi vida y que ahora, al perderlo, la ha dejado carente de sentido.

—No te estarás refiriendo a Gabriel, ¿verdad? No era más que un indeseable. Ahora podrás rehacer tu vida. No tendrás ya que permanecer encerrada en mi casa, temiendo que en cualquier momento pueda aparecer

para zurrarte o para hacerte algo peor. Podrás volver a trabajar sin miedo a que te ponga un ojo morado y a que consecuentemente te despidan.

La interrumpió Mariví al oírla referirse a su futuro trabajo.

—Por cierto, ¿consultaste con don Eulogio sobre lo que te sugerí? ¿Sobre mi posible contrato de pasante en tu despacho, sin sueldo por el momento?

Hubiera preferido Lilian posponer ese tema para un momento más propicio, pero se vio obligada a responderle, porque no se le ocurrió el modo de eludirlo.

—Sí, y me contestó que quizás más adelante…

—¿Que por ahora no?

—Eso es.

Pareció reflexionar la chica, con los ojos guiñados por los efectos del sol pálido que se filtraba entre las ramas de los árboles y que la deslumbraba.

—¿Os reunió a todos los compañeros del despacho?, —insistió.

—Sí, en la sala de juntas.

—¿Y qué opinaron los demás?

Incómoda, se preguntó Lilian si debería decirle la verdad en unos instantes tan penosos.

—Pues… Tarsicio no dijo nada. Es muy parco en palabras y se limitó a escucharnos a los demás.

—¿Y Pablo?

Volvió a vacilar ella. ¿Cómo aclararle sin herirla lo que había manifestado este durante la junta?

—Pablo opinó lo mismo que don Eulogio, —repuso al fin con voz clara — que la clientela ha disminuido en los últimos tiempos y que podemos abarcar sin problemas el trabajo que tenemos sin necesidad de más personal.

Habían alcanzado el lugar en el que Lilian había estacionado el automóvil y en cuanto esta abrió las portezuelas con el mando, ambas se introdujeron en el vehículo cada una por un lado del mismo.

—O sea, que Pablo se opuso, —resumió la chica, arrellanándose en el asiento del copiloto.

—No, no exactamente, —la corrigió ella, envolviéndola en una mirada compasiva antes de accionar el contacto. Luego arrancó.

—¿No?, ¿qué fue lo que dijo exactamente?

En silencio, bordeó Lilian con el coche la glorieta y cambió de sentido, tomando el amplio paseo que discurría entre las facultades que impartían las distintas materias en dirección a la Moncloa.

—No lo recuerdo como para repetirlo al pie de la letra. Sé que sugirió que un trabajo relacionado con la moda sería más acorde con tus aptitudes. La verdad es que yo opino lo mismo. En cuanto te deje en casa, pon en marcha mi ordenador y consulta las ofertas de trabajo. Creo que te ayudará ocuparte en algo que te proporcione unos ingresos y que te distraiga.

—Sí, claro, —musitó la chica con voz apenas audible—. Pero no es necesario que me lleves. Puedo ya andar sola por la calle sin miedo a que me siga Gabriel y a que me asalte en cualquier esquina solitaria. Déjame cerca de una boca del Metro y vete a tu despacho, que ya te he hecho perder bastante tiempo por hoy. Aunque Pablo haya dado como excusa que no tenéis suficiente trabajo, sé que estás desbordada. Encima ese pelmazo de Fernando Costa te va a hacer perder la tarde en la comisaría.

—Pero…

Descendían ahora con el coche en dirección a La Castellana por la calle Abascal, ruidosa y trepidante bajo un tráfico ensordecedor y antes de llegar a la esquina con la de Zurbano se empeñó la chica en que detuviera el vehículo en un semáforo en rojo.

—Déjame aquí. Hay una boca de Metro y tú puedes torcer a la derecha en la calle Miguel Ángel. ¿Vas a venir a comer a casa?

—No, esta tarde tengo que ir temprano a la comisaría. Si Fernando no me entretiene mucho, podré recuperar el tiempo perdido durante la tarde. Si necesitas algo o tienes alguna novedad, llámame por teléfono.

Descendió Mariví del vehículo y Lilian la vio ir calle abajo, caminando ágilmente sobre sus zapatos de alto tacón y con su cobriza melena agitada por el viento. La mayor parte de los transeúntes con los que se cruzaba se volvían a su paso, pero la chica no parecía advertirlo. Caminaba absorta en sus pensamientos sin la euforia que debería sentir al saberse libre por fin del hombre que en los últimos años le había hecho la vida imposible.

Anita tecleaba en el ordenador cuando entró ella en el piso y la detuvo cuando pasó apresuradamente por delante de su mesa.

—¿Qué?, ¿cómo ha ido todo? Pablo me ha dicho que habías salido esta mañana a acompañar a tu amiga al reconocimiento del cuerpo del hombre con el que vivía. ¿Era él?

Asintió Lilian e hizo intención de continuar atravesando la antesala, pero la chica no se lo permitió.

—¿Y qué más? ¿Se sabe cuándo y de qué ha muerto?

—No, aún no se le ha practicado la autopsia, —replicó, recriminando in mente a Pablo por explayarse en demasía con la chica y hacerle partícipe de asuntos que no eran de su incumbencia—. Y perdona, pero tengo prisa. Llego tarde para recibir a una cliente que tenía citada esta mañana y que debe de encontrarse en la sala de espera, así que…

—La ha recibido Pablo, —la interrumpió la otra—. No sabíamos cuánto podías tardar en venir y no era cosa de que le dieras un plantón a esa señora. Un divorcio, ¿no?

Se quedó mirándola con aire interrogante, pero Lilian fingió no haberla oído, por lo que, cansada de aguardar respuesta, continuó:

—Si quieres que avise a Pablo de que has llegado… —se ofreció, haciendo intención de descolgar el teléfono interior.

—No, no, déjalo. Aprovecharé entonces la mañana para estudiarme el cerro de papeles que se amontonan sobre mi mesa. Gracias.

Continuó su camino por el pasillo y cuando lo recorrió y finalmente entró en su despacho cerró cuidadosamente la puerta sintiéndose absurdamente inquieta. Pensó que debería sentirse liberada en parte de la pesadilla que había padecido desde que la semana anterior Mariví se personara en ese mismo despacho. Ya no existía Gabriel ni por ende el peligro que él representaba, pero persistía la incógnita sobre los amenazadores mensajes que alguien, que no era él, le había enviado y que mantenía archivados en su móvil, así como la abrumadora percepción de tener muy cerca a ese extraño. Aún no se había acabado todo. Su amiga encontraría pronto un trabajo y se mudaría a un piso que pudiera pagar y ella reanudaría su vida anterior, pero aún con miedo, con la angustia que la había atenazado día tras día desde entonces. Quizás pudiera recomenzar con

Pablo la relación que habían mantenido antes de que Mariví se cruzara entre los dos. Esa misma mañana en la sala de juntas había demostrado él sin género de dudas que la chica no le interesaba lo más mínimo. De otra forma no se hubiera opuesto tan tajantemente a que se la contratara en el despacho como pasante, ya que en caso de haberse mostrado conforme podría verla a diario sin realizar el menor esfuerzo. En ese aspecto tal vez pudiera volver a su cauce lo que creía que sentían los dos, se dijo. Se había cerrado el paréntesis que había supuesto la irrupción en su vida de la amiga de la facultad y de los problemas que había conllevado, por lo que era posible que el autor de los mensajes, quienquiera que fuese, se olvidara de la existencia de Mariví y de la de ella. ¿Sería un admirador secreto y despechado de la otra? Ahora que había muerto Gabriel tenía el campo libre, por lo que quizás se olvidara del número de su móvil. Solo así podría ella relajarse y concentrarse en el trabajo que tenía pendiente.

Sin saber por dónde empezar, examinó con ojo crítico el cerro de papeles que Anita había ordenado sobre su mesa en forma de montículo. Coronando el montículo, vio el sobre color manila que le había llevado Iván la tarde anterior conteniendo los documentos que debería estudiar para formalizar la demanda de desahucio y se decidió por iniciar ese asunto. Tenía mucha experiencia en arrendamientos y además el caso que le había planteado Iván era relativamente sencillo, por lo que lo abrió y extrajo los papeles, buscando seguidamente el contrato de inquilinato. Lo primero que comprobó fue la fecha en la que había sido suscrito. Efectivamente había vencido ya el plazo de cinco años, lo que suponía que se había prorrogado tácitamente la obligación que habían concertado por un año más. Sería necesario entonces denegarle al inquilino dicha prórroga por causa de la necesidad que tenía el propietario de ocupar la vivienda, ya que Iván le había asegurado que no disponía de otra en Madrid.

Puso en funcionamiento el ordenador que tenía sobre la mesa y recuperó el modelo de demanda de desahucio que solía utilizar por ese motivo. Rellenó el espacio destinado al arrendador con los datos de Iván y pasó después a hacer lo mismo en el correspondiente al arrendatario, comprobando su nombre en el contrato. Fue entonces cuando experimentó una sacudida y por un instante creyó ver doble. Se restregó los ojos y luego

volvió a leerlo cuidadosamente para terminar acodándose en la mesa con la sensación de que la pesadilla de la que había luchado por despertar se había reiniciado en los últimos segundos. Se vio de nuevo en el albergue de Navacerrada desayunando con Iván y a este insistiendo en que se acercaran los dos a visitar un torreón semiderruido y solitario en la inmensidad nevada de la sierra y creyó sentir de nuevo el viento helador gimiendo a su alrededor mientras arreciaba la nevada y ella echaba a correr sin rumbo fijo, perdida bajo la cortina blanca que se abatía sobre su cabeza, hasta que encontró por azar la torre. ¿Qué había pretendido él al llevarla hasta allí sin que nadie les acompañara, siendo más que previsible que el temporal arreciase y que les impidiera regresar al albergue? ¿Tan solo convencerla de que se ocupara como abogado del desahucio del inquilino de su piso? Porque el inquilino había sido precisamente Gabriel García, el maltratador de Mariví y el piso era el mismo que esta había compartido con ese hombre y que las dos habían visitado en compañía de Fernando Costa. El cuarto B de un edificio en la calle Malasaña, esquina con la del Divino Pastor.

¿Sería solamente una casualidad?

OceanofPDF.com

Capítulo 12

Fernando Costa la recibió en cuanto llegó a la comisaría con la puntualidad que la caracterizaba, y la hizo pasar al mismo despacho donde las había recibido a Mariví a y a ella el día anterior. A Lilian le pareció que estaba tenso o al menos la expresión de su semblante distaba mucho de traslucir la cordialidad de que había hecho gala en otras ocasiones. Le indicó que tomara asiento al otro lado de la mesa y él hizo lo propio enfrente de ella, en una butaca giratoria que chirriaba a cada movimiento rotativo que efectuaba sobre su eje. Le dio a ella la impresión de que buscaba cuidadosamente las palabras precisas cuando levantó la cabeza y fijó en su semblante sus ojos castaños.

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas y me gustaría que me contestase la verdad, sin subterfugios de ninguna clase.

—¿Sin subterfugios?

—Si, sin acudir a las tretas de que se valen ustedes, los abogados, para eludir reconocer la verdad, por clara que esta sea. Quiero que me puntualice con la mayor exactitud donde se encontraba usted en todos y cada uno de los momentos en los que recibió un mensaje en su móvil de un desconocido al que creímos identificar como el hombre que convivía con doña Victoria, ya que es obvio que no pudo ser él.

Hizo Lilian un gesto de asentimiento.

—Efectivamente, porque, al parecer, ya había muerto cuando recibí el primero de esos mensajes. ¿Tienen ustedes alguna idea de quién puede ser esa persona? Quizás algún bromista con un sentido del humor bastante extraño.

—O quizás podría tratarse de que alguien ha fingido recibirlos.

Desconcertada, se le quedó mirando Lilian con sus grandes ojos muy abiertos y expresión de no haberle entendido.

—¿Quiere decir…? Ya me ha dado la impresión en alguna ocasión anterior que me observaba usted con recelo. ¿Pero por qué habría de habérmelos enviado yo a mí misma? No estoy chiflada ni sufro un desdoblamiento de personalidad ni siento la menor empatía hacia los maltratadores de mujeres.

—Por supuesto que no, —repitió él, que mantenía la cabeza baja como si no fuera capaz de sostener su mirada y la superficie de su mesa le interesara de una forma especial.

—¿Entonces…?

—Usted es una buena abogado, ¿no es cierto?, —le preguntó sin responder a su pregunta.

—Pues… sí, creo que sí.

—Y defiende a sus clientes hasta sus últimas consecuencias.

Enarcó ella las cejas, empezando a irritarse.

—Les defiendo dentro de los límites que me marca la ley. No la he sobrepasado nunca. —Se inclinó hacia adelante sobre sí misma para estudiar mejor la impenetrable expresión de él—. ¿A qué vienen esos últimos comentarios? Creía que me había citado para que le aportara algún dato que pudiera ayudar a identificar al autor de los mensajes. Si, por el contrario, pretende interrogarme como sospechosa de algo que no se me alcanza, tendrá que informarme primero de mis derechos, aunque me los sé de memoria, y a continuación decirme de qué se me acusa. Puedo defenderme a mí misma, pero también podría llamar a un compañero para que me asista en mi declaración. Estoy segura de que no ignora todo lo que le estoy diciendo.

Acusó él el impacto y sonrió a su pesar.

—Tiene usted muy mal genio.

—No lo crea, —replicó con acritud—. Me sorprende que pudiera usted imaginar que me iban a dejar indiferente sus indirectas.

Levantó Fernando una mano como si estuviera pidiendo una tregua.

—De acuerdo, tiene toda la razón. No la estoy acusando de nada y la he hecho venir tan solo para que me aclare algunos extremos que no están muy

claros y que me tienen bastante confundido. ¿Puede hacerme ese resumen sobre el lugar y la situación en la que se encontraba usted cuando recibió cada uno de esos mensajes?

—Pues… sí, creo que sí, —admitió Lilian más aplacada—. El primero me lo enviaron el día 3 de marzo por la mañana, cuando estaba en mi despacho. Habían transcurrido tres días desde que Mariví hubiera abandonado a Gabriel y se presentara ella en mi despacho a pedirme ayuda. Me encontraba yo con un compañero que se llama Pablo Duarte y que también es abogado. En su mensaje ese tipo me decía que sabía dónde vivía yo, así como que Mariví estaba conmigo. Me aconsejaba que me metiera en mis asuntos, ya que de otra forma tendría que atenerme a las consecuencias.

—¿Y dice que se hallaba con ese compañero de despacho?

—Sí, estábamos comentando el problema de mi amiga para tratar de conseguirle una casa de acogida. No lo logramos, porque en esos momentos no había ninguna disponible.

Hizo Fernando un gesto de asentimiento, pero con la misma expresión adusta.

—Supongo que ese compañero suyo podrá corroborar lo que me está diciendo.

—¿Pablo? Sí, desde luego que sí.

—Está bien, continúe.

—El segundo mensaje me lo envió esa misma noche a mi casa, cuando Mariví y yo ya estábamos durmiendo. Pretendía que saliera Mariví al jardín a entrevistarse con él y me amenazaba, si no accedía ella, a entrar en la casa a arreglarnos las cuentas a las dos.

—¿Y en esa ocasión había alguien con usted cuando recibió ese mensaje?

—No, claro que no. Ya le he dicho que estábamos las dos durmiendo. Tengo un cachorro que, con ese instinto especial de que gozan los animales, vino a mi cuarto muy inquieto. Debió notar la presencia de alguien en el jardín o… no sé. El caso que segundos más tarde sonó el móvil.

—Así que estaba usted sola antes y después.

—Sí, ¿por qué? Como le he comentado, estaba durmiendo y duermo sola, —puntualizó con algo de sarcasmo.

Debió captar él su tono hiriente, porque hizo un esfuerzo por sonreír, aunque no llegó a conseguir que los músculos de su rostro se distendiesen.

—De acuerdo, siga.

—Al día siguiente, 4 de marzo, tenía señalada yo la vista de un recurso de casación ante el Tribunal Supremo que, como supongo que sabrá, tiene su sede en la plaza de la Villa de París. Mariví se sentía enclaustrada en mi casa y quiso acompañarme. No llegó a entrar en la sala, porque se distrajo hablando con un compañero que aguardaba su turno en el pasillo y el agente judicial no le permitió entrar cuando ya había comenzado la vista. El caso es que, al finalizar esta, cuando ya habíamos salimos del edificio y nos encaminábamos a pie hacia el aparcamiento subterráneo de esa plaza, donde había estacionado yo el coche, sonó el móvil y era él. Bueno, era un mensaje de él. Me daba irónicamente la enhorabuena por mi actuación en el recurso y me amenazaba para el caso de que siguiera impidiendo que Mariví volviera con él. Estaba con ella en la plaza cuando sucedió lo que le estoy refiriendo, así que podrá corroborarlo.

—¿Su amiga?

—Sí.

—Claro, claro, —rezongó Fernando como para sí mismo.

—¿Decía usted algo?

—No, nada, continúe.

—El cuarto mensaje me lo envió el sábado pasado, 6 de marzo, cuando me encontraba en una torre semiderruida en la sierra de Navacerrada. No sé esquiar, pero decidimos pasar allí el fin de semana con la intención de alejarnos lo más posible de Gabriel y de que este no pudiera localizarnos. Mariví y Pablo habían subido ya a la Bola del Mundo en el telesilla cuando me desperté y mientras desayunaba conocí a un huésped que se alojaba también en el albergue y que me propuso dar un paseo hasta esa torre. Comenzó a nevar de pronto, a la par que arreciaba el viento y el caso es que le perdí de vista.

—¿A ese huésped?

—Sí. Intenté volver al albergue, pero debí de correr en dirección contraria, porque de improviso vi el torreón y me refugié dentro para guarecerme del temporal. Entonces fue cuando sonó mi móvil. Me decía ese

tipo que él también se encontraba en la sierra y que lleváramos mucho cuidado las dos porque podríamos resbalarnos y caernos por un precipicio.

—¿Se asustaría usted muchísimo, verdad?, —murmuró Fernando a media voz. Pero no le sonó a Lilian como una pregunta. Lo percibió más bien como un sarcasmo que la obligó a rebullirse inquieta en su butaca.

—Por supuesto que sí. Puede que usted no se asuste nunca y además dispone de un arma con la que defenderse en caso de necesidad, pero yo estaba completamente sola, perdida en la nieve y helada de frío. A lo mejor piensa que debería haberme puesto a dar saltos de alegría ante tal cúmulo de bendiciones, —terminó con sorna.

Por primera vez clavó en ella sus ojos y sostuvo su mirada.

—También estaba sola, claro.

—Sí, ya se lo he dicho. Ya le he explicado que eché a correr en dirección contraria a la del albergue, porque la nevada no permitía distinguir a un metro de distancia. Perdí de vista a ese huésped que había conocido durante el desayuno. Se llama Iván Vasiliev, pero no es ruso, es de Toledo, —terminó incongruentemente.

Se acarició el policía una mejilla examinando su expresión.

—Sí, ya lo sabemos. Así que no estaba él con usted cuando recibió el mensaje, de modo que no podrá atestiguarlo, ¿verdad?

—No, no podrá, porque ni siquiera se lo comenté cuando reapareció instantes después con dos chicas que se alojaban también en el mismo albergue.

—Y el último mensaje lo recibió pocas horas más tarde, después de comer, ¿no es así?

—Sí. Había subido a mi habitación a echarme un rato.

—O sea, que también estaba sola.

—Sí, ¿por qué?

Sin responder, Fernando esbozó una mueca.

—Y entonces ese hombre le comunicó que había vuelto a la sierra.

—Sí.

—Y desde entonces no ha vuelto a tener noticias de esa persona.

—No, afortunadamente, no.

Se le quedó mirando esperando algún comentario suyo que le permitiera deducir lo que pudiera estar pensando y a qué conclusión había llegado después del interrogatorio al que la había sometido, pero el rostro de él seguía siendo inescrutable cuando le dijo:

—Lo siento, pero tendrá que entregarme su móvil.

—¿Mi móvil?, —se inquietó—. ¿Para qué quiere mi móvil? Yo lo necesito para todo, pero sobre todo por mi trabajo. Muchos clientes me llaman cuando tienen que comunicarme algo urgente fuera de las horas de oficina. Me ocasionaría usted un serio trastorno.

—Procuraré devolvérselo lo antes posible, —repuso él en tono apaciguador—. Es posible que solucionemos este asunto en unos pocos días. Cuando eso ocurra, se lo devolveré.

—¿Quiere decir que espera detener en breve plazo a la persona que ha matado a Gabriel García?

Tardó él en contestar. Nuevamente había fijado sus ojos en la superficie de la mesa, metálica y de color gris, y no los levantó al decirle:

—Sí, espero que sí.

Dudó Lilian en hacerle la pregunta, pero finalmente pudo más la curiosidad que su sentido de la prudencia.

—¿Y puede decirme de qué ha muerto?

Hizo él un ademán de asentimiento.

—Sí, ha muerto atropellado por un coche.

Se acomodó Lilian en su butaca con un suspiro de alivio.

—Así que puede tratarse de un homicidio, no de un asesinato, y probablemente se trate de un homicidio culposo.

Meneó Fernando negativamente la cabeza.

—No. En opinión del forense, la persona que conducía ese coche le atropelló intencionadamente, ya que le pasó dos veces por encima. Se trata de un asesinato, cometido probablemente por una persona próxima al fallecido. ¿Puede decirme qué clase de vehículo conduce su amiga?

Se quedó sin habla. Tardó en entender lo que el policía le estaba preguntando y cuando sus palabras llegaron a hacerse inteligibles aún le costó comprender su significado.

—¿Mariví? No tiene coche. Ni tampoco carné de conducir. ¿Acaso piensa que cuando se cansó de recibir los mamporros que le sacudía ese tipo decidió ella enviarle al otro mundo, atropellándole por la calle con un automóvil que no tiene?

Esperó impaciente que le aclarara ese extremo, pero al darse cuenta de que no parecía dispuesto a darle una respuesta, insistió:

—¿No me había dicho usted que le habían encontrado en el jardín de una casa abandonada, en Ciudad Lineal? ¿Cómo es que de pronto han llegado a la conclusión de que le mataron en la calle y con un coche?

Se encogió él evasivamente de hombros.

—Eso pregúnteselo al forense. Al parecer le trasladaron después de muerto a ese jardín, donde ha permanecido desde entonces, ya que, como sabe, esa casa lleva abandonada mucho tiempo. Han sido los vecinos los que avisaron, alertados por el olor.

Si en esa ocasión esperaba él verla hacer el gesto de aprensión o de asco que no había asomado a su semblante en el Instituto Anatómico Forense, se llevó un chasco, porque ni tan siquiera pestañeó.

—Ya. Pues entonces deben empezar a investigar a alguien que pertenezca a su sexo en el entorno de ese tipo. Tengo entendido que Gabriel García era alto y corpulento, por lo que considero muy difícil que una mujer pudiera cargar con él para arrojarle por encima de la valla de esa casa. Se tratará sin duda de un hombre.

—¿Y cómo sabe que le arrojaron por encima de la valla?, —le preguntó inquisitivamente.

—No lo sé, lo supongo. Sé de qué casa me habla porque he pasado por delante de su verja muchas veces cuando volvía a la mía. La cancela es de hierro y la he visto siempre cerrada a cal y canto. Por eso imagino que quienquiera que le atropellara y tratara después de ocultar su cuerpo lo arrojaría por encima de la valla. ¿No fue así?

—Aún no lo sabemos.

—Y creo que sería imposible que una mujer pudiera hacerlo, salvo que fuera la mujer barbuda de una atracción circense, —terminó con sorna—. Y ahora, si no tiene más preguntas que hacerme, debo volver a mi despacho a trabajar. Tome mi móvil y ya sabe que estoy dispuesta a contestar a todas

las preguntas que quiera hacerme e incluso a darle un paseo con mi coche, —terminó sarcásticamente—. O si lo prefiere, a traérselo para que lo examine.

Se había puesto en pie y él la imitó, precediéndola después hasta la puerta del despacho. Ni tan siquiera le sonrió cuando Lilian, con un último ademán de despedida, echó a andar por el pasillo en dirección a la salida. Caminó deprisa cuando alcanzó esta, encaminándose hacia el edificio de su oficina con la mente sumida en un mar de confusiones, preguntándose cómo podría Fernando Costa haber llegado a pensar que Mariví podía ser la culpable del homicidio de Gabriel y ella su cómplice. Era tan absurdo…

Intentó imaginarla defendiéndose de las bofetadas de ese hombre. Sin duda lloraría como una Magdalena y echaría a correr a la primera oportunidad. Si, como le había referido, Gabriel había llegado al piso en el que vivían muy borracho, en ese estado sus movimientos serían torpes, por lo que no lograría alcanzarla cuando salió a la calle persiguiéndola. Recordaba con toda claridad los zapatones anchos de tacón bajo con los que ella se había presentado en su despacho a la mañana siguiente, cuando huyó de su casa con lo puesto. Probablemente esos zapatones la ayudaron a escapar y a desaparecer de su vista en la oscuridad de la noche. Él seguiría corriendo, dando tropezones, y en ese estado un coche le arrolló. Al llegar a ese punto parpadeó confusa. En su mente no había llegado a vislumbrar más que la sombra sin contornos definidos de ese automóvil, que por azar transitaba por la calle en ese preciso instante y se lo había llevado por delante. ¿Pero por qué había retrocedido después para rematar al hombre que yacía en el suelo? Esa acción denotaba una clara intencionalidad y elevaba el delito de homicidio a la categoría de asesinato. ¿Y quién podía desear la muerte de Gabriel, exceptuando a su amiga?

Sintió una punzada de pánico en su interior que se trocó después en algo que parecía atenazarla como si una mano de hierro la oprimiese. ¿Habría sido capaz Mariví en su desesperación de realizar una acción así? Por un instante sintió que le fallaba el aliento y estuvo a punto de agarrarse a una farola que encontró a su paso, pero se limitó a detenerse para inspirar aire y para decirse que tenía que haber otra explicación. Su amiga no sabía conducir, no tenía coche y no hubiera podido, aunque se lo hubiera

propuesto, levantar a Gabriel del suelo, cargar con él y arrojarle por encima de la valla del jardín de la casa abandonada de su calle.

Se sintió mejor al llegar a esa conclusión y salvó con paso rápido los escasos metros que la separaban del portal del edificio al que se dirigía. Anita estaba sentada tras su mesa y levantó la cabeza al oírla entrar con una expresión inusual en su expresivo semblante. Parecía como si temiera una regañina por su parte.

—Lo siento, Lil, pero no he conseguido echarle. Se ha empeñado en verte y… está en la sala de espera.

—¿De quién me estás hablando?

—Del ruso. Se ha presentado a las cuatro sin previo aviso y aunque le he advertido que tenía que pedir con anterioridad cita por teléfono para que le recibieras, no me ha hecho el menor caso y se ha empeñado en que necesitaba ineludiblemente verte esta tarde.

Se giró Lilian a medias en esa dirección. La puerta de cristal esmerilado de esa estancia estaba cerrada y no traslucía su interior la silueta de su incómodo visitante.

—¿Está ahí dentro?, —le preguntó en un susurro a la secretaria.

—Sí, ¿qué hago?

Se mordió los labios indecisa. Había llegado a sospechar que Gabriel e Iván pudieran ser la misma persona, pero al aparecer el cuerpo sin vida de aquel esas sospechas carecían ya de sentido. Aún quedaba por averiguar la relación que había mantenido con el muerto en los últimos tiempos en los que le reclamaba la renta que le adeudaba y si había tenido algo que ver con su atropello. Se mesó pensativa su melena diciéndose que seguía sin estar claro su excesivo y repentino interés por ella. Abogados había muchos. ¿Por qué entonces el empeño que manifestaba en encargarle precisamente a ella el desahucio del piso que le había alquilado a Gabriel?

Rápidamente tomó una decisión y se volvió hacia la chica.

—Hazle pasar a mi despacho dentro de un minuto. Es el tiempo que necesito para quitarme el chaquetón y sentarme detrás de mi mesa. Adoptaré después una expresión circunspecta para intimidarle y hacerle comprender que no se puede presentar en esta oficina cuando le dé la gana. ¿Me has entendido?

Debía esperar Anita una reprimenda de mayor consideración, porque sonrió aliviada.

—De acuerdo, de acuerdo. Ve a tu despacho que cumpliré tus instrucciones al pie de la letra.

Apenas si tuvo tiempo Lilian de ocupar su butaca tras la mesa y conseguir que a su rostro asomase la debida reprobación por la intempestiva aparición de él, porque unos segundos más tarde y antes de que Anita le anunciase su llegada, abrió Iván la puerta y empujó a la chica que trataba de precederle, entrando en el despacho como una tromba. Pese al frío invernal, no traía abrigo. Vestía un pantalón oscuro y una chaqueta de cuero marrón sobre un jersey blanco y su oscuro cabello parecía más revuelto que de costumbre, como si hubiera salido corriendo de su casa olvidando peinarse. Sin captar la fría mirada de Lilian ni el gesto de disculpa de Anita dirigido a esta, se dejó caer sin aliento, frente a ella, en el borde de una de las dos butacas destinadas a los clientes.

—Perdona si he aparecido así, sin avisar, —le dijo entrecortadamente —. Es que lo he leído en el periódico y…

Enarcó Lilian las cejas.

—¿Qué es lo que has leído en el periódico? En cualquier caso, lo que hayas podido leer no justifica que te presentes en este despacho cuando te dé la gana. Tienes que pedir cita como todo el mundo y…

La interrumpió sin permitirle que terminara de reñirle.

—Me he enterado de que ha aparecido el cadáver de ese hombre, de mi inquilino.

—Sí, ¿y qué?

—Que al parecer y por lo que dice el periódico, le han asesinado y… ya te comenté que era mi inquilino.

—Sí, ¿y qué?, —repitió ceñuda.

—Pues eso. He venido a consultarte, porque estoy preocupado. Por lo que dice el periódico, he llegado a la conclusión de que debí presentarme en su casa la misma tarde en la que parece que le mandaron al otro barrio. Supongo que no tardará en averiguarlo la policía, porque la portera de ese edificio es una especie de cotorra chismosa y… bueno, no sé. He venido a

pedirte consejo, porque quizás la policía sospeche que yo haya podido tener algo que ver con su muerte.

Interpretó mal el gesto de sorpresa de Lilian y añadió:

—Por supuesto te pagaré la consulta y…

Dejó traslucir ella un gesto de impaciencia.

—¿Me has dicho que estuviste en su casa el mismo día en el que le mataron? ¿Y qué pasó?, ¿discutisteis?

Negó él con la cabeza y se retiró el mechón oscuro que le resbaló sobre la frente, peinándoselo con los dedos.

—No, no llegué a verle, porque se encontraba ausente en ese momento.

—¿No le viste?

—No. Me abrió la puerta la chica con la que vivía. Una chica muy alta, pelirroja y muy vistosa que es amiga tuya. La conocí a ella también hace años, al tiempo que a él.

—Ya.

—El caso es que regresé a ese piso un par de horas más tarde, pero, aunque llamé al timbre repetidas veces y aporreé la puerta con los nudillos, no me abrió nadie, por lo que supuse que ella le había advertido de mi anterior visita y Gabriel García había decidido dar la callada por respuesta.

Dedujo Lilian que Iván había regresado al piso cuando Mariví le había abandonado ya, por lo que empezó a intrigarle lo que le estaba refiriendo, aunque no permitió que esos pensamientos aflorasen a su rostro y consiguió permanecer absolutamente inexpresiva.

—Sí, ¿y qué más?

—Que curiosamente la reencontré a ella en el albergue de la sierra donde hemos pasado el fin de semana. La verdad es que me costó reconocerla, porque parecía otra. La identifiqué por su voz, que es inconfundible. Habla en tono excesivamente alto y con un matiz muy agudo. Estabais en el comedor cenando y me extrañó que fuese acompañada de otro hombre.

—¿Nos viste a los tres en el comedor?

—Sí. Pensé que era una magnífica oportunidad para que me condujera hasta mi inquilino, ya que llevaba tiempo él esquivándome para no

pagarme. Por esa razón le envié varios burofaxes sin obtener respuesta, como ya te he comentado.

Se apoyó Lilian sobre la mesa y apoyó la mejilla en una mano para estudiarle atentamente.

—¿Y por qué no te acercaste a Mariví en el albergue y le preguntaste por el paradero de Gabriel?

—Porque como iba con otro hombre, pensé que habría cambiado de pareja y que probablemente no sería oportuno.

—¿De pareja? Pablo no es su pareja. Es un compañero mío de este despacho y a ella ni siquiera la conocía, —le aclaró hosca.

—¡Ah!, ¿si?, pues me equivoqué entonces. De todas formas, me dio la impresión de que tú eras más asequible. A la mañana siguiente te vi sola y por eso me acerqué.

—Ya, —murmuró escuetamente Lilian. Estaba claro que el interés que había manifestado por ella desde el primer momento obedecía a que pretendía utilizarla como medio para acercarse a la otra e indagar de esa manera dónde se ocultaba su inquilino—. Pensaste que…

—Pensé que por tu intermediación podría averiguar donde se escondía Gabriel para reclamarle su deuda y exigirle que se largara de mi casa, —la atajó.

—¿Y por esa razón te empeñaste en que fuéramos a visitar un torreón ruinoso, pese al temporal que se avecinaba?

Se acarició la barbilla sin responder. Luego se peinó furiosamente con los dedos los mechones de cabello que le caían sobre la frente y finalmente esbozó un gesto de embarazo.

—Bueno, no exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Lo del torreón fue la excusa que se me ocurrió para pasar la mañana con una chica guapa, o sea, contigo. No creo que sea ningún crimen. Amelia y la otra son bastante pesadas y se nos habían pegado a los pantalones como dos lapas, por lo que pensé que proponiéndote esa excursión nos las quitaríamos de encima, como así fue. Por desgracia, de repente empezó a nevar y echaste a correr como una loca en no sé qué dirección, porque te perdí de vista enseguida. No se distinguía nada a medio

metro de distancia y después de correr bajo el temporal buscándote durante un buen rato, supuse que habrías vuelto al albergue. ¿Ha quedado claro?, —le preguntó con algo de ironía.

Había aceptado el cumplido Lilian absolutamente impasible y no movió tampoco un solo músculo del rostro al replicar:

—Clarísimo. Y ahora vienes a consultarme qué debes contestarle a la policía cuando te pregunte a qué fuiste al piso del que eres propietario ¿no es eso?

—Sí, eso es.

—Por lo que acabas de manifestar, no llegaste a ver a Gabriel.

—No. Ya te he dicho que la primera vez me abrió la puerta tu amiga y que la segunda no parecía haber nadie dentro de esa casa.

—¿Qué hora sería cuando te presentaste en ese piso la segunda vez?

—Pues… yo diría que alrededor de las diez de la noche. Entre las dos visitas estuve en un bar cercano con Juan, el pelmazo que en el albergue se empeñó en contarnos su vida. Trabaja en una agencia de viajes y quería reclamarle a Gabriel García una deuda que este había contraído con él apostando a las carreras de caballos.

En esa ocasión no fue capaz Lilian de disimular su desconcierto.

—¿Me estás hablando del hombre que se sentó con nosotros dos en la sala de estar del albergue?

Hizo Iván un gesto de asentimiento.

—Sí, Juan González. Habíamos coincidido en otras ocasiones en ese mismo establecimiento en el que nos conocimos tú y yo. Es barato y pintoresco y a los dos nos gusta esquiar, por lo que solíamos frecuentarlo. Cuando entré en el bar con la intención de hacer tiempo, le vi sentado en la barra y me acerqué a él. Nos tomamos unas copas hasta que pensé que ese tipo, Gabriel García, habría regresado ya a su casa y volví al piso, tal y como te he comentado, sin conseguir que me abrieran la puerta.

Aunque Lilian disfrutaba de una magnífica memoria y no necesitaba tomar notas, apuntó unos cuantos datos en el primer folio en blanco que encontró a mano.

—¿Y ella tenía una cara normal cuando te abrió la primera vez?, —le preguntó.

Parpadeó Iván sin comprender.

—¿Cómo que si tenía una cara normal? Me pareció que sí, aunque iba muy desarreglada. No parecía la misma que la del albergue de este fin de semana. Creo recordar que llevaba el pelo muy mal recogido en una coleta en la nuca y una especie de delantal de flores sobre la ropa. Me recordó a las mujeres desharrapadas de las películas del realismo italiano de los años cincuenta, porque presentaba el mismo aspecto.

Inspiró aire Lilian para intentar controlar sus nervios y acumular paciencia.

—O sea, que estaba sin pintar, sin peinar y mal vestida, pero todo eso no hace al caso, Lo que estoy tratando de averiguar es si tenía ella moratones en la cara cuando te abrió la puerta. Si te pareció que acababa de recibir una paliza.

Enarcó las cejas Iván como si la pregunta la resultase insólita, pero terminó haciendo un ademán negativo.

—No, yo diría que no, aunque no me fijé mucho en ella.

Tomó Lilian el bolígrafo que descansaba sobre el cerro de papeles que se apilaban sobre la mesa y comenzó a tabalear sobre esta, para desahogar la inquietud que experimentaba y que iba en aumento.

—Voy a contestar a tu pregunta y no te voy a cobrar nada por esa consulta. A la policía le debes decir la verdad, que fuiste a ese piso a ver a tu inquilino y que Mariví te dijo que había salido, por lo que regresaste algo más tarde sin que te abrieran y a continuación te marchaste a tu casa. —Se inclinó hacia él sobre la mesa para preguntarle—: ¿Te fuiste a tu casa?

—Sí, creo que sí.

—No, no me vale esa respuesta. ¿Te fuiste a tu casa o no te fuiste?

—Sí, sí. Recuerdo ahora que había un partido de futbol en la televisión y que quería verlo.

—¿Vives con alguien?

—No, ahora no.

—Ahora no, ¿desde cuándo vives solo?

—Hará un año ya. Irina y yo terminamos por entonces.

—¿También es rusa ella?

Pestañeó nuevamente, extrañado de la pregunta.

—¿Rusa? No, también es de Toledo. Vivía allí conmigo y se vino a Madrid cuando me trasladó aquí mi empresa. Alquilamos un piso en la calle Bailén y todo fue bien hasta que el verano pasado tuvimos una gresca monumental. Ella volvió entonces a Toledo.

Hizo Lilian un ademán displicente con el que parecía querer darle a entender que esos detalles no hacían al caso.

—Lo que necesito saber es si alguien puede corroborar que esa noche estuviste en tu casa viendo la televisión desde… ¿desde las diez y treinta de la noche?

—Sí, más o menos sería esa hora. Pero no. Ya te he dicho que vivo solo y en el edificio no tenemos portero.

Dudó Lilian en hacerle la pregunta, pero al fin se decidió.

—¿Y qué coche tienes?

—¿Yo? Un Rover. Un Rover rojo, ¿por qué? —Escudriñó atentamente su expresión y su semblante reflejó la sorpresa más absoluta—. ¿Estás pensando que pude ser yo el que atropellara a ese tipo con mi coche? ¿Y por qué habría de realizar yo semejante cosa?

Se encogió ella de hombros.

—No lo sé. Estoy intentando pensar como lo hará la policía cuando se entere de que fuiste a visitar a Gabriel dos veces el mismo día en que murió. ¿Dónde lo estacionaste esa noche?

—¿Yo?, en un aparcamiento subterráneo cercano, porque en la calle Bailén es imposible aparcar. Por esa razón concerté un abono mensual. El vigilante de ese aparcamiento me vio, pero no estoy seguro de que lo recuerde, porque han transcurrido ya varios días. Nueve, para ser exactos.

Cruzó las manos y bajó la cabeza como si necesitara contemplarlas para ordenar las ideas que bullían en su mente. Cuando levantó la mirada de nuevo y clavó sus ojos en ella, pudo esta advertir la inquietud que experimentaba al preguntarle:

—¿Puedo llamarte para que me acompañes a la comisaría, si me interroga la policía?

—Puedes llamarme si quieres y estaré presente si es lo que deseas, pero únicamente sería obligatoria mi asistencia como abogado en el caso de que se te interrogase como detenido. ¿Eres sospechoso?

Inesperadamente se echó a reír Iván.

—Claro que no, aunque no sé. Este apellido ruso que tengo me ha jugado a veces muy malas pasadas. Incluso he llegado a pensar en alguna ocasión en cambiármelo por otro español más corrientito, tal como Pérez o Sánchez.

La risa de Iván era contagiosa y ella le coreó.

—¿No crees que le darías un disgusto a tu bisabuelo? Puede que se revolviera indignado en su tumba.

Hizo él un gesto displicente.

—No le conocí, pero si viviera ahora me daría la razón. Es muy posible que la policía sospeche de mí por ese absurdo apellido con el que he cargado desde que nací y por la circunstancia de haber ido a buscarle a su casa el mismo día en que murió para que me pagara o se largara de mi casa de una vez, ¿no crees?

Desvió los ojos hacia la ventana a través de la cual se distinguía el espeso tráfico y vaciló ostensiblemente al hacerle la pregunta.

—¿En caso de necesidad… en caso de necesidad me defenderías?

—¿Quieres decir, si te inculparan por el homicidio o el asesinato de Gabriel García?

—Sí, eso es. ¿Me defenderías?

Le hizo gracia a Lilian su expresión angustiada y se echó a reír.

—Por supuesto que sí. —Y con sorna, añadió—: Tanto si eres culpable o como si eres inocente, te defenderé.

—¿En cualquiera de los dos casos?

—Desde luego.

La contempló con los ojos guiñados, deslumbrado por el sol que penetraba a través de los cristales, como si pretendiera catalogarla dentro de una especie que le era desconocida.

—¿Te daría lo mismo?

—No, preferiría que fueses inocente, pero en nuestro sistema judicial y creo que en el de todos los países civilizados, están bien definidos los papeles de los que intervienen en un juicio. El fiscal acusa, el abogado defiende y el juez, o el tribunal colegiado, juzga. Y todos los hombres tienen derecho a una defensa. Pero tranquilízate, —añadió al ver su gesto de

preocupación—. Por la sola circunstancia de que te apellides Vasiliev no te van a acusar de ese delito, te lo puedo asegurar. Te voy a devolver los documentos que me trajiste, dado que obviamente ya no va a ser necesario desahuciar a Gabriel de tu piso, —le dijo entregándole el sobre color manila, después de introducir dentro los papeles—. Y ahora, si me haces el favor, tengo muchísimo trabajo.

Se había puesto en pie detrás de su mesa y él la imitó con aire apesadumbrado.

—Perdona otra vez por haberme presentado aquí tan intempestivamente. Pensarás que soy un pelmazo.

Sí lo había pensado Lilian, pero al oírselo decir cambió de opinión. Parecía tan abatido en esos momentos y tan angustiado que experimentó una súbita simpatía por él.

—¡Bah!, no te preocupes. No tiene importancia.

Le acompañó hasta la puerta del piso, seguida por la curiosa mirada de Anita, que pretendió averiguar el motivo de la visita de él en cuanto la puerta se cerró a su espalda.

—¿Qué le pasaba? Me ha dado la impresión de que estaba preocupadísimo.

Se encogió ella de hombros sin detenerse y siguió camino hacia su despacho, donde entró apresuradamente con la intención de acometer los múltiples asuntos que tenía pendientes, pero no llegó a bordear su mesa y a tomar asiento en su butaca, ya que la detuvo antes de llegar el sonido del teléfono que tenía sobre la mesa. La llamaban desde el aparato fijo de su casa, lo que pudo comprobar por el visor de aquel, por lo que dio por supuesto que se trataba de Mariví. A través del hilo le llegó su voz angustiada.

—Tienes que venir inmediatamente, Lil. Está aquí la policía.

Desconcertada por la noticia, se asió a la esquina de la mesa, luchando por mantenerse erguida.

—¿Aquí? ¿Dónde?, —le preguntó tontamente, porque era evidente que su amiga la estaba llamando desde su casa.

—Aquí, dice que trae una orden de registro y… —se le quebró la voz y dejó escapar un sollozo—. Necesito que vengas, ¿no lo entiendes?

—Claro, claro que lo entiendo y salgo ahora mismo para allá. Pásales al salón y diles que me esperen. Que no se les ocurra ponerse a revolver nada sin que yo esté presente, ¿me has entendido?

Otro sollozo fue la única contestación.

—No te pongas a lloriquear ahora, —la riñó impaciente—. ¿Por qué lloras siempre en los momentos cruciales en los que es preciso adoptar decisiones importantes?

—Porque… —No pudo continuar porque un hipido se lo impidió—… porque estoy asustada. Estoy…

—No sé de qué te asustas, —la recriminó duramente—. Y no permitas que esos hombres salgan del salón hasta que aparezca yo, porque es inexcusable que esté presente. No tardaré.

No llegó a oír lo que la chica le contestaba. Cortó en seco la llamada, se puso el chaquetón descolgándolo del perchero, cogió su bolso y salió apresuradamente del despacho. Ni siquiera se detuvo cuando Anita pretendió averiguar a donde iba. La dejó con la palabra en la boca y cerró de golpe la puerta del piso, echando a correr escaleras abajo.

Afortunadamente Mariví parecía haberla entendido, porque cuando llegó a su casa y entró en el vestíbulo oyó el rumor de conversación en el salón, donde entró en el acto, impasible en apariencia. Dos policías vestidos de uniforme y un señor bajito y regordete, al que identificó como el secretario judicial, se hallaban sentados en el sofá con Mariví frente a ellos en una butaca. El policía de mayor edad era alto y corpulento y ostentaba un enorme bigote sobre el labio superior. El otro en cambio era jovencito, muy delgado y parecía sentirse sumamente incómodo. Peluche correteaba por la estancia emitiendo cortos ladridos, evidentemente encantado de recibir a tantos visitantes y ella se dirigió directamente al secretario que le tendió inmediatamente un papel.

—Aquí tiene la orden judicial de registro, —le dijo antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra—. Usted es abogado en ejercicio, ¿verdad? —Afirmó más que preguntó—. Ya sabe entonces que tiene que estar presente en el registro.

Lo tomó Lilian de sus manos y apenas si le dirigió una rápida mirada.

—De acuerdo, pero tendrá que decirme antes a qué obedece la orden judicial así como la presencia de ustedes en mi casa.

El secretario le indicó con un gesto el documento que le había entregado.

—Ahí se lo aclara. Doña Victoria Díaz pudiera estar implicada en el homicidio de don Gabriel García. Buscamos en esta casa indicios que puedan servir para su descubrimiento y comprobación. ¿Quieren designar a un letrado para que esté presente? Pueden hacer esa llamada.

Absolutamente desconcertada, le supuso a Lilian un verdadero esfuerzo reprimir un exabrupto cuando las palabras del secretario llegaron a hacerse inteligibles en su cerebro.

—No necesitamos ningún letrado más. Me basto y me sobro para actuar como defensa de las dos y para controlar el cometido que van a realizar. ¿Por dónde quieren comenzar?

Le sonrió el secretario como pidiéndole disculpas.

—Por el dormitorio de doña Victoria. ¿Dónde está?

—En la planta de arriba.

—Tienen que acompañarnos.

—Por supuesto. Vamos.

Les precedió escaleras arriba con Peluche enredándosele entre las piernas. La seguía Mariví, junto al secretario judicial, más ágil de lo que su aspecto permitía suponer, y los dos policías cerraban la marcha comentando algo por lo bajo que Lilian no alcanzó a oír. No solía entrar en el dormitorio de su amiga, porque daba por supuesto que esta se ocuparía de mantenerlo en orden, ya que su limpieza diaria corría a cargo de Leocadia. Por eso se sintió avergonzada cuando desde la puerta vio la cama sin hacer, pese a que eran las seis de la tarde, y enredos por todas partes. Al policía corpulento no pareció importarle. Portaba una especie de linterna que emitía una luz azulada y con la que, después de que bajara la persiana y dejara el cuarto en la oscuridad, fue examinando la ropa que aparecía amontonada en la butaca, la que colgaba de la barra de su armario, las zapatillas y los dos pares de zapatos de que disponía la chica, así como las botas que había llevado a la sierra. Los de tacón que le había comprado ella no debieron decirle nada al policía corpulento, porque los dejó inmediatamente de lado. Pareció

interesarse en cambio por los zapatones que llevaba la mañana en la que se personó en su despacho con el semblante desfigurado. Le comentó algo por lo bajo al policía jovencito, que extrajo de un maletín que portaba una bolsa de plástico transparente y los introdujo dentro. Llamó después la atención del corpulento los ajados pantalones de lanilla que vestía esa misma mañana. Pendían de la barra del armario y los descolgó para examinarlos concienzudamente con su linterna y guardarlos igualmente en otra bolsa.

Demasiado bien conocía Lilian el significado de la operación que estaban realizando y empezó a sentir que el corazón le latía desacompasadamente dentro del pecho. Mariví, en cambio, les veía hacer con los ojos desmesuradamente abiertos y expresión estúpida. No había vuelto a hacer intención de utilizar esas prendas desde que se había ido a vivir a su casa. Tanto los pantalones como los zapatos eran viejos, feos y estaban sumamente deteriorados, por lo que cuando Lilian le había comprado ropa nueva los había arrinconado dentro del armario y si no los había tirado había sido probablemente porque las dificultades económicas por las que había atravesado le habían enseñado a valorar exageradamente las cosas y a aprovecharlas aun cuando reclamaran a gritos que se las arrojara a la basura.

Levantaron también los policías el colchón, el cojín de la butaca, el cajón de la mesilla y los del armario, así como la alfombrilla de pie de cama y los fueron colocando en el lugar que les correspondía, de manera que la habitación presentaba mejor aspecto ahora que cuando habían comenzado el registro. Después el policía corpulento se dirigió a Lilian.

—¿Podemos pasar ahora a su dormitorio?

—Por supuesto, —repuso esta con fingida indiferencia, como si estuviera acostumbrada a recibir a diario la visita de la policía con idéntica finalidad—. Vengan por aquí.

Les precedió hacia el pasillo y les condujo seguidamente hacia el dormitorio contiguo, provisto de una cama de matrimonio, cubierta por una colcha blanca, una mesilla y un armario empotrado, todo ello perfectamente ordenado, por lo que no emplearon en registrarlo más de media hora. Se pasearon después por toda la planta, compuesta por dos dormitorios más, totalmente desamueblados, y dos baños y bajaron a continuación a la planta

baja que revisaron también concienzudamente y finalmente bajaron al sótano a repetir la misma operación.

Ya de vuelta en el vestíbulo, el secretario judicial rellenó un impreso que llevaba en la mano y se lo tendió a Mariví, así como otro similar a Lilian.

—Tienen que firmarlo, —les indicó.

—Por supuesto, ya lo sé —replicó ella en tono poco amistoso, devolviéndoselo suscrito e indicándole a la otra que efectuara lo mismo.

Poco después se marchaban y Mariví se dirigió angustiada a Lilian.

—¿Por qué se han llevado mis pantalones y mis zapatos bajos? Están muy viejos, pero todavía podría usarlos en casa. ¿Me los devolverán?

Habían retrocedido las dos hasta el salón y Lilian, sin contestarle, se dejó caer en el sofá como si estuviera mortalmente cansada. Luego se dirigió a su amiga que había ido a tomar asiento en la butaca de enfrente y que la miraba con sus grandes ojos color violeta muy abiertos.

—Tienes que contarme Mariví, exactamente qué fue lo que pasó, ¿me entiendes? ¿Sabes lo que quiere decir “exactamente”?

—Sí,… claro, —articuló a duras penas la chica—. Creo que te lo he referido varias veces. ¿Qué es lo que quieres?, ¿que lo repita de nuevo?

—No, quiero que me digas la verdad punto por punto. ¿Sabes por qué se han llevado los policías tus pantalones y tus zapatos bajos?

Con expresión de absoluto desconcierto negó con la cabeza, agitando a su compás su cobriza melena.

—No, ¿por qué?

—Porque han detectado manchas de sangre en ambos artículos. Se las han llevado para analizar esas manchas y si la sangre coincide con la de Gabriel, pues…

La expresión de desconcierto fue dejando paso a otra de pavor.

—¿Me incriminarán si coinciden con la de él?

—Por supuesto, a no ser que podamos demostrar que no tienen nada que ver con la agresión que le causó la muerte y eso no es demasiado sencillo. ¿Qué fue lo que pasó? ¿Se cortó con un cuchillo, cuando aún estabais los dos en vuestra casa y te cayeron algunas gotas de sangre en los zapatos y en

los pantalones o…? Quiero que me digas si esas manchas de sangre pueden ser de Gabriel.

Se quedó mirándola Mariví como alucinada.

—¿Estás pensando que le maté yo?

—No estoy pensando nada… aún, —repuso después de tomar aire y de procurar que su voz sonase normal—. Necesito saber qué pasó para poder defenderte en el caso de que sea necesario. Para que pueda defendernos a las dos, porque al parecer sospecha la policía que yo te he estado encubriendo con los mensajes que recibí a mi móvil y que cree que me los envié a mí misma.

—¿Y para qué habías de haber hecho semejante cosa?

—¿Que para qué?, —dejó escapar Lilian una risita, pero no sonaba a risa, sonaba más bien a una especie de burla sardónica de sí misma—. Está claro que la policía cree que he podido estar encubriéndote. No cabe duda de que el autor de la muerte de Gabriel se ha procurado a mi costa una coartada, simulando que este aún estaba vivo y me amenazaba por el móvil cuando había muerto ya. ¿No lo entiendes?

—¿Una coartada?, —repitió Mariví en tono interrogante y con expresión estúpida—. ¿Y para qué?

—¿No sabes lo que es una coartada?, —se impacientó ella.

—Claro que sí. Claro que sé lo que es una coartada. ¿Pero qué tiene todo eso que ver con las manchas de sangre que dices que han detectado esos policías en mi ropa y en mis zapatos? Estoy segura de que lavé los pantalones en la lavadora en cuanto me trajiste otros nuevos y que los zapatos los limpié también. No lo entiendo.

La envolvió Lilian en una mirada de conmiseración.

—Lo que traía la policía es un visor nocturno, —le explicó—. Es una especie de linterna con un filtro especial de luz azul que es capaz de detectar la presencia de sangre. Habrán llevado ahora esas prendas tuyas a su laboratorio y las someterán a la prueba del luminol.

—¿Y eso qué es?

—Es una solución química especial que puede detectar la sangre del pantalón, aunque lo hayas lavado con detergente. Se requiere completa oscuridad para hacer la prueba, por eso se lo han llevado.

—¿Quieres decir que aunque lavé los pantalones pueden descubrir esas manchas?

—Sí. Si la sangre es tuya, no tendremos de qué preocuparnos, pero si es de Gabriel…

—¿Me acusará a mí de asesinato y…?

—No necesariamente. Pueden acusarte simplemente de homicidio si lo perpetraste tú y fue accidental, pero es indispensable que me digas la verdad. Que me cuentes exactamente qué fue lo que pasó esa noche. A ti podrían imputarte la autoría del crimen y a mí del encubrimiento de ese delito por simular que recibía unos mensajes al móvil que en realidad me los enviaba a mí misma para procurarte una cortada, ¿lo entiendes?

—¿De encubrimiento? Creo recordar que no es un delito muy grave. ¿Es muy grave?

Se encogió ella evasivamente de hombros.

—Lo suficientemente grave como para ir a la cárcel en determinados casos, entre el que se encuentra el que podrían achacarme. ¿Pero quieres empezar de una vez a contarme punto por punto lo que pasó?

Se acurrucó Mariví en el sofá con las rodillas abrazadas y la cabeza baja, con la melena ocultándole parte del rostro.

—Verás, sucedió la noche anterior al día en que me presenté en tu despacho. Gabriel apareció a la hora de cenar completamente borracho y…

La interrumpió Lilian alargando una mano hacia ella.

—No, empieza por el principio. Esa tarde tuviste varias visitas.

—Tienes razón, —reconoció la otra levantando la mirada hacia ella—. A eso de las seis de la tarde sonó el timbre de la puerta y le abrí a un hombre.

—A Iván Vasiliev, ¿no?

—No, ese llegó después. Primero apareció uno que se llama Juan González y que venía a ver a Gabriel, porque había quedado con él en nuestra casa. Le dije que no estaba y que no llegaría hasta la hora de la cena. No debió de creérselo, porque insistió mucho en que tenía que encontrarle e incluso me empujó y entró en el dormitorio buscándolo. Cuando se convenció de que había salido, me advirtió de que regresaría más

tarde, porque Gabriel le debía una suma considerable de dinero que le había prestado para que apostara en las carreras de caballos.

—¿Era un hombre joven, más bien alto y muy moreno?

—Sí, mantenía una cierta amistad con Gabriel. Habíamos coincidido alguna vez con él en el albergue de la sierra donde nos alojamos el fin de semana pasado. Gabriel era muy aficionado al esquí y fuimos allí a menudo cuando sus negocios le iban bien.

—Quieres decir cuando acertaba alguna apuesta en las carreras, ¿no?, —apuntó ella irónicamente.

—Bueno, sí, reconoció algo avergonzada.

—Está bien, continúa.

—Pues… pues eso. Gabriel y Juan intimaron bastante, pero en los últimos tiempos le esquivaba.

—¿Quién esquivaba a quién?

—Gabriel esquivaba a Juan.

—¿Y qué más pasó?

—Que al poco volvió a sonar el timbre y como pensé que podía tratarse de Juan González que regresaba furioso, miré por la mirilla. No era Juan. Era un ruso al que habíamos conocido también en el mismo albergue y que antes de que me fuera a vivir con Gabriel le alquiló a este el piso de la calle Malasaña que conoces.

—Era Iván Vasiliev, —puntualizó Lilian—. Pero no es ruso. Es de Toledo y está satisfechísimo de serlo.

—Vale, pues toledano, —admitió dócilmente—. Es un tipo sumamente atractivo. Muy alto y con facciones de eslavo, aunque es muy moreno, pero tiene un genio de mil demonios. En otra ocasión anterior le chilló a Gabriel, porque no le pagaba la renta del piso y hasta le amenazó.

—¿Con qué le amenazó?, —trató de averiguar ella inquisitivamente, diciéndose que quizás pudiera utilizar las palabras que pronunciara en descargo de la otra, si llegaba el caso.

Mariví se mordió dubitativamente los labios.

—Le amenazó con… con pegarle un puñetazo en el estómago, —recordó haciendo un esfuerzo.

—¿Solo con el puñetazo? ¿No le amenazó de muerte?

—No, no. Con un puñetazo y con echarle de nuestra casa.

—Continúa.

—Esa tarde me chilló a mí también. Me dijo que iba a buscar un abogado y que nos pondría a los dos de patitas en la calle. No le permití pasar del vestíbulo y se marchó como un energúmeno, asegurándome que volvería más tarde.

—¿Y volvió?

—No lo sé. En cuanto se largó, me fui a la cocina a preparar la cena y al poco apareció Gabriel borracho como una cuba. Mientras se tomaba la crema de calabaza que había preparado yo, tuve la ocurrencia de comentarle las dos visitas que habían aparecido esa tarde y entonces se puso como una fiera. Se levantó y estampó la sopera contra la pared y los platos que estaban sobre la mesa los arrojó en todas direcciones. Acostumbraba a reaccionar de forma similar cuando bebía y la semana anterior había destrozado ya la vajilla en la que comíamos, por lo que había tenido que salir a comprar otra en un saldo. Como no disponíamos de más platos, intenté impedírselo. Entonces estrelló los que quedaban contra los muebles de la cocina, contra el suelo, por todas partes, y luego me arrinconó contra la lavadora y empezó a sacudirme bofetadas hasta que me caí al suelo. Desde allí me arrastró hasta el vestíbulo dándome patadas y cuando conseguí ponerme en pie, intentó estrangularme, pero le acerté en los genitales de un rodillazo, por lo que no tuvo más remedio que soltarme y resbaló en el charco formado por la crema de calabaza, instante que aproveché para abrir la puerta del piso y bajar corriendo la escalera. Me siguió con un cuchillo en la mano, tropezando en todos los escalones, porque estaba tan borracho que apenas si se tenía en pie, pero en el portal estuvo a punto de alcanzarme. Entonces salí corriendo a la calle y conseguí cruzar a la acera de enfrente. Lo intentó él, pero un coche que bajaba por la calzada le arrolló.

—¿Le arrolló accidentalmente?

—Sí, claro que sí. Fue un accidente.

—¿Y ese accidente tuvo lugar en la calle Malasaña?

—Sí, a pocos metros del portal de mi casa.

—Ya, —musitó inexpresivamente Lilian. Y adoptando inadvertidamente el gesto inquisitivo de los fiscales en los juicios penales en los que había actuado como defensa del acusado de turno, le preguntó—: ¿Y cómo es que si el atropello tuvo lugar en la calle Malasaña, apareció el cadáver en el jardín de un chalet abandonado de Ciudad Lineal, a mucha distancia de tu barrio?

Mariví tardó en contestar. Se la había quedado mirando como atontada con los labios entreabiertos y expresión de desconcierto.

—Pues… pues no lo sé. Yo eché a correr y…

—No echaste a correr, —la corrigió Lilian implacable—. Si te manchaste el bajo de los pantalones y los zapatos con la sangre de Gabriel, necesariamente tuviste que acercarte a él, que estaría caído en la calzada. Acabas de decir que tú te habías subido ya a la acera de enfrente. Si vuelves a mentirme, no aceptaré tu defensa, en el supuesto de que sea necesario.

Se mordió Mariví nuevamente los labios.

—Bueno, sí, me aproximé a él. Estaba en el suelo, en la calzada, pero no le toqué, ni siquiera llegué a cerciorarme de si había muerto. Estaba aterrada, ¿no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo y podríamos alegarlo como atenuante si te imputaran el crimen.

—¿A mí? —Mantenía la chica la vista fija en ella como si no entendiera sus razonamientos—. ¿Por qué habrían de hacer tal cosa? No sé conducir, no tengo coche y… yo no le maté. Te aseguro que yo no le maté.

—Vale, vale, —admitió condescendientemente Lilian—. Quedamos en que no fuiste tú. Sigue.

—Pues eso. Como ya te he comentado en otras ocasiones, eché a correr por la calle hasta que llegué a un hostal barato, donde alquilan habitaciones y allí pasé la noche.

Desconfiadamente, Lilian analizó las facciones de su amiga y su gesto de culpabilidad.

—¿A qué hostal fuiste?

—¿Cómo que a qué hostal? No me acuerdo de cómo se llama.

—Ni sabes tampoco si estaba en la calle Malasaña, en la de Divino Pastor o en la Plaza del Dos de Mayo, ¿verdad? El hostal apareció de pronto

ante tus ojos como por arte de magia.

—Es que estaba muy asustada, ¿no lo entiendes? No me encontraba en condiciones de reparar en esos detalles.

—¿No? pues es una lástima, porque en todos esos establecimientos hay un libro registro donde se toma nota de los huéspedes cuando pretenden alojarse y estos estampan su firma en ese libro antes de que se les entregue la llave de la habitación, así que haz el favor de hacer memoria, porque te lo va a preguntar el fiscal con toda seguridad. Si no puedes acreditar esa circunstancia, es más que probable que consideren que todo lo que has declarado es mentira también.

Al comprobar que la chica no era capaz de responderle, insistió ceñuda:

—¿Dónde pasaste la noche, Mariví? ¿Y quién era el tipo que atropelló a Gabriel? ¿Le conocías?

Negó la chica con la cabeza, pero no engañó a Lilian.

—De modo que sí le conocías. ¿Quién fue?

Los ojazos de la chica se cuajaron de lagrimones y algunos comenzaron a rodarle por las mejillas.

—No lo sé. Era de noche y estaba oscuro. Solo vi los faros, que me deslumbraron. Eché a correr sin volver la cabeza.

—Y te fuiste a dormir a un hostal que no existe. ¿Por qué no regresaste a tu casa?, si Gabriel no era ya una amenaza para ti, puesto que había dejado de existir.

—Yo no sabía que había muerto, —alegó la chica emitiendo un sollozo —. Le vi en el suelo y me acerqué, pero no llegué a tocarle.

—¿Y el conductor del coche no se bajó a comprobarlo?

—No lo sé, ya te he dicho que eché a correr.

—Y yo ya te he dicho que eso no es verdad. Me has contado una sarta de patrañas desde la mañana en la que apareciste en mi despacho y me gustaría que al menos me explicaras por qué me elegiste a mí. Y no me digas que a la mañana siguiente de que ese desconocido atropellara a Gabriel te acordaste de que tenías una amiga que es abogado y te presentaste en su despacho para pedirle que presentara una denuncia por violencia de género contra un hombre que ya había muerto. ¿Puedes

decirme que fue lo que te impulsó a hacer ese absurdo o tampoco te acuerdas?

Emitió Mariví un sollozo y luego se echó a llorar desconsoladamente.

—¿Por qué no me crees?, —logró articular entre hipidos—. Te estoy diciendo la verdad. Yo no le maté.

—Esperemos que opine lo mismo la policía en primer lugar y después el juez que instruya el sumario —murmuró ella como para sí misma—. Me refiero al orden cronológico. Si la sangre de tu ropa coincide con la de Gabriel lo vamos a tener muy crudo.

—¿Pero tú crees que…? —balbuceó entre sollozos.

—No lo sé. ¿Te cortaste con los platos rotos? O mejor aún, ¿se cortó él con la sopera, con un cuchillo, se cortó en la cocina con algo?

Otro hipido fue la única respuesta de Mariví, a la que le costó encontrar las palabras para responderle:

—No lo sé. ¿No comprendes que me estaba abofeteando, que intentó estrangularme, que estaba como loco? Eres tan absurdamente normal, que no eres capaz de entender los horrores que nos han sucedido a los que no somos tan afortunados como tú.

Se lo decía acusadoramente y por primera vez se preguntó ella si tendría razón al conceptuarla de esa manera. En ese momento no se consideraba en absoluto afortunada y no solo por verse obligada a defender a una amiga. También podía verse involucrada ella si la policía no era capaz de encontrar una explicación verosímil a los mensajes que había recibido en su móvil y era acusada de encubrir a Mariví simulándolos. Pero quizás se estaba anticipando y debería esperar al resultado del luminol. Casos difíciles, que luego habían resultado no serlo tanto, había tenido muchos y cabía dentro de lo posible que el que la estaba angustiando en ese momento fuera uno más y que las manchas en los pantalones y en los zapatos de su amiga obedecieran a una causa inocua.

Pero no acertó en estas últimas consideraciones.

A la mañana siguiente no consiguió arrancar el coche. Estaba tan nerviosa que ahogó el motor tras sus repetidos intentos de ponerlo en marcha pisando a fondo el acelerador. Pese a que como siempre había guardado el vehículo en el garaje, acusaba la helada nocturna que se había

filtrado por las rendijas del portón y la inquietud de su propietaria, que finalmente y tras desahogarse mascullando unos cuantos improperios, se decidió a tomar el Metro.

Se encontraba ya en su despacho comentando con Pablo los incidentes que habían tenido lugar la tarde anterior. Este parecía preocupado y se había sentado en el borde de uno de los sillones de los clientes, cuando la lucecita roja del aparato telefónico que tenía sobre la mesa comenzó a destellar intermitentemente, por lo que descolgó aprensivamente el auricular, llevándoselo al oído. La voz de Anita denotaba la agitación que experimentaba.

—Lil, te llama tu amiga, la maltratada, y dice que es muy urgente. Que la policía ha ido a tu casa a detenerla. Te la paso.

Sintió Lilian como si un aldabonazo la golpeara en el pecho al escucharla, aunque logró con un esfuerzo ímprobo que su voz sonara clara y aparentemente tranquila al dirigirse a su amiga.

—Mariví, ¿qué pasa?

Le costó entender los balbuceos de la otra, pese a que no expresaban otra cosa que lo que tanto había temido desde la tarde anterior.

—Tienes… tienes que venir, Lil. Está aquí… está aquí la policía.

—Sí, ¿por qué?

—Porque dice que esa prueba de la que me hablaste ha dado positiva y que tengo que acompañarles a la comisaría.

—Sí, sí, voy ahora mismo. ¿Te han informado de tus derechos?

Le respondió un sollozo de la chica.

—Sí y me han aconsejado que no diga ni una sola palabra.

Sonrió Lilian a su pesar, preguntándose cómo podría Mariví haber olvidado todo lo que habían estudiado juntas años atrás.

—Te habrán advertido que todo lo que digas podrá ser usado en tu contra. ¿Es de eso de lo que te han informado?

—Pues… no lo sé. Puede que sí. ¿Vas a venir?

—Por supuesto. Salgo ahora mismo para la comisaría que lleva la investigación de este caso, no te preocupes.

Pablo había escuchado en silencio y sin moverse de la butaca la conversación que había mantenido con la chica y se levantó al verla

dirigirse apresuradamente a recoger su chaquetón del armario empotrado.

—¿Qué pasa?, ¿han detenido a tu amiga?

—Sí, la prueba del luminol ha sido positiva y la acaban de detener. Voy ahora mismo a la comisaría a asistir al interrogatorio policial.

La detuvo él con un ademán.

—¿Quieres que vaya contigo? Puedo ocuparme yo, si quieres. Es difícil defender a un ser querido, porque no se suele razonar con la cabeza fría y tú te has involucrado demasiado. ¿Quieres que vaya yo?

En pie frente a ella, le estaba obstaculizando el paso, por lo que le apartó a un lado no sin antes esbozar un amago de sonrisa.

—Gracias, pero no es preciso… por el momento. Para asistirla en la comisaría no hace falta ser ningún cerebro, porque a los abogados no nos permiten formular alegato alguno, pero gracias de todos modos. Voy a aconsejarla que se acoja a su derecho a no declarar ante la policía. Así podré asesorarla en la entrevista privada que solicitaré a continuación. Debí hacerlo anoche, pero no pensé que los acontecimientos se iban a desarrollar con tanta rapidez. Y… me voy. Hasta luego.

La siguió él con la mirada cuando abrió la puerta y salió al pasillo con una chispita de admiración en sus ojos castaños, que ella no llegó a captar. Tampoco atendió a las preguntas de Anita cuando pasó por delante de su mesa camino de la puerta de salida del piso. Su atención estaba concentrada en la diligencia policial en la que debía intervenir y ni tan siquiera reparó en los transeúntes con los que se fue cruzando por la calle.

En la comisaría, un policía la condujo directamente al despacho del Instructor, un hombre de mediana estatura y prematuramente calvo que la recibió deferentemente, poniéndose en pie tras su mesa y señalándole un asiento frente a ella. A la derecha de esa mesa vio al que iba a actuar como Secretario, preparado para materializar por escrito el contenido de la diligencia y un instante más tarde dos policías jóvenes se presentaron trayendo entre los dos a Mariví. Vestía esta los pantalones oscuros y el jersey color turquesa que le había comprado ella y su ondulada melena cobriza le resbalaba hasta media espalda cubriéndole también parte del rostro. Pese a su expresión, entre angustiada y compungida, la chica no podía resultar más atractiva, lo que el Instructor no pareció advertir. La

observó con marcada indiferencia y sin invitarla a tomar asiento le señaló su mesa para que se acercara a ella y en pie le preguntó:

—¿Se llama usted…?

—María Victoria Díaz Merchán, —repuso esta con un hilo de voz.

—¿Y de dónde es natural? —Como ella no pareció entenderle le aclaró —: Le pregunto que donde ha nacido.

—¡Ah!, en Madrid.

—¿Y dónde vive?

Le dio ella la dirección de la calle Malasaña entre dos hipidos y el Secretario se apresuró a tomar nota, mientras el Instructor permanecía impasible.

—Pero desde que abandoné a Gabriel me trasladé a casa de Lil, —le aclaró señalándola.

—¿A casa de su letrada?

—Sí, solicitamos una casa de acogida, pero no había ninguna disponible, así que por el momento decidimos las dos que me alojara en su casa. Somos muy amigas. Estudiamos la carrera de Derecho juntas y ella me hizo ese favor, que nunca podré agradecerle bastante.

Dejó escapar otro hipido al terminar la última frase y el policía se rebulló incómodo en su butaca.

—¿Y cuál es su estado civil?, —le preguntó inexpresivamente.

—Soy soltera, —repuso sin vacilar—. Gabriel y yo éramos pareja de hecho.

—¿Inscrita?

—No, no, simplemente vivíamos juntos desde hace cinco años. A Gabriel le horrorizaban los formalismos jurídicos.

Dirigió el policía una disimulada mirada al papel que tenía sobre la mesa, en el que sin duda figuraban las preguntas que debía formularle y continuó:

—¿Ha sido usted procesada anteriormente?

—No, no, claro que no.

Se acodó el policía sobre la mesa y la miró de frente.

—Bien, haga el favor de referirnos lo que sucedió el domingo, veintiocho de febrero último. Según el informe del forense, don Gabriel

García murió esa noche a consecuencia del atropello de un coche.

En demanda de auxilio desvió Mariví la mirada hacia Lilian, que, sentada a su lado, permanecía en silencio y que se aprestó en el acto a intervenir, sin permitirle contestar a la pregunta del instructor.

—Mi cliente se acoge a su derecho a no declarar en este trámite.

Al suspiro de alivio de su amiga se unió el gesto de impaciencia del policía.

—En ese caso, hemos terminado, —murmuró este, que dirigiéndose a Mariví, añadió—: Volverá ahora al calabozo y en setenta y dos horas pasará usted a disposición judicial.

—¿Puede precisarme con mayor exactitud cuándo tendrá lugar esa diligencia?, —insistió Lilian.

El hombre consultó unos papeles que tenía sobre la mesa e hizo un gesto de asentimiento.

—Probablemente pasado mañana, a primera hora. Déjeme su número de teléfono y se lo confirmaremos.

—De acuerdo, pero antes quiero mantener una entrevista con mi cliente. En privado, —puntualizó secamente.

El Instructor se puso cansinamente en pie y se dirigió hacia la puerta, empujando a los dos policías jóvenes hacia el pasillo.

—Está bien. Tiene cinco minutos.

En cuanto cerraron la puerta a su espalda, Mariví se dirigió a Lilian con los ojos cuajados de lagrimones.

—¿Por qué no has querido que declarara aquí, ante la policía? Probablemente me hubieran mandado a mi casa, mejor dicho, a la tuya. Yo no atropellé a Gabriel, te aseguro que yo no le maté. Ahora me meterán en un calabozo durante al menos dos días, ¿verdad?

—Sí, pero hubiera sido peor que dijeras alguna tontería, —replicó Lilian—. Cuando declares en el juzgado tienes que relatarle al juez la paliza que te dio Gabriel y en general todo lo que sucedió esa tarde, es decir, las dos visitas que recibiste, lo borracho que llegó él y como se desarrollaron los hechos. Es importante que llores de cuando en cuando. Como eres una llorona, no te supondrá ninguna dificultad y así el juez podrá hacerse una

idea acertada de lo asustada que estabas cuando saliste del piso corriendo y te lanzaste escaleras abajo.

Asintió Mariví pensativamente con una sombra de inquietud oscureciendo su bonito semblante.

—Sí, y cuando me pregunte él o el fiscal cómo me manché el bajo del pantalón y los zapatos con la sangre de Gabriel, ¿qué digo?

—Que tropezaste con el cuerpo caído en el suelo y que luego seguiste corriendo calle arriba, hacia la de San Bernardo. Que por esa razón, como no sabías que había muerto a consecuencia del atropello, no te atreviste a volver a vuestro piso y que a la mañana siguiente viniste a pedirme asesoramiento jurídico a mí. Repite constantemente que estabas aterrorizada.

—Es que lo estaba.

—Ya lo sé.

—Y si me preguntan que dónde pasé esa noche, ¿qué digo?

—¿Dónde la pasaste?, —le preguntó Lilian inquisitivamente.

Se mordió los labios cavilosamente.

—No sé si decírtelo. Eres tan puritana…

—¿Soy puritana?, —se extrañó ella.

—Sí y te va a parecer fatal.

Sonrió Lilian a su pesar.

—Me da lo mismo lo que hicieras. Lo único que me importa es sacarte con bien de este asunto, ¿no lo entiendes? Así que dime dónde pasaste la noche.

Se apartó la otra la melena de su rostro y adoptó una expresión contrita.

—Estuve con un hombre, —musitó al fin.

—¿Con otro hombre?

—Sí, claro. Con otro con el que me veía desde el mes anterior.

—¿Y dormiste en su casa?

—Sí.

Lilian dejó escapar un suspiro de alivio.

—Estupendo. Podrá testificarlo y así dejaremos constancia de que le tenías tanto miedo a Gabriel que no te atrevías a regresar a vuestro piso. ¿Crees que estará dispuesto a declararlo así?

Meneó Mariví la cabeza en sentido negativo.

—No, estoy segura de que no querrá testificar.

—¿Por qué?

No respondió la chica y Lilian se la quedó mirando fijamente escudriñando su expresión y tratando de averiguar lo que pasaba por su mente. Como un relámpago cruzó la respuesta por su cerebro y parpadeó desconcertada ante el descubrimiento.

—Fue él, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Que fue ese hombre el que atropelló a Gabriel, ¿no es así? Se enteró este de que habías iniciado alguna clase de relación con ese tipo y por esa razón te agredió esa noche hasta el extremo de pretender estrangularte o clavarte un cuchillo. ¿A que fue así?

Bajó Mariví la cabeza y su larga melena le ocultó el rostro sin que ella tratara de impedirlo.

—Bueno… sí. Nos había visto por la calle esa mañana cuando terminé de trabajar limpiando el edificio de oficinas para el que me habían contratado. Él me acompañaba al principio y solía invitarme a una cerveza. El caso es que más tarde se convirtió en una costumbre y finalmente… Era tan distinto de Gabriel, tan educado…

—Y finalmente tuviste una aventura con él.

—Sí, no soportaba ya a Gabriel, quería abandonarle y estaba planeando el mejor medio. Esa tarde, después de que apareciera Juan González a reclamarle su deuda y se marchara, empecé a hacer la maleta y cuando estábamos cenando, se lo dije. Entonces fue cuando estrelló la sopera contra la pared y se empecinó en arrojar los platos en todas direcciones. Luego me dio de bofetadas, me tiró al suelo, me arrastró por la cocina y… y ya te lo he contado. Salí corriendo y bajé a toda prisa la escalera.

—Y ese hombre te estaba esperando en la calle, en su coche.

—Sí.

—Y al ver que Gabriel te perseguía, le atropelló.

—Sí, creo que sí.

—¿En la calle Malasaña?

—Sí.

—¿Y qué pasó después?

Vaciló ostensiblemente Mariví. Se apartó la melena de su rostro, luego consultó su reloj de pulsera y finalmente se encogió sobre sí misma como un conejo asustado.

—Pasó que me fui a su casa y dormí allí, —repuso con voz apenas audible.

—¿Es soltero?

—Sí, sí.

—¿Pensabas casarte con él?

Se encogió de hombros.

—No, no lo sé.

—De momento querías cambiarle por Gabriel.

—Sí.

Pasó cansadamente Lilian una mano por su frente como si quisiera poner en orden y colocar en el lugar correspondiente de su cabeza lo que Mariví acababa de referirle para acoplarlo a lo que debía declarar esta en el juzgado.

—¿Y qué hicisteis con el cuerpo de Gabriel?, —le preguntó sin apartar la mirada de su rostro—. ¿Lo metisteis en la maleta del coche y lo transportasteis hasta la casa abandonada donde apareció?

—Sí, —repuso Mariví en un susurro.

—Y así fue como te manchaste con su sangre el bajo de los pantalones.

—Sí.

—Y a la mañana siguiente te presentaste en mi despacho con el chaquetón que habías dejado dentro de tu piso y con el bolso que habías colgado en el perchero, así que volviste a recogerlos, porque hacía un frío de cuidado.

—No, no. Los recogió él.

—¿El hombre que atropelló a Gabriel?

—Sí, a mí me hubiera visto la portera.

—Ya, —admitió ella—. Y ese lunes apareciste en mi despacho a contarme un bonito cuento y a pedirme que presentara contra Gabriel una denuncia por malos tratos, pese a que ya había muerto. ¿Por qué?

—Eso no viene a cuento ahora, —protestó bajando nuevamente la cabeza y fijando sus ojos en la punta de sus dedos—. Sobre ese tema no se va a interesar el juez. Lo que quiero que me digas qué es lo que debo contestar cuando me pregunte en qué lugar pasé la noche. ¿Crees que debo responder que volví a mi piso?

—No. Tienes que aparentar que no sabías que Gabriel había muerto. Tienes que declarar que le atropelló un coche que bajaba por la calle Malasaña y tropezaste con su cuerpo caído en el suelo. Como estabas aterrorizada pensando que podía levantarse e intentar de nuevo estrangularte, echaste a correr calle arriba y pasaste la noche escondida en un portal que encontraste abierto. ¿Recuerdas si hay algún edificio en esa zona con un portal donde pudieras haberte refugiado?

Lo consideró Mariví con el ceño fruncido.

—Pues en este momento, no.

—Es igual. Di que entraste detrás de una pareja que abrió la puerta con su llave, fingiendo que vivías también en el edificio. Que te acurrucaste en el suelo detrás de una columna y que cuando amaneció te paseaste por la calle hasta que se hizo la hora oportuna de presentarte en mi despacho.

—De acuerdo, ¿pero si miento no podrán acusarme del delito de perjurio?

Aunque la situación en la que se encontraba Mariví no era precisamente para tomársela a broma, Lilian se echó a reír.

—¿Estás segura de que estudiaste la carrera de Derecho? Debes entonces de sufrir amnesia. En España no existe el delito de perjurio, sino el de falso testimonio que, como su nombre indica, pueden cometerlo los testigos cuando perjudican al acusado con una declaración falsa de los hechos. El acusado, por el contrario, no está obligado a decir la verdad, a él ni siquiera se le exige juramento. Puede, por consiguiente, guardar silencio o contar la versión que más le pueda beneficiar.

—¿De veras?

—Por supuesto. Se nota que has visto muchas películas de Estados Unidos, cuyo sistema judicial es bastante pintoresco y que no se parece en nada al nuestro, gracias a Dios. Aquí no cabe tampoco la posibilidad que habrás visto en esas películas de que la defensa decida hacer subir al estrado

al inculpado u opte por omitir ese trámite. En España declara en todo caso, en pie y delante del banquillo. Lo primero que te va a preguntar el juez o el tribunal es si te declaras culpable o inocente. Tienes que responder que eres inocente.

—Claro, —aprobó Mariví—. Es que lo soy.

—Pero recuerda que lo importante es que sostengas que ignorabas que Gabriel había muerto, ¿entiendes? y que sentiste pánico en todas las ocasiones en las que me envió un mensaje amenazador. Y por cierto, ¿quién me los envió y por qué?

En ese preciso instante se abrió la puerta del despacho y entró el policía que había instruido la diligencia que habían practicado minutos antes, seguido del que había actuado como secretario y de los dos chicos jóvenes.

—Lo siento, señora letrada, —dijo, dirigiéndose deferentemente a Lilian—. Ha transcurrido ya el tiempo de que disponía para entrevistarse con su defendida. Ahora deben firmar las dos la declaración que ha formulado, es decir, que se ha acogido a su derecho a no declarar, en su presencia. Firmen las dos aquí.

Les indicaba un papel que había recogido de su mesa y en cuanto cumplieron todos los presentes ese trámite, hizo intención de acompañar a Lilian fuera del despacho, al tiempo que los dos policías jóvenes salían al pasillo con Mariví. Esta logró desembarazarse de ellos para abrazarse llorando a Lilian que le propinó unas palmaditas en la espalda pretendiendo tranquilizarla.

—Vamos, vamos, no te preocupes. Todo esto no es más que un error como demostraremos en el juzgado. Te mandarán a casa, ya lo verás.

Con un nudo en la garganta la vio ir entre los dos jóvenes, pasillo adelante. Al fondo del oscuro corredor adivinó el comienzo de la escalera por la que se bajaba a los calabozos y sintió una angustiosa desazón. Había tenido razón Pablo al advertirla de que no era aconsejable asumir la defensa de un ser querido. A la responsabilidad de hacerse cargo de su defensa había que añadir la congoja por la situación en la que se encontraba el detenido y de prever que sería difícil que su amiga saliera airosa del trámite que debería cumplimentar al declarar próximamente ante el juez. Si el hombre que había atropellado a Gabriel se hubiera limitado después a poner

pies en polvorosa, posiblemente no hubiera sido descubierto nunca, pero al retroceder con el coche para rematarle había incurrido claramente en un delito de asesinato, ya que, concurría en su acción las agravantes de alevosía y de ensañamiento. Y eso era lo de menos, porque no conocía a ese hombre y lo que pudiera sucederle le tenía sin cuidado. Lo preocupante era que Mariví le había ayudado a desembarazarse del cadáver, por lo que, si se la absolvía del delito de asesinato, aún podría ser acusada del de encubrimiento.

Siguió dándole vueltas a la cuestión mientras se tomaba un bocadillo en una cafetería cercana. Por lo avanzado de la hora no disponía del tiempo suficiente para acercarse a comer a su casa, en la que no había dejado nada preparado, porque ni siquiera se le había ocurrido que a Mariví, que era la que solía ocuparse de las faenas domésticas desde que vivía en su casa, la encerrarían esa mañana en el calabozo de una comisaría. No se sentía con fuerzas además de soportar el interminable cuestionario a que la sometería Anita si se dirigía al establecimiento en el que acostumbraban a comer, por lo que cuando salió de la cafetería dio un largo paseo por la calle. Recorrió la de Miguel Ángel de extremo a extremo, bajó hasta la Castellana y subió nuevamente por la de Abascal para torcer luego a su izquierda y dirigirse al edificio donde trabajaba. Soplaba un viento helado que zarandeaba las ramas de los árboles y que se le calaba hasta los huesos. Un panorama invernal y tristón que no contribuía a levantarle el ánimo, ya de por sí bastante decaído. Se preguntó si experimentaría la misma sensación si Mariví fuese únicamente una cliente más. Ella era luchadora. Ponía todo su empeño en sacar a flote a los que le encomendaban su defensa por peliaguda que se presentase, pero no recordaba haber sentido anteriormente tanta angustia. Ni tanto miedo, añadió intentando controlar un estremecimiento. Aún ahora que sabía que Gabriel ya no existía, seguía percibiendo la intangible y cercana presencia de alguien que suponía un peligro para ella. De ese alguien que le había enviado los mensajes amenazadores haciéndose pasar por la pareja de su amiga. ¿Qué habría pretendido con esa artimaña y por qué se los habría remitido precisamente a ella?

Pablo se presentó en su despacho en cuanto la oyó llegar poco después e intentó animarla. Parecía realmente afectado al verla tan acongojada y le brindó toda la ayuda que pudiera necesitar.

—Creo que te harías un favor a ti misma si me permitieras a mí asumir la defensa de esa chica desde este mismo momento, —le sugirió—. No la conozco de nada. Para mí no sería más que una cliente más, por lo que podría razonar con absoluta claridad y aconsejarla lo que pudiera serle más conveniente, sin la presión a que estás sometida en estos momentos. ¿Qué te ha contado?

Lilian le sonrió sin ganas.

—Lo que me haya podido decir no lo puedo repetir, ya lo sabes. Lo que es un hecho objetivo es que ella no le atropelló. No tiene coche y no sabe conducir, por lo que la circunstancia de que se manchara el bajo de los pantalones y los zapatos con la sangre de Gabriel carece de relevancia a los efectos de que pueda imputársele la autoría de su muerte. Sin duda tropezó con su cuerpo cuando él cayó al suelo. La cuestión es que quizás pueda ser acusada del delito de omisión de socorro por no llamar a una ambulancia o a un médico para que le auxiliase.

—En ese caso podrías alegar miedo insuperable, —sugirió Pablo inclinándose hacia ella desde la butaca de los clientes en la que se había dejado caer—. Es una reacción absolutamente comprensible en una persona que corre perseguida por un hombre que pretende matarla y en casos similares se ha estimado como eximente sin demasiada oposición por parte del fiscal, ¿qué te parece?

—Bien, —admitió ella animándose al oírle—. Si me veo obligada, también sería oportuno invocar la legítima defensa, aunque en nuestro sistema no se suele apreciar como eximente completa y porque además mi defensa se va a basar fundamentalmente en negar que ella sea responsable de ese atropello. Mariví iba corriendo por la calle, cuando un coche conducido por una persona que no llegó a distinguir, le atropelló. ¿Qué opinas tú?

—Me parece bien, —aprobó él—. Cuenta conmigo para todo lo que necesites. Sabes que yo haría cualquier cosa por ti.

Había bajado la voz al pronunciar sus últimas palabras y Lilian se preguntó si le estaría diciendo lo que verdaderamente sentía o si, por el contrario, pretendería únicamente apoyarla en unos momentos tan difíciles. Hubiera deseado aclarar sin tapujos en ese instante lo sucedido durante el fin de semana, pero, aunque intuía que la única responsable era su amiga y que Pablo no había encontrado el medio de oponerse a las argucias de la chica, empeñada en atraerle, no se decidió. Aún le escocía la sensación de haberse sentido relegada en la sierra al papel de tercera en discordia, cuando hasta la semana anterior había creído que su relación con él avanzaba hacia un previsible y satisfactorio desenlace. Parecía que Pablo unía el momento que estaban compartiendo en ese instante con los días que habían precedido al fin de semana, en los que aún no conocía a Mariví ni había tenido por tanto que secundarla, muy a su pesar, en su caprichosa manera de actuar, dejándola a ella abandonada a su suerte. Al menos era así como ella lo veía.

Pablo la miraba fijamente como si estuviera siguiendo el hilo de sus pensamientos.

—Oye, he pensado… —empezó algo azorado, como si no acertase con las palabras oportunas.

—¿Qué?

—He pensado que ya va siendo hora de que te demuestre lo buen cocinero que soy. A ti no te ha dado la gana de enseñarme tu casa nueva, a pesar de que te regalé un perro precioso que te tiene loca de satisfacción, pero yo me siento magnánimo por lo que he decidido no tomártelo en cuenta. ¿Qué te parece si te invito a cenar esta noche en mi casa?

En cualquier otra circunstancia hubiera aceptado en el acto, pero dos días más tarde tendría que presentarse en al juzgado para asistir a la declaración de Mariví ante el juez y no se consideraba capaz de deslindar la preocupación que le inspiraba ese trámite procesal, que la mantenía obsesionada, con la cita que le estaba proponiendo.

—Esta noche, no. Estoy demasiado nerviosa y te aguaría la cena.

—¿Mañana entonces?

—Mejor cuando hayamos cumplimentado la diligencia que me tiene tan desazonada. El sábado podría ser un buen día. Así tendrás toda la mañana

para preparar ese menú con el que me vas a sorprender. ¿Me vas a sorprender?

—Espero que sí. Y al día siguiente, el domingo, podrías sorprenderme tú.

—¿Invitándote a cenar en mi casa?

—Eso es. Ya va siendo hora.

—No soy demasiado buena cocinera, —reconoció—. Tengo tanto trabajo que llego a mi casa agotada y suelo tomarme cualquier cosa. Estos días atrás guisaba Mariví.

Una nube de tristeza empañó sus ojos por unos segundos y al advertirlo, Pablo intentó distraerla.

—Tienes que hacer lo posible por no dejarte abrumar por ese tema. Hace diez días ni siquiera recordabas a esa chica. No era más que una amiga de la facultad a la que habías perdido la pista y te sentías bastante feliz.

—Sí, pero…

—Pero nada. Aunque no suelo llevar asuntos penales, la defenderemos entre los dos si llega el caso, pero pase lo que pase no es ella una parte fundamental de nuestras vidas. Hay un refrán, que creo que es chino, que dice algo así como: "*Tu carácter es tu destino*".

—¿Quieres decir que Mariví tiene lo que se merece por ser un poco alocada? y…

—Y un bastante inconsciente, —terminó él—. No sé si se merece el trago que le espera en el juzgado, pero sí lo que le ha sucedido con ese hombre, que no tenía otra virtud que ser un guaperas y que conducía un Porsche impresionante. Las dos cosas pueden deslumbrar a una adolescente, pero ella había cumplido ya veintidós o veintitrés años cuando le conoció.

—Todos podemos hacer una tontería, —sentenció Lilian nostálgicamente—. Si no fuera así, no nos encargarían a ti y a mí tantos divorcios como llevo, porque los tuyos me los endilgan. Seguramente no es fácil encontrar la persona adecuada para compartir tus alegrías y tus malos humores.

—A mí no me parece tan difícil, —musitó él bajando la voz.

En la grisácea claridad que se filtraba por los cristales de la ventana y que invadía la estancia, apenas si distinguía sus facciones, pero sus palabras resonaron cálidas e insinuantes. Por un segundo olvidó Lilian sus temores y se sintió transportada a una dimensión diferente en la que todo lo que la rodeaba parecía flotar en la ingravidez de la nada. Pero fue solo un instante. El estridente sonido del teléfono interior rompió la magia del momento. La lucecita roja del aparato que tenía sobre la mesa destellaba intermitentemente, por lo que regresó ella a su prosaico presente para descolgar el auricular y llevárselo al oído. Reconoció, como esperaba, la voz de Anita.

—Doña Lilian. Ha llegado un señor que asegura que le había citado usted esta tarde. Yo no le tengo anotado en mi agenda, lo que le advierto por si está demasiado ocupada para recibirle.

Dedujo ella que ese visitante se encontraba en la antesala, junto a la mesa de la secretaria, y que a eso obedecía el inusitado formalismo con el que se le dirigía, ya que en ausencia de extraños la tuteaba con absoluta confianza.

—¿Cómo se llama ese señor? Porque se trata de un hombre, ¿no?

—Sí, sí. Se llama Iván Vasiliev. Ya ha venido otras veces.

En un primer momento pensó Lilian contestarle a la chica que le citase para la semana siguiente, pero luego recapacitó y llegó a la conclusión de que podría resultarle útil interrogarle con disimulo sobre su intempestiva visita al piso que compartían Mariví y Gabriel la tarde la de la muerte de este, por lo que le respondió:

—Dile que en cinco minutos podré atenderle.

Notó la extrañeza con la que la chica acogía su decisión por el tono de su voz, pero no se permitió hacer el menor comentario.

—De acuerdo, doña Lilian. Se lo diré.

Pablo se incorporó incómodo en la butaca.

—¿Quién es tu visitante? ¿Ese pelmazo que aparece de cuando en cuando sin pedir cita? Creo que no deberías permitirle que se tomara tantas libertades por tu propio prestigio y por el de este despacho.

—Puede que tengas razón, —admitió Lilian, que aún intentaba recuperar algo del encanto provocado por las anteriores palabras de él y que

se había extinguido como un soplo de viento con el sonido del teléfono—. Se lo explicaré con claridad, porque no parece entenderlo.

Consultó Pablo su reloj de pulsera antes de ponerse en pie.

—También tengo yo una visita ahora, así que te dejo. Después, cuando terminemos los dos de trabajar…

No llegó a decirle en qué podía consistir el ofrecimiento que había pretendido iniciar y que había sido interrumpido por unos golpecitos propinados en la puerta del despacho, porque seguidamente Anita la entreabrió e introdujo la cabeza por la abertura. Sonrió con aire de complicidad al ver a Pablo disponiéndose a abandonar la estancia, pero se limitó a anunciarle a Lilian la llegada de Iván Vasiliev con la solemnidad que adoptaba ante los extraños.

Este apareció a continuación cuando la chica se hizo a un lado para permitirle entrar. Venía correctamente vestido con un pantalón gris, una chaqueta azul marino y una corbata de rayas rojas y blancas. Incluso parecía que había invertido más esfuerzo que el que acostumbraba en peinarse, pese a lo cual, algunos mechones se escapaban de su abundante pelambrera oscura para resbalarle sobre la frente cuando tomó asiento en la butaca que Pablo acababa de dejar libre. Se los retiró con los dedos, mientras se disculpaba.

—Perdona por haberme presentado así, sin cita previa, pero es que pasaba por aquí al salir de mi trabajo y…

—¿Pasabas por aquí? ¿Dónde tienes la oficina?

—En la calle Princesa.

—O sea, en el barrio de Arguelles, —puntualizó Lilian, que sarcásticamente añadió—: Pues está bastante lejos de aquí, ¿no?

—Sí, bueno, no, —se embarulló él—. Necesitaba hablar contigo y como por teléfono adoptas una actitud tan extraña conmigo…

—¿Tan extraña?

—Sí, como si fuera yo Jack el destripador. ¿Tienes algún problema psíquico? Me refiero a algún síndrome paranoide.

Experimentó Lilian una irritación sorda al oírle y replicó ácidamente:

—No, no padezco ninguna clase de síndrome paranoico, pero imagino que no habrás aparecido de improviso para someterme a un análisis

psicológico. Si ha sido esa tu intención, te la agradezco, aunque, como no tengo tiempo que perder en tales asuntos, voy a llamar a la secretaria para que te acompañe hasta la puerta.

Se la quedó mirando él con sus claros ojos verdes como si le hubiera desconcertado su explosión de ira.

—¡Vaya!, sabía que tenías mal genio, pero no imaginaba que fueses tan irritable. —Rezongó como para sí. Tomó aire antes de continuar y volvió a retirarse el mechón de cabello que se empeñaba en caerle sobre la frente, a la par que accionaba con la otra mano—. Verás, quería comentarte la cuestión del arrendamiento de mi piso.

Le interrumpió en el acto.

—Ya no tienes que desahuciar a Gabriel García, dado que, como tú mismo viniste a comentarme, ha muerto. Por consiguiente, el contrato que formalizaste con él ha quedado extinguido y puedes ocupar tú ese piso, tal y como deseabas. Eso sí, tendrás que limpiarlo a conciencia antes, porque, cuando lo visité yo daba asco.

Sonrió él con una expresión que parecía indicar que la limpieza del piso le tenía sin cuidado.

—Ya sé que la muerte del inquilino es una de las causas de extinción del contrato de arrendamiento, —la interrumpió—. Aunque no sea una enciclopedia, como tú, no ignoro las cuestiones jurídicas que me atañen, como pareces creer. Lo que vengo a decirte es que he cambiado de opinión. Ya no quiero vivir en ese piso. Aunque es muy céntrico, me resulta demasiado pequeño, no dispone de ascensor y además no se puede aparcar en la calle en la que está ubicado el edificio. He venido a preguntarte si la chica que vivía con Gabriel García y que es amiga tuya tendría derecho a subrogarse en el contrato que suscribí con él. Victoria no figuraba como inquilina en el contrato. ¿Qué dice la ley a ese respecto?

Le extrañó a Lilian que se refiriera a Mariví por su nombre verdadero en lugar de por el apelativo popularizado entre los familiares y amigos. No recordaba a ninguna persona, a excepción de Gabriel, que la llamara Victoria. Y también le sorprendió que aludiera a ella como si fuera una antigua conocida, pero permaneció con el semblante imperturbable,

jugueteando con el bolígrafo que sostenía entre los dedos y considerando la cuestión con el ceño fruncido.

—Por supuesto que tendría derecho a subrogarse, ya que convivió con Gabriel García como pareja de hecho durante más de los dos años que la ley exige. Lo que no sé es si a ella le interesaría, pero puedo preguntárselo y darte una respuesta.

La imaginó en el calabozo de la comisaría donde se encontraría en esos momentos sopesando las posibilidades de salir con bien del trámite procesal que se avecinaba. Su respuesta a la propuesta de Iván dependería de que el juez decretase su ingreso en prisión o de que sobreseyese la causa por falta de pruebas y acordase su libertad sin cargos, aunque también era posible que, en cualquier caso, no deseara Mariví regresar al escenario que había compartido con Gabriel y en el que había vivido momentos tan difíciles.

Iván aguardaba su respuesta observándola con una fijeza un tanto excesiva, por lo que intentó sonreírle para que no pudiera adivinar el derrotero de sus pensamientos. Si podía evitarlo, nunca sabría por ella el lugar donde se encontraba esa tarde Mariví.

—Se lo diré, —repuso con voz clara—. Le preguntaré si desea subrogarse como inquilina en el contrato que firmó él y te lo comunicaré en cuanto me dé una respuesta. ¿De qué la conoces?

Parpadeó Iván como si su pregunta le hubiese cogido de improviso y vaciló durante unos segundos.

—Pues… pues realmente de nada. Ya te comenté que coincidí con los dos en Navacerrada en varias ocasiones y también, como sabes, con ella durante el fin de semana pasado. De nada, con ella apenas si he mantenido alguna relación, —concluyó con una expresión ensombrecida que no la engañó.

—¿De nada?, ¿por qué quieres entonces que se quede en tu piso? Dudo mucho que sepa ella que tiene ese derecho y si no te comunicara su intención de ejercitarlo en el plazo de tres meses desde el fallecimiento de Gabriel, lo perdería, con lo que podrías alquilárselo a otra persona que te pagara una renta más elevada.

Esbozó él un gesto vago con las manos.

—Ya te ocuparías tú de que no le venciese ese plazo y de que me lo comunicara oportunamente. ¿A qué sí?

—Por supuesto, —replicó escuetamente. Tabaleó con el bolígrafo sobre la mesa e insistió luego, dando a su voz el matiz más indiferente que fue capaz de emitir—. ¿Por qué deseas que ella se quede en tu piso? ¿Porque te cae bien?

—Sí, claro. Es simpática y parece buena persona.

—Y es muy guapa, ¿verdad?

Le sorprendió su pregunta y escrutó nuevamente su semblante como si se estuviera preguntando qué había querido decir.

—No sé si es muy guapa. La última vez que la vi en la sierra en tu compañía parecía otra y me costó reconocerla. Antes iba muy desaliñada.

—¿Antes? ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

—Pues yo diría que varios años…, cinco por lo menos. Ya te comenté que coincidí con los dos en el albergue de Navacerrada donde nos alojamos vosotros y yo el fin de semana pasado. Había heredado yo ese piso, cuando aún vivía en Toledo, de una tía abuela que fue mi madrina y por esa razón, como por entonces no podía habitarlo yo, decidí alquilarlo. Al principio los dos me parecieron muy tratables y durante los primeros años no tuve ningún problema.

—¿Y si vivías en Toledo, cómo conociste a Gabriel y a Mariví en Navacerrada?

Sonrió Iván como si la respuesta fuese obvia.

—Soy muy aficionado al esquí, ya lo sabes, y ellos también. En Toledo no nieva nunca, por lo que no hay ninguna estación en la que se pueda practicar ese deporte y dista pocos kilómetros de Madrid y de Navacerrada. Con el coche no se tarda más de tres cuartos de hora, por lo que he pasado muchos fines de semana en ese albergue con Irina al principio y después sin ella. Es pintoresco y muy barato, por lo que en varias ocasiones nos citamos allí por teléfono con ellos. Después, cuando empezó a demorarse él en el pago de la renta, se enfrió nuestra relación y dejamos de vernos.

Volvió a sonreír con cierta ironía, observándola con la cabeza ladeada.

—¿Satisfecha? Tengo la sensación de que me estás sometiendo a un cuestionario. No sé cuál es el motivo de que te inspire yo tanto recelo y me

gustaría que me lo aclararas.

—¿Recelo?, —protestó Lilian con fingida inocencia.

—Sí, quizás sea por deformación profesional e interrogues exhaustivamente también a todos tus clientes. ¿O es por otro motivo?

Se acodó ella en la mesa y apoyó la mejilla en la palma de la mano. Para centrarse en el tema que le interesaba sin despertar las sospechas de él, lo más práctico sería que le refiriese parte de la verdad.

—Es por la muerte de Gabriel. La policía nos está investigando a las dos e incluso ha registrado mi casa, aunque no sé qué podría estar buscando. Como tú fuiste a visitarle en el piso que le habías arrendado la misma tarde en que murió, trataba de precisar algún dato que pudiera servir para aclarar lo sucedido.

Se quedó callado Iván sin apartar la mirada de su rostro. A Lilian le recordó su expresión a la del espía ruso de una película que había visto recientemente, que descubría la intrincada trama ideada por la CIA y era asesinado en la última escena.

—¿Qué quieres saber?, —le preguntó al fin.

—Lo que pasó. ¿Llegaste a verle cuando regresaste más tarde al piso en el que vivía?

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, no había nadie en la casa. La portera me vio subir la escalera, porque el edificio no tiene ascensor. Encontré abierta la puerta de la casa, pero no había nadie dentro. Al menos no salió nadie cuando les llamé desde el umbral.

—¿Y entraste?

Vaciló con aire de culpabilidad.

—Solo hasta el vestíbulo. Bueno, no, hasta la puerta del salón, —se corrigió—. Conoces el piso, así que recordarás que el vestíbulo es un pequeño pasillo que da paso a un salón por el que se accede al dormitorio, al baño y a la cocina. Decidí no pasar del vestíbulo en el que, por cierto, vi platos rotos esparcidos por el suelo y los restos de lo que había sido una sopera, pero me resbalé nada más entrar en un charco rosado que olía a puré de algo que no llegué a identificar. Estuve a punto de matarme cuando me escurrí en ese charco y aterricé contra la puerta del salón. También estaba

abierta y desde el quicio vi más platos rotos. Pensé que mi inquilino era un guarro además de un moroso, pero como con ese olor se me había despertado el apetito, volví a bajar la escalera y me marché.

—¿Qué hora sería aproximadamente?

—Calculo que alrededor de las diez de la noche.

—¿Y te fuiste a tu casa?

—Sí. Cené inmediatamente un repollo rehogado con pimentón, obra maestra de una vecina que me cuida mucho y que me había sobrado del día anterior, vi un rato la televisión y luego me fui a la cama.

Sus labios se curvaron nuevamente con una sonrisa irónica.

—¿Contenta con mi declaración o deseas hacerme más preguntas?

Se apartó ella la melena de su rostro colocándosela detrás de las orejas e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, quisiera que hicieras memoria y me dijeras si cuando bajaste a la calle viste algo.

—¿Algo como qué? Del atropello no. Solamente un charco oscuro en la calzada a pocos pasos del portal. Lo esquivé prudentemente, me subí a mi coche, que había dejado aparcado bastante más arriba, casi a la altura de la calle San Bernardo, y me marché mascullando maldiciones contra Gabriel García y lo cochinos que eran él y Victoria.

Sonrió ahora Lilian imaginando el estado del piso al que, cuando ella lo había visitado con su amiga y con Fernando Costa, le había encontrado un aspecto muy similar al de una pocilga.

—¿Y aunque te forjaste esa opinión, quieres que Mariví continúe viviendo en él?

Desvió Iván sus ojos hacia la ventana y se quedó mirando cómo la oscuridad del crepúsculo se filtraba a través de los cristales poblando de sombras el despacho. Lilian se apresuró a encender la lámpara que tenía sobre la mesa y él parpadeó deslumbrado al girar la cabeza en su dirección. Luego esbozó un gesto vago con los ojos guiñados.

—Lo limpiará, supongo. Ella me cae bien.

De improviso consultó su reloj y demostró cierta intranquilidad.

—Te estoy entreteniendo demasiado impidiéndote trabajar, así que ya me marcho.

Le detuvo Lilian con un ademán de su mano. Se sentía incapaz de centrarse en el cerro de asuntos que tenía pendientes y aún le quedaba algo de Iván por averiguar. Necesitaba ver su automóvil y convencerse de que no había rastro de un atropello reciente en su parachoques delantero.

—No, espera. Iba a marcharme ya, pero esta mañana no he conseguido arrancar el coche, por lo que he venido en Metro. Si tienes tiempo y no te ocasiono un trastorno, te agradecería que me acercases a mi casa. Vivo en…

—Ya sé dónde vives, —la interrumpió—. Lo averigüé cuando busqué tu número de teléfono e intenté invitarte a cenar, —y con guasa, le preguntó —: ¿Por qué no quieres cenar conmigo? ¿Te caigo mal o es porque tengo un apellido ruso?

A su pesar se echó a reír, mientras descolgaba su chaquetón del armario y él la ayudaba a ponérselo.

—No me caes mal. Tienes bastante caradura, pero en el fondo me pareces simpático.

—Entonces, ¿por qué?

Se lo preguntó Lilian a sí misma. No tenía compromiso alguno con Pablo por el momento y la compañía de Iván le resultaba agradable aunque no se fiaba completamente de él. Se parecía demasiado al espía ruso de la película y además había algo en él que no acababa de discernir. Cuando le conoció en el albergue de la sierra había temido que se tratase de Gabriel que le hubiera dado un nombre falso, pero, ahora que sabía que sus sospechas eran infundadas, no había razón alguna para no aceptar esa cita, aunque por el momento y mientras no se resolviese el tema de Mariví, prefería no concertar ninguna.

—No acostumbro a relacionarme con mis clientes, —repuso cuando habían salido ya al pasillo y caminaban en dirección a la antesala.

—¿Y no puedes hacer conmigo una excepción?

Giró la cabeza hacia él, pero no alcanzó a distinguir con claridad su rostro. El pasillo carecía de ventana y la iluminación que disipaba la oscuridad del mismo provenía de la estancia a la que se dirigían.

—No lo sé. ¿Por qué habría de hacerla?

Los últimos metros del pasillo los recorrieron en silencio y pasaron por delante de la mesa de Anita sin pronunciar palabra. Esta levantó la cabeza

del ordenador para observar en silencio el chaquetón que ella llevaba puesto y el bolso que le colgaba del hombro.

—¿Se marcha ya, doña Lilian?

—Sí, si. Tengo cosas que hacer. Hasta mañana.

Les siguió la chica con la vista hasta que cerraron la puerta del piso a su espalda. Habían llegado ya a la calle cuando respondió Iván a su pregunta. Le pareció a ella que había invertido todos esos minutos en buscar una en su mente que fuese apropiada y convincente.

—Porque me gustaría que nos conociésemos mejor. Hay algo en ti que resulta muy estimulante. Pareces tan competente, tan decidida, tan autosuficiente… Das la imagen de ser capaz de resolver cualquier problema. ¿Me equivoco?

Caminaban ahora por la acera de la calle Miguel Ángel e Iván le señaló un Rover rojo aparcado a pocos metros del portal de su oficina, que habían dejado atrás. El vehículo ostentaba una capa de polvo que agrisaba el color de la carrocería y el parachoques delantero parecía estar impregnado de barro, que impedía distinguir el número de la matrícula.

—¿Es ese tu coche?

—Sí.

—Pues necesita un lavado urgente.

Le sonrió Iván despreocupadamente.

—Por dentro está limpísimo. No te preocupes, que no te mancharás. Pero no me has contestado.

—¿A qué?

—A lo que te he preguntado. ¿Responde tu forma de ser a la imagen que das?

Lo consideró ella mientras se introducía en el vehículo y llegó a la conclusión de que no se veía a sí misma como Iván ni como la conceptuaba Mariví, que la había descrito de una forma muy similar. Sí creía ser una profesional competente y quizás pudiera calificársela también de autosuficiente, pero distaba mucho de ser capaz de superar cualquier dificultad. Desde que Mariví se presentara en su despacho unos días antes, había sentido un miedo pavoroso en varias ocasiones y aún en las que no

tenía motivos para experimentar esa sensación, percibía algo inquietante a su alrededor que no llegaba a concretarse pero que le producía escalofríos.

—Me parece que me supervaloras, —murmuró, al tiempo que él ponía en marcha el motor—. No me asustan las brujas ni los fantasmas, porque no existen, pero siento tanto miedo como cualquiera ante un peligro real. De hecho, en la sierra, cuando empezó a nevar y se desató aquella tormenta que me obligó a echar a correr y a refugiarme en ese torreón que te tiene entusiasmado, pero que está a punto de derrumbarse, se me pusieron los pelos como escarpias.

Se echó a reír con ganas él.

—Es que te largaste en dirección contraria y te perdí de vista inmediatamente. No se distinguía nada a un metro de distancia, pero supuse que habrías dado media vuelta y regresado al albergue.

—¿Y cómo iba a regresar al albergue si no sabía dónde estaba ese edificio?, —objetó—. ¿Cómo lo averiguaste tú?

Volvió a reírse Iván.

—Pues precisamente por lo que te he dicho, porque di media vuelta, retrocediendo por donde había venido.

—Pero el camino había desaparecido bajo la nieve.

—Sí, pero me oriento bastante bien. ¿Tú no?

Se lo preguntó Lilian a sí misma.

—Supongo que sí, en condiciones normales, pero aquellas no lo eran. La verdad es que no guardo un recuerdo demasiado grato del fin de semana último.

Se quedó callado Iván, con los ojos fijos en las calles que iban recorriendo. Un surco había aparecido en su frente bajo el mechón de cabello que, como solía ser habitual, le había resbalado sobre las cejas. Se habían detenido en un semáforo en rojo y la luz de una farola iluminó su rostro. Parecía abstraído, como si hubiera ascendido a otra dimensión y flotara entre la nada.

—¿Qué estás pensando?, —le preguntó ella con curiosidad.

—En el fin de semana. Yo sí guardo un buen recuerdo.

Estuvo Lilian tentada de insistir, pero el vehículo acababa de dejar atrás la amplia avenida de Arturo Soria y doblaba la esquina de la calle donde se

ubicaba su casa. Detuvo Iván el coche frente a la verja y dirigió una apreciativa mirada hacia el oscuro edificio que se adivinaba entre los árboles.

—¿Vives aquí?

—Sí.

—¿Y no es demasiado grande esa casa para ti sola?

Se encogió Lilian de hombros.

—Puede ser, pero quería una con jardín porque tengo un perrito. Un cachorro de Golden retriever y en un piso no se puede convivir con un animalito. Hay que sacarlo a la calle tres veces al día y yo no suelo volver a casa al mediodía a comer.

—¿Tienes un perro?, —la interrumpió entusiasmado—. Me encantan los perros. También yo he pensado comprarme una casa con jardín en cuanto me sea posible por la misma razón que tú. ¿Me enseñas tu cachorro? Será solo un minuto. —Insistió al ver la indecisión que traslucía el semblante de ella.

Se preguntó Lilian por el motivo por el que se resistía a permitirle el paso a su vivienda al hombre que ocupaba el asiento contiguo del vehículo. Había algo en él que le producía cierta inquietud. ¿Vería visiones o sería por el parecido de Iván con el espía ruso de la película que había visto días antes?

—Está bien, pasa, pero te advierto de antemano que estoy cansada y que no me encuentro con ánimos de recibir visitas.

—De acuerdo, de acuerdo, —se apresuró a aceptar él—. Me enseñas tu cachorro, le hago unas cuantas cucamonas y me despido inmediatamente. Cronométrame, porque en cinco minutos soy capaz de hacer todo eso.

Seguía riéndose cuando ella abrió la cancela y le precedió por el jardín, iluminado por una luna pálida y tristona, hasta el porche, al que se accedía por tres escalones. Nada más empujar el portón de entrada, salió Peluche a recibirla, brincando, a la par que emitía cortos ladridos. Levantándose sobre sus patas traseras, alcanzó los pantalones de ella y luego los de Iván, al que acogió como si fuera un ocupante más de la casa. Él consultó su reloj de pulsera con un ostentoso ademán.

—Dos minutos, —anunció—. Aún me quedan tres por consumir. ¿Puedo sentarme en el salón durante ese tiempo con esta preciosidad?

Señalándole las puertas de cristales de esa estancia que estaban abiertas, había tomado en brazos al cachorro, que pretendía obsequiarle con unos lametones y Lilian no se atrevió a negarse.

—Vale, pero te quedan solamente tres minutos, así que aprovéchalos.

Se dirigía ya Iván en la dirección indicada, seguido de Lilian, cuando sonó el timbre de la puerta y esta se detuvo en seco.

—¿Quién puede ser a estas horas?, —se preguntó en voz alta—. Son ya las siete de la tarde y no espero a nadie.

—¿Quieres que abra yo?, —se ofreció él retrocediendo sobre sus pasos con el cachorro en brazos.

—No… sí, bueno, hazme ese favor.

En dos zancadas atravesó el vestíbulo y se aprestó a abrir el portón. En el oscuro rectángulo del umbral se destacó la silueta de a un hombre bajito y rechoncho, vestido con un mono azul que llevaba una caja de herramientas en la mano y que se dirigió a Lilian.

—Vengo a arreglarle la reja de la ventana del sótano. ¿No se acuerda que le dije que vendría hoy?

No recordaba ella que hubieran fijado fecha, pero se apresuró a hacer un ademán afirmativo y a indicarle que la siguiera. Le precedió hacia el pasillo, olvidándose momentáneamente de Iván, que se quedó en el vestíbulo con el cachorro en brazos. En compañía del hombre bajó por la escalera que comenzaba al fondo del corredor y que crujía bajo sus pies de una forma alarmante.

—Tiene que arreglar estos peldaños, —refunfuñó el hombre—. Y debe hacerlo cuanto antes si no quiere llevarse un disgusto cualquier día.

Le dejó en el sótano y volvió a subir hasta el pasillo que recorrió para llegar al vestíbulo, donde seguía Iván, en cuclillas tras una de las butacas mientras el cachorro correteaba a su alrededor. Al verla entrar, consultó su reloj y se puso inmediatamente en pie.

—Me marcho. Han transcurrido ya quince minutos, pero no me ha parecido bien largarme por las buenas, sin despedirme, aunque se ha cumplido sobradamente el tiempo que me has concedido.

Se dirigía ya hacia el portón de entrada y con la mano en el picaporte se volvió.

—¿Me darás la contestación de Victoria? Pensaba que la encontraría aquí.

—Pues no, ha salido, —repuso Lilian, imaginándola en el calabozo de la comisaría y preguntándose si habría utilizado a Peluche como excusa para ver a su amiga—. Tenía que hacer unas compras.

—Bueno, es igual. Llámame en cuanto tome una decisión sobre el piso.

OceanofPDF.com

Capítulo 13

Llovía esa mañana como si el cielo hubiera decidido desplomarse sobre Madrid y Lilian, sentada en una silla junto a la mesa del juez y al lado de la que ocupaba el fiscal, desvió su mirada hacia el grisáceo panorama que se divisaba a través de los cristales de la ventana. Una inmensidad borrosa en blanco y negro bajo el aguacero, como si el día se resistiese a despuntar a aquellas horas tempranas y se aferrase a prolongar la oscuridad de la noche, que ya se batía en retirada.

Inquieta, consultó su reloj. Apenas habían trascurrido unos minutos desde que a requerimiento del agente judicial penetrara en el despacho del juez y tomara asiento en la silla que le habían ofrecido al otro lado de la mesa de este, y aguardaba a que la policía subiese de los calabozos a Mariví para ser interrogada sobre su intervención en el delito de homicidio de Gabriel García. Aunque comprobó, tras esa consulta, que solo habían transcurrido esos minutos desde que ocupara la silla destinada a la defensa, le pareció que el tiempo se había empeñado en detenerse esa mañana para que a ella se le acelerase el pulso y la angustia que sentía en su interior adquiriese proporciones alarmantes. El juez, un hombre bajito y rechoncho con un apacible rostro redondo y unas gafas sin montura sobre el puente de la nariz, comentaba algo con el fiscal, mientras Lilian permanecía inmóvil, sin llegar a oír lo que decían y con la expresión impasible que debe acompañar en toda circunstancia a una abogada con experiencia. La tenía sin duda. Había asistido en innumerables ocasiones a trámites similares, pero no recordaba haber experimentado anteriormente aquella desazón. Con los ojos fijos en la puerta del despacho esperaba la aparición de su amiga, mientras elevaba a las alturas una incoherente plegaria, pidiendo que Mariví

se atuviese a lo convenido y no contestase a las preguntas del juez con alguna inconveniencia que la llevase directamente a prisión.

Finalmente traspusieron el umbral de la habitación dos chicos jóvenes de uniforme, flanqueando a Mariví, como si temieran que pudiera echar a correr ella por el pasillo y se fugara.

En contra de lo que había supuesto, el semblante de su amiga era sereno. Al entrar en el despacho lo había recorrido visualmente, deteniendo su mirada en casa uno de los rincones del escenario en el que iba a tener lugar un hecho tan trascendental para ella, y terminó por posar sus ojos en Lilian, que no esbozó el menor gesto.

Los dos guardias civiles avanzaron con ella hasta situarse a la distancia de un metro de la mesa del juez y allí permanecieron en pie con el semblante sin expresión. Posiblemente estarían hartos y aburridos de realizar el mismo cometido durante todas las mañanas y de acompañar desde los calabozos del sótano al despacho del juez, que había estado de guardia el día que había sido cometido el delito, a cada uno de los detenidos que habían sido puestos a disposición judicial por la policía. Y también de presenciar, uno tras otro, un interrogatorio similar, de los que únicamente difería el desenlace.

El juez levantó su imperturbable mirada hacia Mariví. Pese a los dos días que había permanecido en el calabozo, el aspecto de esta era sumamente atractivo. Su cobriza melena le resbalaba ondulado sobre la espalda y le enmarcaba el rostro, en el que destacaban sus grandes ojos color violeta. Su expresión era ingenua, como la de una niña castigada injustamente.

—¿Cómo se llama usted?, —le preguntó el juez sin levantar la cabeza, tras consultar los papeles que tenía sobre la mesa, en los que constaba ese dato y las siguientes cuestiones que debía reseñar.

—María Victoria Díaz Merchán, —repuso la chica, aparentemente tranquila.

Contestó también sin titubear a las preguntas denominadas “las generales de la ley” y seguidamente se acodó el juez en la mesa para fijar la mirada en su rostro.

—Voy a exhortarla a que diga la verdad y a que conteste de una manera clara y precisa a las preguntas que voy a hacerle. ¿Sabe que podría acusársele del delito de homicidio como autora de la muerte de don Gabriel García Jiménez?

Meneó la chica afirmativamente la cabeza y su melena osciló cadenciosamente a su compás, cubriéndole parte del rostro. Se la retiró despacio, con un ademán aparentemente espontáneo, que Lilian sabía que esgrimía como arma ante el elemento masculino en las situaciones especiales y que solía producir unos resultados devastadores.

—Sí, señor. He sido informada por la policía.

—Bien, ¿qué tiene que decir a ese respecto? ¿Se declara culpable o inocente?

—Inocente, —replicó sin vacilar.

—De acuerdo, —aprobó. Revolvió seguidamente el cerro de papeles que tenía sobre la mesa y tomó un folio que consultó, levantando a continuación la mirada hacia el rostro de la chica—. Según el informe del forense, don Gabriel García murió, víctima del atropello de un vehículo, la noche del veintiocho de febrero último, —le comunicó—. ¿Puede referirme lo que sucedió el día de autos?

Asintió nuevamente Mariví, repitiendo el mismo gesto con su ondulante cabellera.

—Sí señor. Ese día había decidido yo abandonar a Gabriel. Llevábamos viviendo juntos cinco años y durante todo ese interminable tiempo me pegó casi a diario.

—¿Presentó usted la pertinente denuncia?

—No. Le tenía tanto miedo que no me atreví. El caso es que esa tarde vinieron a buscarle al piso dos hombres a los que les debía dinero. El que se presentó en primer lugar…

—¿Cómo se llama ese hombre?, —la interrumpió el juez—. ¿Conoce su nombre?

—Sí, se llama Juan González. Ignoro su segundo apellido.

—Continúe.

—Al parecer, le había prestado Juan a Gabriel dinero para que jugara en las carreras de caballos y este no había podido devolvérselo, porque no

acertó en las apuestas que efectuó. Juan se marchó furioso cuando le dije que el otro había salido y me aseguró que volvería más tarde a reclamárselo.

—¿Y volvió?

—No lo sé. Yo estaba harta. Me licencié en Derecho en su día, pero no llegué a empezar a ejercer esa profesión y me coloqué en una tienda de complementos de moda. Vendíamos bolsos y zapatos fundamentalmente. Me despidieron enseguida de esa tienda y en todas las que me contrataron después, cuando me presentaba con la cara irreconocible por los golpes que me daba él. Conseguí pese a todo que me admitieran finalmente como limpiadora en un edificio de oficinas. Ganaba poco, pero cuando regresaba a casa a fin de mes con mi sueldo, me lo arrebataba a golpes Gabriel y se emborrachaba en una tasca cercana. Debíamos la renta del piso de varios meses al propietario del piso y si comíamos a diario, mal y poco, era gracias a que en el supermercado me fiaban.

Un lagrimón le resbaló por la mejilla. Su imagen era tan patética que incluso el imperturbable juez pareció humanizarse.

—¿Y pese a todo lo que está contando, no le denunció por malos tratos?

—No señor, no. Me hubiera matado.

—Está bien. Continúe.

—Esa tarde se presentó algo más tarde el dueño del piso. Es un hombre muy alto y muy fuerte y se enfureció también cuando le dije que Gabriel había salido. Venía a reclamarle el pago de la renta y me amenazó con ponernos a los dos de patitas en la calle y con…

—¿Con qué más la amenazó?

Vaciló Mariví consultando con los ojos a Lilian, que al igual que el fiscal, permanecía en silencio, dado que la presencia de ambos en ese trámite es puramente testimonial.

—No fue a mí. Amenazó con atizarle a Gabriel un puñetazo en el estómago.

—¿Y cómo se llama ese hombre?

—Se llama Iván Vasiliev, pero a pesar de ese nombrecito, es español, de Toledo.

Disimuló el juez una sonrisa ante su último comentario.

—Está bien, siga.

—Pues… esas dos visitas terminaron de decidirme, por lo que hice la maleta. La coloqué encima de la cama y estaba ultimándola cuando se presentó Gabriel. Venía como una cuba y me apresuré a preparar la cena. Estábamos sentados a la mesa de la cocina tomando el primer plato, una crema de calabaza, cuando le dije que lo nuestro se había acabado y que me marchaba. Entonces se levantó como un energúmeno, arrojó la sopera contra la pared, estrelló los platos por el salón, por el pasillo, por el vestíbulo, por todas partes y luego me arrinconó a mí contra la lavadora. Me sacudió toda clase de bofetadas y trató luego de estrangularme, gritando que yo no iría a ninguna parte y que, antes de que le abandonara, me mataría.

Emitió un sollozo y el juez carraspeó, antes de animarla a continuar.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que me arrastró por el suelo dándome patadas. Había un charco tremendo en el vestíbulo. Al estampar la sopera se había derramado su contenido, la crema de calabaza, y cuando resbaló en ese líquido tan pringoso, me soltó. Conseguí ponerme en pie y bajar corriendo la escalera, por la que me persiguió chillando como un loco con un cuchillo en la mano que debía de haber cogido de un cajón de la cocina, pero llegué al portal antes que él y cuando salí a la calle, crucé de acera. Lo intentó él también, pero un coche que bajaba en ese momento por la calle Malasaña le arrolló.

—¿Y qué hizo usted?

Se le escapó a Mariví otro sollozo que hizo un esfuerzo por reprimir. La voz se le quebró al responder:

—Estaba asustadísima. Estaba aterrorizada. Temí que se levantara del suelo y que se abalanzara nuevamente sobre mí para clavarme el cuchillo que llevaba en la mano, por lo que eché a correr. Creo que tropecé con su cuerpo, pero continué calle arriba creyendo que se me iba a parar el corazón del pánico que experimentaba.

—No intentó entonces auxiliarle, —dedujo el juez.

El expresivo semblante de la chica reflejó el terror más absoluto.

—¿Yo?, no. Solo pensé en escapar. Mejor dicho, no pensé en nada. Eché a correr instintivamente, temiendo que se pusiera en pie y pudiera alcanzarme.

Admiró Lilian el porte de su amiga, el patetismo con el que se expresaba y el miedo que era capaz de traslucir. Estaba siguiendo al pie de la letra sus instrucciones, mejorándolas incluso. Aunque el juez mantenía una expresión imperturbable, le pareció que Mariví le estaba causando una magnífica impresión.

—¿Tiene usted automóvil?

—No, no, ni tampoco carné de conducir.

—¿Y la víctima? ¿Tenía coche?

—No, claro que no. Lo vendió en cuanto empezó a perder las apuestas en las carreras de caballos. Decía que yo le daba mala suerte.

—Ya. Ha declarado que estaban cenando crema de calabaza. ¿Recuerda si la víctima llegó a tomársela antes de que arremetiera contra usted?

—Sí, rebañó incluso el plato sopero.

—¿Y puede precisar la hora en la que cenaron?

Se mordió Mariví los labios, indecisa.

—Pues… yo diría que serían más o menos las nueve y treinta.

Hizo el juez un gesto de asentimiento.

—Y después de presenciar el atropello de la víctima ¿no regresó esa noche a su casa?

—No, no me atreví. No sabía cuales podían ser las consecuencias que había sufrido. Gabriel tenía muy buena salud y era muy fuerte, por lo que pensé que probablemente le habría producido el accidente tan solo un par de chichones.

—¿Y a la mañana siguiente presentó una denuncia por malos tratos?

—Sí, eso es. Me lo aconsejó mi abogado, a la que fui a ver en cuanto me pareció que era la hora oportuna. Estudiamos juntas la carrera y habíamos sido muy amigas durante esos años. Aunque hacía tiempo que no nos habíamos visto, me ofreció su casa hasta que pudiéramos disponer de una de acogida.

—¿Y consiguió ver al conductor del coche?

—No. Me deslumbraron los faros y… ya le he dicho que eché a correr.

El juez consultó nuevamente los papeles que tenía sobre la mesa antes de hacerle una nueva pregunta.

—¿Puede explicarme cómo se manchó los pantalones y los zapatos que llevaba esa noche con la sangre de la víctima? Debió acercarse al cuerpo caído en el suelo en algún momento. ¿No le tocó?

De los ojazos de la chica se desprendieron unos gruesos lagrimones que rodaron por sus mejillas. Se los limpió con el dorso de la mano al tiempo que la voz se le quebraba lastimosamente.

—No, pero tropecé con su cuerpo, cuando eché a correr. Estuve a punto de caerme, pero logré recuperar el equilibrio a tiempo y huir con la única idea de escapar antes de que pudiera recuperarse del golpe.

Desvió la mirada el juez hacia el Secretario del Juzgado que estaba tomando nota de lo que la chica declaraba, como si diera por terminado el interrogatorio al que la estaba sometiendo, y después de que firmaron todos los presentes, al pie de la declaración que Mariví acababa de efectuar, a excepción de los dos guardias civiles, Lilian consideró que había llegado el momento de intervenir, por lo que se inclinó ligeramente hacia la mesa del magistrado.

—Con la venia, señor. Entiendo que ha quedado acreditado que no existen pruebas ni indicios de criminalidad que fundamenten la detención de mi defendida, por lo que solicito su inmediata puesta en libertad, sin cargos.

Parpadeó el juez al oírla, como si le extrañara comprobar que aquella muchacha delgada y silenciosa, que había permanecido inmóvil como una esfinge durante el interrogatorio, poseyera una voz clara y que la hubiera emitido de forma tan rotunda. Consultó luego al fiscal con la mirada y cuando este último hizo un gesto de asentimiento, se colocó las gafas sobre el puente de la nariz antes de dirigirse a Mariví.

—Doña Victoria Díaz Merchán queda en libertad sin cargos. Puede marcharse.

Pareció que la chica tardaba en entenderlo. Se le quedó mirando con la boca entreabierta y expresión de desconcierto, hasta que Lilian se puso en pie y la empujó por un codo, apartando suavemente a los dos guardias civiles que la custodiaban. El agente judicial anunciaba ya la llegada de otro detenido, que iba a entrar en el despacho del juez en ese momento con los

dos guardias civiles de rigor, y logró ella sortear a los presentes y salir al pasillo con la otra, que reaccionó de improviso abrazándola.

—Me han dejado en libertad, Lilian, —sollozó—. ¿Cómo podré agradecértelo?

—No tienes nada que agradecerme. No había otra prueba contra ti que las huellas de la sangre de Gabriel en tu pantalón y en tus zapatos y es obvio que pudiste mancharte con esa sangre de la forma que has declarado. Lo has hecho muy bien.

Eufóricas abandonaron el edificio y se encaminaron a la calle donde Lilian había estacionado el coche. Muy nerviosa, Mariví hablaba sin cesar, llorando y riendo al mismo tiempo.

—Voy a buscar un trabajo ahora mismo, —le dijo cuando se introdujo en el vehículo y se acomodó en el asiento del copiloto—. Voy a comenzar una nueva vida sin miedo y voy a conseguir liberarme del complejo de inferioridad que Gabriel logró imbuirme. Me chillaba que todo lo hacía mal y llegué a creérmelo. ¿Cómo habré podido ser tan idiota?

Había girado la cabeza para mirar a través del cristal de la ventanilla el trayecto que iban recorriendo con los ojos fijos en la amplia avenida orillada de árboles que se agitaban al compás de la brisa invernal y murmuró:

—Voy a buscar también un piso con una renta asequible y me mudaré inmediatamente. Ya he abusado bastante de tu hospitalidad.

Al oírselo comentar, recordó Lilian la visita a su despacho de Iván y lo que este le había propuesto.

—Oye, anteayer vino a verme Iván Vasiliev, ya sabes, el propietario del piso en el que vivías con Gabriel. No sé si te gustaría volver allí, porque debes conservar muy malos recuerdos de ese escenario, pero en el caso de que quisieras ocuparlo nuevamente como inquilina, tienes derecho a subrogarte en el contrato de arrendamiento que formalizó él.

Le extrañó que Mariví no reaccionara en el acto oponiéndose a regresar a una vivienda en la que había padecido toda clase de vejaciones. Se había quedado callada como si estuviera considerando la posibilidad de recomenzar allí la nueva etapa de su vida que proyectaba ya y al fin comentó pensativamente:

—La renta era muy barata y el piso, aunque pequeño, sería muy apropiado para mí. ¿Qué tendría que hacer para recuperarlo?

—Tendrías que notificarle fehacientemente a Iván tu intención de subrogarte en el contrato y… —Se interrumpió al advertir que la otra no la estaba escuchando. Seguía mirando por la ventanilla con expresión ilusionada, como si ya estuviera planeando en qué iba a consistir su existencia en el futuro. Sin duda se sentía liberada, ahora que Gabriel no iba a poder agredirla cuando le viniese en gana.

—Ocúpate tú de todo, —manifestó resueltamente—. En cuanto lleguemos a tu casa buscaré en tu ordenador las ofertas de trabajo a las que me considere capacitada para optar y mañana mismo me trasladaré a mi casa. ¿Puedes prestarme el dinero para que pueda pagar una mensualidad del alquiler hasta que cobre el primer sueldo y… y algo más para sobrevivir durante ese lapso de tiempo?

—Naturalmente, pero te recuerdo que Gabriel dejó a deber la renta de nueve mensualidades y que si te subrogaras en su contrato de arrendamiento, asumirías esa deuda.

Se mordió Mariví los labios como si no hubiera caído en ese inconveniente.

—Hablaré con el propietario entonces. Le ofreceré pagársela poco a poco. ¿Crees que aceptará?

Se habían detenido en un semáforo en rojo y Lilian se volvió a contemplarla. También Mariví había girado la cabeza hacia ella, obligando a su melena a oscilar a su compás, logrando que le resbalase en ondas sobre medio rostro. Parecía un ademán espontáneo, pero Lilian estaba segura de que la chica lo había ensayado frente al espejo durante horas, llegando a conseguir un efecto irresistible sobre las personas del sexo contrario a las que pretendía engatusar.

—Seguro que sí, —afirmó, admirando interiormente el encanto que la otra derrochaba hasta en las ocasiones más intrascendentes, diciéndose que quizás también pudiera imitarla ella repitiendo ese cadencioso movimiento en su cuarto ante el espejo. Su melena era más corta y su color, castaño, con algún que otro mechón más claro, no podía parangonarse con el de su amiga, de colorido tan espectacular, pero tampoco estaba mal.

Comió con Mariví en su casa y regresó por la tarde al bufete, donde Anita la detuvo cuando pasó por delante de su mesa para entregarle su móvil.

—Ha venido a entregártelo un policía y, cuando le he dicho que no estabas, me ha hecho firmar a mí el recibo.

Sin duda había sido Fernando el que se había presentado en el despacho y el que había realizado ya todas las investigaciones que pretendía sobre su aparato, lo que le produjo un considerable alivio, por lo que lo guardó en su bolso con la sensación de haber recuperado a un viejo amigo.

A continuación la asedió Anita a preguntas y después Pablo, cuando minutos más tarde consiguió llegar hasta su despacho. Aún estaba refiriéndole los detalles del trámite que había tenido lugar esa mañana, cuando sonó el timbre del teléfono fijo que tenía sobre la mesa y oyó la voz de la secretaria.

—Es tu amiga la maltratada. Parece que está contentísima.

Solo le faltó a Anita preguntarle por el motivo de la euforia que manifestaba la otra, pero Lilian no le dio opción, porque se limitó a darle las gracias y a pulsar la tecla correspondiente del aparato que conectaba la línea con el exterior. La voz de su amiga traslucía la alegría que experimentaba.

—He encontrado trabajo, Lil, —le anunció victoriosamente—. De relaciones públicas en un hotel, ¿no es fantástico? Vuelvo ahora mismo de la entrevista y… No sabes lo feliz que me siento. Ya no podrán despedirme por aparecer con la cara irreconocible como consecuencia de los guantazos de un miserable. Y el sueldo no está nada mal.

La satisfacción que reflejaba se le contagió a Lilian, alicaída hasta ese momento sin una explicación razonable. El desenlace del trámite procesal de esa mañana no podía haber sido más favorable, Gabriel había desaparecido para siempre de sus vidas, por lo que no constituía ya una amenaza y Pablo se mostraba con ella cada vez más solícito. ¿Por qué entonces experimentaba la inquietante sensación de que algo que flotaba en el ambiente iba estrechando su cerco en torno a ella?

—¿Es tu amiga?, —le preguntó Pablo que había acudido a su despacho a recibir noticias de cómo le había ido en el juzgado y que intercalaba de

cuando en cuando alguna indirecta sobre el futuro de los dos.

—Sí, ha encontrado un trabajo estupendo y tiene intención de volver al piso en el que vivía, subrogándose en el contrato de arrendamiento de su expareja.

—Un final feliz para la desgraciada historia de esa chica, que te libera a ti también, —opinó sonriente—. No sé si ella será capaz de apreciar el esfuerzo que has tenido que realizar para sacarla a flote, arrostrando las amenazas del tipo que te enviaba los mensajes por el móvil, además de soportar heroicamente los interrogatorios y el registro de tu casa por la policía. ¿No te sientes liberada?

Se lo preguntó Lilian a sí misma sin acertar con la respuesta. Más que liberada, experimentaba una tristeza vaga que no se concretaba en nada tangible. Similar e igual de absurda a la que a la que sentía desde niña al término de los veranos, cuando sus días largos y soleados iban acortándose y comenzaban a desprenderse las hojas de los árboles, a la par que el firmamento, antes tan azul, se iba tiñendo de un color grisáceo. Tampoco entonces la melancolía que la invadía respondía a nada que pudiera definirse.

—Pues no lo sé, —repuso al fin—. Me encuentro un poco baja de forma.

—Es natural, —consideró comprensivamente—. Has tenido que hacer un gran esfuerzo en los últimos días y sobreponerte también a la desazón que te habrán producido las incomprensibles amenazas de ese tipo, al que espero que detenga la policía cuanto antes. Otra cualquiera que no tuviese tu carácter, habría sufrido un trastorno psicológico importante.

Pestañeó desconcertada al oírle. ¿También Pablo, al igual que Mariví, la consideraba inmune a experimentar ese sentimiento tan común denominado miedo?

—¿Me conceptúas como una chica en grado sumo?, —le preguntó aturdida.

—Sí, no he podido comprobar en los años que te conozco que te achiques ante ninguna dificultad. Creo que es una de las cualidades que más me gustan de ti, aunque desde luego no es la única.

El aviso de Anita por el teléfono interior, anunciándole a Pablo que acababa de llegar la visita que tenía citada esa tarde, interrumpió la pregunta largamente esperada que sin duda iba a hacerle a continuación. Reprimió él un gesto de contrariedad, como si el aviso de la secretaria le hubiera cortado la inspiración, y se levantó de la butaca con aire cansino. Desde la puerta del despacho se volvió hacia ella.

—¿A qué hora te vas a marchar? Podríamos tomar después algo en una cafetería cercana.

Desde la mesa tras la que estaba sentada, le envolvió ella en una mirada vaga.

—De acuerdo, pero no quiero llegar tarde a casa. Estoy muy cansada, aunque realmente no sé muy bien por qué.

Le sonrió él nuevamente, ya con la mano en el picaporte.

—Procura descansar, porque el sábado has quedado en venir a cenar a mi casa y no voy a permitir que me des plantón y me dejes con la cena preparada.

Le retuvo Lilian con un ademán.

—Es que estoy preocupada. Tengo la sensación de que esta historia no ha terminado todavía.

Se colocó con un dedo las gafas de concha sobre el puente de la nariz mientras se apoyaba preocupado contra la puerta.

—¿A qué te refieres?

—A Gabriel.

—¿A Gabriel García? ¿Al novio de tu amiga?, —se sorprendió enarcando las cejas—. ¿Qué piensas? ¿Que se confundió ella al reconocer su cuerpo y que aún sigue vivo?

Meneó Lilian negativamente la cabeza y, aunque no era esa su intención, logró al agitarla un efecto rítmico muy similar al de Mariví cuando jugaba con su melena.

—No, no es eso. Es que tengo la sensación de que el hombre que me enviaba los mensajes aún me está acechando y de que cada vez está más cerca. Lo que no entiendo es por qué me eligió a mí ni qué pretendía con ello.

La observó en silencio durante unos segundos con el ceño fruncido.

—Así que realmente eres humana y te asustas como todo el mundo.

—¿No te asustarías tú?, —protestó con ironía.

—Por supuesto que sí, pero es que yo sí soy humano.

Se echaron a reír al tiempo pero él recobró inmediatamente la seriedad.

—No sé, podríamos acudir a la policía para que vigile tu casa o podrías venirte a la mía hasta que den con él. —Consultó su reloj y se aprestó a tirar del picaporte de la puerta—. No puedo hacer esperar más a ese cliente. Lo hablamos luego, ¿te parece?

Salió al pasillo cerrándola a su espalda y Lilian pasó una mano por su frente preguntándose por el motivo por el que los que la rodeaban tenían un concepto de ella tan distinto a cómo se veía a sí misma. En todas las circunstancias, pero especialmente en la que se encontraba en ese momento, se consideraba un ser sumamente vulnerable, tanto física como psíquicamente. Se sobreponía con facilidad, eso era cierto, pero a costa de un tremendo esfuerzo de voluntad.

Pero no podía perder el tiempo en autocompadecerse por la incomprensión de los que la rodeaban, sobre todo por la de Pablo que era el que más le importaba y que debería captar lo que sentía, aunque consiguiese ella aparentar que estaba por encima del bien y del mal bajo una apariencia imperturbable. Cuando terminase de resolver los asuntos de Mariví y la dejase instalada en su piso, podría ocuparse de resolver sus propios problemas. Quizás para entonces el autor de los mensajes telefónicos que había recibido hubiese desaparecido definitivamente de su vida o hubiese sido detenido por la policía. En ese último caso iría a visitarle a la prisión donde habría sido recluido y le pediría que le explicase la intención que le había movido a elegirla como medio de las amenazas destinadas a Mariví. ¿Sería otro admirador de su amiga que no se atrevía a dar la cara y pretendía llamar la atención de esta con sus absurdas intimidaciones?

Como su sentido práctico predominaba sobre cualquier otra consideración, arrinconó sus elucubraciones en un rincón ignoto de su mente y se aprestó a llamar por teléfono a Iván para darle la respuesta de Mariví sobre su piso. Contestó él al primer timbrazo.

—Lilian, ¿eres tú?

—Sí, te llamo para decirte que le he comentado a Mariví tu propuesta y está de acuerdo en subrogarse en el contrato que formalizaste con Gabriel García. Sabe que este te dejó a deber varias mensualidades de renta y está dispuesta a satisfacerte esa deuda.

—¡Ah!, ¿sí?, —murmuró Iván con una voz que denotaba escaso o nulo interés por las intenciones de la chica en ese sentido.

—Sí, ya ha encontrado trabajo. La han contratado esta mañana en un hotel con un buen sueldo. No podrá pagarte inmediatamente toda la cantidad que te adeudaba él, pero en varios plazos mensuales sí estaría en condiciones de saldarla. Necesito saber si estás dispuesto a concederle una moratoria para hacerlo constar en el documento que suscribiréis, porque a ella le gustaría mudarse cuanto antes.

Volvió a darle la impresión de que a él le tenía sin cuidado lo que le estaba preguntando.

—Bueno… sí, lo que tú digas. Pero no creo que sea necesario que esa chica cargue con lo que Gabriel me dejó pendiente. Preferiría que se subrogase en el contrato de arrendamiento por las buenas y que no hagamos mención a nada más. ¿Qué te parece?

Se apartó Lilian el aparato de su oído sin querer creer en su buena suerte. Mejor dicho, en la buena suerte de Mariví, pero que en ese momento asumía como propia. ¿A qué obedecería el rapto de generosidad de Iván? ¿Le habría flechado su amiga y pretendería mantener algún tipo de relación con ella o…? No se le ocurrían más motivos que lo pudiesen justificar, por lo que se apresuró a darle una respuesta.

—No, no me parece bien. Tenemos que hacer constar que ella no te debe nada para que no puedas reclamárselo más tarde, ¿comprendes? ¿Pero lo has pensado bien?, ¿estás seguro?

—Absolutamente, —repuso él con la de guasa que le caracterizaba—. ¿Cuándo podrás tener redactado ese documento?

—Pues…

—¿Esta misma tarde?, —la interrumpió—. Si te viene bien, podría acercarme a tu casa dentro de un rato y lo firmaríamos allí tu amiga y yo. Porque supongo que no estarás dispuesta a permitir que haga ella la mudanza sin que hayamos documentado antes todas esas paparruchas.

—Por supuesto que no, —admitió Lilian—. Ni tampoco que ocupe tu piso sin que hagamos constar por escrito que no te debe nada.

Ante su sorpresa, le pareció que la voz de él sonaba eufórica.

—Estupendo, —le oyó decir—. A cambio, espero que no me cobres mucho por tu trabajo.

—Puedes estar tranquilo, —repuso aún desconcertada—. Si le haces ese favor a Mariví, no te cobraré nada.

—Favor por favor, —resumió él en tono victorioso en cuyo fondo latía un matiz irónico—. Compruebo con satisfacción que eres una magnífica amiga de tus amigos. ¿Puedes incluirme a mí entre ellos?

Le pareció a Lilian que su desfachatez había alcanzado ya su cenit, por lo que fingió no haberle oído.

—Bien. Mañana tendré el documento preparado y podréis firmarlo los dos en este despacho. ¿Te vendría bien pasarte a esta hora? Así podría mudarse ella al día siguiente.

Hubo un silencio al otro lado del hilo, pero duró solo unos segundos.

—Ya te he dicho que me vendría mejor esta misma tarde. ¿Cuándo tienes previsto llegar a tu casa con ese papelote? Estoy libre, así que, cuando me digas puedo acercarme.

Aturdida, volvió a retirar el auricular de su oído para fijar en el aparato su mirada como si este pudiera darle una respuesta a su muda pregunta. ¿A qué podría obedecer el excesivo interés que manifestaba él por quedar esa misma noche con ella y con Mariví? No recordaba que en el albergue de Navacerrada hubiese demostrado el menor empeño en acercarse a su amiga, sino más bien al contrario. Había desaparecido de improviso cuando al regresar de la intempestiva excursión que habían realizado ambos, había pretendido ella que pasaran juntos al comedor donde se encontrarían con su amiga con toda probabilidad. E igualmente se había esfumado por la tarde, cuando apareció Mariví con Pablo en la sala de estar huyendo de la nevada que se había abatido sobre ellos mientras esquiaban.

Estaba cansada, por lo que desechó la idea de seguir barajando posibles motivos y se resignó a aceptar.

—De acuerdo. Podríamos quedar a eso de las nueve.

—No, no, tiene que ser antes, —protestó Iván.

Consultó Lilian su reloj de pulsera. Aún era temprano. En media hora podría tener listo el escrito, pero había quedado después en dar una vuelta con Pablo.

—¿Por qué tiene que ser antes? Estoy muy ocupada. Tengo muchísimo trabajo y por mucha prisa que tengas tú en reclutar un nuevo inquilino y Mariví por mudarse a tu piso, cosa que no entiendo porque gracias a Gabriel está asquerosito, tendréis que ateneros los dos a lo que disponga yo.

—Pues dispón lo que sea, pero date prisa, —bromeó él.

—Está bien, —se resignó, diciéndose que lo mejor sería ultimar ese asunto cuanto antes y olvidar a continuación todo lo que guardaba relación con él. Le dejaría una nota a Pablo posponiendo la cita para el día siguiente, decidió, disponiéndose a darle una respuesta a Iván—. Dentro de una hora estaré en mi casa, no te retrases.

—Descuida, —replicó en tono festivo—. Probablemente llegaré antes que tú. Hasta luego.

Cortó Iván la comunicación y Lilian le imitó experimentando una vaga sensación de incomodidad o quizás de frustración. Algo le había molestado aunque no alcanzara a precisarlo. Fastidiada ante la idea de estar siendo utilizada por él para tener oportunidad de acercarse a su amiga, puso en funcionamiento el ordenador y mientras veía desfilar por el monitor las sucesivas pantallas de iniciación se preguntó si entre Iván y Mariví habría algo más de lo que los dos aparentaban. ¿Sería él quizás el hombre con el que había mantenido una aventura en vida de Gabriel y el que le había atropellado con su coche?

Relegó ese pensamiento de su mente para otro momento y se aprestó a acometer la tarea de redactar el escrito. Ya lo había terminado y lo estaba imprimiendo cuando sonó su teléfono móvil. Reprimió un respingo y un estremecimiento la recorrió entera. ¿Sería él…? ¿Sería el desconocido que le enviaba mensajes amenazadores y que ahora había decidido cambiar de táctica y hablar directamente con ella?

Indecisa y con el corazón latiéndole desacompasadamente comprobó el número de teléfono de la persona que la llamaba y se relajó instantáneamente emitiendo un suspiro de alivio. Era Fernando Costa.

—Hola Fernando, soy Lilian.

—Ya, ya lo sé. La llamo para felicitarla a usted y a doña Victoria. Me alegro de que la hayan dejado en libertad. He sabido siempre que no era ella la autora del crimen, pero ya sabe que no llevo yo la investigación del caso.

—Pues muchas gracias, —repuso Lilian, contenta de oír su voz y de recibir sus parabienes—. Y gracias también por haberme devuelto mi teléfono móvil. Supongo que ya habrá llegado usted a la conclusión de que le había dicho la verdad y que habrán archivado este asunto.

Se produjo un corto silencio al otro lado del hilo.

—Pues no, no se ha archivado, —replicó él al fin—. Al contrario.

—¿No?, —se extrañó Lilian—. ¿Por qué no? ¿Es que han encontrado alguna pista que conduzca a la identificación del culpable?

En esa ocasión el lapso de tiempo en el que Fernando Costa permaneció en silencio fue algo más largo.

—No debería hablarlo con usted. Antes, mientras realizábamos la investigación de un asunto, no se comunicaba a la prensa los avances que realizábamos ni hacíamos el menor comentario sobre el curso de nuestras pesquisas, pero ahora los medios de comunicación lo publican a bombo y platillo. ¿No ha leído el periódico hoy ni ha visto el diario informativo en las noticias de la televisión?

Bastante había tenido Lilian esa mañana con asistir a Mariví en el juzgado y en tratar de resolverle esa tarde el tema de su subrogación en el contrato de arrendamiento de Gabriel. Meneó negativamente la cabeza, pero luego, al caer en la cuenta de que Fernando no podía verla, tradujo ese gesto en palabras.

—No, no he tenido tiempo, ¿qué es lo que dicen?

—Que hemos seguido el rastro del automóvil que atropelló a la víctima y que hemos dado con el parachoques delantero que podría pertenecer a ese coche. Se lo han cambiado a su dueño por uno nuevo en un taller mecánico, pues quedó destrozado como consecuencia del encontronazo que, según les dijo en ese taller, se había dado contra un árbol al fallarle los frenos.

—Sí, ¿y qué?

—Que con el luminol, la policía científica ha detectado huellas de sangre en ese parachoques y ahora la están analizando para comprobar si coincide con la de la víctima. Además, no había trazas en el parachoques de

la corteza de ese supuesto árbol y los frenos del coche funcionaban perfectamente, también en opinión del mecánico. Hemos encontrado ese parachoques de casualidad, después de inspeccionar infinidad de talleres de reparación. Lo habían tirado en un rincón de la nave y tenían previsto deshacerse de él el viernes próximo, ya que es ese el día de la semana en el que el chatarrero se la recoge.

Se quedó en suspenso Lilian. Por una parte deseaba que encontraran al culpable cuanto antes, ya que seguramente sería él el desconocido que la había mantenido en vilo enviándole los mensajes amenazadores a su móvil, pero por otro, cabía la posibilidad de que del resultado de las investigaciones quedara patente que Mariví había cometido el delito de encubrimiento al colaborar con el autor del crimen para ocultar el cadáver. Con dificultad recuperó el uso de su voz.

—¿Y cree que tardarán mucho en realizar esos análisis?

—Espero que no, pero, ya que no tiene tiempo de enterarse por la prensa, si quiere, la mantendré informada.

—Se lo agradecería, Fernando, —murmuró, omitiendo ya su apellido, con la curiosa sensación de que conocía al policía desde muchos años atrás y que consecuentemente formaba parte de su círculo de amigos.

—Pues hasta pronto entonces.

Cortó Lilian la comunicación y se acodó en la mesa, preguntándose cuándo finalizaría la pesadilla que se había iniciado con la primera vista de Mariví a su despacho, diez días antes. El silencio que siguió al run run de la impresora la despertó de la especie de letargo en el que había quedado inmersa. La máquina había terminado ya su cometido, por lo que recopiló cuidadosamente los folios, los grapó y los guardó en su maletín, disponiéndose a salir.

—¿Te largas ya?, —le preguntó Anita cuando pasó por delante de su mesa, camino de la puerta del piso.

—Si —repuso Lilian sin detenerse—. He quedado en mi casa con Mariví y con el dueño de la casa donde vivía ella para que me firmen un documento. Dile a Pablo que no he tenido más remedio que marcharme.

—Se lo diré, —le aseguró la chica con una sonrisa pícara—. Pero se llevará un disgusto, —apuntó, esperando que Lilian demorase aunque fuese

por unos segundos su salida de la oficina para darle una explicación sobre el punto en el que se encontraba su relación con su compañero de despacho—. Últimamente pasáis mucho tiempo juntos, ¿verdad?

Como no estaba dispuesta a satisfacer su curiosidad y se encontraba ya junto a la puerta, ni tan siquiera se volvió. Con un ademán de su mano a modo de despedida, salió al descansillo de la escalera y echó a correr escaleras abajo.

Cuando llegó a su casa media hora más tarde ya se encontraba el Rover rojo de Iván aparcado junto a la acera, lo que incrementó su recelo. Era excesivo su interés por conservar a Mariví como inquilina, porque, ¿qué ganaba él? Estaba dispuesto a renunciar al cobro de la deuda que Gabriel había dejado pendiente con tal de que ella continuara viviendo en ese piso y este era muy céntrico, por lo que podría encontrar otro arrendatario sin ninguna dificultad. ¿A qué obedecería su empeño en suscribir cuando antes el documento que llevaba ella en el maletín?

Barajando en su mente las posibles respuestas a su muda pregunta, estacionó su automóvil detrás del coche de él y se bajó del suyo para rodear el otro e inspeccionarlo. Sabía que lo había adquirido Iván varios años antes, pero la carrocería, aunque polvorienta, no ostentaba ni un solo rasguño. Tampoco el parachoques delantero parecía haber sufrido el menor percance. Pese al barro que lo cubría por los extremos, podían verse los números de la matrícula destacando nítidamente en negro sobre el fondo de color blanco. Claro que el autor del homicidio de Gabriel había cambiado el parachoques averiado por otro nuevo y abandonado el antiguo en el taller, se dijo, por lo que el reconocimiento que estaba efectuando carecía de efectividad.

Con un suspiro se introdujo nuevamente en su vehículo y con el mando automático abrió la puerta de coches del jardín para estacionarlo más tarde dentro del garaje, anexo al edificio. Desde allí, entró luego en la casa por la puerta de la cocina desde donde percibió ya distintamente las risas procedentes del salón, coreadas por los cortos ladridos de Peluche que salió al vestíbulo a recibirla, aprovechando que la puerta de cristales de dos hojas estaba entreabierta.

—Eres un cachorro loco, —le riñó, dejando en el suelo el maletín para cogerlo en brazos, cuando pretendió mancharle los pantalones brincando para elevarse sobre sus patas traseras—. ¿No comprendes que llevo el traje con el que voy a trabajar, que, por cierto, me costó carísimo?

El perro no debió de comprender que le reñían, porque, satisfechísimo, acertó al darle un lametón en la mejilla, que Lilian se limpió con el dorso de la mano, mientras lo sostenía con un brazo y con la otra mano recuperaba el maletín y se dirigía hacia la estancia que veía iluminada.

Iván y Mariví estaba sentados en el sofá riéndose a carcajadas, cuando ella entró en la estancia. Vio sobre la mesa delantera dos copas mediadas conteniendo un líquido transparente y una botella de ginebra, lo que le pareció que explicaba la hilaridad de los dos. Se detuvo en el umbral con aire reprobatorio e Iván se puso en pie en el acto observando su expresión con las cejas enarcadas. Vestía un pantalón azul marino y un jersey más claro del mismo color y con su revuelta pelambrera resbalándole hasta los ojos parecía más joven de lo que le recordaba. Al captar su gesto recriminatorio recuperó inmediatamente la seriedad. Por el contrario, Mariví, que fumaba un cigarrillo, expelió el humo y la recibió festivamente, sin darse cuenta de que el gesto de su amiga no invitaba precisamente a gastarle bromas.

—Hola Lil, ya te echábamos de menos. ¿Quieres una copita?

Aunque Iván le dirigió una mirada de advertencia, la chica no la recogió y siguió balbuceando simplezas.

—¿De verdad no quieres tomar una copa con nosotros? Te tengo dicho que eres demasiado puritana. Deberías olvidarte de cuando en cuando del trabajo y comportarte como una chica joven y divertida. —Levantó la mirada hacia él, que continuaba en pie como un poste. ¿No crees Iván que tengo razón? ¿No crees que debería celebrar con nosotros que el trago que he tenido que soportar esta mañana en el juzgado haya salido tan bien?

Meneaba coquetonamente la cabeza al decirlo, obligando a su melena a oscilar de un lado para otro, pero él no pareció darse cuenta de que brillaba con reflejos cobrizos y de que enmarcaba su atractivo semblante destacando el color de sus ojos. Claramente incómodo, miraba a Lilian como abochornado.

—Supongo que lo que deseas celebrar se lo debes a ella, —apuntó con una voz sin inflexiones.

—Por supuesto, —admitió Mariví apagando el cigarrillo en el cenicero —. Lilian es un genio jurídico. Una persona en la que se puede confiar en todo caso, porque siempre te resolverá el problema, por difícil que sea. Pero ya lo hemos superado todo. Ya no tenemos de qué preocuparnos, así que tampoco viene a cuento el que te presentes en tu casa con esa cara de funeral para reñirnos, —apostilló dirigiéndose a ella—. ¿O es que has tenido algún percance en tu oficina?

Tomó asiento ella en la butaca frontera al sofá que ocupaba su amiga y se colocó sobre las rodillas el maletín sin contestarle. Iván se dejó caer en el borde de la otra, mientras Lilian extraía el escrito y le alargaba a él una copia intentando hacer lo mismo con Mariví. Esta no llegó a coger los folios que le entregaba.

—No, no tengo ninguna gana de ponerme ahora a leer los galimatías que escribes. Me basta con que lo hayas redactado tú. ¿Dónde tengo que firmar?

Le indicó Lilian el pie del escrito, donde ella se apresuró a estampar su firma y donde Iván hizo lo mismo más tarde, después de enterarse atentamente de su contenido. Luego le entregó un folio a él y guardó el otro en su maletín con aire de haber dado por terminada la reunión. Iván se puso en pie vacilante, mirando a Lilian.

—Bueno, ya me marcho. Noto que te he ocasionado un contratiempo al hacerte salir intempestivamente de tu despacho y que estás deseando que me vaya, así que…

Mariví intentó retenerle con un mohín picaresco, pero él continuó en pie.

—No seas tonto, que a Lil no le molestas en absoluto. Es que ella es así, se lo toma todo demasiado en serio.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Ya en la facultad prefería subir a empollar a la biblioteca a participar en las carreras de coche que organizábamos por el campus. Nunca ha sabido divertirse. Anda, dame fuego.

Había cogido otro cigarrillo del paquete que había dejado sobre la mesa e Iván se inclinó hacia ella con su mechero encendido.

—¿Dónde has dejado el tuyo?, —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—A tu mechero. A uno que decías que era de oro y que te regaló Gabriel al poco de conoceros. Tenía un elefantito en relieve y grabados los nombres de los dos. ¿Qué ha sido de él?

También Lilian recordaba ese mechero y lo ilusionada que se lo enseñó Mariví cuando quedaron en una cafetería y su amiga le refirió cómo había conocido a Gabriel y el detalle que había tenido él al mandar grabar sus nombres en el encendedor.

—Pues no lo sé. Lo llevaba siempre en el bolso. Creía que era de oro, pero cuando las cosas se pusieron mal y lo llevé a la casa de empeño, me dijeron que no valía nada, que era de metal dorado. Pero me gustaba y como además fumo como una chimenea, lo utilizaba constantemente. Se me debió caer en mi casa, o sea, en la tuya, en la que voy a volver a vivir.

Levantó la cabeza para sonreírle a él, que aún continuaba en pie, junto al sofá.

—Debería dejar de fumar, ya lo sé. Tendría que imitar a Lilian que no fuma ni bebe ni hace otra cosa que trabajar.

Envolvió él a la aludida en una mirada de curiosidad.

—Quizás por esa razón sea ahora una profesional tan competente, —murmuró con voz apenas audible.

Mariví tomó un sorbo de ginebra y cuando el alcohol se derramó por sus venas sus ojos relucieron como los de una gata.

—Sí que lo es. Y también es listísima. La considero capaz de descubrir cualquier embrollo y de dejar en mantillas a la policía.

Una chispita de algo que no supo Lilian interpretar cruzó por los claros ojos de Iván.

—Bien, repito que ya me voy. Gracias por la copa, Victoria, y a ti… a ti gracias por todo, —dijo dirigiéndose a Lilian.

Le acompañó esta a través del vestíbulo hasta la puerta de la casa, seguidos de Peluche que correteaba entre los dos. Ya con la mano en el picaporte esbozó Iván un gesto de disculpa.

—Lo siento. Siento haber entorpecido tu trabajo haciéndote venir antes de lo que tenías proyectado, pero es que había imaginado esta reunión de muy distinta forma.

Salió al porche y antes de bajar los escalones, le dijo adiós con la mano.

¿A qué se referiría?, se preguntó ella mientras le veía atravesar el pequeño jardín de la parte delantera de la casa, tenuemente iluminado por la farola de la calle. Había anochecido ya y no distinguió su silueta cuando salió a la calle, pero instantes más tarde oyó el bronco sonido del motor cuando el automóvil se puso en movimiento y se perdió calle abajo.

Cuando regresó al salón con Peluche en brazos, notó Mariví por primera vez la preocupación que traslucía el semblante de ella.

—¿Pasa algo, Lil? Te noto muy tensa. ¿Es porque he quedado con Iván aquí, en tu casa?

—No has quedado tú. He quedado yo, —la corrigió malhumorada—. Y no es por eso, aunque no acabo de entender el motivo de que tengas que coquetear con todos los hombres que se te ponen a tiro. Hasta hace diez días tenías una aventura con otro por el que ibas a abandonar a Gabriel y al que has ayudado a ocultar el cadáver, pero al parecer no te basta con él. El fin de semana pasado te empleaste a fondo con Pablo sabiendo que estábamos saliendo y ahora…

La observó Mariví con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Estabas saliendo con Pablo?

—Sí, supongo que puede considerarse así. Más que citarnos para salir, nos veíamos en su despacho o en el mío y manteníamos largas conversaciones. Él se me ha insinuado en más de una ocasión.

El atractivo rostro de la otra se distendió en una mueca de sorpresa.

—¿Y por qué no me lo dijiste cuando te lo pregunté? Te pregunté si te interesaba Pablo y me dijiste que no, que te tenía sin cuidado.

—Porque me habíais dado un plantón esa mañana y estaba resentida, —replicó ella rememorando el despecho que había experimentado cuando al levantarse había tenido conocimiento por el recepcionista de que los dos se habían marchado a esquiar sin ella—. Estuvo feísimo lo que hicisteis Pablo y tú —insistió rencorosamente—. Me dejasteis en tierra como si yo fuera la

incómoda carabina que os hubiera acompañado para velar por vuestra reputación, cuando el día anterior él había estado a punto de declarárseme.

—Ya no se dice así, —la rebatió desdeñosamente la otra—. Y lo siento, no lo sabía. Pero la culpa es tuya por no habérmelo advertido.

—O tuya, por ese empeño que tienes de acapararlos a todos.

Con la copa en la mano, lo consideró Mariví en silencio y con la vista baja.

—¿Y por qué no?, —murmuró al fin—. ¿Qué tiene de malo? Alguna vez encontraré a uno que merezca la pena. En cambio tú…

—¿Qué ibas a decir? Continúa.

—Que en cambio tú, con esa actitud tan rígida con la que te comportas será muy difícil que alguno se atreva a decirte algo, aunque llegue a desearlo. ¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Pablo?

Entornó Lilian los ojos para calcularlo.

—Pues… pues no lo sé con seguridad. Desde que él terminó con la chica con la que vivía y yo con Alfonso. Aproximadamente dos años.

Se echó a reír sarcásticamente Mariví.

—Y puede que transcurran otros dos hasta que le animes a decidirse y él recoja la onda. O puede que no la recoja nunca. —Se apartó la melena de su rostro y continuó pensativamente—: En cuanto a Iván, todavía comprendo menos cómo has reaccionado al vernos a los dos tomando una copa. ¿Por qué te molesta que tontee un poco con él? Es un tipo sumamente atractivo y me hace sentir que aún soy joven y que estoy de buen ver.

Clavó la mirada Lilian en el rostro de su amiga con una sospecha vaga enroscándosele por dentro.

—¿Fue él el que atropelló a Gabriel?

Reprimió Mariví un imperceptible sobresalto.

—¿Iván?, no, ¿por qué me preguntas eso?

—Le conocías de antes, os relacionabais con él cuando vivías con Gabriel, ¿verdad?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver.

—¿Estás segura?, —insistió Lilian—. Te lo pregunto, porque la policía ha encontrado una pista que puede conducirla hasta el autor del atropello.

En un taller mecánico de automóviles ha localizado el parachoques del coche con huellas de la sangre de alguien. La están analizando.

Por el semblante de Mariví cruzó una sombra que finalmente reflejó el miedo que la advertencia de Lilian le había provocado.

—¿Y tú crees que…?

—Que si la sangre es de Gabriel, pueden identificar por la matrícula al hombre que le mató.

—¿Y qué le ocurriría?

—Que le juzgarían por homicidio o quizás por asesinato, según estimen o no que concurren las agravantes de ensañamiento y de alevosía, ya que el conductor le atropelló primero y le remató después, pasando dos veces con el coche por encima de la víctima. Así, que dime, ¿fue Iván?

Meneó Mariví negativamente la cabeza, olvidando realizar la característica y estimulante oscilación de su melena.

—No, no te lo voy a decir. ¿Crees que le condenarían? Lo único que hizo él fue defenderme. De no haber aparecido a tiempo con su coche, Gabriel me habría matado. Le atropelló en legítima defensa. En este caso, me defendió legítimamente a mí.

Lilian levantó ambas manos con un ademán de impotencia.

—La jurisprudencia nuestra rara vez aprecia la legítima defensa como una eximente completa. Si acaso como una atenuante de la pena que, de otra forma, le sería impuesta al autor del delito.

—Pero eso no es justo, —protestó vehementemente la chica.

—Puede que no, pero es lo que hay.

Se quedó callada Mariví con la mirada fija en el fondo de su copa.

—Dime una cosa Lil, ¿le defenderías si la policía diera con él y le juzgaran por homicidio o por asesinato?

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido.

—Si es lo que quieres y lo que me pidiera él, sí, pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Se produjo un nuevo silencio. Mariví miraba fijamente el fondo de su copa como si le interesara de una forma especial y Lilian la observaba disimuladamente, preguntándose si le habría dicho la verdad en lo que se refería a Iván. Si fuera él el autor del atropello y mantuviera por

consiguiente una relación íntima con Mariví quedarían claras las dudas a las que aún no les encontraba explicación.

—Me marcharé a mi casa mañana a primera hora, —murmuró la chica levantando la mirada para clavarla en el rostro de Lilian—. Ya he abusado bastante de tu hospitalidad y debo adaptarme cuanto antes a mi nueva situación. La verdad es que dejamos el piso impresentable cuando escapé de él, perseguida por Gabriel. Tengo que empezar a trabajar el lunes próximo, por lo que aprovecharé los días que restan de esta semana para limpiarlo y ponerlo en orden.

—Le diré a Leocadia que vaya mañana contigo, —ofreció Lilian—. Os llevaré a las dos en el coche con tu equipaje y seguiré luego a mi despacho. Pero no es necesario que te vayas tan pronto. Sabes que a mí no me molestas en absoluto.

Los ojos de Mariví se llenaron de lagrimones, pero hizo un esfuerzo por sonreír.

—Gracias, Lil. No sé qué habría hecho sin ti.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Era ya de noche cuando al día siguiente llegó a su casa. Tal y como habían proyectado la tarde anterior, había dejado a primera hora en el piso de la calle Malasaña a Mariví con todas sus pertenencias y con Leocadia, que se había comprometido a limpiárselo. Desde esa calle, ubicada en el mismo centro de Madrid, se había dirigido ella al edificio de los juzgados de la calle Francisco Gervás, donde tenía señalada la ratificación de un divorcio, y a última hora se había presentado en el despacho, donde había llegado con el tiempo justo para comer con Pablo, con Tarsicio y con Anita. La secretaria cotorreaba, incansable como siempre, llenando los huecos de que adolecía la conversación de los otros tres, que ensimismados, apenas si pronunciaban como al desgaire alguna que otra frase.

Desde que despidiera esa mañana a las dos mujeres, padecía Lilian una melancolía vaga que no parecía responder a nada concreto, pero que se acrecentó cuando esa noche enfiló la calle en la que se encontraba su casa y detuvo el automóvil frente a la verja del jardín. El edificio estaba a oscuras, lo que no le extrañó, porque Mariví ya no estaba allí. Parecía una casa abandonada sin que iluminación alguna se filtrase por sus ventanas y con un jardín selvático, cubierto aún por las hojas desprendidas de los árboles durante el otoño anterior. Se agitaban al compás de una brisa gélida, que se le caló hasta los huesos, pese a llevar subidas las ventanillas del coche.

Aterida, se arrebujó en su chaquetón, preguntándose por el motivo por el que su casa le pareciera ahora tan distinta. No había imaginado que pudiera echar tanto de menos a su amiga cuando esa misma mañana había pretendido que esta y Leocadia se dieran prisa en cargar el equipaje en su vehículo, pues temía llegar tarde al juzgado. Y ahora que regresaba sabiendo que no encontraría ya a nadie dentro de la casa, la sintió

extrañamente solitaria. Se destacaba su oscura mole contra la negrura del cielo como si no le perteneciera y estuviera habitada por unos extraños Se corrigió en el acto. No, no era esa una correcta definición de la atmósfera que envolvía el edificio. Parecía deshabitada. Sin las voces de las dos mujeres que se habían marchado esa mañana ni su presencia. ¿Cómo podía haber variado tanto y en tan pocas horas el lugar que escenificaba su vida cotidiana, en el que solía sentirse a salvo de cualquier contrariedad?

Hacía años que vivía sola, se dijo para animarse. Desde que terminó con Alfonso, no había disfrutado de otra compañía que la de Peluche, que había cumplido cuatro meses ya, y recientemente de la de Mariví, que en ocasiones hasta la había incomodado. Tenía que alegrarse de poder disfrutar nuevamente de su independencia, pensó. Ya no se vería obligada a ir recogiendo las colillas de sus cigarrillos por todos los ceniceros de la casa ni los vasos de las copas que tomaba, olvidadas en los lugares más insospechados. A cambio, tendría que acostumbrarse nuevamente a la opresiva soledad del paraje donde se ubicaba su casa y a la no menor del interior de esta.

Con una última y aprensiva mirada al sauce, que agitaba sus ramas con un rumor sordo junto a la valla del jardín, accionó el mando automático y traspuso esta con el coche para estacionarlo en el garaje. Descendió luego del vehículo y abrió con su llave la puerta blindada que daba acceso a la cocina, encendiendo la luz a continuación. Aunque estaba en perfecto orden, aún quedaba un cenicero repleto de colillas sobre la blanca encimera y Lilian lo vació en el cubo de la basura. Casi a la vez apareció Peluche, como una peluda bolita de color canela, brincando alegremente sobre el blanco pavimento y se agachó para cogerlo en brazos.

—¿Qué has estado haciendo, pequeñajo, todo el día solo?, —le preguntó cariñosamente—. Seguro que me has dejado un recuerdo pestífero en alguna habitación. Pero no te enfades conmigo, porque no haya venido al mediodía a sacarte de paseo. He tenido que quedarme a comer en una cafetería cercana al despacho y Leocadia no ha podido hoy ocuparse de ti, porque ha tenido que limpiar el piso de Mariví, de esa amiga mía con la que te llevabas tan mal. Pero ven. Te sacaré al jardín para que corras un rato y hagas tus necesidades en algún rincón, como un buen chico.

Emitió el cachorro un alegre ladrido cuando ella, después de atravesar el vestíbulo, abrió la puerta principal y le dejó en el suelo, en el porche. Como si hubiera padecido un largo encierro y se sintiera feliz al recuperar su libertad, salvó de un salto los tres escalones por los que se ascendía desde el césped hasta la entrada de la casa y echó a correr por el jardín, saltando sobre el macizo de geranios, ahora helados y marchitos, para desaparecer luego bajo las arizónicas de la valla.

Debería haber instalado en el jardín alguna lámpara que lo iluminase. Una farola, por ejemplo, se dijo, mientras intentaba localizar al animalito en la oscuridad. ¿Dónde se habría metido?

—¡Peluche!, —le llamó.

Repitió su nombre al no obtener respuesta, empezando a inquietarse. Aunque aún llevaba puesto el chaquetón, hacía frío y la brisa nocturna la obligó a tiritar. Se sentía expuesta además a las miradas de los que transitaran por la calle, apenas iluminada a trechos por la macilenta luz de una farola, pero que a ella la deslumbraba impidiéndole distinguirles. Tendría que elevar también la altura de la valla para preservar así su intimidad cuando saliera del edificio, pensó. Podría colocar entonces una mesa y unas sillas en el jardín para desayunar al aire libre en los meses estivales.

Pero lo prioritario ahora era encontrar a su inconsciente cachorro, ansioso como siempre de divertirse aún a riesgo de que enganchara ella una pulmonía.

—¡Peluche!, —gritó de nuevo.

¿Dónde podría haberse escondido para retrasar el momento de que volviera a recluirle dentro de la casa? Recordó que tenía una linterna en un cajón de la cómoda de su cuarto. Estaba segura de haberla guardado allí cuando compró la casa, aunque no sabía si las pilas funcionarían todavía, porque hacía mucho tiempo que no abría esos cajones. Había ido metiendo dentro todos los enredos que se había traído de su piso anterior y de los que no se había decidido a desprender, pese a que en el presente no le proporcionaban ninguna utilidad.

Apresuradamente, entró en el vestíbulo dejando entreabierto el portón y echó a correr escaleras arriba. En cuanto alcanzó la galería de la planta

superior, se abalanzó dentro de su cuarto y después de encender la luz se lanzó a abrir el primer cajón del pesado mueble adosado a la pared. En su interior había de todo, pero no la ansiada linterna, por lo que lo cerró de golpe y pasó a inspeccionar el segundo, repleto de pañuelos de cuello, de bufandas, de gorros de punto y de…

Parpadeó perpleja al descubrir al tacto un objeto duro. Fue apartando el cerro de prendas de abrigo, algunas apolilladas por el paso del tiempo, hasta que dio con esa cosa. Era un teléfono móvil. Un modelo antiguo que ya no se vendía, con la carcasa abollada. No era suyo, y no lo había visto nunca anteriormente. De improviso una luz cruzó por su cerebro estremeciéndola y sin tocarlo se quedó mirándolo como alucinada. No podía ser. Era absurdo lo que estaba imaginando.

Con un tremendo esfuerzo alargó hacia el aparato una mano temblorosa y lo cogió, encendiéndolo a continuación. Aunque viejo y bastante deteriorado, funcionaba. Con la frente perlada de sudor, marcó el número de su móvil. Sonaba la llamada dentro de su bolso, al que había dejado colgado del respaldo de la butaca y corrió a extraerlo de su interior. Se quedó inmóvil, como paralizada, con los ojos fijos en el visor de su aparato telefónico en el que nítidamente se destacaban nueve dígitos que acababan en tres doses.

Por un momento creyó estar viendo visiones. Apagó el móvil y lo volvió a encender repitiendo la misma operación. No cabía duda, ¿pero cómo era posible?

Con la sensación de estar viviendo una pesadilla, consultó la agenda del viejo teléfono que había encontrado dentro del cajón de la cómoda y con los ojos desorbitados por el pánico vio aparecer su nombre en la pantalla, con el número de su móvil.

Creyó que le fallaban las piernas y se dejó caer sobre la colcha de su cama con el aparato en la mano. Derrengada y con el corazón latiéndole en el pecho como una maquinaria descompuesta, luchó por recuperar la movilidad de sus miembros que había perdido. Le costó reaccionar. Logró primero sentarse erguida en el lecho y después que sus dedos obedeciesen las órdenes que les daba su cerebro. Aun así le supuso una inmensa dificultad recuperar los cinco mensajes archivados en la memoria del móvil.

Los cinco que le habían sido enviados y que había dado por supuesto que constituían amenazas de Gabriel por entrometerse entre él y Mariví, antes de tener conocimiento de que el hombre había muerto con anterioridad.

Medio mareada pasó una mano por su frente y la retiró húmeda. ¿Cómo habría podido llegar hasta la cómoda de su cuarto el móvil que aquel desconocido había estado utilizando para amenazarla?, se preguntó. ¿O su intención sería solamente asustarla? Y si ese era el objetivo que pretendía, ¿por qué a ella?

De improviso recordó al cachorro y que había dejado el portón de la casa abierto y se levantó de la cama poniéndose en pie, dejando el móvil sobre la colcha para buscar de nuevo la linterna como si le fuese la vida en ello. La encontró al fin en el tercer cajón y en cuanto comprobó que funcionaba, echó a correr hacia la galería sosteniéndola en una mano y bajó luego la escalera saltando los peldaños de dos en dos. Al oír un alegre ladrido a sus pies, en el vestíbulo, dejó escapar un suspiro de alivio. Peluche, ignorante por completo del mal rato que le había hecho pasar, brincaba sobre el cojín de la trasnochada butaca, tapizada como el sofá de pana granate, y desde allí saltó al suelo para correr hacia el inicio de la escalera por donde ella descendía para enredársele entre las piernas. Lo apartó impaciente para precipitarse hacia el portón y cerrarlo de golpe, echando después la llave y los dos cerrojos que había hecho instalar al adquirir la casa. Más tranquilizada, reculó hasta la butaca y se dejó caer en ella con la respiración entrecortada. Se mesó luego su melena y levantó la mirada hacia la galería de la planta superior que rodeaba el vestíbulo intentando controlar el castañeteo de sus dientes. Por el lucernario que se cernía sobre su cabeza no se filtraba claridad alguna. Había anochecido ya y la única luz que iluminaba la estancia la proyectaba la lámpara de la mesita que tenía junto al sillón en el que estaba sentada. Apoyó el codo en su brazo y la mejilla en su mano intentando reflexionar.

¿Quién había tenido oportunidad de esconder en la cómoda de su cuarto aquel aparato viejo?, se preguntó. Leocadia, sin duda alguna, pero no podía ser ella. Había trabajado en casa de sus padres desde que Lilian era una niña y después en la suya cuando sus progenitores se trasladaron a Valencia y ella se independizó. Era de absoluta confianza. También Mariví en los diez

días que había convivido con ella había dispuesto de infinidad de ocasiones para ocultarlo bajo las bufandas y los gorros de punto que tenía amontonados en el segundo cajón. ¿Pero por qué habría de haber hecho su amiga una cosa tan absurda? No tenía ningún motivo para haber intentado asustarla, sino al contrario. Además, quienquiera que hubiese sido el autor tenía que haberlo escondido en ese cajón después de que la policía registrara su casa, porque de otra forma esta hubiera dado con él.

Repentinamente se hizo la luz en su cerebro. Tenía que haber sido Iván. Había dispuesto de esa oportunidad dos noches antes, cuando había bajado ella al sótano con el cerrajero que había acudido a arreglarle la reja del sótano, dejándole solo en el vestíbulo con Peluche, y también la tarde anterior cuando le encontró en el salón tomando una copa con Mariví. Esa tarde, podía haber subido a la planta superior con cualquier excusa sin que su amiga se diera cuenta, mientras esta buscaba en la despensa la botella de ginebra, para ocultar el móvil en el segundo cajón de la cómoda, ¿pero por qué o para qué?

Repentinamente sintió frío. El silencio que reinaba en la casa era opresivo. Peluche se había hecho un ovillo a sus pies y con la cabeza entre las patas delanteras parecía haberse dormido, en un momento en el que ella hubiera deseado que rompiera la exagerada quietud que les envolvía a los dos como si se hubieran quedado solos en el mundo.

Podía llamar a Pablo, se dijo. Él acudiría en el acto y se haría cargo de la situación. Probablemente avisaría a la policía y casi con seguridad se presentarían en su casa los agentes que habían efectuado el registro antes de detener a Mariví. El tipo corpulento con el otro jovencito. Los dos pertenecían a la policía científica y se llevarían el móvil para someterlo a toda clase de pruebas, incluyendo el de las huellas dactilares que pudieran detectar en su carcasa. Las de ella, se dijo sobresaltada. Había sido tan estúpida como las heroínas de las películas que veía en la televisión, que siempre extraían del cuerpo de la víctima el cuchillo con el que la habían asesinado, sin la mínima precaución de enfundarse antes la mano con un guante o de valerse de un pañuelo con esa finalidad. ¿Y qué sucedería entonces? Fernando había sospechado que esos mensajes se los enviaba ella

a sí misma para encubrir a Mariví y con toda seguridad los de la científica llegarían a la misma conclusión.

Pero Pablo sabría adoptar la solución más oportuna para protegerla, se dijo. Era un magnífico abogado, un gran compañero y también algo más, aunque aún no se hubiera decidido a hacerle una proposición en ese sentido. Quizás ahora, cuando la viera angustiada ante el cúmulo de preocupantes situaciones en las que se veía involucrada, se diera cuenta de que ella no era una heroína. Era tan solo una chica como las demás, capaz de sentir tanto miedo como cualquier otra, por mucho que se hubiera empeñado él en subirla a un pedestal. No existía ese pedestal. Aunque fuese una profesional competente, había cometido errores inexplicables en el caso de su amiga, quizás precisamente porque, como le había advertido Pablo, no se razonaba con la cabeza fría cuando se trataba de defender a un ser querido. Pero aún estaba a tiempo y no iba a demorarse ni un minuto más en pedirle ayuda a él.

Se puso en pie para dirigirse hacia el salón, donde se hallaba el aparato telefónico de la casa, seguida de Peluche que se había despertado y que con sus lacias y peludas orejas tiesas parecía percibir algo inquietante en aquel silencio tan denso, tan opresivo, que se había posesionado de la casa. Sentada de medio lado en el brazo del sofá marcó su número y no tardó más que unos pocos segundos en oír su voz.

—Lil, ¿eres tú?

Parecía alegrarse de que ella hubiera decidido llamarle y ese descubrimiento la animó a continuar.

—Sí, necesito hablar contigo. Tengo un problema que no sé cómo resolver.

Oyó su risa a través del hilo.

—¿Qué no sabes tú cómo resolverlo? No me lo puedo creer y me siento muy honrado de que me pidas ayuda. ¿Qué es lo que te sucede? Si lo que necesitas es que te ayude a buscar alguna sentencia en el Aranzadi para fundamentar un recurso, mañana a primera hora tengo una vista en la Audiencia Provincial, pero cuando termine…

¿Por qué supondría Pablo que los únicos problemas que podría tener ella eran de índole jurídica?, se preguntó fastidiada. Como cualquier otra

chica de su edad, podrían residir en cualquier frivolidad, como, por ejemplo, en desear inscribir a Peluche en un concurso perruno y no saber qué peluquería sería la más adecuada para llevarlo a que lo acicalaran o en querer renovar la tapicería de las butacas del vestíbulo o… Se reconoció a sí misma que no le pediría opinión a él en ninguno de esos supuestos.

—Es algo grave, Pablo, —musitó tratando de que su voz no denotase la angustia que sentía para no desmerecer a los ojos de él—. He encontrado el móvil en el cajón de la cómoda de mi cuarto.

Tardó él en entenderla.

—¿El móvil?, ¿qué móvil?

—El móvil con el que ese tipo, que aún no sabemos quién es, me mandaba los mensajes relativos a Mariví, como si fuera yo la responsable de que le hubiera abandonado. El que utilizaba esa persona que creíamos que era Gabriel, antes de enterarnos de que había muerto con anterioridad.

Se produjo un silencio al otro lado de la línea. Le imaginó Lilian absolutamente sorprendido, con el auricular en la mano, las cejas enarcadas y las gafas de concha sobre sus inteligentes ojos castaños.

—¿Ese móvil? ¿Y dónde dices que lo has encontrado?

—En el segundo cajón de la cómoda de mi cuarto. Guardo dentro unas prendas que no uso, pero de las que no me quise desprender cuando me mudé a mi casa actual, porque me cuesta desechar los objetos que me traen buenos recuerdos. Dentro de ese cajón había gorros de punto, bufandas y pañuelos de cuello que utilizaba cuando era una adolescente y hacía tiempo que no lo abría. Al buscar una linterna para localizar a Peluche en el jardín, he dado con ese móvil hace unos minutos. Por eso te llamo, para que me aconsejes sobre lo que debo hacer.

Se produjo otro silencio antes de que volviera él a hacer uso de la palabra.

—¿Y… y tienes idea de cómo ha podido llegar hasta ese cajón? Sin duda lo habrá escondido ahí la misma persona que te mandaba los SMS. Tiene que ser alguien que haya estado recientemente en tu casa, aunque no entiendo que haya elegido precisamente ese lugar para ocultarlo. Lo lógico hubiera sido que lo tirara al Manzanares, al barranco más profundo de la sierra o incluso a un contenedor. ¿Lo has tocado?

—Sí, —reconoció compungida por su absoluta falta de previsión, incomprensible en una abogada de su experiencia—. He dejado mis huellas en la carcasa cuando lo he encendido y después cuando he abierto su agenda para leer los mensajes que contenía. Tenía archivados los cinco que me envió.

—Eso es lo de menos, —rezongó él con impaciencia—. Podemos borrar esas huellas antes de llamar a la policía para entregárselo.

—¿Crees que será lo mejor?

—Claro. El policía que le fue asignado a tu amiga sería la persona más indicada para hacerse cargo de él, o… o mejor aún, el instructor que le tomó la declaración a la que tú asististe, aunque…

Se interrumpió y cuando Lilian llegó a la conclusión de que no estaba dispuesto a terminar la frase que había comenzado, insistió:

—¿Qué ibas a decir?

—No, nada.

—Sí, ibas a decir algo.

—Es que no sé si debo. Solo es una conjetura y puede que lo tomes a mal.

—Si lo tomo a mal, ya te lo haré saber. Acaba de una vez.

—Es que estaba pensando… estaba pensando que la única persona que ha podido esconder ahí ese aparato telefónico es tu amiga.

Al oírle experimentó una sorpresa de tal magnitud que estuvo a punto de caerse del brazo del sofá en el que se había sentado de medio lado. Además, se quedó sin habla y le costó recuperar la que había perdido en algún lugar ignoto de su garganta.

—¿Mariví? ¿Cómo puedes imaginar tal cosa?

—Porque… porque ha vivido unos días contigo y ha tenido mil oportunidades de entrar en tu cuarto y esconder el móvil en el cajón de esa cómoda, sabiendo que guardas dentro cosas que no usas.

—¿Y para qué habría de haber hecho Mariví tal cosa?, —protestó enfadada—. También yo he estado dándole vueltas al asunto antes de llamarte y he llegado a la conclusión de que ni Leocadia ni ella han podido hacer tal cosa, aunque las dos hayan tenido sobradas ocasiones cuando yo me encontraba ausente.

—No, claro, —reconoció él—. Parece un tanto absurdo, porque a ella le perjudicaría tanto como a ti que la policía llegase a saber dónde ha aparecido el móvil.

—¿Qué quieres decir?, —le preguntó recelosa.

—Que la policía podría llegar a pensar que fingías esas llamadas para encubrir al asesino, ¿no lo entiendes?

—¿Yo?

—Sí y también podría pensarlo de tu amiga. En este último caso, creo que acertaría.

Parpadeó perpleja Lilian, rememorando la conversación que había mantenido con Mariví en el despacho de la comisaría, cuando la había llamado esta para que la asistiese en su declaración sobre la muerte de Gabriel. Había reconocido que en los últimos tiempos había tenido una aventura con otro hombre, con el que había pretendido fugarse al abandonar al que había sido su pareja y que ese hombre le había atropellado con su coche para impedir que la alcanzara por la calle y la matara. Sería natural que Mariví hubiera pretendido encubrirle.

—Estoy pensando que… —continuó Pablo.

—¿Qué?, ¿qué es lo que estás pensando?

—Sí, tiene que haber sido ese el motivo.

—¿El motivo de qué?, ¿de qué estás hablando?

—De la finalidad que perseguían los dos con los mensajes que te enviaban. Ahora lo veo claro. Intentaban procurarse una coartada.

Aunque también lo había sospechado ella días antes, al oírselo sugerir le pareció absurdo.

—¿Una coartada?

—Sí, ¿es que no lo entiendes? Esa chica se presentó en tu despacho por primera vez con la cara irreconocible por los golpes que había recibido de Gabriel. Sabía que él había muerto la noche anterior, pero te contó una sarta de mentiras y te hizo creer que él andaba escondido para que no le localizara la policía, esperando su oportunidad para vengarse de ella. Tú, como una buena amiga, le ofreciste tu casa hasta que pudiera disponer de una de acogida y ella aceptó tu oferta, porque no tenía donde ir o al menos eso te dijo. Cuando ya se había instalado en tu vivienda, te envió un

mensaje por ese móvil simulando ser Gabriel. La policía detecta la localización de los móviles en pocos segundos y esa vez no fue una excepción.

—Pero… averiguaron que me había enviado el SMS desde el parque del Retiro, junto al estanque, aunque cuando llegaron a ese lugar ya no vieron a nadie sospechoso. ¿Y crees que fue ella?

—Probablemente. Así la policía, cuando encontrara el cuerpo, creería que la muerte de Gabriel había tenido lugar días después del atropello y tanto su nuevo novio como ella, podrían presentar una coartada para los días que siguieron a su muerte. Desde que tu amiga ha convivido contigo, ha estado siempre acompañada por la mujer que te hace la limpieza o por ti.

Por un instante no entendió lo que le estaba explicando. Le oía hablar sin comprender el significado de las palabras que pronunciaba y, conforme se fueron haciendo inteligibles en su cerebro, fue sintiendo que las piernas se le aflojaban y que le costaba trabajo sostener con la mano el auricular del teléfono. Terminó por dejarse caer en el asiento del sofá con la sensación de que una hecatombe se había abatido sobre ella. ¿Cómo era posible? ¿Cómo era posible que Mariví la hubiese utilizado hasta ese extremo y de una forma tan innoble? Se vio a sí misma atisbando el jardín desde la ventana de su cuarto después de recibir el SMS que atribuyó a Gabriel, en el que le decía que estaba allí esperando a que Mariví se reuniera con él y que, de no salir de la casa con esa finalidad, entraría él. Creyó que el corazón se le iba a detener de golpe a resultas del miedo que sentía, mientras las sombras de los árboles que proyectaba la farola de la calle se agitaban en la oscuridad al compás del viento y ella trataba de distinguir su silueta agazapada en algún rincón que no lograba avistar tras los cristales.

Pero ni siquiera había sido ese el momento en el que había sentido más pánico. Por su mente cruzó la blanca imagen de la sierra de Navacerrada y se vio a sí misma encogida de frío dentro de las ruinas del torreón con el móvil en la mano, oyendo el silbido del viento en derredor y temiendo que en cualquier momento el hombre que la amenazaba con arrojarla por un precipicio empujase el portón y se precipitase dentro del desempedrado recinto para cumplirlo.

Con la sensación de haber participado en una maratón y estar extenuada, se retiró la melena del rostro. Podía entender que Mariví hubiese tratado de encubrir a su nueva pareja porque ese comportamiento respondía a la reacción natural de cualquier chica que estuviese enamorada, pero no que la hubiera engañado, que hubiese abusado de su confianza, cuando ella le había prestado toda la ayuda que ni tan siquiera hubiera soñado esperar de ninguna otra persona.

De pronto sintió unas enormes ganas de llorar, pero apretó con fuerza los párpados intentando reflexionar sobre aquel intrincado acertijo para colocar cada pieza en su lugar.

—No puede haber sido Mariví, —objetó al fin con una voz que no era la suya—. El primer mensaje lo recibí en mi despacho y estabas tú conmigo. Aunque se había venido ya a vivir a esta casa, recuerdo que esa mañana tuvo que dejarla sola Leocadia porque esta se puso enferma y se marchó a la suya. Ciertamente pudo aprovechar esa circunstancia para salir y enviarme el SMS desde el parque del retiro. Apagar luego el móvil y escabullirse de la policía cuando esta trianguló la zona y se presentó allí minutos después.

—Sí, —admitió él—. Pudo suceder así. ¿Con qué estás entonces en desacuerdo?

—Con el tercer mensaje que recibí. Fue al día siguiente. Tenía señalada yo la vista de un recurso de casación en el Supremo y cuando salimos del edificio de Las Salesas y nos dirigíamos al aparcamiento subterráneo de la Plaza de la Villa donde había estacionado el coche, sonó mi móvil. Mariví estaba a mi lado, de modo que no pudo ser ella.

Le pareció que Pablo intentaba también buscar una explicación razonable que invalidase su objeción, pero no debió encontrarla, porque repuso pensativamente:

—Sí, puede que tengas razón y que ella no haya tenido nada que ver con los mensajes, pero es que esa chica no me inspira la menor confianza.

—Apenas la conoces, —refunfuñó Lilian a la defensiva.

—No, pero me produce la sensación de que va provocando conflictos por donde va. Si no fueras la clase de persona que eres, tan fuerte, tan segura de ti misma, tan poco influenciable…, Lo habrías pasado muy mal

desde que ella apareció en tu despacho a complicarte la vida. Cualquier otra chica se habría dejado dominar por el pánico.

Su último comentario le produjo la impresión de haber recibido un cubo de agua fría sobre la cabeza. Probablemente había pretendido halagarla, pero sintió en cambio que no la veía él como una chica atractiva a la que mimar cuando se sintiera decaída, sino como un compañero de trabajo con el que podía contar y que podría suponerle un formidable apoyo en cualquier circunstancia adversa. ¿Creería de verdad que no había sentido miedo? ¿Que no lo sentía en ese momento en el que sin saber por qué le atenazaba una espantosa sensación de soledad en aquella casa tan grande y tan silenciosa? Al llamarle, había esperado que se prestase él a acudir de inmediato a tranquilizarla, a discutir juntos lo que pudiera ser más conveniente para Mariví y para ella, ahora que había encontrado el móvil que pudiera dar lugar a que se las acusara de encubrimiento a alguna de las dos. Había deseado incluso unas palabras de ternura por parte de él. ¿Se habría equivocado al interpretar las frases con las que se había expresado a veces y que le habían parecido tan significativas?

Al darse cuenta de que no efectuaba Lilian ningún comentario, creyó oportuno él apuntar otra posibilidad.

—Caben otras respuestas a la cuestión que estamos comentando. ¿Has recibido en tu casa últimamente a alguna otra persona? ¿A algún operario que haya ido a arreglarte la calefacción, el gas, las goteras o qué sé yo?

Aún decepcionada por la actitud de él, se apresuró a aclarárselo.

—Sí, anteayer vino el cerrajero a arreglarme la ventana del sótano, pero bajé con él y permanecí inspeccionando su trabajo durante el tiempo que estuvo en esta casa. No pudo ser él.

—¿Y a nadie más?

—Ha venido también el propietario del piso donde vivía Mariví y donde se ha trasladado esta mañana, porque se ha subrogado ella en el contrato de arrendamiento de Gabriel. Firmaron ayer el documento que había redactado yo.

—¿Ha vuelto tu amiga al piso en el que vivía?, —se extrañó Pablo.

—Sí, ha encontrado trabajo también y le corría prisa rehacer su vida.

—Pero en ese piso… —comenzó a objetar—. Me dijiste que estaba hecho un asco cuando os acompañó la policía para que ella recogiera sus cosas.

—Un asco completo. Había platos rotos por todas partes y un charco de crema de calabaza en el suelo, pero Leocadia lo habrá recogido todo y le habrá dejado la casa habitable.

—¿Y el dueño del piso es de fiar? ¿No podría haber sido él el que subiera a tu cuarto y escondiera el móvil en el cajón de la cómoda?

También a Lilian le hubiera gustado conocer la respuesta a esa pregunta. Aunque reconocía que era un hombre estimulante con el que resultaba difícil aburrirse, le recordaba demasiado al espía ruso de la película para que pudiera confiar en él.

—No lo sé. Cuando llegué ayer a esta casa, estaba con Mariví tomando una copa y ella es muy atolondrada, por lo que es posible que le dejara solo y que subiera a cambiarse de ropa o a buscar la botella de ginebra que se bebieron entre los dos.

—¿Se bebieron entre los dos esa botella?

—No lo sé, no me acuerdo de si la botella estaba mediada cuando la guardé en la despensa, pero cuando llegué estaban los dos en el salón y me recibieron como si hubiéramos quedado para celebrar una juerga a la que me hubieran invitado ellos.

—¿En tu propia casa?

—Sí.

—Te sentaría fatal.

—Por supuesto.

—¿Es que se conocían?

—Sí, al parecer frecuentaban el albergue donde nos alojamos el fin de semana pasado y al principio entablaron cierta amistad. Por esa razón le alquiló Iván a Gabriel el piso de la calle Malasaña. Este último le dejó a deber los nueve últimos meses de renta.

—¿Y sabe tu amiga que al subrogarse en el contrato de arrendamiento ha asumido también la deuda que ese tipo dejó pendiente?

—Sí, se lo aclaré yo, pero Iván ha dado esa deuda por saldada, porque…

La interrumpió Pablo con una voz que denotaba que acababa de realizar un descubrimiento importante.

—¿Y no sería él el nuevo ligue de tu amiga? El que atropelló a la víctima. Eso lo explicaría todo.

Lo consideró Lilian con el ceño fruncido.

—Lo explicaría, sí, pero…

—Bueno, bueno, mañana lo comentaremos mientras cenamos aquí, en mi casa. ¿Quieres que vaya a recogerte?

—No, no hace falta, ya iré yo en mi coche.

—Pues hasta mañana.

—Adiós, hasta mañana.

Depositó el auricular en la base del aparato, experimentando una acongojante decepción tras la conversación que habían mantenido. Le pareció incomprensible que no hubiera captado él su estado de ánimo a través de la línea telefónica. Era un dicho común el que afirmaba que entender a las mujeres era tarea poco menos que imposible, pero, en su opinión, lo que resultaba inexplicable era la incomprensión tan manifiesta que demostraban algunos en multitud de ocasiones en las que lo que se esperaba de ellos era palpable. ¿Por qué o para qué habría de haberle llamado por teléfono minutos antes, si no le necesitara con urgencia a su lado? Y lo más molesto de todo era que la considerara una especie de Agustina de Aragón, capaz de enfrentarse valerosamente a las amenazas de un salvaje que acostumbraba a maltratar a las mujeres, sin imaginar siquiera que en ese momento estaba acurrucada en el sofá, atisbando a través de la puerta entreabierta del salón las sombras que parecían deslizarse por las inmensas proporciones del vestíbulo, iluminado tan solo por la lámpara de la mesita esquinera, ubicada entre las dos butacas.

Encendería todas las luces de esa estancia, se dijo, poniéndose en pie. Encendería las de toda la casa y pondría la televisión en la sala de estar con el sonido bien alto para hacerse la ilusión de que estaba acompañada. Luego, en cuanto cenara, subiría a su dormitorio y cerraría la puerta con pestillo antes de acostarse.

Fue iluminando a su paso todas las habitaciones de la planta baja para dirigirse luego a la cocina a prepararse algo para cenar. Sobre la ropa que

vestía se colocó un delantal floreado y en la blanca encimera, ahora sin ceniceros plagados de colillas de cigarrillos, colocó un cuenco de cristal donde fue echando las patatas que pelaba y que tenía previsto freír para acompañar a un huevo, que también freiría.

Estaba a punto de volcar el contenido del cuenco en la sartén, cuando sonó el timbre del portón de entrada. El corazón le dio un vuelco a la par que experimentaba una alegría incontenible. Sin duda era Pablo el que llamaba. Al fin había comprendido que le necesitaba para acallar la inquietante desazón que le había producido el descubrimiento del móvil en el cajón de la cómoda de su cuarto. Había entendido al fin que esa noche necesitaba su compañía, máxime cuando al día siguiente, como era sábado, no tenían ninguno de los dos que madrugar.

Apresuradamente se quitó el delantal, que arrojó de cualquier modo sobre una silla, y echó a correr hacia el iluminado vestíbulo, que atravesó como una exhalación. Descorrió después los cerrojos del portón y lo abrió de par en par con una sonrisa de bienvenida, que se le heló en el rostro. En el porche estaba Iván.

Vestía la misma indumentaria que la tarde anterior y su expresión la indujo a retroceder un paso. Estaba extrañamente serio y sintió ella una inquietante sensación de peligro, por lo que reculó, haciendo intención de cerrarle la puerta, pero él lo impidió, apoyando con todo su peso el hombro contra la hoja de madera.

—Espera, tengo que hablar contigo.

Hizo ella un nuevo intento de cerrar la puerta y volvió él a obstaculizárselo, colocando un pie en el quicio.

—Espera, espera. Necesito que me escuches. Será solo un momento.

Su voz le sonó extraña y forcejeó Lilian, empujando el portón de madera con su cuerpo, a la par que él hacía lo mismo desde el porche.

—¿Pero es que no puedes aguardar un segundo a que me explique?, —masculló él por el estrecho resquicio que mantenía entreabierto con el pie.

—No, porque…

—¿Por qué?

—Porque ya es muy tarde y no son horas de visitas, —replicó Lilian con la sensación de que la situación era ridícula.

Jadeante por el esfuerzo que estaba realizando, se dijo que quizás no fuera él el que le enviaba los mensajes por el anacrónico móvil que había dejado sobre su cama. Que cabía que se hubiera presentado en su casa por cualquier otra razón. En ese caso pensaría él que además de maleducada, estaba completamente chiflada, por lo que quizás lo más conveniente sería que le permitiese entrar y le diera a entender discretamente que su visita era inoportuna.

Se apartó de improviso del portón y al fallarle la resistencia que oponía ella, entró Iván como un ciclón en el vestíbulo trastabillando, hasta que tropezó con la butaca en la que había estado sentada ella antes de llamar por teléfono a Pablo y la volcó. Peluche que había desaparecido de la vista de Lilian en los últimos minutos, reapareció por la puerta del salón y se lanzó sobre él para recibirle con efusivos lametones. En el suelo acarició al cachorro y se puso en pie colocando en su lugar la butaca. Luego dirigió una sorprendida mirada en torno.

—¡Caramba!, qué iluminado está esto. ¿Celebras alguna fiesta y por esa razón no soy bienvenido?

Manteniéndose a distancia de él y con las manos en los bolsillos del pantalón, denegó Lilian con la cabeza.

—No, no celebro ninguna fiesta. He encendido todas las luces de esta planta, porque estaba buscando… —Como no se le ocurrió qué inventar dejó la frase en el aire.

—¿Qué estabas buscando? ¿Puedo ayudarte a encontrarlo?

—No, no, déjalo, no tiene importancia.

Volvió Iván a girarse en redondo para apreciar el refulgente alumbrado de la planta y sonrió con cierta guasa. Debió captar a qué obedecía ese derroche de iluminación, porque le preguntó con un tonillo condescendiente:

—Y si tienes miedo de estar sola, ¿por qué vives en un barrio residencial tan solitario y en una casa tan grande? En un edificio de apartamentos en pleno centro de Madrid y rodeada de vecinos te sentirías más acompañada.

En ese momento estuvo a punto de darle la razón, pero reaccionó a tiempo para replicar muy digna:

—No tengo miedo, no soy miedosa. Como te acabo de decir, estaba buscando…

—¿Qué?, ¿qué estabas buscando?, —insistió él.

Sin saber por qué le vino a Lilian a la memoria el cochambroso teléfono que había encontrado en el cajón de la cómoda y sin que la respuesta que se le escapó llegara a pasarle por el cerebro, le contestó:

—Mi móvil. Estaba buscando mi móvil.

Por el atractivo semblante de él cruzó una sombra o eso al menos creyó apreciar ella.

—¿Tu móvil? Marcaré tu número con el mío y cuando le oigamos sonar, lo localizaremos.

—No, no, —protestó ella al ver que echaba mano al bolsillo de su pantalón con la evidente intención de llevar a la práctica su propuesta—. No lo necesito en este momento. Sí quiero preguntarte en cambio a qué se debe tu visita. Tienes la mala costumbre de aparecer en mi despacho y en mi casa sin previo aviso, lo que no siempre es oportuno.

Sonrió él con cierto embarazo.

—Tienes razón. Había pensado primero llamarte por teléfono para disculparme por lo de ayer, pero como cuelgas el aparato en cuanto pronuncio la primera palabra, he decidido presentarme por las buenas para decirte que lo siento.

—Ya te disculpaste ayer, —le recordó Lilian secamente.

—Sí, pero no llegaste a aceptar mis disculpas. Como te dije, había imaginado de muy distinta forma la reunión de los tres. Había dado por supuesto que la celebraríamos con el formalismo que merecía. Victoria la convirtió en una charla de café y comprendo que te molestara. Quizás colaboré yo con ella a crear ese ambiente tan inoportuno al aceptar la copa que me ofreció. Debimos quedar en tu despacho para firmar allí el documento, como seguramente tú habías planeado y hubiera sido lo correcto.

—Pues sí, —convino ella—. Y para colmo, me aseguraste por teléfono que tenías una prisa enorme en solucionar ese asunto. Unas prisas que considero que no venían a cuento para que redactara el documento que firmasteis y que igualmente podíais haber suscrito la semana que viene o la

otra. Tuve que dejar otros asuntos más urgentes por vosotros que, al parecer, me habéis confundido con una abogadilla de las tres pes.

Enarcó él las cejas sorprendido.

—¿Qué es eso de las tres pes?

Esbozó Lilian un gesto de suficiencia.

—Se designa desdeñosamente así a los abogados que, como no tienen clientes que les abonen su minuta, defienden únicamente a los pobres, a los parientes y a las prostitutas.

Se echó a reír con sorna Iván.

—Ya. ¿Y has llegado a la conclusión de que te habíamos confundido con una de esas abogadillas?

—Pues sí, —reconoció, fastidiada por la guasa de él.

—Tengo que asegurarte que estás equivocada. Ni Victoria ni yo pensamos que seas una abogada de pacotilla, todo lo contrario. Te admira profundísimamente ella y yo también.

Había bajado la voz al pronunciar ese último comentario y la seriedad de su expresión volvió a desconcertarla. Como no estaba muy segura del terreno que pisaba, retrocedió otro paso para asirse al respaldo de la butaca que él había volcado poco antes y accionó con una mano, para indicarle que no quedaba nada más por decir.

—Bien, de acuerdo. Acepto tus disculpas y espero que si en adelante necesitas mis servicios profesionales, llames antes al despacho pidiendo una cita.

Se encaminó ella hacia el portón, seguida de Peluche y de Iván y cuando estaba a punto de abrirle para que se marchara sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien?, —le preguntó él a su espalda.

Por supuesto que sí, se dijo ilusionada. Esperaba a Pablo que por fin había caído en la cuenta de que debería presentarse en su casa a ofrecerle su hombro después de su llamada telefónica. Ciertamente se había demorado, pero él rara vez tomaba decisiones precipitadas y en esa ocasión, como en todas las demás, había predominado su reflexiva manera de comportarse sobre cualquier otra consideración.

La sonrisa de bienvenida, que se le había congelado en el rostro al registrar a Iván en el porche minutos antes, asomó de nuevo a su rostro

mientras abría el portón, pero desapareció de su semblante instantáneamente al distinguir a Mariví.

—¡Hola!, —la saludó alegremente esta. ¿A que no me esperabas? Te echaba de menos y he querido darte una sorpresa viniendo a verte.

Vestía la chica un chaquetón azul marino anudado a la cintura sobre el que le resbalaba su ondulada melena que brillaba con reflejos rojizos cuando penetró en el vestíbulo. Al reparar en Iván, que permanecía detrás de Lilian, pestañeó entre sorprendida y encantada.

—¡Hola a ti también! ¿También tú echabas de menos a Lilian o has venido a que te resuelva alguna cuestión jurídica?

—También la echaba de menos, —repuso este con una expresión indefinible de la que ella no supo entresacar lo que pudiera haber de verdad en lo que decía.

En contra de lo que acostumbraba el cachorro, observaba recelosamente a la recién llegada y se había apartado de su camino parapetándose detrás de la butaca que había volcado poco antes Iván. Desde su escondite vigilaba los movimientos de la chica, que taconeaba por la estancia en dirección al salón. Lilian e Iván la habían seguido y cuando tomó asiento en el sofá después de arrojar el chaquetón en una de las butacas, la imitaron, dejándose caer él en la que quedaba libre y Lilian en la otra después de recoger el chaquetón y dejarlo en una silla. Mariví llevaba debajo de esa prenda un pantalón vaquero muy ajustado y un jersey verde manzana que debía de haberse comprado esa misma mañana con el dinero que le había prestado ella y que armonizaba con el color de sus ojos. Inmediatamente encendió un cigarrillo con una cerilla de la caja que extrajo de su bolso.

—No os importa que fume, ¿verdad?

Como ninguno de los dos le contestó, expelió el humo mientras recorría con los ojos la habitación, aparentemente complacida de encontrarse allí.

—Tienes una casa magnífica, Lil, —le alabó, clavando su mirada en ella —. Durante los días en los que he vivido aquí no he podido apreciarla en su justa medida, porque estaba demasiado asustada temiendo que Gabriel pudiera encontrarme, pero ahora que he vuelto a instalarme en el piso de este señor, —dijo señalando a Iván—, he podido apreciar la diferencia.

—¡Vaya!, pues muchas gracias, —murmuró el aludido con sorna—. Si no te gusta mi piso, no sé a qué obedecía entonces la prisa que tenías por subrogarte en el contrato que formalicé con Gabriel García.

—No me he expresado bien, —se disculpó volublemente la chica—. Tu piso es perfecto para mis necesidades y Leocadia lo ha dejado irreconocible. Voy a buscar yo también a una mujer que venga una vez a la semana a hacerme la limpieza, porque empiezo a trabajar el lunes, ¿sabéis? Estoy loca de contento.

Daba verdaderamente esa imagen y Lilian se preguntó si habría borrado por completo de su mente los años de convivencia con Gabriel como si este no hubiera existido nunca. Había regresado al escenario que había compartido con él y no parecía recordar los malos tratos a que la había sometido este ni la miseria que había tenido que soportar a su lado en ese mismo entorno.

—En realidad no he venido únicamente a saludarte, —seguía comentando la chica—. He debido de olvidar en mi dormitorio las gafas que utilizo para leer, porque en mi casa no han aparecido y como tampoco tenía nada especial que hacer, he cogido el Metro y me he acercado en un momentito. Sin gafas soy como un topo, ¿sabes?, —le explicó a Iván que asistía en silencio a su incesante charla—. Las utilizo lo menos posible porque no me favorecen lo más mínimo, pero no puedo prescindir de ellas y además, en mi casa no me ve nadie.

Se había echado a reír sin captar el mutismo de sus interlocutores ni el recelo de Peluche que correteaba por la habitación, pero manteniéndose a distancia de la chica. También Lilian la observaba disimuladamente, preguntándose que habría de verdad en las elucubraciones que le había comentado Pablo por teléfono poco antes. ¿Habría sido verdaderamente Mariví la autora de los mensajes que había recibido por el móvil y también la que había ocultado el aparato en el cajón de la cómoda de su cuarto? Ahora que la tenía enfrente, en el sofá, le costaba creerlo, ¿pero no se habría pasado ella de inocente al conceptuarla? ¿Al conceptuar a los dos que estaban con ella en la habitación en ese momento? Quizás fuera Iván la nueva pareja de su amiga y hasta era posible que hubieran quedado de

antemano para presentarse por separado en su casa con alguna finalidad. ¿Cuál podía ser esta?

Notó que un sudor frío le corría por la espalda y de improviso recordó el frasquito de laca que le había regalado Anita para que se defendiera de un posible agresor en caso de necesidad. Lo llevaba dentro de su bolso desde entonces, porque no había vuelto a acordarse de su existencia, pero en ese instante se dio cuenta de que precisaba con urgencia tocarlo para tranquilizarse. Con una forzada sonrisa se puso en pie.

—Perdonad un momento. Voy a subir a mi cuarto a buscar un pañuelo. No tardo nada.

También Mariví se había levantado y la miraba sonriente.

—No te molestes. Tengo que subir yo a por mis gafas, así que te lo traeré. ¿Dónde lo tienes?

—En mi dormitorio, necesito mi bolso. Lo cuelgo siempre del respaldo de la butaca de mi cuarto, pero…

Mariví se había encaminado ya hacia la puerta de cristales del salón y desde allí se volvió hacia ella con la misma expresión sonriente en su agraciado semblante.

—No me supone ninguna molestia y no tardaré ni un segundo.

Se demoró un instante paseando la mirada por la habitación y en su recorrido visual sus ojos se detuvieron en Iván que, sentado en la butaca, con sus largas piernas cruzadas, asistía impasible al cruce de comentarios de las dos. Le dedicó un mohín pícaro.

—¿Por qué no me acompañas arriba?, —le sugirió—. Soy un desastre buscando todo lo que pierdo y podrías ayudarme.

—No, —protestó Lilian dirigiéndose también hacia la puerta.

Se dijo que era intolerable que Mariví abusara de su confianza hasta el extremo de pretender embarcar a Iván en la búsqueda de sus gafas. Conllevaba esa búsqueda que subiera con ella a la planta superior a trastear en los dormitorios de las dos, el que había ocupado la otra hasta el día anterior y el de ella, pero como no podía expresarlo con esas palabras, le sonrió a continuación, a la par que murmuraba:

—Sube a buscar tus gafas tú solita o, si necesitas que colabore contigo, te acompañaré yo.

—Vale, vale, —admitió condescendientemente—. Subiré yo sola. Podrías mientras tanto, como buena anfitriona ofrecerle una copa a Iván.

Este meneó negativamente la cabeza, pero Mariví insistió.

—Dejé anoche la botella de ginebra en la despensa. No seas tan puritana y tráela al salón con unos vasos y unos cubitos de hielos. En un segundo estaré de vuelta, brindaremos a tu salud y nos marcharemos. Estoy segura de que estás deseando perdernos de vista.

Había dado en el blanco con su último comentario y precisamente porque había acertado de plano se sintió obligada a disimularlo.

—No, no, nada de eso. Ve a buscar tus gafas que yo traeré la ginebra para celebrar que estáis aquí y que habéis venido a visitarme.

Pronunció las últimas palabras con un esfuerzo por mostrarse solícita y acogedora y con Peluche pisándole los talones salió al vestíbulo y por el pasillo se encaminó hacia la cocina. Le costó encontrar la botella en la despensa. Tuvo que encaramarse a una banqueta, porque Mariví, gracias a su elevada estatura, la había colocado en el último estante y ella no lo alcanzaba desde el suelo. Cuando al fin dio con ella y regresó al salón con la botella y con los vasos, Mariví se encontraba ya de vuelta en el sofá y charlaba con Iván que aparentemente incómodo le respondía con monosílabos.

—Solo he bajado tu bolso, porque no he encontrado las gafas, —le comunicó en cuanto la vio aparecer, tendiéndoselo, por lo que Lilian se apresuró a tomarlo de sus manos como quien recupera un tesoro—. Si das con ellas, avísame que vendré a recogerlas.

Apenas si se demoraron unos minutos más en despedirse, durante los cuales les observó con recelo, palpando disimuladamente el duro objeto defensivo que le había regalado Anita, lista para utilizarlo al menor signo de peligro. Pero no tuvo necesidad. Mariví dejó enseguida su copa sobre la mesita delantera del sofá y se puso en pie con una sonrisa dedicada a él.

—No te importará llevarme a casa, ¿verdad? He venido en Metro y me harías un favor.

—Por supuesto que te llevaré encantado, —repuso él con aire ausente. Parecía ensimismado y se encaminó con la otra hacia el vestíbulo como si tuviera la mente ocupada en algo que le preocupaba.

Cuando al fin cerró la puerta tras ellos, Lilian dio un suspiro de alivio. Se había equivocado en sus conjeturas. Sin duda habían coincidido en su casa por casualidad y no tenían un plan preconcebido que la incluyera a ella y que debiera inquietarla. Aligerada de un gran peso, echó los cerrojos de la puerta y con Peluche regresó a la cocina donde se preparó la cena con una nueva y optimista despreocupación. Ya no le parecía su casa extrañamente solitaria, al contrario. Podía disfrutar ahora de no tener que atender a visitas molestas.

En cuanto recogió los platos y los vasos que habían utilizado, fue apagando las luces a su paso y subió la escalera con el cachorro en brazos. Al llegar a su dormitorio dirigió una socarrona mirada al pestillo de la puerta, pensando que era ridícula la idea que le había pasado antes por la cabeza de cerrarlo antes de acostarse, porque tenía miedo. En su casa estaba segura, era su reducto. Retiraría ahora la colcha de la cama y guardaría momentáneamente el móvil que había dejado sobre el cobertor en el mismo lugar en el que lo había encontrado, hasta que Pablo y ella tomaran una decisión al respecto. Se aproximó al lecho y lo recorrió con la mirada buscándolo. Solo entonces se dio cuenta de que el aparato telefónico había desaparecido.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Se lo refirió a Pablo a la mañana siguiente por teléfono, en cuanto se levantó de la cama. Él se quedó reflexionando durante un lapso de tiempo que a Lilian le pareció interminable.

—¿Estás segura de que ese hombre no subió a tu dormitorio sin que te dieras cuenta, mientras buscabas la botella de ginebra?, —le preguntó al fin.

No, no estaba segura. ¿Cómo iba a estarlo? Le dejó sentado en la butaca del salón y cuando regresó a esa habitación seguía en el mismo sitio, en el mismo sillón y con idéntica postura, pero había tenido oportunidad de ascender silenciosamente la escalera, de entrar en su cuarto y de coger el móvil que había dejado ella sobre la cama.

—También ha podido ser tu amiga, —consideró Pablo— y probablemente haya sido ella. Habrá recordado donde lo escondió y con la excusa de haber olvidado sus gafas habrá subido a recuperar ese móvil. Como lo dejaste sobre tu cama, daría con él enseguida, ¿no crees?

No sabía ya que creer y aunque intuía que esa última conclusión pudiera ser la más verosímil, se resistía a admitir que la amiga con la que había compartido los días interminables de estudio que precedían a los exámenes y tantas ilusiones durante los años en los que fueron estudiantes, pudiera haberse aprovechado de esa amistad para aterrorizarla con las amenazas que le enviaba en sus mensajes telefónicos.

Lo comentaron también esa noche en la que habían quedado para cenar en la casa de él. Vivía este en la planta quince de un altísimo edificio, sito en la plaza de España, en un pequeño y moderno apartamento que constaba tan solo de un salón con una inmensa cristalera desde la que se dominaba la plaza y el comienzo de la Gran Vía, así como de un dormitorio desde el que se accedía al cuarto de baño, y de una cocina. Había puesto Lilian sus cinco

sentidos en acicalarse para la ocasión y durante la tarde se había ido probando los trajes que había adquirido recientemente y que reservaba para los acontecimientos especiales, para irlos desechando uno tras otro, arrojándolos sobre la cama de su cuarto. A Pablo le extrañaría verla tan arreglada, con una imagen tan distinta de la suya habitual, por lo que finalmente se decidió por un traje pantalón oscuro en cuya chaqueta prendió un broche de bisutería, pero que parecía auténtico. Había comprobado que ningún hombre era capaz de distinguir las joyas de sus imitaciones y ella, en realidad, tampoco. Se cepilló luego su corta melena hasta lograr que brillase con reflejos dorados y lisa, con las puntas vueltas hacia adentro, para que enmarcase su agraciado rostro en el que destacaban sus grandes ojos ambarinos. Le ilusionaba la perspectiva de esa cita y su previsible desenlace que, en su opinión, se había demorado en demasía. La explicación podía residir en que él era excesivamente parsimonioso, lo que a veces la irritaba, pero le animaría esa noche a concretar las veladas insinuaciones que solía formular relativas al futuro de los dos.

Sentada en el sofá, de espaldas a la cristalera, consideró la posibilidad que había sugerido él con el ceño fruncido.

—Es posible. Mariví tuyo ayer esa oportunidad, pero me resisto a creer que haya actuado conmigo de esa manera, con tanta frialdad, cuando yo he hecho por ella todo lo que estaba en mi mano. Siempre ha sido un poco atolondrada, pero era una buena chica. ¿No se le ocurriría pensar, si es que ha sido ella, que con esos mensajes me iba a amargar la vida? Me he estado despertando aterrorizada por las noches tratando de identificar los mil ruidos raros que se producen en mi casa, cuando el barrio entero duerme. He desconfiado de todos los desconocidos que se me acercaban. Incluso durante la vista de un recurso de casación, en el salón de plenos del Tribunal Supremo, en lugar de concentrarme en lo que oponía el fiscal a los motivos que había alegado yo, estuve analizando las caras de los asistentes que ocupaban los bancos destinados al público por si alguno pudiera ser Gabriel. He vivido un verdadero infierno. ¿No le importaría a ella o es que ni siquiera le pasó por la mente?

Enarcó Pablo las cejas con auténtica sorpresa. Se había sentado en una butaca frente a Lilian con una mesita de cristal entre los dos. Con un

pantalón vaquero y una camisa de cuadros, parecía más joven que con la formal indumentaria con la que acostumbraba a presentarse en el despacho.

—¿Tú, aterrorizada?

—Claro que sí. ¿No habrías pasado miedo tú de estar en mi caso?

Lo meditó él como si no se lo hubiera planteado.

—Es posible, pero no hubiera imaginado que fueras miedosa. Pareces tan fuerte… tan poco vulnerable… como un mástil sobresaliendo de las olas y desafiándolas en plena tempestad.

—Un símil precioso pero totalmente desacertado, —protestó Lilian—. Y no entiendo por qué me veis así. El que no lloriquee nunca en público no significa que no lo haga en mi casa en el cuarto de baño.

—¿Lloriqueas en el cuarto de baño?, —volvió a extrañarse él.

—Pues sí. De vez en cuando y sin que nadie me vea, cuando algo me sale mal, como, por ejemplo, cuando pierdo un juicio. Y lloro también, y a la vista de todo el mundo, en el cine, cuando la película es emotiva, y también cuando leo una novela conmovedora. No sé por qué te asombras tanto.

Parpadeó Pablo y esbozó luego un ademán con la mano que parecía significar que su explicación le había desconcertado y que no acertaba ahora a conceptuarla adecuadamente. Se quitó las gafas de concha para limpiarlas con un pañuelo que extrajo de su bolsillo y volvió a colocárselas sobre el puente de la nariz para mirarla a través de los cristales como si necesitara cerciorarse de quién era la chica que tenía enfrente.

—Pues probablemente tu amiga no imaginaría esa faceta de tu carácter que, a decir verdad, no dejas entrever, —replicó meditabundo, como si no acabara de entenderlo—. Aunque es posible que ella no haya tenido la menor intervención en ese asunto y que sea obra de ese ruso que es el dueño de su piso. Iván Vasiliev se llama, ¿no es así?

—Sí, si se llama así, pero no es ruso. Es de Toledo, —le aclaró como si la ciudad de donde era natural le eximiese de toda sospecha.

—También los de Toledo cometen delitos, —bromeó él—. Si de improviso aparecieron ayer en tu casa los dos, es más que probable que lo hubieran planeado de antemano para recuperar el móvil y que se presentaran por separado para disimular. ¿Te dio la impresión de que

pudiera ser él la nueva pareja de tu amiga? Eso explicaría que se hubiera mudado al piso de él tan apresuradamente y que él le haya perdonado la deuda que había dejado pendiente Gabriel García.

Pensativamente se apartó Lilian la melena de su rostro como si ese gesto le ayudara a aclarar sus ideas.

—Sí, lo explicaría, pero no lo sé. Mariví tontea con todos los hombres que se le ponen por delante, aunque ese comportamiento en ella no significa nada. Es como un deporte.

—¿Cómo un deporte?

—Sí, no creo que lo haga con ninguna intención especial. Simplemente le gusta gustar.

—Y se emplea a fondo, —masculló él entre dientes.

—¿Quieres decir que se pasó un pelín contigo durante el fin de semana pasado? No se lo tomes en cuenta.

Por el semblante de Pablo cruzó una sombra que atirantó los músculos de su cuello.

—No se lo tomaría en cuenta si, como consecuencia, no hubiera quedado yo mal contigo. Insistió tanto en que te dejáramos dormir y en que subiéramos los dos solos a esquiar que no supe resistirme. La verdad es que fue una grosería.

Le sonrió Lilian, feliz de oírselo decir. Ahora sin duda encontraría él las palabras oportunas para decirle lo que sentía por ella, las que tanto había esperado. Apoltronada en el cómodo sofá aguardó impaciente conteniendo la respiración, pero él parecía haber perdido el hilo de lo que se hubiera propuesto decirle. Con el ceño fruncido contemplaba el panorama que se divisaba a través de la cristalera, sobre la cabeza de ella. La hirviente animación del comienzo de la Gran Vía con sus mil lucecitas de colores, más allá de la oscuridad de la plaza que tenía a sus pies.

Repentinamente se puso en pie.

—Voy a la cocina a meter la carne en el horno. Tardará en estar a punto una media hora, pero tú no te muevas.

—¿No quieres que te ayude?

—No, no. Quiero que compruebes que soy un buen cocinero. Mañana lo repetiremos, pero en tu casa y serás tú la que demuestres tus habilidades

culinarias.

Le vio caminar de espaldas a ella en dirección a la habitación aludida y se arrellanó en el asiento para disfrutar en solitario de lo que acababa de decirle. No había olvidado el plan que había proyectado para el fin de semana y si esa noche no acababa de decidirse a proponerle que compartieran juntos el futuro, lo haría con toda seguridad a la noche siguiente.

Desde el lugar que ocupaba en el sofá, con la cristalera a su espalda, no alcanzaba a divisar la magnífica vista nocturna que podía contemplarse desde las alturas del piso en el que vivía él, por lo que se levantó para ir a dejarse caer en la otra butaca, tan cómoda como el sofá. La plaza de España se veía desde allí como una inmensa mancha negra, sin perfiles definidos, y moteada tan solo por luces intermitentes que no alcanzaban a clarear su oscuridad. Rememoró las innumerables ocasiones en las que había acudido a esa plaza al término de las clases con Mariví y con otros compañeros de curso. Se habían sentado entonces en los bancos de la plaza, porque la mayoría, incluyéndola a ella, no disponían de suficiente dinero como para derrocharlo en una cafetería tomándose un café. Sonrió al recordarlo y al rebullirse en la butaca notó algo duro bajo el asiento, por lo que se incorporó a medias para introducir la mano bajo el cojín. Sus dedos entraron en contacto con ese objeto y lo extrajo sentándose de nuevo en el sofá para acercarlo a la luz de la lámpara que, sobre una mesita baja, flanqueaba uno de sus costados.

Era un mechero, un encendedor dorado, con un elefantito en relieve y dos nombres grabados. Lo había visto antes, ¿pero dónde?

De improviso sintió que una luz iluminaba su cerebro. Por su mente cruzó su propia imagen y la de Mariví en una cafetería varios años antes. Habían terminado ya sus estudios y su amiga llevaba unos meses trabajando en una tienda de modas de la calle de Serrano. A ella la habían contratado como pasante en el bufete de don Eulogio y hacía méritos por convertirse en la insustituible ayudante de los tres abogados, que entonces eran sus jefes. Mariví hablaba y hablaba de un hombre que había conocido el mes anterior. Un hombre guapísimo que conducía un Porsche impresionante y

que le había regalado un mechero de oro, con un elefantito incrustado y con los nombres de los dos grabados en su brillante superficie.

Incrédulamente lo sopesó en su mano, antes de leer esos nombres: “Gabriel y Victoria”.

Lo dejó caer sobre su regazo como si hubiera perdido la energía imprescindible para sostenerlo. Era el mechero que tiempo atrás le regalara Gabriel García a su amiga, pero eso era lo de menos. Lo importante era saber cómo había llegado hasta allí, hasta el piso en el que vivía Pablo.

Con un esfuerzo retrocedió con la mente al viernes anterior, cuando él las había recogido a las dos con su coche de la casa de ella para salir hacia Navacerrada. Aparentemente no se conocían o al menos eso habían fingido, pero lo que resultaba incuestionable era que Mariví había estado con anterioridad en el salón en el que se encontraba ella en ese instante y que se le había caído en la butaca su mechero. Ahora recordaba que su amiga había comentado la tarde anterior, al encender un cigarrillo y en respuesta a la pregunta de Iván, que lo había perdido, pero que probablemente aún andaría por algún rincón del piso que había habitado en la calle Malasaña. Lo había perdido, sí, pero en casa de Pablo. ¿Y cuándo había estado la chica en el salón en el que se hallaba en esos momentos?, sentada en la butaca que ahora tenía enfrente, ¿antes o después de los días que habían pasado los tres en la sierra en los que habían aparentado no haberse visto nunca antes?

Ensimismada en barajar sus sospechas, no le oyó llegar cuando salió de la cocina y regresó para detenerse frente a ella, al otro lado de la mesita de cristal. La miraba fijamente con el ceño fruncido y una expresión extraña. Fue al sentirse observada, cuando levantó la vista y le vio con el semblante contraído por unas emociones que no acertó a identificar. Se limitó ella a levantar la mano con la que había recogido el mechero de su regazo y a mostrárselo. Luego le preguntó con una voz que no era la suya:

—¿Estás saliendo con Mariví? ¿Por qué me has hecho creer que no la conocías?

Se dejó caer Pablo en la butaca en la que había estado sentado antes como si estuviera mortalmente cansado.

—No es lo que tú crees.

—¿No?

—No, es mucho peor.

Se inclinó hacia él intentando escrutar sus facciones.

—¿Por qué es peor?, ¿qué es lo que quieres decir?

—Que esa chica, aún sin proponérselo, puede trastocarle la vida a cualquiera. A mí en este caso.

Intentó adivinar lo que pudiera estar ocultándole. Se fijó entonces en las sombras violáceas que circundaban sus ojos, en la que no había reparado antes por la escasa iluminación del salón en el que se hallaban y por el brillo de los cristales de sus gafas. Parecía al límite de sus fuerzas.

—Si mantienes una relación con ella, no tienes por qué darme explicaciones. Tú y yo no somos más que compañeros de trabajo.

—No por mi gusto, —objetó él.

—¿Qué quieres decir?

Su rostro reflejó la desesperación más absoluta.

—Que ella me ha arruinado la vida y que por su culpa es más que probable que dé con mis huesos en la cárcel. Perdió ese mechero la noche en la que murió el hombre con el que vivía. Ella pasó la noche aquí, en este piso.

Intentó Lilian entender lo que le estaba diciendo, pero notaba la mente espesa, como si no consiguiera hilar las palabras que él pronunciaba y recorrieran su cerebro sin llegar a hacerse inteligibles.

—¿Por qué no te explicas con claridad?

—Lo que te estoy diciendo es que yo atropellé a Gabriel con mi coche, —reconoció con una risita sarcástica—. ¿Lo comprendes ahora? Ella no tenía a donde ir y pasó la noche aquí, en este piso, donde perdió el mechero sin que ninguno de los dos lo advirtiéramos. —Le señaló la butaca gemela a la que él ocupaba y continuó—: A mí ella no me importa, fue solamente una aventura de unos días, pero después no he conseguido quitármela de encima y ahora no sé qué hacer.

Le observó Lilian con los ojos agrandados por la sorpresa. Así que mientras ella creía que él estaba a punto de proponerle vivir juntos o incluso algo más serio, Pablo se acostaba con Mariví. Era como para morirse de risa. Le había notado abstraído en los días que precedieron al fatídico veintinueve de febrero en el que la chica se presentara en su despacho con

el semblante desfigurado, pero lo había achacado al exceso de trabajo y también a la ansiedad provocada por alguno de los peliagudos asuntos que llevaba entre manos. No cabía duda de que era una calamidad interpretando los sentimientos de los demás y especialmente los de él.

—¿Le atropellaste tú?, —le preguntó casi sin voz—. ¿Iba ella a dejar a Gabriel por ti? ¿Cómo puedes decir entonces que fue solo una aventura?

Esbozó Pablo un gesto indefinible.

—La conocí en la sierra de Navacerrada, hace años, un fin de semana en el que coincidimos en el mismo albergue en el que nos hemos alojado los tres. Iba ella con Gabriel García y yo con unos amigos. Ese tipo se indispuso con la cena que había tomado la noche anterior o con el vino que bebió, porque acabó como una cuba, por lo que no pudo salir de su habitación al día siguiente. Se quedó en la cama durmiendo la mona. Victoria es incapaz de quedarse encerrada mucho tiempo en ninguna parte, así que bajó a la sala de estar, tonteó conmigo y con mis amigos y finalmente se vino a esquiar con nosotros.

—¿Y os habéis estando viendo todos esos años?

—No, no. Por lo que me ha referido después, a él empezaron a irle mal las cosas por aquellos tiempos, por lo que no pudo permitirse el lujo de volver a la sierra. Tuvieron que contentarse con malvivir en el piso que él le había alquilado a ese ruso.

—¿Entonces?

—Me la encontré a ella casualmente por la calle hace cosa de un mes y debí decirle donde vivía yo y donde trabajaba, porque a partir de ese momento se hizo la encontradiza conmigo, hasta que consiguió que nos viéramos aquí, en mi casa, cuando los dos terminábamos de trabajar.

—Ya entiendo, —murmuró Lilian en un susurro, aunque ciertamente no entendía nada. Lo que le estaba contando debía de haber ocurrido al tiempo en el que Pablo le hacía veladas insinuaciones con la que parecía querer darle a entender que ella le interesaba. Sabía, porque había llevado innumerables casos de divorcio, que muchos hombres, aun queriendo a sus mujeres y deseando permanecer a su lado el resto de sus vidas, las engañaban con aventuras fugaces e incluso permanentes, pero nunca hubiera podido imaginar que algo así pudiera sucederle a ella. Alfonso al

menos había tenido la decencia de decirle que el lazo sentimental que les unía a los dos se había roto antes de dejarla, pero no parecía que Pablo hubiera llegado a plantearse siquiera que mientras estaba con Mariví debía abstenerse de perseguirla a ella.

—¿Lo entiendes de verdad?, —insistió con ansiedad él como si su respuesta fuese trascendental—. Sabes que a la única que quiero es a ti.

Parpadeó abstraída. En otra ocasión su última frase la habría sonado a música, pero en ese momento ni siquiera llegó a calarle hondo en lo más profundo de sus sentimientos. Se quedó flotando en el aire, igual que si se lo hubiera oído decir a otra pareja que se hallara también en el salón.

—Desde luego, claro que sí. Ella te persiguió y tú te dejaste querer. ¿Sabías que ella era amiga mía?

—Sí, porque hablaba continuamente de ti. Sabía también que éramos compañeros de despacho.

—Ya.

Mortalmente cansado, apoyó Pablo la cabeza en el respaldo de la butaca.

—Cuando le planteé que lo nuestro se había acabado, me pidió que la ayudara, —continuó con el semblante ensombrecido—. Quería dejar a ese animal con el que vivía y necesitaba que la ayudara a trasladarse con mi coche a otro lugar, porque no podía permitirse el lujo de tomar un taxi y tenía que cargar con su equipaje. El caso es que quedé en recogerla esa noche en la puerta de su casa, pensando que con esa buena acción acabaría por perderla de vista para siempre.

—¿Y dónde la ibas a llevar?, —inquirió ella secamente—. Mariví no tenía dinero para pagar otro alojamiento.

Vaciló él ostensiblemente.

—Bueno, quedamos en que se vendría aquí, a mi casa, hasta que resolviera ese problema.

Hizo Lilian un gesto de asentimiento y continuó la narración que Pablo había dejado inacabada.

—Y cuando estabas esperándola, la viste salir corriendo del portal, perseguida por Gabriel.

—Sí, iba Victoria dando tropezones y al cruzar la calle y subirse a la otra acera se cayó al suelo. Gabriel salía entonces de portal y vi cómo brillaba el cuchillo que llevaba en la mano. Estaba a punto de alcanzarla, por lo que no lo dudé. Arranqué el coche y le atropellé.

—¿Y le mataste?

—No lo sé. Es una calle poco iluminada. Victoria intentaba levantarse y me pareció que él se movía. Entonces metí la marcha atrás y pasé con el automóvil por encima de su cuerpo otra vez. Lo demás ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Qué hicisteis con él?

—Cuando me bajé del coche no respiraba ya. Entre los dos le levantamos del suelo y le introdujimos en el maletero del coche. Victoria se sentó en el asiento del copiloto y nos desembarazamos del cadáver en la casa abandonada en la que le encontró la policía diez días más tarde.

—¿Y después?, —insistió Lilian—. Mariví pasó la noche en tu casa y le aconsejaste que a la mañana siguiente se presentara en mi despacho para que me contara una sarta de mentiras y me pidiera ayuda, ¿verdad?

—Sí, —reconoció sencillamente él.

—¿Y qué pretendías con ello?

—Te lo he comentado más de mil veces. Necesitábamos una coartada. Hacerle creer a la policía que Gabriel había muerto con posterioridad a la noche en la que realmente tuvo lugar el atropello. A Mariví se le ocurrió la idea de enviarte mensajes por el móvil de él, que recogimos en la calle, junto a su cuerpo, para dar mayor verosimilitud a esa coartada de la que íbamos a valernos.

—Pero cuando recibí el primero de los mensajes estabas conmigo en mi despacho, —objetó Lilian, reproduciendo mentalmente los detalles de ese momento.

—Sí, porque el primero te lo envió Victoria. La mujer que te hace la limpieza, a la que le habías encargado que no la dejara sola ni un momento, se puso enferma esa mañana. Tu barrio es solitario y muy tranquilo, por lo que nadie la vio salir de tu casa y coger el Metro para enviártelo desde el Parque del Retiro.

—¿Y la pulsera con GPS que le había entregado la policía y que llevaba siempre en la muñeca?

—La dejó en la mesilla de su dormitorio para que creyeran que había permanecido en su cuarto todo ese tiempo.

—Y el autor del segundo fuiste tú, —le interrumpió Lilian—. Me decías que te encontrabas en el jardín de mi casa y que saliera Mariví a entrevistarse contigo. Supongo que estarías en el coche, aparcado en la calle junto a la acera o en segunda fila.

—Sí.

—Y el tercero también fuiste tú. Me había acompañado Mariví a Las Salesas a presenciar la vista del recurso de casación que había interpuesto y nos encontrábamos en la Plaza de la Villa, camino del aparcamiento, cuando lo recibí.

—Sí y cuando te llegaron los dos últimos estábamos juntos, en Navacerrada. Uno te lo remitimos desde el pueblo y el otro desde el aparcamiento del albergue.

Asintió Lilian con la cabeza, rememorando el silbido de viento dentro del torreón donde se había guarecido y el frío intenso que la acometió cuando leyó el texto en el visor de su móvil. Podía entender que hubieran intentado procurarse una coartada, ¿pero por qué a costa de ella?

—Fernando Costa me dijo que ese mensaje me lo despachasteis desde un bar y que a continuación su autor, o sea, tú, regresó en coche a Madrid. ¿No habíais subido a esquiar esa mañana a la Bola del Mundo?

—No, yo no llegué a tomar el telesilla. Necesitábamos confundir a la policía, despistarla hasta que encontraran el cadáver. Por esa razón, Victoria subió sola a esquiar y yo volví a continuación a Madrid y en la Moncloa apagué el móvil de Gabriel. Allí di media vuelta, la avisé a ella y llegamos juntos al albergue a la hora de comer.

Estudió Lilian con detenimiento su semblante ensombrecido. Sus ojos castaños tras las gafas de concha eran los de siempre y también la línea de su boca y el resto de sus facciones. Lo que era diferente era el abatimiento de sus hombros y su aire de extenuación, como si el mundo se hubiera desplomado sobre él y no acertara con el medio de emerger de los escombros que le habían sepultado.

—Me elegisteis porque habíais pensado los dos que yo era la persona ideal para que os sirviera de tapadera, ¿verdad?, —le insinuó con una voz

sin inflexiones.

—Bueno, sí.

—Y a ninguno de los dos se le pasó por la cabeza que si la policía acababa por descubrir quién había sido el autor del homicidio de Gabriel y me acusaban a mí de ocultamiento de pruebas por enviarme a mí misma esos mensajes, podría el tribunal inhabilitarme para el ejercicio de mi profesión. No se os ocurrió, ¿verdad?

Levantó hacia ella una mirada en la que latía un trasfondo de culpabilidad.

—Yo… no pensé en nada. Estaba tan aturdido… tan desesperado…

—¿Y Mariví? Probablemente ella lo ignoraba, pero tú eres abogado y deberías haber calibrado las consecuencias que vuestras supercherías podían ocasionarme. La asistí en su declaración ante el juez como su abogado cuando la policía la puso a disposición judicial. Nada más lógico para el fiscal que deducir que la estaba ayudando yo a ocultar el cuerpo del delito simulando esos SMS, precisamente para eso, para que dispusiera ella de una coartada.

Abochornado, hizo un gesto de asentimiento.

—Nos pareció una buena idea y… tienes razón, no caí en las derivaciones que podía tener para ti el plan que trazamos.

—Ni tampoco en el miedo que he pasado desde entonces, ¿tampoco lo imaginaste?

Meneó él la cabeza en sentido negativo.

—No, tampoco.

Se retrepó Lilian en el sofá como si necesitara acumular energías para continuar recriminándole.

—¿Y ayer? Se presentó Mariví en mi casa a recuperar el móvil, con la excusa de haber olvidado sus gafas en el dormitorio que ocupaba durante los días en los que vivió en mi casa, ¿verdad?

—Sí, la avisé yo por teléfono de que lo habías encontrado, después de que tú me llamaras para comunicármelo. Lo había escondido en el cajón de la cómoda de tu cuarto cuando apareció la policía en tu casa a efectuar el registro. Fue el primer sitio que se le ocurrió y acertó, porque los agentes no dieron con él.

Le observó Lilian en silencio tratando de recuperar la imagen que se había forjado de él y algo de los sentimientos que le había inspirado. No parecía guardar punto de contacto el hombre que tenía sentado enfrente, hundido en la butaca, con los hombros inclinados, cuyo semblante traslucía la más sombría desesperación, con el sesudo abogado, seguro de sí mismo que tanto había admirado ella.

—¿Y por qué?, ¿por qué te has metido en este lío?, —le reprochó—. Si Mariví no significaba nada, ¿por qué te has enredado con ella y has arriesgado el resto de tu vida, tu libertad, por una chica de la que estabas harto?

Levantó Pablo la cabeza para clavar su mirada en ella como si la respuesta fuera obvia.

—¿Y qué hubieras hecho tú en mi lugar? Ese hombre iba a matarla y me vi obligado a impedirlo. ¿O es que opinas que debí quedarme sentado en mi coche contemplando como la apuñalaba? Hubiera hecho lo mismo por cualquier otra, incluso por una desconocida. Actué en legítima defensa, ¿no lo entiendes?

Asintió Lilian pesarosamente.

—Yo sí. Lo que hace falta es que lo entienda el tribunal de justicia, si la policía acaba por descubrir quién fue el autor del atropello. Anda sobre la pista del dueño del automóvil que ha cambiado recientemente el parachoques de su coche, porque han encontrado huellas de sangre, que están analizando, por si pudiera coincidir con las de Gabriel. Sabes que rara vez estiman la legítima defensa como eximente completa. Exigen para ello la proporcionalidad entre los medios empleados por el autor del delito y los que esgrimía la víctima.

—Sí, ya lo sé, —admitió él con el semblante ensombrecido—. Pero es absurdo. Supongo que apreciarían la eximente si me hubiera bajado de mi automóvil con un cuchillo similar al de él, pero no tenía ninguno a mano y además las cuchilladas no son mi estilo. Defendí a Victoria con lo único con lo que podía disponer en ese momento, con mi coche. Le atropellé y le salvé la vida a ella.

—Sí, pero… —empezó Lilian a objetar.

No pudo terminar la frase. Un timbrazo y unos golpes propinados en la puerta del piso les sobresaltó a ambos.

—¡Policía!, —oyeron decir—. Abran inmediatamente.

Fue Lilian la que se levantó del sofá y se dirigió hacia la entrada de la casa para permitirles entrar en el piso. Tres policías uniformados irrumpieron apresuradamente tras ella en el salón, a los que precedió como una autómata.

—¿Pablo Duarte?, —inquirió el que iba en cabeza.

Se había levantado él de la butaca e hizo un gesto afirmativo.

—Sí, soy yo.

—Queda detenido por el asesinato de Gabriel García la noche del 28 de febrero último. Voy a informarle de los derechos que le asisten.

Le interrumpió él levantando una mano.

—No se moleste. Soy abogado y los conozco de sobra.

—Bien en ese caso…, —consideró el policía, procediendo a esposarle —. Va a acompañarnos ahora mismo a la comisaría y puede llamar a un abogado, a no ser que prefiera defenderse a sí mismo.

Desde la puerta del salón y entre los dos agentes, se volvió Pablo hacia ella, que asida al respaldo del sofá asistía a la escena, inmóvil como una estatua.

—¿Me defenderás, Lilian? A pesar de todo, ¿me defenderás?

Incomprensiblemente le vio muy lejos, desenfocado, como si el espacio que mediaba entre esa puerta y el lugar en el que se hallaba ella se hubiera alargado, adquiriendo unas dimensiones desmesuradas. Aturdida, intentó asimilar lo que le había referido antes y entender los sentimientos de él y los suyos propios. Pero no podía detenerse a analizarlos, porque Pablo esperaba una respuesta. Se la dio sin que su decisión hubiera llegado a pasar por su cerebro.

—Por supuesto. Voy con vosotros.

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Cuatro días más tarde fue a visitarle Lilian a la cárcel. El juez que instruía el sumario había decretado la prisión provisional sin fianza de Pablo tras asistir a su declaración, por lo que aguardó ella impaciente en el locutorio a que compareciera al otro lado del cristal que se interponía entre los reclusos y sus visitantes.

Llevaba Pablo la misma indumentaria que vestía la noche en la que había sido detenido, un pantalón vaquero y una camisa de cuadros bajo un grueso jersey azul marino y su expresión traslucía un absoluto desánimo, pese a lo cual sonrió al verla, descolgando el auricular del teléfono intercomunicador y llevándoselo al oído.

—¡Hola!, ¿cómo va todo?

¿Qué debería contestarle?, se preguntó Lilian, ¿la verdad? No creía que mereciera él que le angustiase más de lo que ya estaba, por lo que eludió la respuesta fingiendo que no funcionaba bien el aparato que les permitía comunicarse.

—Quiero comentarte en primer lugar que don Eulogio se ha ofrecido a buscarte el mejor abogado del mundo, el que tú prefieras, y Tarsicio también, —empezó animadamente—. Los dos son buenos y tienen mucha más experiencia que yo, pero no llevan penal. El jefe es un experto en mercantil y Tarsicio en tributario, por lo que siempre me han endilgado a mí los asuntos penales que les encargaban. De todas formas, si sabes de algún compañero que te inspire confianza no tienes más que decírmelo.

Meneó él negativamente la cabeza.

—No, prefiero que me defiendas tú. Sé que te estudiarás el Aranzadi de cabo a rabo para encontrar alguna sentencia que pueda ayudarme y que removerás el cielo y la tierra para conseguir el pronunciamiento judicial

más favorable posible. He visto el interés que pones siempre en defender a tus clientes, por lo que espero que no hagas una excepción en este caso.

Notó Lilian que aunque pretendía bromear, la inquietud le asomaba a los ojos. Pese a que no tenía demasiada experiencia en derecho penal, sabía Pablo cómo solía enjuiciarse el delito del que había sido acusado y conocía asimismo la doctrina legal consolidada del Tribunal Supremo en asuntos similares. Había clavado la mirada en su rostro como si esperase por parte de ella algún comentario alentador y finalmente se decidió a preguntarle:

—¿Has hablado con el fiscal?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

Se encogió Lilian evasivamente de hombros.

—Que aún se está instruyendo el sumario. Que espere, que es demasiado pronto.

—¿Pero no te ha adelantado nada?

—No, claro que no.

Había cruzado los dedos antes de responderle, segura de que obraba correctamente al ocultárselo. ¿Para qué decirle que probablemente le acusarían del asesinato de Gabriel García por entender que en el homicidio de este habían concurrido las agravantes de ensañamiento y de alevosía, puesto que Pablo había dado marcha atrás a su automóvil para rematarle en el suelo, atropellándole por segunda vez, cuando ya se encontraba la víctima sin posibilidad de defenderse?

—Quiero comentar contigo algunas cosas, —siguió diciendo ella para eludir la respuesta, caso de que él insistiera—. He pensado que deberíamos dejar a Mariví al margen de lo que sucedió.

—¿Qué quieres decir?

—Que si declaras en el juicio que mantenías una relación con ella y que te ayudó a introducir el cuerpo de Gabriel en la maleta de tu coche para esconderlo en el jardín de la casa abandonada, como así hicisteis, la acusarán de encubrimiento y a ti no te beneficiará en nada.

—Opinas entonces que debo decir que transitaba con mi coche por la calle Malasaña y que se dio la circunstancia de que vi salir de un portal a

una mujer corriendo como una loca, perseguida por un hombre que esgrimía un cuchillo, —dedujo él.

—Creo que sí, que sería lo mejor. Afortunadamente nuestro ordenamiento jurídico no es como el americano. Como sabes, en nuestro país, el acusado no jura decir la verdad antes de ser interrogado en el juicio ni está obligado a atenerse a lo que verdaderamente sucedió. La ley le faculta, por el contrario, a declarar lo que más le favorezca. Implicar a Mariví no te reportaría beneficio alguno y sí la incriminaría a ella. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, si lo estoy. ¿Qué vas a aconsejarle a Victoria que responda cuando le pregunten qué sucedió después de que mi coche atropellara a Gabriel?

—Que no vio nada, que, como estaba aterrorizada, echó a correr por la calle Malasaña en dirección a la de San Bernardo, temiendo que, cuando se recuperara Gabriel del golpe que había recibido, la perseguiría nuevamente para apuñalarla. Que no se arriesgó, por tanto, a regresar a su piso y pasó la noche en el portal de una casa en el que consiguió entrar, al tiempo que una pareja que regresaba a su vivienda y que le abrió. Y que a la mañana siguiente, como no tenía a donde ir, se acordó de mí y se presentó en mi despacho pidiéndome ayuda. Tú tienes que decir que la perdiste de vista cuando tu automóvil arrolló a Gabriel por segunda vez.

Con el ceño fruncido, esbozó un gesto de aprobación.

—De acuerdo, pero no es eso lo que me preocupa. He estado dándole vueltas al asunto y no se me ocurre nada que pueda declarar que justifique lo que hice con el cadáver. Supongo que la policía científica habrá encontrado huellas de la sangre de Gabriel en el maletero de mi coche, aunque lo limpié a conciencia.

—Sí, yo también lo supongo, porque el luminol resiste el lavado de cualquier detergente, —corroboró ella—. Pero eso no tiene demasiada importancia. Hay infinidad de sentencias que consideran que hacer desaparecer el cuerpo del delito tras un homicidio o asesinato, forma parte de la dinámica comisiva de esos delitos y que se aplica en esos casos el principio de absorción al delito más grave.

—O sea, que no se tiene en cuenta.

—Eso es, pero en cualquier caso, lo dejaremos para más adelante, para cuando me den traslado de los autos y conozcamos el informe de la policía. Ahora voy a concentrarme en recurrir el Auto de prisión sin fianza que ha dictado el juez, para pedir tu libertad.

—Dudo mucho de que el juez lo estime ¿tú no?

No quiso Lilian desanimarle más de lo que ya estaba, por lo que le sonrió con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

—Esperemos que comprenda que no eres un peligro para la sociedad y que no entra en tus cálculos fugarte. Y que además nos sale muy caro a los contribuyentes darte de comer en prisión, —añadió intentando bromear—. Don Eulogio y Tarsicio van a venir a verte y a Mariví la he convencido para que ni siquiera lo intente. Me he opuesto, porque lo que tenéis que aparentar es que no os conocéis. Que la libraste de Gabriel porque la viste en peligro inminente.

—Sí, sí, dile que ni se le ocurra aparecer por aquí. Y… gracias por todo Lilian.

Notó ella un escozor molesto en los ojos y aprovechó el aviso del funcionario, que le anunciaba que había terminado ya el tiempo de comunicación con el recluso, para depositar el teléfono intercomunicador en su base y ponerse en pie. Pablo hizo lo mismo al otro lado del cristal y ambos permanecieron mirándose durante unos segundos como si él necesitara prolongar ese momento y Lilian se resistiera a dejarle abandonado en aquel inhóspito lugar.

Salió ella de la prisión con un peso abrumador sobre sus hombros, preguntándose que cómo era posible que por impedir la muerte segura de una chica, en ese caso de Mariví, se acusara de asesinato al hombre que la había salvado la vida. Un sarcasmo. Absolutamente absurdo que, como premio por el acto heroico que había realizado, le hubieran recluido indefinidamente en una cárcel sin fecha fijada para el juicio. Dependía de cuánto tiempo se empleara en instruir el sumario y de que se dispusiera de una fecha que señalar para la vista. Ciertamente concurrían en el caso dos circunstancias agravantes, pero en su opinión debería prevalecer la eximente de legítima defensa. De no haber intervenido Pablo a tiempo, sería Mariví la víctima a manos del malnacido de Gabriel y sin embargo su

conducta se calificaba como un delito por el que podría condenársele a una pena de muchos años.

Cuando llegó al despacho una hora más tarde, salieron a la antesala a recibirla Tarsicio y don Eulogio. Ambos se adelantaron al rosario de preguntas con el que Anita pretendía atosigarla y tuvo que contentarse la chica con escuchar lo que les contestaba a sus dos jefes. El primero, pálido y ojeroso como siempre, manifestaba una preocupación en su semblante, poco acorde con la impasibilidad que le caracterizaba, de la que participaba también don Eulogio. Fue este el que le preguntó:

—¿Le has visto?, ¿cómo le has encontrado?

—Como cabía esperar. No es un recluso cualquiera al que se pueda engañar con un cuento chino para levantarle el ánimo.

—No, claro, —convino su jefe—. ¿Le has dicho que vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos por sacarle con bien de la acusación que pesa sobre él?

—Sí, sí, se lo he dicho.

—¿Y le has dicho también que tanto Tarsicio como yo estamos dispuestos a conseguirle el mejor abogado penalista para que asuma su defensa?

—Sí, sí.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que os lo agradece muchísimo, pero que de momento se contenta con que me ocupe yo. Como es natural, está muy bajo de forma.

—No es para menos, —corroboró Tarsicio—. Es un desgraciadísimo asunto con un final imprevisible.

En los meses que siguieron llegó Lilian a la conclusión de que no era tan imprevisible ese final. Como había temido ella, el fiscal acusó a Pablo en su escrito de calificación de un delito de asesinato por la concurrencia de las dos agravantes en cuestión y ella, después de estudiar innumerables sentencias recaídas en casos similares, fundamentó el suyo en la legítima defensa que debería apreciarse al haber impedido él la muerte segura de una mujer con el único medio de que disponía, el automóvil que conducía, que era proporcional al peligro creado por la agresión ilegítima, ya que la víctima esgrimía un cuchillo.

Un día en el que se encontraba ella en su despacho contemplando ensimismada cómo se abatía la lluvia sobre los transeúntes que deambulaban por la calle, se encendió la lucecita roja del teléfono que tenía sobre la mesa y, cuando se llevó el auricular al oído, oyó la voz de Anita:

—Lil, acaba de llegar tu visita de las siete. Te la paso inmediatamente.

No recordaba a quién había citado la secretaria a esa hora. Desganadamente volvió a girar la cabeza hacia la ventana para observar el incansable tintineo de las gotitas de agua sobre los cristales. Se deslizaban como si lloraran. Un día oscuro, con un firmamento plomizo, que se cernía como un negro presagio sobre lo que podía distinguir de la calle desde su mesa. Aunque el mes de mayo había ido arrancando inexorablemente las hojas del calendario, no se presentía aún el comienzo de la primavera. Aunque próxima, no acababa de despuntar para arrumbar los rigores del invierno ni su ambiente tan tristón, acorde con su estado de ánimo. Estaba tan cansada… Apenas si conseguía concentrarse en los asuntos que tenía pendientes y que se le acumulaban sobre la mesa, porque una y otra vez veía la expresión angustiada de Pablo, con la mirada fija en ella desde el otro lado del cristal del locutorio de la prisión, esperando una frase alentadora. Iba a verle casi todas las tardes, nada más comer, para estar de vuelta en el despacho a la hora en que empezaban a visitarla sus clientes, pero el agotamiento que experimentaba no obedecía al exceso de trabajo. Residía en que, pese a las horas que dedicaba a diario al estudio de los posibles argumentos en que fundamentar la defensa de aquel, no era capaz de encontrar uno decisivo en el que basar su solicitud de absolución. Si llegaba a conseguir que el tribunal estimase la legítima defensa como una eximente incompleta, la pena de veinte años que correspondía al delito de asesinato podría serle rebajada en uno o dos grados, pero eso era todo. Pablo seguiría recluido en prisión durante los años venideros y cuando al fin se le concediera el tercer grado penitenciario habría dejado atrás su juventud, habría perdido el prestigio que había alcanzado en el ejercicio de su profesión, a la mayoría de sus amigos e incluso su propia autoestima.

Los golpecitos que propinaba Anita en la puerta del despacho la obligaron a regresar al presente con un cansado suspiro y desvió la mirada de la ventana para fijarla en el lugar por donde esperaba ver aparecer a la

tediosa visita. Un instante más tarde la chica abrió la puerta, apartándose a un lado para cederle el paso a Iván. Lilian parpadeó sorprendida y él se detuvo indeciso en el centro de la habitación como si el desconcierto que había dejado entrever ella se le hubiera contagiado. Venía correctamente vestido con chaqueta y corbata e incluso se había repeinado el oscuro cabello retirándolo de su frente. Parecía como si hubiera tratado de producirle a ella la mejor impresión, por lo que acabó por sonreírle indicándole una de las butacas ubicadas frente a su mesa, donde Iván tomó asiento, estirando sus largas piernas.

—He venido a verte porque…

Se interrumpió sin saber cómo continuar y Lilian comprobó extrañada que se alegraba de su visita. Incluso durante unos segundos olvidó a Pablo y el problema de su difícil defensa para atender interesada a la cuestión que él pudiera plantearle.

—Sí, ¿qué es lo que te sucede? ¿No te paga la renta Mariví o…?

—No, no es eso, —la interrumpió—. Victoria es una inquilina excelente y el piso que le alquilé ahora parece otro.

—¿Entonces…?

Hizo él un gesto ambiguo con las manos, antes de levantar sus ojos, de color uva, hacia su rostro.

—Es que no sabía qué excusa inventar para volver a verte. Cuando te llamaba por teléfono, me colgabas. Cuando me presenté en tu casa hace meses, estuvimos un buen rato forcejeando los dos con la puerta, tú para impedirme que entrara en el vestíbulo y yo para que no pudieras cerrarla antes de que escucharas lo que quería decirte. Eres muy difícil.

A su pesar, se echó a reír ella. Recordaba ahora aquella escena como algo tan cómico… Cada uno empujando la hoja de madera por su lado y cuando al final ella había desistido de su empeño y se había apartado, había irrumpido Iván como una tromba en el vestíbulo arrollándolo todo a su paso para acabar aterrizando sobre la alfombra.

—Bueno, sí, es que entonces no sabía cómo conceptuarte, —reconoció —. Empecé sospechando que eras el propio Gabriel y que te habías alojado en el mismo albergue que nosotros con el propósito de vengarte de Mariví y… posiblemente también de mí.

Arqueó él las cejas, sorprendido.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y por qué?

—Porque ella me había dicho que Gabriel tenía los ojos verdes y que era muy moreno.

—¿Y por ese motivo lo pensaste?, —se extrañó—. Ya te comenté que era moreno de piel por herencia de mi bisabuela sevillana y que el color de los ojos lo heredé de mi bisabuelo, ¿no me escuchaste entonces?

—Sí, pero es que además tenía otras razones para sospechar.

—¿Cuáles?

—Que te parecías muchísimo al espía ruso de una película que había visto recientemente.

Esbozó Iván una sonrisa irónica.

—¡Ah!, ¿sí? Me parece una razón de peso. Algún otro motivo tendrías.

Entrecerró Lilian los ojos para concentrarse mejor en la respuesta que debería darle.

—Pues… desde el primer momento manifestaste un interés excesivo por conocerme y por acompañarme a un lugar solitario. Demostraste un empeño bastante tanto absurdo en que visitáramos esa torre ruinosa que parecía estar a punto de derrumbarse.

—¿Y eso te parece raro?

—¿A ti no?

—No. ¿Tiene algo de raro que me gustaras? Fue un flechazo a primera vista.

Se había quedado mirándola sin pestañear, por lo que se rebulló inquieta en su butaca sin acertar a discernir si le estaba diciendo lo que verdaderamente pensaba o si se trataría solamente de una galantería. Para aparentar que estaba acostumbrada a escuchar frases similares sin tomarlas en serio, sonrió displicentemente y añadió:

—Que eras el propio Gabriel fue lo que temí al principio. Después, llegué a pensar que eras el autor de su muerte y que me perseguías por alguna razón oculta.

Perplejo, la contempló con la cabeza ladeada.

—¿Una razón oculta?, ¿cómo qué?

No podía Lilian hacerle partícipe de los mensajes que recibía en su móvil, porque había quedado con Pablo en silenciar esos episodios que en nada beneficiarían a su defensa, por lo que terminó por encogerse de hombros.

—No sé. Por Fernando, el policía que le asignaron a Mariví para su protección, supe también que eras tú el que me llamabas a este teléfono que tengo sobre la mesa y no pronunciabas una sola palabra cuando descolgaba yo el auricular. Pensé entonces que querías asustarme. —Se acodó sobre la mesa y apoyó una mano en su mejilla para preguntarle con curiosidad—: ¿Qué pretendías con ello?

Se acarició la barbilla, algo confuso.

—No pretendía nada.

—¿Nada?

—Nada, solo oír tu voz.

Pestañeó aturdida.

—¿Oír mi voz?

—Sí, quería verte y como no estabas dispuesta a permitir que te invitara a cenar, procuraba contentarme oyéndote.

—Pero…

—Sí, igual que si fuera yo un chico de instituto que intentara inútilmente ligar con una niña que no le hacía caso, pese a que ya soy mayorcito.

La fijeza con la que la miraba la azaró y en un vano intento de disimularlo se abalanzó sobre los papeles de su mesa derribando el montón que Anita había construido tan laboriosamente.

—Y tampoco había ninguna razón oculta para que me comportara en Navacerrada como me comporté, —continuó él—. Simplemente me intrigó que el acompañante con el que Victoria y tú fuisteis a la sierra la prefiriera a ella. Eso me descolocó del todo, sobre todo cuando se largaron los dos a esquiar dejándote sola en el albergue. Después, por el periódico, me he enterado de que está en prisión preventiva, acusado del asesinato de Gabriel García. Eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explica?

—Debían de tener una aventura, cuando aún vivía ese tipo. Les vi en varias ocasiones en las que tú no estabas presente muy amartelados en la sala de estar del albergue.

—¡Ah!, ¿sí?

—Sí, explica que Pablo Duarte saliera en defensa de Victoria y se cargara al otro. —Al reparar en la expresión de desagrado de ella intentó corregir su forma de expresarse—. Me parece que he dicho una inconveniencia. Le representas tú, ¿verdad?

—No.

—¿No le representas?

—No, le defiendo, que no es lo mismo. Es en Estados Unidos donde el abogado defensor asume la representación del acusado. En España le representa el procurador.

Esbozó él un gesto de contrariedad como si le pareciese demasiado complicado lo que le estaba explicando.

—En resumen, que le defiendes tú, ¿no?

—Sí.

—¿Y no crees que sería más razonable que asumiera su defensa un extraño? Debe ser duro ver sentado en el banquillo a un hombre que es importante para ti. —Se interrumpió para escrutar su semblante y luego le preguntó con interés—: ¿Es importante para ti?

—Claro, es un compañero de despacho.

—¿Nada más?

Melancólicamente se dijo ella que la irrupción de la policía en el piso de él aquella noche había impedido que llegaran a ser lo que tanto había deseado entonces. O quizás no lo deseaba ya cuando se presentaron a detenerle, se dijo pensativa. Algo se le había roto por dentro instantes antes, al conocer cómo la habían utilizado Mariví y él, sin preguntarse siquiera si podrían perjudicarla. Había sentido una decepción tan absoluta, tan inconmensurable, que aún ahora, al cabo de los meses, no había conseguido recomponer sus sentimientos ni analizar si quedaba en su interior algún rescoldo de los que le había inspirado él.

Iván parecía seguir el hilo de sus pensamientos porque esbozó un gesto de comprensión.

—Tienes que estar pasándolo fatal.

—Sí, —admitió a media voz.

—Repito que deberías renunciar a su defensa, —insistió él—. Hay miles de abogados para los que el caso de ese hombre sería uno más.

Meneó ella la cabeza obligando a su melena a oscilar a su compás, como había visto hacer a Mariví.

—No puedo darle la venia a otro compañero, porque él confía en mí, —replicó sencillamente.

—Sí, claro, —refunfuñó Iván—. También confiaría yo, ¿pero se ha planteado el coste anímico que puede suponer para ti? Seguro que ni siquiera le ha pasado por la cabeza.

También Lilian estaba convencida de que Pablo no se había detenido a meditarlo, como no se le había ocurrido tampoco preguntarse por las consecuencias que podría tener para ella que la utilizaran para su coartada. Debía considerarla indestructible, por encima de cualquier debilidad humana. Como un mástil sobresaliendo sobre el oleaje de una tempestad, así la había definido. Se hubiera echado a reír de haber tenido ganas, pero como no las tenía, se limitó a cambiar de conversación.

—Aún no me has dicho a qué obedece tu visita.

—Sí te lo he dicho, quería verte y no se me ha ocurrido otro medio. Quería ofrecerme también para todo lo que necesites en estos momentos tan difíciles para ti.

Sus palabras le calaron hondo. Le llegaron a lo más profundo como si de un bálsamo se tratase. Era el único que, al conocer el papel que representaba en el proceso judicial de Pablo, se había preocupado por ella, porque todos, incluso este, habían dado por supuesto que como era su profesión debía afrontar sin una queja todos los sinsabores que conllevaba. Estaba ella de acuerdo en que debía ser así, pero suponía que le ocurriría lo mismo a un médico que se viera obligado a operar a su novia o a su hijo. Pablo ni tan siquiera era su pareja. En realidad no les unía explícitamente ningún lazo afectivo, pero creía que había faltado solo la ocasión para que esa relación hubiera llegado a producirse.

—Gracias, Iván, —le dijo en un susurro—. En circunstancias como esta es cuando se llega a conocer a las personas.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

La víspera del juicio, permaneció Lilian en su despacho hasta altas horas de la madrugada, repasando los autos una y otra vez y el escrito de calificación del fiscal y el suyo con la esperanza de que se le ocurriera una idea salvadora. Estudió asimismo las pruebas propuestas por el fiscal y las que ella misma pretendía articular para la defensa de Pablo, incluyendo el interrogatorio al que debía responder Mariví. Lo había ensayado con ella varias veces, pero temía que dijera esta alguna tontería, ajena al cuestionario que había preparado tan meticulosamente. Cuando llegó a su casa, el alba empezaba a apuntar ya en el horizonte, por lo que se tendió vestida en la cama, segura de que no lograría conciliar el sueño, como así fue. Había vivido esa situación en innumerables ocasiones, pese a lo cual no había conseguido convertirla en algo habitual que no le alterara los nervios ni le desacompasara el ritmo del corazón.

Y el momento peor era el de la espera en la puerta de la sala de vistas de la Audiencia Provincial, con la toga sobre el traje pantalón azul marino de verano que vestía y el maletín en la mano repleto de papeles, en compañía de don Eulogio, de Tarsicio, de la madre de Pablo y de sus cinco hermanos. La asediaron por turno y a ratos todos a la vez, pretendiendo que les asegurara que Pablo iba a salir absuelto. Hubiera dado algo ella por poder corroborarlo. Incluso llegó a temer que esa espera no concluiría nunca. Transcurrían los minutos con desesperante lentitud, mientras, estrujada entre esos familiares, aguardaba a ser avisada por el agente judicial, un oficial obeso y sonriente que en absoluto participaba de la angustia que padecía ella. Vivía esos minutos con la tranquila indiferencia del que es ajeno por completo al acto que estaba a punto de celebrarse dentro de la sala, cuya puerta estaba cerrada a cal y canto.

Pero al fin le llegó el turno. El funcionario gordo lo cantó en la puerta, que abrió como si se tratara de la cámara del tesoro, y Lilian entró en la sala aparentemente tranquila para dirigirse al estrado ubicado en el lateral derecho del tribunal, frente al que se sentaba el fiscal, que ya ocupaba su lugar. Delante de los bancos destinados al público se hallaba el banquillo de los acusados y en él tomó asiento Pablo cuando compareció minutos más tarde, flanqueado por dos guardias civiles.

Le dirigió una mirada a Lilian en la que no podía leerse lo que en realidad pretendía transmitirle, pero que ella interpretó acertadamente. Era la llamada de socorro de un náufrago perdido en medio de una tempestad. Sin saber por qué y aunque no era el momento oportuno, le vino a ella nuevamente a la memoria el símil con el que la había conceptuado en su casa la noche de su detención. La había comparado con un mástil sobresaliendo del oleaje provocado por una tormenta. La veía así. Hubiera dado ella algo en esos momentos por ser merecedora de esa opinión tan halagadora y tan inexacta. Le temblaban las manos, que había colocado sobre la mesa que tenía delante y no estaba segura de que no le temblase también la voz cuando el presidente del tribunal le concediese la palabra.

El secretario judicial comenzó dando lectura a los escritos de acusación y de defensa, así como de los testigos y peritos propuestos y admitidos y seguidamente, en cuanto se solventaron los trámites previos, sin alegaciones por ninguna de las partes, el presidente del tribunal ordenó al agente judicial que le entregara el micrófono al acusado y que declarara este si se consideraba culpable o inocente como autor del delito de asesinato cometido en la persona de Gabriel García Jiménez la noche del veintiocho de febrero último. Pablo parecía tranquilo. Había intervenido como letrado en escenarios similares en múltiples ocasiones, por lo que se sentía en terreno conocido. En pie y sin que su sereno rostro se alterase, repuso con voz clara:

—Inocente.

El presidente se giró seguidamente hacia el estrado que se ubicaba a su izquierda.

—El ministerio fiscal tiene la palabra.

El fiscal era un andaluz bajito, con el rostro sonrosado y unas lentes sin montura que le resbalaban sobre la naricilla respingona en cuanto gesticulaba. Volvió la cabeza hacia el tribunal para pronunciar con voz clara la frase ritual:

—Con la venia de la sala.

Luego clavó su mirada en Pablo por encima de sus gafas al tiempo que le preguntaba:

—¿Puede referir a este tribunal lo que sucedió la noche del veintiocho de febrero último cuando conducía su automóvil por la calle de San Bernardo y enfiló la de Malasaña?

Pablo relató con precisión cómo había descendido con su coche la cuesta de esa calle y cómo había visto salir de improviso de un portal a una mujer pelirroja que corría, perseguida por un hombre que esgrimía un cuchillo con el evidente propósito de utilizarlo contra ella, clavándoselo en el cuerpo. Que con la intención de salvarla del inminente peligro que corría, le había arrollado él con el coche, a la par que ella escapaba calle arriba, desapareciendo en la oscuridad de la noche.

—¿La conocía usted?

—No, no la conocía.

—¿Y qué sucedió después?, —insistió el fiscal—. ¿Qué hizo usted a continuación?

Le dirigió Pablo a Lilian una clara mirada de soslayo antes de contestar.

—Me bajé del coche para comprobar en qué estado se encontraba él.

—¿Y en qué estado le pareció que se encontraba?

—No lo sé, no soy médico. Me dio la impresión de que no respiraba, pero no hubiera podido asegurarlo.

Jugueteó el fiscal con un bolígrafo que tenía en la mano, después de consultar los papeles que tenía sobre el atril del estrado.

—¿No es más cierto que no se bajó del coche en ese momento, sino que introdujo la marcha atrás de su vehículo y lo hizo retroceder sobre sus pasos para atropellar nuevamente a la víctima a la que había rebasado unos metros con su automóvil?

También en esa ocasión consultó Pablo con la mirada a Lilian, que permanecía en silencio en el estrado sin que un solo músculo de su rostro se

alterase.

—Bien, sí, es cierto.

—O sea, que se ensañó con un hombre herido, que en el suelo no podía defenderse, ¿no es así?

—No, no es así. Me pareció que intentaba levantarse. Ella había tropezado con la acera y se había caído de bruces. Pensé que si se ponía en pie él la remataría sin género de dudas.

—Y entonces le remató usted a él.

—No, entonces impedí que pudiera asesinarla a ella.

Bajó el fiscal la cabeza para consultar las preguntas que tenía reseñadas en el papel que había dejado sobre el atril y las gafas le resbalaron sobre la nariz. Las colocó en su lugar con un dedo, a la par que le preguntaba:

—¿Y qué hizo después?

—Me bajé del coche.

—¿Y se acercó a su víctima?

—Sí.

—¿Estaba viva?

—No, no lo estaba.

—¿Y la metió en su automóvil?

—Sí.

—¿En qué lugar de su automóvil?

Vaciló Pablo. Le había comunicado Lilian que en el informe de la policía, obrante en las actuaciones, constaba que habían detectado rastros de la sangre de Gabriel en el maletero de su automóvil, por lo que resultaba inútil negarlo.

—En el maletero, —repuso.

—¿Y qué hizo después?

—Lo dejé en el lugar en el que después lo ha encontrado la policía. En el jardín de un chalet de Ciudad Lineal.

—O sea, que ocultó el cuerpo del delito.

Como el fiscal lo había dado por hecho, se limitó Pablo a permanecer en silencio, mientras aquel se retrepaba en su asiento del estrado dando por finalizado el interrogatorio. El presidente se volvió hacia Lilian.

—La defensa tiene la palabra.

Se inclinó ella ligeramente hacia adelante en el escaño que ocupaba.

—Con la venia de la sala, —empezó con aparente seguridad. Luego se dirigió a Pablo:

—Ha declarado usted que la noche del veintiocho de febrero último, cuando conducía su automóvil, al descender por la calle Malasaña vio salir a una mujer de un portal perseguida por un hombre que esgrimía un cuchillo. ¿Cuál podía ser en su opinión la intención de ese hombre?

—Pretendía matarla con ese cuchillo sin género de dudas.

—¿Y qué hizo usted?

—Lo impedí, atropellándole con mi coche.

—¿Quería usted causarle la muerte a la víctima?

—No, quería impedir que la matara a ella.

—Eso es todo, no hay más preguntas.

Seguidamente, se llamó a Mariví como testigo, tanto del ministerio fiscal como de la defensa. La chica entró en la sala para encaminarse directamente a la silla ubicada delante del banquillo del acusado. Vestía un pantalón blanco y una blusa rosa pálido entallada, que estrenaba y que le favorecía. Su melena cobriza le resbalaba por la espalda cuando tomó asiento y levantó sus grandes ojos hacia el tribunal. El fiscal tomó nuevamente la palabra en cuanto el agente judicial le entregó a ella el micrófono.

—Diga su nombre, por favor.

—María Victoria Díaz Merchán.

—¿Vivía usted con la víctima en el edificio de la calle Malasaña de donde salió corriendo la noche de autos?

—Sí, señor.

—¿Quiere referir a este tribunal lo que sucedió esa noche?

Hizo la muchacha un gesto de asentimiento con la característica oscilación que acostumbraba a imprimir a su melena. Refirió con claridad y precisión el infierno que había padecido con Gabriel durante los cinco años que habían vivido juntos y luego pasó a concretar cómo esa noche, cuando le dijo que había decidido abandonarle, la arrinconó él en la cocina después de romper contra las paredes la vajilla, de arrojar al suelo la sopera, de tirarla al suelo y de propinarla toda clase de golpes y patadas e intentar

finalmente estrangularla. El tribunal escuchaba impasible su narración, pero Lilian adivinó que estaba conmovido. Mariví era tan atractiva y se expresaba de una forma tan patética que ninguno de los presentes podía sentirse indiferente al oír las vicisitudes que había tenido que soportar.

—¿Y qué sucedió luego?, —le preguntó el fiscal.

—Que conseguí levantarme del suelo. Gabriel se lanzó a sacar de un cajón un cuchillo muy afilado e intentó abalanzarse sobre mí, pero resbaló. Al estrellar la sopera se había formado un charco en el suelo de la cocina con la crema de calabaza que contenía y resbaló él en ese charco. Entonces yo salí corriendo del piso, bajé la escalera saltando los peldaños de dos en dos y al llegar a la calle, crucé la calzada, pero tropecé con el bordillo de la acera y me caí. Le oí jadear detrás de mí y, cuando estaba a punto de alcanzarme esgrimiendo el cuchillo, un coche que bajaba por la calle le atropelló.

—¿Y vio usted al conductor de ese automóvil? ¿Puede identificarle?

Negó la muchacha, agitando nuevamente su melena.

—No, no, estaba oscuro y los faros de ese coche me deslumbraron. Además, yo solo pensaba en escapar con vida y no pude fijarme en nada más.

—¿Y qué hizo usted después? ¿Se acercó a la víctima?

—No, pero sí tropecé con su cuerpo cuando me levanté del suelo y eché a correr calle arriba. Buscaba algún lugar donde esconderme, porque pensé que aunque estuviera herido continuaría persiguiéndome. Una pareja entraba en un portal en ese momento y les imité, fingiendo que vivía yo también en ese edificio. Allí pasé la noche, porque no tenía a donde ir.

Reprimió un sollozo que electrizó el silencio que envolvió la sala cuando terminó su declaración. También Lilian sintió el influjo que emanaba de ella. Había impactado a los presentes con su testimonio, lo mismo que a ella el día que se presentó en su despacho aquel fatídico veintinueve de febrero para pedirle ayuda. Entonces creyó que lo hacía espontáneamente, sin imaginar siquiera que había planeado con Pablo hasta el último detalle de lo que le contó para procurarse una coartada ni que, como consecuencia, se vería involucrada en una incomprensible trama en la que parecía haberse constituido en el blanco de las amenazas que le

enviaban a través del móvil de Gabriel. Pero ni Pablo ni Mariví se habían detenido a considerarlo. Simplemente la habían utilizado, seguros de que respondería adecuadamente a lo que pretendían. Probablemente a ninguno de los dos se les ocurrió pensar que ella era un ser humano y que sentía y padecía lo mismo que todos los demás cuando se creía en peligro.

El fiscal había terminado ya su interrogatorio y le tocaba el turno a ella, por lo que relegó esos pensamientos y se aprestó a formularle a la chica las preguntas que previamente habían ensayado.

—Ha dicho usted, respondiendo al interrogatorio del ministerio fiscal, que la víctima, o sea, don Gabriel García, la hubiera matado si no lo hubiera impedido al acusado. ¿Por qué cree tal cosa?

—Porque era un hombre muy violento y me maltrataba en cuanto tenía ocasión.

—Pero usted no denunció nunca ese maltrato ¿no es así?

Una lágrima se desprendió de las bonitas pupilas de la chica y le rodó por la mejilla.

—No, no me atreví.

—¿Por qué no?

—Porque él me hubiera matado. Me repetía continuamente que debería sentirme agradecida, porque aún no me hubiera clavado un cuchillo o me hubiera estrangulado. Que yo era una escoria, que no valía que me hubiera proporcionado un techo bajo el que vivir y que no se me ocurriera darle un motivo para que me enviase al otro barrio, porque lo aprovecharía de inmediato.

Otro sollozo de la chica conmovió a la sala. Incluso el gordo agente judicial que asistía al interrogatorio desde la puerta, aguardando a que la testigo terminara para llamar al siguiente, perdió la indiferencia de que hacía gala y se conmovió ostensiblemente.

—¿Y no pensó en abandonarle?

—Claro que sí, todos los días y todas las noches, pero repito que no tenía a donde ir. Me despedían de todos los trabajos para los que me contrataban en cuanto me veían aparecer con la cara desfigurada por los golpes que me daba él. ¿Qué podía hacer? Conseguí que me admitieran para hacer la limpieza en un edificio de oficinas, pero con lo que ganaba no me

alcanzaba para pagar ni tan siquiera una habitación en una pensión. Además, él me iba a recoger siempre los días en los que cobraba y me quitaba mi salario para ir a emborracharse a un bar cercano a nuestra casa. ¿Qué podía hacer? —repitió.

Se echó a llorar y la sala entera sufrió un vuelco. El presidente carraspeó, los dos magistrados que le flanqueaban se echaron mano a la corbata, el fiscal tuvo que recuperar sus gafas, que le habían resbalado por la nariz, el público contuvo la respiración, claramente conmovido y el agente judicial pateó el suelo con sus zapatones, evidentemente incómodo. Solo Lilian permaneció aparentemente imperturbable.

—Entonces, esa noche…

—Me hubiera matado sin género de dudas, —sollozó la chica—. Le debo la vida a ese hombre que está en el banquillo y nunca podré agradecérselo bastante, —terminó, señalando a Pablo.

Hizo Lilian una pausa efectista antes de inclinarse hacia ella sobre el estrado.

—Dígame, ¿dónde se encontraba la víctima cuando se abalanzó el coche sobre él?

—En el centro de la calle.

—¿Y no tuvo tiempo de apartarse?

—Sí, claro que sí, pero se quedó inmóvil viendo como el automóvil se le echaba encima.

—O sea, que de haber reaccionado a tiempo, hubiera podido evitar ser atropellado, ¿no es así?

—Sí, sí.

El nuevo carraspeo del presidente indujo a Lilian a dar por finalizado el interrogatorio.

Declaró después el dueño del taller mecánico donde la policía había encontrado el parachoques del automóvil de Pablo. A instancia del fiscal, reconoció al acusado como el dueño del vehículo que se había presentado en su local a pedirle que se lo reparasen. Como Lilian respondiera que no tenía intención de interrogarle, a continuación y como testigo de la defensa, se llamó a la portera del edificio donde había vivido Mariví con Gabriel, una mujer rolliza y coloradota que se sentó en la silla destinada a los

testigos con los pies juntos y expresión circunspecta. Seguidamente el presidente del tribunal giró ligeramente la cabeza hacia su derecha.

—La defensa tiene la palabra.

—Con la venia de la Sala.

Clavó Lilian su mirada en la mujerona que tenía sentada frente al tribunal.

—¿Se llama usted?

—Florinda Sánchez.

—¿Y es usted la portera del edificio donde vivían don Gabriel García y doña Victoria Díaz?

—Sí, desde hace dieciocho años.

—¿Puede decirnos dónde se encontraba exactamente usted la noche del veintiocho de febrero cuando les oyó a los dos bajar por la escalera?

—En mi casa, —repuso la mujer sin vacilar.

—¿Y dónde se encuentra su casa?

—En el mismo portal del edificio.

—¿Y desde el interior de su casa oyó gritar a don Gabriel García?

—Sí, porque vociferaba como un poseso, —afirmó ella desdeñosamente —. Entonces entreabrí la puerta de mi casa para mirar por ese resquicio lo que pasaba fuera.

—¿Y qué es lo que vio?

La vi a ella. Bajaba corriendo como una loca con todos los pelos revueltos y llorando a gritos. Me pareció que, como de costumbre, él le acababa de zurrar.

—¿Y vio después a la víctima?

La corpulenta mujer parpadeó sin comprender.

—¿A quién?

—A la víctima, a don Gabriel García.

—¡Ah!, si, al Gabriel también le vi, —admitió, como si nunca hubiera podido sospechar que se le pudiera denominar de esa manera—. Le vi ya al pie de la escalera que había bajado detrás de ella.

—¿Y se fijó en si llevaba algo en la mano?

—Sí, llevaba un cuchillo y bramaba toda clase de improperios y palabrotas.

—¿Puede recordar que era lo que bramaba?

Se mordió los labios la mujer y se quedó mirando a Lilian en demanda de ayuda. Como esta permaneciera impasible, tragó saliva.

—¿Quiere que repita lo que decía?

—Sí, haga el favor.

La portera titubeó ostensiblemente. Paseó sus ojillos por la sala, empezando por el fiscal, para examinar al tribunal que permanecía pendiente de sus palabras y terminar en la abogada defensora. Al fin se decidió.

—Pues gritaba: ¡te voy a rajar, zorra! ¡Te voy a mandar a criar malvas con la ramera de tu madre!

Sus palabras resonaron en la sala como un trallazo. Incluso ella lo advirtió y creyó oportuno explicarse.

—Es que la madre de la Victoria murió hace años, ¿comprenden? Ese animal, que creo que no llegó a conocerla, le dedicaba siempre que podía lindezas parecidas.

Esbozó Lilian un comprensivo gesto de asentimiento.

—Ya. ¿Y le pareció a usted que las amenazas de don Gabriel García encerraban únicamente una bravata o que, por el contrario, doña Victoria Díaz corría un peligro real?

La mujer dio otro sorbetón.

—Ese tipo la hubiera matado sin género de dudas esa noche. Eso es algo que tanto yo como todos los vecinos temíamos desde hacía tiempo.

Se retrepó Lilian en el estrado al término de su interrogatorio y el presidente del tribunal le dio la palabra al fiscal. En respuesta a sus preguntas, expuso la portera en un confuso e incoherente relato lo que sabía de los inquilinos del cuarto piso. De los gritos que vociferaba él a todas horas, de las borracheras con las que se presentaba por las noches, de los golpes que recibía Mariví, que bajaba siempre la escalera con gafas oscuras para que la gente no advirtiera que apenas si podía abrir los ojos de lo hinchados que los tenía.

—Y esa noche, según ha declarado les vio bajar apresuradamente la escalera, —le recordó el fiscal.

—Sí, ya lo he dicho, la oí gritar a ella corriendo hacia la calle, —repuso la mujer.

—¿Y no hizo usted nada?

—¿Y qué podía hacer? Casi todas las noches se la oía gritar a consecuencia de los golpes que le daba él. Unas trifulcas que podían escucharse desde el portal, donde está mi casa. Pensé en un primer momento que era una noche más, aunque en esa ocasión vi que él corría detrás de ella esgrimiendo un cuchillo.

—¿Y no vio lo que después sucedió en la calle?

La mujer dio un sorbetón.

—Oí el frenazo de un coche y por la ventana de mi cuarto le vi caído en el suelo.

—¿Y qué hizo entonces?

—Nada, cerré la ventana.

—¿No procuró auxiliar a la víctima?

—No, ¿para qué? Lo que le hubiera podido pasar, lo tenía bien merecido. Si ese señor le atropelló, —dijo volviéndose para señalar a Pablo —, le hizo un favor a la humanidad.

Se oyó reír al público y el presidente exigió orden en la sala, antes de indicarle a la portera que podía retirarse.

A continuación llamó el agente judicial al policía que había redactado el informe que obraba en autos, en el que este se ratificó. Se exponían en ese informe los medios utilizados para el rastreo de la sangre de Gabriel en el automóvil de Pablo y los resultados obtenidos. Como Lilian respondiera que no tenía intención de interrogarle cuando el presidente del tribunal le dio la palabra, este dictaminó que, dado lo avanzado de la hora, se suspendía la vista hasta las nueve horas de la mañana siguiente.

A Pablo se lo llevaron inmediatamente los dos guardias civiles y el público se arremolinó en los bancos que ocupaba y luego en la puerta por la que se salía al pasillo, atascándola materialmente. Lilian recogió mientras sus papeles y con la sensación de que los pies le pesaban como el plomo se reunió con don Eulogio y con Tarsicio, que la aguardaban soportando los empujones de los que abandonaban la sala. El primero le propinó unas

cariñosas palmaditas en la espalda que pretendió que fueran alentadoras, pero que ella interpretó más bien como un pésame anticipado.

También la madre de Pablo se destacó de la abigarrada muchedumbre que se dispersaba por el pasillo para acercársele y pedirle su opinión.

—¿Cómo cree que ha ido todo? ¿Piensa que el testimonio de esa chica tan alta ha podido influir favorablemente en el tribunal?

Podía considerarse que la declaración de Mariví había sido el único testimonio positivo de los testigos que habían sido interrogados esa mañana y quizás también el de la portera del edificio donde había vivido la chica con Gabriel, pero carecían de la relevancia necesaria para que Pablo obtuviese un pronunciamiento absolutorio. Lilian se limitó a encogerse de hombros ante la insistencia de la madre de este y después de las de sus cinco hermanos, idénticos a él. Se le aproximó después una chica rubia que debía de haber estado llorando, porque tenía los ojos enrojecidos y que le formuló la misma pregunta y a la que contestó con el mismo ademán evasivo.

Después fue Mariví la que la abrazó, sollozando inconteniblemente.

—¿Qué va a pasar, Lil? Le absolverán, ¿verdad?

No le contestó, ¿para qué? Se limitó en propinarle unas palmaditas en la espalda y luego hizo intención de abrirse paso hacia la salida. Estaba tan cansada de aquel alboroto… Se negó a dejarse acompañar por don Eulogio y a Tarsicio cuando le propusieron ir a comer juntos, porque se consideraba incapaz de ingerir ni tan siquiera un caldo. Lo único que deseaba era llegar a su casa para tumbarse en el sofá del salón y cerrar los ojos sin pensar en nada.

Consiguió convencerles de que necesitaba estar sola y a duras penas logró desembarazarse del gentío que se interesaba por Pablo y tomar el ascensor para bajar hasta la planta baja y salir a la calle, achicharrada bajo el inclemente sol del verano. Al pie de los escalones del edificio notó que alguien la asía por el brazo y se volvió. Era Iván.

—¿Cómo ha ido todo?, —le preguntó él.

—Mal. Ha ido mal.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo?

Meneó ella negativamente la cabeza.

—No, quiero ir a casa a descansar. El juicio se reanudará mañana.

—¿Te importa que vaya contigo? Prometo estar callado como un muerto, pero creo que necesitas que alguien se ocupe de ti.

¿Cómo lo habría adivinado?, se preguntó ella. Era eso precisamente lo que había echado en falta en Pablo y en general en los que la rodeaban. Que alguien la viera como una chica que ante un revés podía sentirse fracasada como todas las demás en circunstancias parecidas, no como un mástil sobresaliendo sobre el oleaje de una tormenta. A alguien que se preocupara por ella y que no la utilizara para sus propios fines.

Recorrían el frondoso trecho en el que se retranqueaba de la calle el altísimo y acristalado edificio de la Audiencia Provincial, para llegar hasta la avenida donde Lilian había estacionado su automóvil y allí se volvió hacia él.

—De acuerdo, acompáñame —repuso con una sonrisa pálida—. ¿Has traído tu coche?

—No, he venido en Metro.

—Pues iremos en el mío. Lo he estacionado aquí cerca, pero recuerda que has prometido estar callado.

—Como un muerto, —apostilló él fingiendo seriedad.

Sin pronunciar una sola palabra la siguió por la amplia avenida donde Lilian había aparcado en batería su automóvil y se introdujo en el asiento del copiloto, mientras ella hacia lo mismo por el otro lado.

—Ha sido un desastre, —murmuró ella a la par que arrancaba el vehículo, como si hablara consigo misma y estuviera rebobinando en su mente los pormenores de la vista que había tenido lugar esa mañana—. Y no porque haya sucedido algo inesperado ni imprevisible. Tanto Pablo como Mariví han declarado lo que debían decir y los testigos se han limitado a dar fe de unos hechos que son incuestionables.

Vaciló Iván dirigiéndole una mirada de soslayo, pero debió al fin llegar a la conclusión de que se esperaba de él algún comentario, porque se arriesgó a pronunciar en voz muy baja y en tono interrogante una sola palabra:

—¿Entonces…?

—Es que no cabía esperar otra cosa, —continuó ella con la mirada fija en la calle que iban recorriendo—. Está fuera de toda duda que fue Pablo quien atropelló a Gabriel García y que, como consecuencia, este murió. Lo que podría ser discutible es la calificación que merece ese hecho, si no se diera la circunstancia de que cuando ese tipo estaba ya en el suelo, dio marcha atrás y le pasó de nuevo por encima con el coche para rematarle.

Se aventuró nuevamente Iván a darle su opinión.

—Pero lo hizo en legítima defensa, ¿no? De no haberle "rematado", —subrayó esa palabra— habría sido Gabriel el que matara a Victoria.

—Sí, eso es cierto, pero en la práctica la única consecuencia será que le rebajarán a Pablo la pena en uno o dos grados. O sea, que irá a la cárcel por una larga temporada. ¿Qué voy a hacer?

Interpretó mal Iván sus palabras al contemplar su expresión de angustia.

—No es culpa tuya, —empezó a decirle cautelosamente, por miedo a que se irritara repentinamente con él por darle una opinión que no le había pedido—. No está en tu mano modificar los hechos tal y como han sucedido, porque no tienes una varita mágica. Tu misión consiste únicamente en conseguir para él la pena mínima dentro de las posibilidades que prevé ese código que te sabes tan bien.

Le dirigió ella una rápida mirada de soslayo, antes de clavar nuevamente sus ojos en la calle que iban recorriendo.

—Tienes razón y es la manera que tendría cualquiera de enjuiciar fríamente este asunto. Cualquiera al que Pablo no le importara.

Un pliegue hondo surgió en la frente de él. Se quedó callado como si no tuviera nada más que decir, por lo que al cabo de un rato insistió Lilian:

—¿No estás de acuerdo?

Asintió Iván cansadamente con la cabeza.

—Sí, sí estoy de acuerdo. Reconozco que no le tengo una especial simpatía a tu defendido, aunque debe de ser muy importante para ti, ¿verdad?

No le contestó Lilian. Rememoraba la interminable sucesión de días en el despacho en los que había deseado una palabra suya que no parecía llegar nunca. Sus disquisiciones en el pasillo, cuando coincidían después de despedir a algún cliente y que, de haber sido posible, hubieran prolongado

hasta el infinito. Tantas ilusiones y tantos sueños que forjó con él de protagonista, que se frustraron de golpe la noche en la que la invitó a cenar en su casa, con el descubrimiento del mechero de Mariví.

—Daría algo por sacarle con bien de este atolladero, —repuso en voz muy baja sin contestar a lo que Iván había querido preguntarle—. Creo que debería haber sido otro el que se ocupara de defenderle en el juicio que se ha celebrado esta mañana. Otro al que le importara él menos. Estoy segura de que lo habría hecho mucho mejor que yo.

Acababan de llegar a la casa de ella. Iván la siguió hasta el salón cuando dejó Lilian el coche en el garaje y se sentó a su lado en el sofá sin decir palabra, con el cachorro correteando alegremente por la habitación sin captar el mutismo de los dos. Transcurrió así un lapso de tiempo interminable. La luz del día se había batido ya en retirada y las sombras del crepúsculo, filtrándose a través de los cristales de la ventana se habían adueñado ya de la estancia, cuando Iván se incorporó en el diván como si se le hubiera ocurrido una idea repentina.

—¿Qué tienes en la nevera? Creo que te vendría bien que te preparase un caldito.

Con una mueca, manifestó Lilian lo poco que le apetecía lo que había sugerido.

—¿Un caldito? No. Tengo unas *pizzas* congeladas, huevos, patatas… y, sí, los restos de un pollo asado que compré la semana pasada. No has comido nada por mi culpa.

—No te preocupes por eso, porque tengo reservas, —replicó él poniéndose en pie—. Pero, sí, creo que nos convendría a los dos cenar algo sustancioso. No te muevas de aquí, porque voy a sorprenderte con mis artes culinarias. Soy un auténtico fenómeno.

Algo similar le había comentado Pablo aquella noche, cuando, con su habitual parsimonia se dirigió a la cocina, —recordó melancólicamente Lilian—. Fue tan solo unos instantes antes de que todo su mundo se viniera abajo, de que sintiera que algo muy hondo se le había roto. Solo trabajando lograba a veces olvidarse del vacío que ocupaba ahora el hueco que había llenado entonces de ilusiones. ¿Qué iba a hacer cuando el tribunal

condenase a Pablo a una pena de muchos años de prisión? ¿Dejar transcurrir su vida yendo a verle a la cárcel tarde tras tarde?

Peluche saltó sobre su regazo, al tiempo que Iván regresaba de la cocina sonriente.

—Ya está todo listo, —le comunicó—. He puesto la mesa en la cocina, directamente sobre la formica, porque no he encontrado el mantel. Supongo que no te importará, ¿verdad?

Incomprensiblemente se echó a reír. ¿Qué podría importarle a ella un mantel más o menos en esas circunstancias?

Le siguió con el cachorro pegado a sus talones y los tres se tomaron la *pizza* que Iván había calentado en el horno y los huevos fritos con patatas que también había preparado. Comprobó Lilian con asombro que tenía hambre y que después de cenar se sentía mejor. Regresaron después al salón a tomar asiento nuevamente en el sofá y hablaron a ratos y otros permanecieron en silencio, como si se conocieran de toda la vida y no tuvieran que guardar el uno con el otro ninguna clase de formalismos. Era ya muy tarde cuando Iván hizo intención de levantarse.

—Si tienes que estar en la Audiencia Provincial mañana a las nueve, deberías acostarte, —le sugirió—. Es importante que descanses.

Levantó Lilian hacia él unos ojos soñolientos.

—Sí, pero… ¿Te vas a marchar ya?

La envolvió Iván en una mirada que no supo interpretar.

—¿Quieres que me quede?

Se lo preguntó ella a sí misma sin entender por qué lo deseaba.

—Sí, si no te importa… No quiero estar sola esta noche.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Se había reanudado la vista y le tocaba el turno, a instancia del fiscal, al forense que había practicado la autopsia de Gabriel. Era un hombre de mediana edad, delgado, de estatura reducida y grandes entradas en la cabeza, que tomó asiento frente al tribunal en la silla destinada a tal efecto, con la soltura del que está acostumbrado a desenvolverse en trámites similares. A preguntas del fiscal, se ratificó en el informe relativo a la autopsia que había practicado y que obraba en las actuaciones y se explayó seguidamente en un galimatías incomprensible sobre la muerte de Gabriel. Se rebulló Lilian inquieta mientras tanto en el duro asiento del estrado. No había prestado demasiada atención a ese informe, aunque sí había intentado descifrarlo, porque la conclusión que podía extraerse de los catorce folios que lo comprendían era que el atropello de que había sido objeto le había ocasionado la muerte a Gabriel. Eso era lo incuestionable. Si al arrollarle el automóvil de Pablo le había fracturado varias vértebras y si además le había seccionado la arteria femoral, era accesorio. Lo importante era que como consecuencia del jeroglífico con el que lo expresaba el forense, Gabriel había pasado a mejor vida y que Pablo era el autor del asesinato por el que se le enjuiciaba en ese momento.

El fiscal había terminado su interrogatorio y el presidente acababa de darle a ella la palabra, por lo que, después de acogerla con la fórmula ritual, se dirigió al perito, para preguntarle:

—¿Podría usted resumir el resultado de la autopsia que le practicó a la víctima?

El médico disimuló una sonrisa de suficiencia, como si considerara incomprensible que alguien pudiera no entender su ininteligible y erudito peritaje.

—Naturalmente, —afirmó—. Como consta en el informe sobre el que me he ratificado, observé unas manchas en el jersey que vestía el cadáver, oscuras, con dibujo que parecían de neumático, que le cruzaban el tórax de izquierda a derecha y de abajo a arriba. Pude apreciar asimismo las mismas marcas, a nivel del pantalón que le cubría ambas piernas. También advertí un desgarrón en dicho pantalón a nivel de la cara interna del muslo izquierdo, a través del cual aprecié una herida incisocontusa en esa zona.

—Bien, bien, —le interrumpió ella, temiendo que el forense continuara recreándose en su incomprensible tecnicismo—. Lo que le pido es que explique el significado de lo que acaba de exponer en un lenguaje que podamos entender todos.

Desde la silla destinada a los testigos y a los peritos, delante del banquillo de los acusados, giró el forense la mirada hacia su izquierda para observar a Lilian, que, desde el estrado aguardaba su explicación y debió llegar a la conclusión de que era muy joven y de que por esa razón no entendía su clarísima fraseología, porque sonrió nuevamente con aire paternal, antes de asentir.

—Lo que acabo de decir es que es evidente que la víctima fue atropellada dos veces. La primera vez el coche la arrolló de frente y en la segunda el conductor de ese vehículo pasó nuevamente sobre su cuerpo marcha atrás.

Tomó aire y probablemente porque consideró que se había expresado en un lenguaje excesivamente coloquial, impropio de un profesional de su inestimable experiencia, añadió:

—Los hallazgos necrópsicos permiten inferir con absoluta certeza la existencia de una lesión cardiaca causante de la muerte, derivada de una herida por fractura ósea causada, a su vez, por traumatismo torácico.

—O sea, que murió a consecuencia del atropello, —intentó concretar ella.

—Del primer atropello, —especificó el forense—. La víctima falleció instantáneamente cuando sufrió el primer atropello.

Parpadeó Lilian confusa.

—De acuerdo, sí. ¿Puede explicarnos cómo ha llegado a esa conclusión?

—Desde luego. Las marcas de neumático dejadas en la ropa y su dirección y sentido permiten deducir que el primer atropello se produjo de izquierda a derecha y de abajo a arriba, sufriendo el tórax un aplastamiento, materializado en las fracturas costales y esternal.

—Ya, —musitó ella como si le hubiera entendido.

—Igualmente, del estudio del cadáver se desprende que este sufrió un segundo atropello, en este caso de derecha a izquierda y de arriba a abajo. Afectó fundamentalmente a su pierna izquierda, que resultó lesionada por algún elemento desprendido del vehículo, probablemente del tubo de escape, que, aparte de las manchas en la ropa, no dejó otras marcas visibles. De ello se infiere sin género de dudas que este segundo atropello tuvo lugar tras el fallecimiento de la víctima.

De improviso le entendió Lilian y el repentino sobresalto que le produjeron sus palabras la obligó a abrir desmesuradamente los ojos para fijarlos en el forense que, ajeno a la reacción que había provocado en la abogada que ejercía la defensa, continuaba cómodamente retrepado en la silla. Sintió ella como si un fogonazo atravesara su mente iluminando uno de sus rincones más recónditos. Un lugar en el que había almacenado las recientes sentencias recaídas en la materia, que sentaban una nueva doctrina sobre las agravantes de ensañamiento y de alevosía, que luego habían sido acogidas por los siguientes pronunciamientos judiciales. Pero aún tenía que asegurarse de que le había entendido bien, por lo que se acodó sobre la mesa para inclinarse ligeramente hacia él.

—¿Quiere decir que…? —empezó sin querer acabárselo de creer—. ¿Quiere decir que la víctima murió cuando el coche del acusado le arrolló de frente, impactando sobre ella con el parachoques delantero? ¿Qué cuando dio marcha atrás y pasó por encima de su cuerpo la segunda vez ya estaba muerta?

—Eso es.

Aquello era increíble. Estuvo a punto de saltar de alegría en el estrado pero prudentemente se contuvo e insistió:

—¿Y cómo ha podido llegar a esa conclusión?

—Consta en el informe.

—Sí, sí, pero yo le pido que nos lo explique con palabras claras y sencillas.

—Está bien, —aprobó el hombre—. Del resultado de la autopsia se pueden extraer con toda certeza las conclusiones de que la muerte de la víctima se produjo de forma violenta por perforación ventricular izquierda, causada por una fractura costal por aplastamiento torácico. Igualmente pude constatar en el cadáver que había sido seccionada la arteria femoral izquierda a nivel del tercio superior del muslo izquierdo, con aspecto de haberse producido *post mortem*.

—¿*Post mortem*? ¿Quiere decir que el segundo atropello le seccionó la arteria femoral cuando ya había fallecido la víctima?

—Sí, por eso no sangró.

—¿No sangró?

Clavó el hombre condescendientemente su mirada en ella y se rebajó resignadamente a explicárselo:

—No, porque, pese a que, como he dicho, la arteria femoral había sido seccionada, no sangró, dado que la víctima había muerto a consecuencia del primer atropello. Los cadáveres no sangran perceptiblemente —le aclaró magnánimamente.

Con un esfuerzo sobrehumano permaneció Lilian aparentemente imperturbable. ¿Cómo no había caído en ello al estudiar el informe del forense sobre la autopsia que le había practicado a la víctima? Probablemente porque no lo había entendido. En caso contrario hubiera podido fundamentar los argumentos para solicitar la absolución de Pablo en su escrito de calificación. El encorsetado sistema judicial español no le permitía como en el de Estados Unidos acudir a prácticas espontáneas y espectaculares, exponiendo ante el tribunal en ese momento lo que acababa de descubrir, pero sí podía modificar las conclusiones definitivas de su escrito de calificación. Constituían estas la última fase del juicio, donde el tribunal daba en primer término la palabra al fiscal, después al abogado de la acusación, si lo hubiere, y finalmente a la defensa. En esa fase los letrados debían exponer por ese orden los resultados de la prueba, defender sus argumentos de acusación o defensa y pedir finalmente la condena o la absolución.

Aguardó impaciente para realizar ese alegato a que el forense se levantara de la silla y fuera a sentarse en los bancos destinados al público y a que le llegara su turno. El duro asiento del estrado había alcanzado ya la consideración de pétreo bajo su cuerpo y la toga le pinchaba por todas partes. ¿Es que no iba a llegar nunca ese momento?

Al fin el presidente del tribunal le dio la palabra al fiscal y este, tras colocarse las gafas sobre el puente de la nariz con un dedo, elevó a definitivas las conclusiones provisionales formuladas en su escrito de calificación y procedió a efectuar un resumen de las pruebas practicadas, haciendo hincapié en que la víctima se encontraba en el suelo, inerme y sin posibilidad de defenderse, cuando el acusado le había arrollado con su automóvil por segunda vez, lo que determinaba que hubieran de apreciarse las circunstancias agravantes de ensañamiento y de alevosía en su conducta y consiguientemente que el delito de homicidio debiera ser considerado como asesinato. Que, en consecuencia, no cabía estimar la legítima defensa como una eximente completa, sino como una atenuante y terminaba solicitando una condena de quince años de prisión para el procesado.

Se retrepó el fiscal en el estrado, cuyo asiento no debía resultarle tan duro como a ella porque parecía estar cómodo, cuando el presidente del tribunal giró la cabeza hacia Lilian.

—La defensa tiene la palabra.

Experimentó ella una emoción inmensa al comenzar su exposición, al tiempo que un nerviosismo no menor, motivado por el miedo a no ser capaz de expresarse con claridad. Era fundamental que el tribunal entendiera que en la comisión del delito no cabía apreciar ninguna de las agravantes en cuestión. Carraspeó notando las palmas de las manos húmedas de sudor, aunque su apariencia era tranquila.

—Con la venia de la sala, —empezó con voz clara—. La defensa modifica sus conclusiones provisionales y eleva a definitivas las siguientes:

Hizo luego un breve resumen de la prueba practicada hasta llegar al punto crucial de su defensa, el informe pericial del forense. Tras una pausa efectista, manifestó:

—Entendemos que del informe pericial del forense sobre la autopsia practicada a la víctima, se constata que no cabe apreciar en la autoría del

delito la concurrencia de las circunstancias agravantes de ensañamiento y de alevosía. Como su propia denominación indica, el ensañamiento es sinónimo de crueldad. Es necesario para que pueda apreciarse esta agravante, que el autor del delito pretenda causar un sufrimiento innecesario a la víctima y así lo efectúe. Consta en las actuaciones que don Gabriel García salió corriendo del portal de la casa en la que vivía y que al cruzar la calle para alcanzar la otra acera, persiguiendo a doña Victoria Díaz, fue atropellado por un vehículo que bajaba por esa calle y que conducía el acusado. Es evidente, por tanto, que la víctima no se encontraba indefensa. Como ha declarado la testigo, doña Victoria Díaz Merchán, se quedó paralizada en el centro de la calzada, deslumbrada por los faros del vehículo que se le venía encima, porque, como ha puesto de manifiesto la autopsia del cadáver, había bebido alcohol en exceso, pero podía haber esquivado a ese automóvil subiéndose a la acera.

La apreciación de la concurrencia de las dos agravantes ha sido efectuada por el ministerio fiscal en base al segundo atropello que sufrió don Gabriel García, por entender que este se encontraba en esos momentos inerme y desvalido y que el acusado se sirvió de su indefensión para rematarle. El acusado, una vez que rebasó el cuerpo de la víctima y descendió unos metros calle abajo, puso la marcha atrás y retrocedió para atropellarla nuevamente, pero del propio informe del forense se evidencia que ni le causó un sufrimiento innecesario a don Gabriel García ni se prevalió de la situación de indefensión en la que este se encontraba, tendido en el suelo y herido, porque don Gabriel García ya había muerto. Su muerte se produjo instantáneamente al ser arrollado por el automóvil del acusado la primera vez y, cuando este le atropelló nuevamente y pasó con su coche por encima de su cuerpo, la víctima había dejado ya de existir.

Es evidente, por tanto, que debe ser calificado el delito imputable al acusado como de homicidio simple y no como un asesinato. Con su acción impidió aquel además que la víctima le clavara a doña Victoria Díaz el cuchillo que esgrimía, con el evidente propósito de causarle la muerte. Le salvó la vida, por lo que entendemos que debe ser apreciada la eximente de legítima defensa en la comisión del delito y que consiguientemente procede la absolución de mi defendido.

Un silencio denso se expandió por la sala como si hubieran abierto una ventana y hubiera penetrado una ráfaga de viento. El presidente del tribunal, aunque imperturbable, tomó unas notas y le comentó algo al magistrado que tenía a su derecha para susurrarle después algo al de su izquierda. El fiscal perdió definitivamente sus gafas y un rumor sordo entre los bancos destinados al público se levantó después, rompiendo el silencio que había seguido a su alegato. Finalmente el presidente reaccionó para levantar la mirada y clavarla en Pablo.

—¿Quiere el acusado añadir algo a lo ya declarado o realizar alguna manifestación?

—No, señor, —manifestó Pablo.

Pronunció entonces el presidente la frase ritual, a la par que propinaba un golpe sobre la mesa con el mazo:

—Visto para sentencia.

OceanofPDF.com

Epílogo

Lilian se sobresaltó al oír el sonido del teléfono de la mesa de su despacho, pero no era Beatriz, la procuradora con la que trabajaba, y cuya llamada esperaba con impaciencia desde que la semana anterior finalizara el juicio de Pablo. Lo comprobó en cuanto se llevó el auricular al oído y escuchó la voz de Anita, avisándola de la llegada del cliente que la chica había citado con antelación a esa hora de la mañana.

¿Por qué no se metería el tribunal en la piel de los procesados y de los defensores y dictaría sus sentencias urgentemente?, se preguntó. Debería entender que era una crueldad mantenerles en vilo durante los diez interminables días que habían transcurrido desde entonces.

Cuando se levantó ella del estrado con su maletín repleto de papeles en la mano, don Eulogio y Tarsicio la habían esperado a la salida de la sala y la habían felicitado, pero Lilian sabía que le habrían dado esos parabienes en cualquier caso para paliar su angustia y para agradecerle el esfuerzo que había realizado, ya que probablemente ninguno de los dos conocía la reciente doctrina jurisprudencial existente sobre las agravantes de ensañamiento y de alevosía. Después fue Mariví la que se le colgó del cuello, hipando inconteniblemente.

—No he entendido nada, Lil, —reconoció cuando logró calmarse lo suficientemente como para poder expresarse con palabras—. ¿Qué has querido decir con ese galimatías de los dos atropellos?

Aunque sentía hacia ella bastante resquemor, le sonrió porque en ese momento la entendía.

—Verás, es que el Tribunal Supremo ha interpretado últimamente la agravante de ensañamiento, en el sentido de que cabe estimarla únicamente cuando el autor del delito lo realiza por el simple placer de hacer daño. Lo

que se ha dado en llamar “la maldad de lujo”. En una sentencia de 16 de junio y en otra de 14 de julio de 2010, sentó esa doctrina. En uno de los dos casos consideró que no cabía apreciarla, aunque el acusado le había asestado dieciséis puñaladas a su mujer o a su pareja, no lo recuerdo bien, porque ella murió cuando recibió la primera de esas puñaladas.

La observó Mariví sorprendida, con sus grandes ojos color violeta.

—Pero eso es absurdo.

Meneó Lilian pensativamente la cabeza.

—No, técnicamente y atendiendo a la interpretación literal del precepto no es absurdo.

—¿Pero y la intención que tenía el animal que la apuñaló?, ¿es que eso no cuenta?, —insistió la chica.

Se encogió ella evasivamente de hombros.

—Nuestro código es de resultado. ¿Es que ya se te ha olvidado?

También la familia de Pablo la había estrujado afectuosamente cuando se abrió paso entre el público hasta el pasillo, pidiéndole su opinión sobre las consecuencias previsibles que podían derivarse de la vista. Desde entonces la llamaban todos los días al despacho esperando alguna noticia alentadora y ella luchaba por mantener la calma. Incluso por las noches, cuando nadie la asaeteaba con preguntas pidiéndole su opinión sobre el pronunciamiento judicial que recaería en ese juicio y ya en la cama intentaba infructuosamente conciliar el sueño, reproducía en su mente las conclusiones definitivas que había formulado en la sala y las sentencias que apoyaban la tesis que había mantenido. Había muchas, pero el tribunal podía entender también que no eran aplicables al caso. Y mientras se debatía entre el nerviosismo que no conseguía controlar y la esperanza de que finalmente el tribunal estimase su alegato, veía, como una foto fija, la expresión de Pablo, cuando, al finalizar la vista, había abandonado la sala con un guardia civil a cada lado. Recogía Lilian en el estrado sus papeles y se había vuelto él a mirarla desde la puerta como si esperase un gesto de aliento por su parte. Le sonrió. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Esa misma tarde había ido a verle a la prisión. Le pareció que estaba pálido y sumamente inquieto.

—¿Sabes algo?, —le preguntó.

¿Cómo iba a saberlo?

—Aún no, pero ten un poco de paciencia. —Todos los jueces y tribunales se demoran más de una semana en dictar sentencia, es lo habitual.

Después, al regresar al despacho, había sido Anita la que había creído oportuno meterle prisa a ella.

—¿Pero aún no hay nada nuevo? ¿Y a qué esperan esos jueces? ¿No deberías ir a verles?

—No, claro que no. Tenemos que esperar.

—Pero es que yo voy a acabar de comerme todas las uñas, ¿no lo entiendes?, —protestó enseñándole la punta de sus dedos—. No dejo de pensar en que Pablo se levanta en una celda de la cárcel cada día que pasa y deberías darte cuenta tú también de que está viviendo un infierno. Es tu obligación procurar que salga de esa prisión cuanto antes. ¿Cómo puedes estar tan tranquila?

Aturdida por la reprimenda de la chica, tan injusta que sintió ganas de llorar, había seguido ruta Lilian hasta su despacho para cerrar la puerta y quedarse a solas. ¿Tranquila? Estaba al borde del histerismo. A los sentimientos que le inspiraba Pablo, tenía que unir la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, pero, al parecer, nadie advertía hasta qué punto podía abrumarla la espera a la que se veía forzada, sabiendo que él estaba contando los minutos.

También Mariví la llamaba a diario, por la mañana, por la tarde y por la noche, para preguntarle si tenía ya alguna noticia, para que le expusiera su opinión sobre el resultado de la vista y para que le dijera si sería conveniente que se acercara a la prisión a visitar a Pablo para darle ánimos. Y a todas horas le repetía ella lo mismo. Que aún no se sabía nada y que en ningún caso debía realizar ningún acto que denotase que se conocían de antemano.

Y así día tras día. Solo Iván parecía ser capaz de ponerse en su lugar y de entender su estado de ánimo. Esa misma tarde la llamó por teléfono para interesarse por los pormenores de la vista que se había celebrado y para proponerle llevarla a tomar algo cuando terminara su trabajo. Pensó negarse. No se encontraba en condiciones de soportar más preguntas ni,

sobre todo, de que la angustiaran más de lo que ya estaba, pero finalmente aceptó, diciéndose que quizás lograra distraerse.

Cuando por la noche la dejó en su casa, se sentía mejor, por lo que se quedó él también. Y la noche siguiente y a la siguiente, hasta que aquella mañana llamó Beatriz.

Antes de que tuviera lugar esa llamada, la había avisado Anita de que había llegado la visitante que tenía citada a las once, por lo que colgó el auricular y se dispuso resignadamente a recibirla. Era una joven de unos treinta y tantos años que quería divorciarse de su marido, dado que, según le decía, le tiraba los calcetines por el suelo para que ella se agachara a recogerlos, roncaba en cuanto se quedaba dormido y no recordaba jamás la fecha de su cumpleaños. Lilian se había acodado en la mesa, apoyando la mejilla en una mano para disimular el sueño que le producía esa historia tan manida. Por su gusto hubiera cerrado los ojos, ya que lo que la chica le refería le sonaba como el repetitivo machaqueo de una historia ya conocida. ¿Por qué se empeñarían las mujeres en que sus maridos se acordasen de la fecha de su cumpleaños?, se preguntó. Si se casaran convencidas de que la mayoría roncaban, de que arrojar los calcetines por cualquier parte era su deporte favorito y de que ignoraban el día en el que habían nacido sus esposas, habría muchos menos divorcios. Y precisamente en el momento en que se disponía a explicárselo para que considerara que la conducta de su cónyuge no era tan grave ni tan inusual, se encendió nuevamente la lucecita roja del teléfono y el aparato dejó oír su estridente timbrazo. La voz de Anita sonaba alterada.

—Lil, es Beatriz, la procuradora. Quiere hablar contigo urgentemente. ¿Crees que sabrá ya algo de la sentencia de Pablo?

De haberla tenido cerca le habría arrebatado el aparato de la mano, pero como se encontraba a varios metros de distancia y en otra habitación, se limitó a decirle en tono perentorio con el corazón latiéndole desbocadamente:

—Pásame inmediatamente la llamada.

Un instante después oía la voz de la procuradora.

—Enhorabuena, Lil, has ganado.

—¿Qué?, ¿qué dices?, —tartamudeó ella—. ¿Tienes ya la sentencia?

—Sí, el tribunal ha estimado tus alegaciones y ha absuelto a tu cliente. Enhorabuena.

—¿Lo ha absuelto?

—Sí, ha estimado la concurrencia de la circunstancia eximente de la legítima defensa en la comisión del delito de homicidio, en base a que no cabía apreciar ensañamiento ni alevosía en su autoría y de que los medios utilizados por tu cliente para repeler la agresión de la víctima fueron proporcionales a los que pretendía utilizar esta. Creo que esta misma tarde tendrás “la bola”.

Se había puesto en pie Lilian conforme escuchaba lo que la otra le decía, reprimiendo el imperioso deseo de empezar a dar saltos de alegría.

—¿Y… y sabes si el fiscal piensa recurrir la sentencia?

—No, no la va a recurrir. Me lo he encontrado por el pasillo y me ha dicho que está conforme con sus pronunciamientos.

Se dejó caer de golpe en la butaca.

—¿Se encuentra usted bien?, —se inquietó la aspirante a divorciada.

—Me encuentro divinamente, como nunca, —replicó apoyando la cabeza en el respaldo y cerrando los ojos para disfrutar plenamente de la noticia. Los abrió para explicárselo a la chica—. Perdone, es que un cliente mío ha sido absuelto y me lo acaban de comunicar. Esta tarde iré a buscarle a la cárcel.

—¿Está en la cárcel?, —se interesó la chica—. ¿Qué había hecho?

—Atropellar con el coche a un maltratador en el momento en que iba a matar a su pareja.

La muchacha abrió desmesuradamente sus grandes ojos ribeteados de negro.

—Le habrán levantado un monumento entonces, ¿no?

—No, no se puede matar a nadie, aunque sea un malnacido. Esta tarde la van a dar “la bola”.

—¿De verdad?, ¿qué bola?

—La libertad, ha sido absuelto. En la jerga penitenciaria se llama “bola” al mandamiento judicial de libertad.

Estuvo por decirle que ese preso además era su compañero de despacho y que aún no sabía si llegaría a ser algo más, pero prudentemente se

abstuvo. Su visitante probablemente le hubiera recomendado que no se casara ni se fuera a vivir con él antes de asegurarse de que no roncaba ni tenía por costumbre sembrar el suelo de calcetines.

Pero no podía seguir escuchando los problemas que le refería esa chica sin darles antes el notición a sus compañeros de despacho, por lo que la interrumpió cuando intentó recuperar el hilo de lo que había dejado pendiente.

—Espere un momento, que enseguida vuelvo.

Como una tromba salió al pasillo, donde abrazó a Tarsicio que volvía de despedir a un cliente y que se tambaleó con su acometida.

—¡Le han absuelto, Tarsicio, le han absuelto!

No llegó a percatarse de que su imperturbable compañero de despacho se emocionaba de verdad y de que hasta le corría un lagrimón por la mejilla. Solo de que la arrastraba por el corredor hacia el despacho de don Eulogio, donde irrumpieron, arrollando a su paso al cliente al que atendía. Ni repararon en él. Supieron más tarde que era el representante legal de una empresa que se había declarado en concurso de acreedores. Al parecer, le estaba refiriendo sus cuitas a don Eulogio y sonrió tristonamente, cuando, al enterarse de la nueva, se levantó aquel de la butaca para abrazar a Lilian y propinarle unos afectuosos trallazos en la espalda. Pero el visitante no se unió a la algazara general. Se marchó prudentemente en cuanto Anita le citó para otro momento más oportuno y, libres de testigos, pudieron los cuatro dar rienda suelta a su euforia.

Esa misma tarde, y en el automóvil de Tarsicio, fueron a recoger a Pablo a la prisión. En la puerta se encontraba ya el familión de este, al que había avisado Lilian por teléfono y que, como ellos, soportó resignadamente las horas que tuvieran que aguardar hasta que aquel salió. Apareció al fin, pálido, con un bolsón en la mano y aire desorientado y fue abrazando a todos los presentes en cuanto se lo permitió su madre, que se colgó de su cuello hipando inconteniblemente, reclamando así su derecho preferente a empaparle de lagrimones.

—Gracias, Lilian, —le susurró él en cuanto consiguió librarse de las efusiones de su progenitora y aproximarse a ella—. Te lo agradeceré toda la vida.

También sus numerosos hermanos le dijeron algo parecido, así como la chica rubia que había asistido a la vista del juicio, de la que después supo por Tarsicio que no pertenecía a la familia. Cuando media hora más tarde se despidieron de él y de sus parientes para regresar a la ciudad en el coche de su taciturno compañero de despacho, le comentó este a Lilian que esa chica era la expareja de Pablo. La que vivía con él cuando ella entró como pasante a trabajar en el bufete y con la que había roto dos años antes. Pablo se había despedido afectuosamente de ellos para subirse al automóvil de esa chica, ante la extrañeza de Lilian. Tarsicio se lo aclaró en un aparte y luego, ya en el coche.

—Se llama Lola y, desde que le encarcelaron, ha venido a verle todos los días de visita de los familiares. Creo que las cosas entre ellos se van a arreglar.

Le costó entender el significado de sus palabras. Recorrieron su cerebro sin hacerse inteligibles, como si Tarsicio se lo hubiera comentado en otro idioma. Don Eulogio ocupaba el asiento del copiloto y los dos hombres hablaban de un asunto que ella, en el asiento posterior, no alcanzaba a oír, por lo que apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Podía así rebobinar sus recuerdos, retroceder para revivir las conversaciones que habían mantenido los dos durante los últimos días en la cárcel, por lo que intentó recuperar las impresiones que había podido entresacar de las palabras que pronunciaba él en el locutorio cuando le visitaba, las sensaciones que había experimentado. Iba a verle últimamente en cuanto podía hacer un hueco en su trabajo en el despacho. Reparó entonces en que en los últimos tiempos se había limitado él a consultarle sobre el caso por el que se veía encarcelado sin aludir a temas personales. Como hubiera hecho cualquier otro recluso pendiente de la vista de su juicio, que le hubiera encomendado a ella su defensa. Exclusivamente como a su abogado.

¿Cómo no se habría dado cuenta antes, si era palpable?, se preguntó. ¿Y cómo no habría advertido tampoco que los sentimientos de ella no eran ya los que tiempo atrás había experimentado? Porque no le importaba que la hubiese sustituido por la rubia, reconoció sorprendida. Sentía solo extrañeza por representar ahora otro papel en esa historia que había urdido en su imaginación, en la que Pablo y ella habían sido los personajes principales.

Respiró hondo, sintiéndose liberada de un gran peso. Pablo era libre ya. En adelante no se vería obligada a visitarle en la prisión tarde tras tarde, como entendía que hubiera sido su obligación de haber sido condenado. Había dado por supuesto que debería apoyarle con todos los medios a su alcance mientras cumplía la pena que le hubiera sido impuesta, lo que suponía también incluirle en su futuro. Esperarle.

Pero aquello pertenecía a su pasado. La absolución de Pablo la alcanzaba también a ella y lo que le había inspirado hacía tiempo que se había desvanecido, aunque incomprensiblemente no se hubiera dado cuenta antes. Era extraño no haber advertido que la imagen que se había forjado de él no respondía a la que había dado por supuesto, admitir que la había idealizado y que, además, se había ido tornando borrosa día tras día, desdibujándose como si se hubiera ido deshaciendo entre la bruma de una inmensa decepción. De esa misma bruma emergía ahora otra muy distinta. Pero en ese instante, aún con los ojos cerrados, podía ver esa silueta con toda claridad, por lo que, cuando más tarde Tarsicio detuvo el automóvil frente a la valla de su casa, se bajó del vehículo como si tuviera alas en los pies para atravesar corriendo el jardín y precipitarse en el vestíbulo para pasar luego al salón y descolgar inmediatamente el teléfono fijo.

Iván contestó en el acto a su llamada.

—¿Cómo estás? ¿Has ido a la cárcel a recogerle?, —le preguntó.

—Sí, en el coche de Tarsicio. Ha venido también don Eulogio.

—¿Y… y qué?, ¿cómo le has encontrado?

—Bien, estaba bien. Un poco paliducho, pero es natural porque ha pasado mucho tiempo a la sombra, —continuó, riéndose de su propio chiste.

—¿Y… qué?, —repitió Iván como si no se le ocurriera otra cosa que decir.

—¿Y qué de qué?

—¿Qué si no has quedado con él para celebrarlo?

—No, prefiero celebrarlo contigo.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Estás segura?

—Completamente. Había visto un espejismo, pero ahora estoy bien consciente. Es a ti a quien quiero. Solo a ti.

OceanofPDF.com



Nació en Murcia y estudió Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, habiendo ejercido la profesión de abogado desde el año 1976. Actualmente vive en Madrid.

Ha publicado: *La casona del pantano* (2013), *El acantilado de las gaviotas* (2013), *Entre la niebla* (2013), *Secreto profesional* (2014) y *Al son de los tambores* (2014), entre otros.

OceanofPDF.com